Imperio de Realeza



Su TESORO

Emilia Rossi



EMILIA ROSSI

© Derechos Reservados, 2024 por Emilia Rossi

Su Tesoro

Una historia de Imperio de Realeza

Diseño de Portada: Emilia Rossi

Revisión en inglés: Chelsea Adams, Starlight Editorial

Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks LLC

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares, empresas o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

ÍNDICE

Nota De La Autora

Prólogo
1. Matteo
2. Sofiya
3. Matteo
4. Sofiya
5. Matteo
6. Sofiya
7. Matteo
8. Matteo
9. Sofiya
10. Matteo
11. Matteo
12. Sofiya
13. Matteo
14. Sofiya
15. Matteo
16. Sofiya
17. Matteo
18. Sofiya
19. Matteo
20. Sofiya
21. Sofiya
22. Sofiya
23. Matteo
24. Sofiya
25. Sofiya
26. Sofiya
27. Matteo
28. Sofiya
29. Matteo
30. Matteo
31. Sofiya
32. Matteo
33. Sofiya
34. Matteo
35. Sofiya
36. Matteo
37. Sofiya
38. Matteo
39. Matteo
40. Matteo
41. Sofiya

42. Matteo
43. Sofiya
44. Matteo
45. Matteo
46. Sofiya
47. Sofiya
48. Sofiya
49. Matteo
50. Sofiya
51. Sofiya
52. Sofiya
53. Matteo
54. Sofiya
55. Matteo
56. Matteo
57. Sofiya
58. Matteo
59. Sofiya
60. Sofiya
61. Matteo
62. Sofiya
63. Matteo
64. Sofiya
65. Sofiya
66. Matteo
67. Matteo
68. Sofiya
69. Sofiya
70. Matteo
71. Sofiya
72. Matteo
73. Sofiya
74. Matteo
75. Sofiya
76. Matteo
77. Sofiya
78. Matteo
79. Sofiya
80. Sofiya

Epílogo
Epílogo

Otras Obras de Emilia Rossi
Agradecimientos
Sobre la autora

Para todas las personas sexys con discapacidad que saben que pondrían a un Don de la mafia completamente de rodillas.

NOTA DE LA AUTORA

ADVERTENCIA SOBRE EL CONTENIDO

La protagonista de este libro, Sofiya, padece el síndrome de hipermovilidad de Ehlers-Danlos, un raro trastorno genético del tejido conjuntivo. El SED es un síndrome complejo y a menudo incomprendido. Aunque el SEDH hipermóvil es el que se diagnostica con más frecuencia, hay trece tipos diferentes de SEDH y los síntomas pueden ser muy variados. He hecho todo lo posible por presentar una versión del SEDH, la de Sofiya, con cuidado y precisión. Sin embargo, la suya es solamente una experiencia y puede diferir significativamente de la de otras personas con SEDH. Con la mayoría de las enfermedades crónicas y discapacidades, el cuerpo puede ser impredecible y exhibir diferentes retos día a día. Espero que cualquier persona con una enfermedad crónica o una discapacidad se sienta reflejada en esta historia, aunque el viaje de Sofiya pueda diferir del tuyo.

En este libro se presenta contenido para adultos, incluidas escenas de sexo explícito y prácticas sexuales con elementos como *spanking*, *bondage*, *cock warming* y degradación leve. Toda la intimidad física entre la pareja protagonista es completamente de mutuo acuerdo.

Este libro contiene temas que algunos lectores pueden encontrar perturbadores, incluyendo violencia, gore, secuestro, descripciones de tortura, conversaciones sobre tráfico sexual, amenazas de abuso sexual, abuso emocional y físico por parte de los padres, una descripción de una experiencia sexual perturbadora en el pasado, drama *percibido* de otra mujer, y una mención muy breve de un incidente de crueldad animal en el pasado (la descripción no está explicita).

Esta historia tiene representación de enfermedades crónicas y discapacidades. El mundo de la mafia en este libro está impregnado de capacitismo, al igual que nuestro mundo. Los personajes utilizan un lenguaje capacitista dañino, incluido el uso de un insulto capacitista, y tienen creencias capacitistas. También hay capacitismo interiorizado, que es cuando las personas discapacitadas absorben las creencias y juicios capacitistas de la cultura en general, lo que a menudo les provoca sentimientos negativos sobre sí mismos y sus discapacidades.

Otros contenidos generales incluyen: embarazo.

¡Este libro tiene un final feliz!

PRÓLOGO

MATTEO

EL PRIMER DISPARO RUGE EN EL AIRE Y EL RELOJ EMPIEZA A CORRER.

Uno.

Dos.

Tres.

Una sola bala, seguida de un grito. Resuena en mi mente, la horrible banda sonora de mi pesadilla. ¿Fue un disparo mortal?

¿O todavía tengo tiempo?

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Incluso en medio de este recuerdo, todos estos años después, puedo sentir los ecos de esa bala vibrando en mis propios huesos.

Saber que soy el culpable, me produce más dolor que cualquier herida física.

Siete.

Ocho.

Nueve.

Veo su sangre cada noche en mis sueños. Es mi castigo por no verla en la vida real. Es demasiado fácil imaginarla goteando en el suelo. He derramado suficiente sangre desde entonces para saber qué aspecto debía tener, cómo el tinte metálico del hierro habría llenado el aire.

Diez.

Once.

Doce.

Cada segundo acerca un poco más la muerte, y ahí estoy, congelado. Entonces, la pequeña mano de Sienna llena la mía, y la decisión está tomada.

La arrastro conmigo hacia la puerta oculta en la parte trasera de la casa.

Trece.

Catorce.

Quince.

El segundo disparo atraviesa el aire.

APENAS SALIMOS CON VIDA, pero los segundos entre esos dos disparos me persiguen. ¿Aún tenía tiempo de salvar a uno de ellos? Nunca lo sabría porque abandoné a mis padres, nuestro hogar,

mi legítima herencia.

Tardé dos años en recuperarla. Dos años soportando la muerte lenta y dolorosa de Matteo Rossi, hijo y hermano, para resucitar como Matteo Rossi, Don de la Mafia Italiana, jefe de las Cinco Familias de New York.

MATTEO

EL ALCOHOL ME QUEMABA LA GARGANTA MIENTRAS BEBÍA OTRO SORBO.

Había sido un día de mierda, una semana de mierda y un mes de mierda.

Otro de nuestros almacenes al norte del estado había sido atacado. El hombre muerto en el sótano, veinte pisos más abajo, había confirmado por fin lo que yo sospechaba desde hacía tiempo: los albaneses estaban intentando invadir mi territorio.

Apreté la mano alrededor del vaso.

Llevaba trece años al frente de las Cinco Familias, ampliando nuestro alcance al norte y al oeste del Estado. Muchos habían intentado infiltrarse en mi territorio, la mayoría con el deseo de traer el *tráfico de pieles*, o como todos lo conocían: la trata de personas, a New York. Los albaneses llevaban cinco años presionando en nuestras fronteras, pero sus ataques se habían intensificado con la muerte de su último jefe. Al idiota de su hijo, Arben, se le había metido en la cabeza que podía desafiarme.

La puerta de mi despacho se abrió y entró mi segundo al mando, mi hermano prácticamente de todo menos de sangre: Romeo. Se sentó frente a mí y arrojó una carpeta sobre mi escritorio.

La miré y bebí otro trago.

—¿Es lo que creo que es?

—Sí. —La habitual expresión despreocupada de Romeo estaba ausente. Nada era divertido esta noche después de perder a dos de nuestros hombres en el incendio del almacén.

Me pasé la mano por la cara y me obligué a abrir la carpeta. Me quedé mirando la foto que había adentro.

—Al menos es bonita —dijo.

Bonita era poco. Unos penetrantes ojos azules me observaban, enmarcados por rizos rubios dorados. Labios rojos y carnosos. Cejas oscuras. Nariz pequeña y recta. Mejillas rosadas. Sofiya Ivanova era la mujer más despampanante que jamás había visto. Cuanto más la estudiaba, más se me agitaba el pecho.

Aparté la vista.

—¿Cuántos años tiene?

—Acaba de cumplir veintiún años.

—Carajo. —Dejé el vaso—. Es prácticamente una niña.

—No tienes muchas opciones, *Fratello*. Si queremos a los rusos de nuestro lado, necesitamos esta alianza con Rustik.

Rustik Ivanov era el jefe de la *Bratva* en Chicago. La tensión había ido creciendo entre nosotros hasta que la guerra parecía inminente. Entonces se había acercado con la oferta de una tregua. Quería acceso a nuestras rutas comerciales del este para traficar con armas y drogas, y a

cambio, los rusos nos apoyarían contra los albaneses.

—¿De verdad crees que deberíamos hacer esto? —pregunté.

Romeo vaciló y yo arqueé una ceja. No era de los que ocultan su opinión.

—Creo que estamos demasiado aislados aquí —agregó finalmente—. Los rusos al oeste, los irlandeses al este y ahora los albaneses. Tenemos una fortaleza aquí en la ciudad, pero necesitamos aliados. Esto podría ser un comienzo.

—No sé por qué tiene que empezar conmigo casándome —me quejé, volviendo a ver la foto de Sofiya. Los capos llevaban años cuchicheando sobre su Don aún soltero. Si bien necesitaba herederos para asegurar mi imperio, una esposa e hijos me harían vulnerable.

Romeo se reclinó en su silla y me miró atentamente.

—Sé que es el aniversario. Sienna intentó encontrarte hoy temprano.

Miré por la ventana.

—No empieces. —No necesitaba su reproche, su juicio sobre lo cobarde que era escondiéndome. Señalé el expediente—. ¿Qué sabemos de ella?

Un músculo de la mandíbula de Romeo se tensó, mas no insistió.

—No mucho. Rustik es protector con sus dos hijas. Terminaron la escuela en casa y rara vez se les ve. La siguiente página es la información que envió sobre ella.

Moví la foto y encontré una página casi en blanco. En ella figuraban la edad, la estatura y los pasatiempos de Sofiya: cocinar, hornear y leer.

—Seguro que puedes insistir en conocerla antes de la boda.

Cerré la carpeta para no distraerme con la foto de Sofiya.

—No importa —respondí—. No es que vayamos a ser marido y mujer de verdad.

—¿*Oh*?

—Viviremos juntos, pero no seremos más que compañeros de casa. —Había tenido mi buena ración de mujeres a lo largo de los años, sin embargo, una noche era todo lo que conseguían de mí. Hacía tiempo que había decidido que nunca dejaría que una mujer me debilitara.

Romeo arqueó una ceja.

—¿Y qué hay de herederos?

Hice un gesto con la mano.

—Tenemos años para pensar en algo. Lo importante ahora es detener a los albaneses. —La creciente tensión con la *Bratva* había exigido demasiado de nuestros hombres, distrayéndonos de la amenaza de Arben.

Romeo se recostó en el sillón de piel del despacho, observándome atentamente. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro mientras se cruzaba de brazos.

—¿Qué? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Simplemente estoy interesado en ver cómo acaba esto. El imperturbable Matteo Rossi viviendo con su guapa *compañera de casa*.

Mi irritación crecía cuanto más sonreía.

—Vete a la mierda. Es una decisión de negocios, nada más.

—Lo que tú digas. —Se levantó—. Les avisaré que podemos fijar la fecha.

—Una boda pequeña —pedí—. Hagámoslo rápido.

Romeo asintió y luego tomó el expediente.

—Déjalo —le ordené.

Se limitó a tararear mientras salía de mi despacho.

SOFIYA

MILA SE ACURRUCÓ MÁS CERCA DE MÍ COMO HABÍA HECHO TANTAS VECES MIENTRAS CRECÍA. Había pasado más noches en mi cama que fuera de ella. Nuestra casa siempre era fría, tanto en temperatura como en emociones, así que aprovechábamos todo el calor que podíamos.

—¿De verdad vas a casarte con él? —susurró, sonando más joven que sus diecinueve años.

Sentía un nudo en la garganta y en el pecho. Mi padre acababa de darme la noticia. Sus palabras exactas fueron:

—Cuando te cases con Matteo Rossi y concretes esta alianza con los italianos, por fin me serás útil. —Mi madre había permanecido en silencio a su lado.

—Supongo que sí —musité.

—¿Sabes algo de él?

—Es el jefe de la Mafia de New York.

Mila resopló mientras me daba un golpe en el brazo.

—Sofiya, hablo en serio.

—Pero eso es todo lo que sé —protesté. Mi labio sobresalió en un puchero mientras me frotaba el brazo.

—Eso ni siquiera dolió —dijo, poniendo los ojos en blanco mientras tomaba nuestro teléfono secreto que compartíamos—.Voy a buscarlo.

Abrí la boca para decirle que no lo hiciera, sin embargo, me contuve. ¿Por qué no iba a averiguar todo lo que pudiera sobre el hombre con el que se suponía que iba a pasar el resto de mi vida?

Mila tecleó en el móvil y luego jadeó.

—Está buenísimo.

Agarré el teléfono, mordiéndome el labio mientras miraba la foto debajo del titular de un artículo que decía: “El multimillonario más *sexy* de NYC abandona la fiesta de víspera de Año Nuevo temprano”. Era una foto de Matteo en la puerta de un hotel. Tenía el ceño fruncido con su esmoquin negro perfectamente hecho a la medida, que se extendía sobre sus anchos hombros. El cabello oscuro le caía desordenadamente sobre la cara y su mandíbula cuadrada estaba bien marcada.

Sentí un pequeño revoloteo en el estómago.

—Supongo que está... bien.

—Oh, *está* bien —repitió Mila, sonriendo ampliamente. Siempre le habían gustado los chicos. No podía contar las veces que la había cubierto mientras se escabullía por la ventana para verse con su novio del mes, mientras que yo había ido a una sola fiesta el año pasado y nunca quise repetir la experiencia. Me estremecí mientras apartaba el recuerdo y me centraba de nuevo

en la foto.

—¿Cuántos años tiene? —indagué. Obviamente era mayor que yo, puesto que ya era el jefe de la mafia. El hombre de la foto no era todavía un galán pasado de los cuarenta, pero tenía una madurez que me parecía un poco *sexy*. Mila tomó el teléfono y frunció el ceño cuando sus búsquedas no arrojaron ninguna información nueva. Al cabo de treinta minutos, tuvimos que rendirnos. Era imposible encontrar información personal sobre Matteo Rossi.

Mila dejó el aparato con un resoplido. Se giró para tumbarse de lado, frente a mí.

—Al menos sabemos que tu prometido está guapísimo.

—Me pregunto si es amable —murmuré. Dios, me sentía tan estúpida incluso diciendo las palabras en voz alta. Nunca había visto un esposo amable o un matrimonio feliz en la *Bratva*, aun así, me aferraba a la esperanza de que Matteo no fuera tan horrible como mi padre. Tal vez las cosas eran diferentes con los italianos. Quizá trataban mejor a sus mujeres.

Mila bajó la mirada, con la frente arrugada por la preocupación.

—Más le vale. —Su voz era firme.

Como hermana mayor, siempre había protegido a Mila, cuidándola cuando nuestros padres nos ignoraban y las niñeras se iban a casa. No obstante, a medida que mis problemas de salud se agravaban con los años, era ella quien me protegía a mí.

—¿Qué hay de Dimi? —inquirió. Nuestro hermanastro, Dimitri, llevaba una vida rodeada de secretos. Nuestro padre lo enviaba constantemente a hacer el trabajo sucio al extranjero, incapaz de soportar la presencia de su hijo durante mucho tiempo. Dimi le recordaba demasiado a su primera esposa. Una mujer a la que, según los rumores, había amado de verdad.

Le apreté la mano.

—Seguro que lo sabe. Tal vez venga a la boda. —Pero mis palabras carecían de convicción. La boda era dentro de dos días. Dimi no tenía un número de teléfono estable, por lo que siempre teníamos que esperar a que se pusiera en contacto con nosotras.

—¿Crees que Matteo sabe lo de mi...? —Señalé mi cuerpo con la mano.

Mila entreabrió los labios.

—El *Pakhan* tuvo que habérselo dicho, ¿verdad? Matteo probablemente obtuvo mucha información sobre ti antes de aceptar. —Hacía años que habíamos dejado de decirle “papá” a nuestro padre. Todo lo que era para nosotras, para cualquiera en su vida, era el *Pakhan*.

Respiré profundamente, el alivio llenó mi pecho.

—Sí, claro. —Un pequeño hilo de esperanza se unió a mi ansiedad. Matteo debía de ser un hombre decente si elegía casarse conmigo tal y como era. Aunque... tal vez una alianza con la *Bratva* era una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar, aunque eso significara aceptar a una novia como yo.

—Voy a echarte de menos —pronunció Mila.

Parpadeé para evitar que se me salieran las lágrimas. Años en los que mi padre me gritaba que me endureciera no sirvieron para evitar que fuera profundamente sensible.

—Quizá te deje visitarme —señalé.

—Sí, tal vez.

Las lágrimas cayeron por mi rostro mientras estrechaba a mi hermanita entre mis brazos.

MATTEO

ROMEO Y YO NOS SENTAMOS EN LA PARTE TRASERA DEL COCHE EN EL TRAYECTO DEL AEROPUERTO a la iglesia. Dos vehículos todoterreno llenos de mis hombres nos rodeaban en la carretera. Sienna se había enfurecido porque no le permití asistir a mi boda, pero no confiaba en los rusos lo suficiente como para arriesgar la seguridad de mi hermana.

Miré el reloj. Esta tarde tenía una reunión en la ciudad para inspeccionar un nuevo cargamento de armas con Domenico, mi ejecutor, así que la ceremonia debía ser breve.

—Quizá quieras practicar tu sonrisa —me aconsejó Romeo. Respondí a su mirada con un ceño fruncido—. No, no, lo opuesto a eso.

—Vete a la mierda. ¿Por qué tengo que sonreír?

—Para causarle una buena impresión a tu novia.

Romeo se rio ante mi fulminante mirada de respuesta. Maldito. Era el único, aparte de mi hermana, que interactuaba conmigo sin siquiera una pizca de miedo.

—No dudaré en dispararte —advertí, viendo por la ventana. Se limitó a resoplar.

No necesitaba tranquilizar a esta mujer. Viviría en mi apartamento y me acompañaría a eventos cuando necesitáramos mantener la apariencia de un matrimonio unido. Yo no era cruel: ella tendría acceso al dinero y a cualquier otra cosa que necesitara, pero eso era todo. Me negaba a alterar mi vida por ella. Me rehusaba a hacer cualquier cosa que le ayudara a obtener una ventaja sobre mí.

Llegamos a la iglesia, en el norte de la ciudad. Tradicionalmente, las bodas familiares se celebraban cerca de mi apartamento en Manhattan, sin embargo, Rustik dijo que si la boda iba a ser católica por nuestra insistencia, tendría lugar en Chicago, en la suya. Era un inconveniente para mí, y ya estaba temiendo las dos horas de avión de vuelta con mi nueva esposa.

Aunque Rustik Ivanov podía ser mi nuevo aliado, yo seguía despreciándolo. Había derramado mucha sangre italiana a lo largo de los años, y nosotros nos habíamos vengado de la misma manera. Me costaría acostumbrarme a esta alianza.

Angelo, nuestro conductor y uno de mis soldados de mayor confianza, me indicó que nuestros hombres estaban en posición. Salí del vehículo blindado y me abroché la chaqueta. Me había puesto mi traje negro habitual para la boda. Traje de negocios para un evento de negocios. Mi *Glock* se apoyaba cómodamente en mi espalda.

Volví a mirar el reloj cuando entramos en la iglesia. Faltaban dos minutos para la ceremonia.

—Apenas llegamos a tiempo —agregó Romeo.

—No hace falta demorarse —respondí.

Una anciana que trabajaba en la iglesia nos condujo a la entrada, donde esperaba el sacerdote. La mitad de mis hombres se colocaron en los bancos vacíos del lado del novio, mientras los

demás se situaban alrededor del perímetro. Los bancos de mi derecha estaban escasamente ocupados por los invitados de la novia. Me sorprendió la poca gente que había después de la insistencia de Rustik en celebrar la boda en su ciudad. El *Pakhan* estaba sentado en el primer banco e inclinó la cabeza hacia mí. No le devolví el gesto. Creí que llevaría a su hija al altar, pero probablemente los rusos lo hacían de otra manera.

La esposa de Rustik se sentó a su lado. Era delgada y tenía la vista perdida, aunque su vestido me hizo parpadear dos veces. *Llamativo* era la única palabra para describirlo, naranja brillante con vuelos alrededor del cuello. A su lado había una chica guapa de cabello castaño oscuro, la hermana de Sofiya, supuse. Me vio y me sostuvo la mirada sin inmutarse.

Interesante.

Comenzó la música y se abrieron las puertas traseras de la iglesia. El sol brillaba a través de la ventana de vitral, creando un halo de luz alrededor de una joven *sentada en una silla de ruedas*.

Mantuve el rostro inexpresivo, negándome a mirar a Rustik, que claramente había ocultado esta información sobre su hija. ¿Qué más ocultaba el bastardo? ¿Creía que habría rechazado la propuesta de matrimonio de haberlo sabido? Sentí la presencia de Romeo a mi lado, y casi pude escucharlo decir: *«Tal vez por esto deberías haberla conocido de antemano»*.

Sofiya se desplazó por el pasillo con el velo de encaje a la espalda y una expresión tensa en su rostro. Era hermosa en la foto, mas en persona era impresionante. Su cabello dorado enmarcaba sus delicadas facciones y no pude evitar que mis ojos se posaran en sus labios carnosos. Cuando sus ojos azules se cruzaron con los míos, sentí una extraña descarga de electricidad tan fuerte que casi atravesó mi máscara inexpresiva.

El vestido de Sofiya se abultaba sobre su regazo, dificultándole las maniobras con la silla de ruedas. Sentí una extraña incomodidad en el pecho al verla avanzar con dificultad sola por el pasillo. Me dije que era porque ahora era una reina de la mafia y necesitaba parecer fuerte ante mis hombres.

Sofiya llegó por fin a la primera fila y le hice espacio a mi lado. Me dirigió una tímida mirada antes de observar al sacerdote, y sentí el extraño impulso de exigirle que me devolviera su atención.

Le habían dicho al clérigo que la ceremonia fuera lo más breve posible, así que no tardamos en pronunciar los votos. Se aclaró la garganta y me dirigió una mirada ansiosa antes de ver el papel.

—Matteo Rossi y Sofiya Ivanova, ¿han venido aquí para contraer matrimonio sin presión, libremente y de todo corazón?

—Sí —repliqué.

—Sí —contestó Sofiya. Su voz era suave y dulce, y sentí una extraña punzada en el pecho.

—¿Están dispuestos, a seguir el camino del matrimonio, a amarse y honrarse el uno al otro mientras ambos vivan? —continuó el sacerdote.

—Lo estoy —afirmé, y Sofiya hizo eco de mi respuesta.

—¿Y están preparados para aceptar de Dios los hijos amorosamente y educarlos según la ley de Cristo y de su Iglesia?

Cuando ascendí como Don trece años atrás, sabía que producir herederos era parte de mi responsabilidad. No obstante, la perspectiva de tener hijos nunca me había parecido tan real como ahora, con mi pequeña y hermosa novia a mi lado.

Sofiya y yo respondimos afirmativamente.

Luego vinieron los votos. Cuando el sacerdote le preguntó a Sofiya si juraba “amarme,

honrarme y obedecerme", apretó la mandíbula. Sus ojos miraron a su padre y luego a mí. Pude ver la rebelión en sus ojos, tan expresivos que prácticamente podía escuchar sus pensamientos.

El cura se aclaró la garganta y ella soltó un resoplido de fastidio antes de decir:

—Sí, acepto.

Joder, eso fue... *lindo*.

Casi me hizo sonreír.

SOFIYA

—*Sí, ACEPTO*.

Eso fue todo. Ya no había vuelta atrás.

Era hora de intercambiar los anillos. Me entró un poco de pánico porque no me habían dado uno para Matteo, sin embargo, él sacó argollas para ambos. Le dediqué una sonrisa de agradecimiento, y algo en su mandíbula se tensó. Se me borró la sonrisa y una sensación de malestar me retorció el estómago. ¿Mi esposo ya me odiaba?

El sacerdote bendijo los aros y Matteo me colocó la sencilla alianza de oro en el dedo. Un breve destello de decepción me recorrió antes de disimularlo. De niña había pasado horas marcando mis anillos favoritos en los catálogos de joyas que sacaba de la basura cuando mi madre acababa con ellos. Había soñado con un anillo de estilo *art* déco con un gran diamante en el centro y piedras más pequeñas a su alrededor. Desafortunadamente, esta boda no se parecía en nada a la que había imaginado de niña. Ni el vestido, que había elegido mi madre, a pesar de que haría que moverme en silla de ruedas fuera una pesadilla. Ni la lista de invitados, compuesta principalmente por viejos y poderosos hombres de la *Bratva*. Ni el novio.

Para ser justos, no podría haber seleccionado un esposo más atractivo, aunque hubiera tenido elección. Las fotos que Mila y yo encontramos no le habían hecho justicia. Matteo era devastadoramente guapo. Tenía el cabello oscuro desordenado, lo que contrastaba con su porte severo y arreglado. Su traje, no un esmoquin, estaba impecablemente confeccionado y mostraba su cuerpo alto y musculoso. Aun así, siempre había imaginado casarme con alguien que me quisiera. O, al menos, que le *gustara*. Me tragué el nudo que tenía en la garganta mientras deslizaba el sencillo anillo de oro en su anular, con las ásperas yemas de sus dedos rozándome la piel.

Firmé el acta de matrimonio con una mano más firme de lo que sentía. Me atreví a ver de nuevo a mi nuevo marido, pero me miraba fijamente con la misma expresión impasible que había tenido desde que entré a la iglesia. Nunca había sido capaz de controlar mi rostro, para inmensa decepción de mi padre. Según él, yo era demasiado fácil de leer, demasiado vulnerable, demasiado patética. No sabía si debía sentirme impresionada o aterrorizada por la capacidad de Matteo para disimular sus emociones.

—Ahora los declaro marido y mujer. Puedes besar a tu novia —anunció el sacerdote, dando por concluida la ceremonia.

Me quedé congelada.

«Oh, no, oh, no, oh, no».

Matteo tendría que agacharse para besarme, pero hacer eso sería degradante para un Don de la mafia. Su expresión permaneció inmutable mientras se inclinaba, tomaba mi barbilla entre el

pulgar y el índice y presionaba sus labios contra los míos. El beso fue suave, apenas un roce, no obstante, su contacto fue eléctrico y me dejó con ganas de más. Demasiado rápido, se acabó. Mi esposo asintió con la cabeza al sacerdote antes de mirarme a los ojos y levantar la barbilla hacia la salida.

—Es hora de irnos.

Tragué saliva. No teníamos planeada una recepción. Mi padre nunca querría presumir a su hija defectuosa en público. Únicamente había invitado a la ceremonia a su círculo íntimo, hombres que conocían mi discapacidad. Pero aun así pensé que tendría más tiempo para despedirme. Asentí y giré mi silla para volver a pasar por el pasillo. Me detuve junto a la banca de mi familia y extendí mi mano hacia Mila, que pasó junto a mis padres con rostro inexpresivo para unírseme. Matteo se adelantó hasta que se dio cuenta de que yo no estaba a su lado. Se detuvo y se giró hacia mí. Me mordí el labio, no quería enfadarlo, pero no podía irme sin despedirme de mi hermana.

—Supongo que nos vamos ahora mismo —dije, agarrando su mano.

Ella asintió, con la barbilla temblorosa. Apreté su mano con más fuerza para evitar que se me salieran las lágrimas. Ella se inclinó y me rodeó con los brazos.

—No dejes que te manipule, Sofiya. Eres demasiado dulce para tu propio bien —susurró.

—Está bien —le susurré de vuelta. Siempre se me había dado bien defender a Mila, mas nunca había sido capaz de hacerlo por mí misma. Supuse que era hora de aprender.

Encontré la mirada de Matteo por encima del hombro de Mila. Bajó la vista hacia su reloj, y lo tomé como la señal de que se me había acabado el tiempo.

—Te quiero mucho. —Apreté con fuerza a mi hermana antes de soltarla desganadamente.

Miré a mi madre, pero ella tenía la mirada perdida. Estar casada con mi padre la había ido apagando poco a poco hasta convertirla en un cascaron sobremedicado. Respiré profundamente y avancé por el pasillo hacia mi nuevo esposo y mi nueva vida.

Me dolían los brazos, cada empujón de la silla de ruedas me forzaba las muñecas y los hombros. Por suerte, la fachada de la iglesia tenía una rampa, así que la rodeé hasta la calle, donde me esperaban tres BMW negros.

—Este es el nuestro —indicó Matteo, señalando el vehículo del medio. Sus ojos se desviaron hacia mi silla.

Mila y yo habíamos pasado horas viendo vídeos sobre cómo pasar de mi silla de ruedas al coche, y luego nos habíamos escapado a altas horas de la noche para practicar en el garaje. Por supuesto, Matteo utilizaba camionetas todoterreno enormes, como mi padre. Eso hacía que la transferencia fuera aún más difícil, ya que tenía que subirme al asiento con mi enorme vestido, sin embargo, no iba a mostrar ninguna debilidad delante de aquellos hombres, que habían formado un círculo alrededor de Matteo y de mí.

Esto era tan increíblemente vergonzoso.

Uno de los soldados se puso frente a mí. Mis ojos se abrieron de par en par al verlo. Probablemente era el tipo más grande que había visto en mi vida: al menos un metro noventa, quizá más, y ridículamente musculoso. El corazón me dio un vuelco de ansiedad hasta que me fijé en su cara ligeramente de niño, su sonrisa amable, y en su peinado, usaba un moño masculino.

—Hola, señora Rossi, soy Angelo. Puedo ayudarla a entrar si me dice qué hacer.

Por un segundo, no supe con quién estaba hablando, pero claro, ahora *yo* era la señora Rossi. Me costaría acostumbrarme.

—Puedo hacerlo si me abres la puerta. —Asintió e hizo lo que le pedí.

Me acerqué al vehículo en ángulo y pisé el freno. Deseé poder pedirles a todos que me dieran la espalda porque ese día me sentía especialmente débil y ya sabía que sería complicado. Me desplacé hasta el borde de mi silla y luego me trasladé al estribo del coche. Ahora solamente tenía que subirme al asiento. Agarré la manilla por encima de la ventanilla y la utilicé para hacer palanca, apretando los dientes contra el dolor en mis hombros.

—Impresionante, *bella* —halagó Angelo, ayudándome a meter la falda del vestido en el coche—. Pondré su silla en la parte de atrás.

Le dediqué una pequeña sonrisa, y Matteo emitió un sonido casi como un gruñido. Tenía la mandíbula apretada y sus ojos parecían arder de ira antes de cerrar la puerta tras de mí.

Cerré los ojos, negándome a llorar. Después de crecer en una casa tan fría, había soñado con casarme y formar una familia. Sin embargo, en ese momento, me preguntaba si firmar aquel papel había sellado mi destino de vivir en otro hogar sin amor.

MATTEO

En cuanto entré en el coche, saqué mi teléfono y me puse a revisar mensajes sin pensar para distraerme de la nueva mujer que tenía a mi lado. No tenía idea de lo que me había pasado cuando le sonrió a Angelo. Lo único que sabía era que lo odiaba. Lo había asignado como la escolta de Sofiya, pero ya estaba cuestionando mi elección.

Aunque ella había hecho un buen trabajo subiéndose sola al vehículo, me picaban los dedos de ganas de cargarla. Apreté el puño. No podía dejar que se metiera en mi cabeza. No dejaría que fuera una distracción. Mi lealtad estaba con la mafia, mis hombres y Sienna. Eso era todo.

—Tengo una llamada de trabajo que tengo que atender en el avión —le informé, cortando el silencio mientras seguía mirando mi teléfono.

—*Oh*, está bien —pronunció Sofiya, con voz suave.

No pude evitar echarle un vistazo. Sus manos se retorcían en la falda blanca de su vestido. Parecía tan joven, tan jodidamente *inocente*. No era lo que yo esperaría de alguien que se hubiera criado en la *Bratva*. Las palabras de Romeo sobre Rustik resguardando a sus hijas volvieron a mí. ¿Sabía algo de mi mundo?

—Así que asegúrate de no molestarme —añadí, con la mandíbula apretada.

Sofiya tragó saliva, con los ojos muy abiertos, y asintió con la cabeza antes de apartar rápidamente la mirada.

Sentí una extraña punzada en el pecho.

Cada músculo de mi cuerpo estuvo tenso durante el resto del interminable trayecto hasta el aeropuerto. En cuanto nos detuvimos frente a mi avión privado, salí por la puerta, con la necesidad de crear la mayor distancia posible entre Sofiya y yo.

Me abroché la chaqueta y giré hacia el avión, observando las escaleras metálicas que conducían a la puerta. Mientras Angelo levantaba la silla de ruedas de Sofiya de la parte trasera del coche, se me ocurrió: ¿cómo subía la gente en silla de ruedas a los aviones? Nunca lo había pensado hasta ese momento.

Le hice una señal a Enzo, uno de mis mejores guardaespaldas.

—Habla con el personal de la aerolínea para ver cómo subirla al avión —ordené en voz baja.

Me pasé la mano por el cabello mientras Romeo se unía a mí.

—¿Qué estás pensando? —inquirió.

—Rustik guardó algunos secretos.

—¿Habría cambiado tu decisión?

Sabía lo que estaba preguntando, ¿habría rechazado a esta candidata si hubiera sabido que estaba en una silla de ruedas? Como Don, sabía que cualquier signo de debilidad sería explotado. Tener una esposa ya me hacía vulnerable, mis enemigos intentarían utilizarla para llegar a mí,

pero ¿tener una tan visiblemente *defectuosa*? Hice una mueca. Sofiya rodeó el coche y se detuvo cuando estuvo a mi lado. Ladeó la cabeza para encontrarse con mi mirada y sus carnosos labios rojos me hipnotizaron. En silla de ruedas o no, era perfecta.

Nos quedamos viendo en silencio, con un ligero rubor oscureciéndose en sus mejillas a medida que pasaban los segundos.

Enzo volvió a unirse a nosotros.

—Jefe —dijo, mirando a Sofiya—. La tripulación dice que hay una rampa para sillas de ruedas, pero como no les avisamos, podría pasar hasta una hora antes de que esté disponible.

—Eso es inaceptable. Diles que la traigan más rápido.

Enzo hizo una mueca.

—Lo intenté, Jefe.

Cerré los ojos, respirando con rabia. Por eso no me gustaba irme de New York. Todo el mundo en la ciudad sabía quién era y con quién estaban tratando, lo que no siempre ocurría en otros lugares.

—¿Cómo sueles subir a los aviones? —le pregunté a Sofiya.

Parecía sorprendida.

—Nunca he subido a un avión. Pero supongo que podría trepar por la escalera.

La fulminé con la mirada, totalmente confundido por lo que había sido su vida. ¿Cómo es que nunca había viajado?

—No tengo tiempo para esto. Te cargaré por la escalera y luego podremos largarnos de aquí.

Sofiya volvió a juguetear con la falda de su vestido.

—*Oh*, bueno, no es muy seguro que me carguen... —Se interrumpió al ver mi expresión.

—No voy a dejarte caer —siseé entre dientes—. Vamos.

Caminé hacia las escaleras del avión, sin mirar atrás para ver si me seguía. Lo haría si supiera lo que le conviene.

Romeo me siguió el ritmo. Llegamos al final de la escalera y nos volteamos. Sofiya se dirigía hacia mí, cada empujón de la silla de ruedas era lento y torpe. Angelo caminaba a su lado, inclinándose ligeramente para hablar. Ella se rio de lo que él dijo, y yo apreté la mandíbula.

—Aún así te casaste con ella. —Había algo en la expresión de Romeo, una sonrisa *perspicaz*, que me puso nervioso.

—¿Qué se suponía que tenía que hacer? Tú fuiste quien dijo que necesitábamos esta alianza.

—Sí la necesitamos. —Romeo se encogió de hombros.

Observamos a Sofiya y Angelo acercarse en silencio. ¿Tenía que caminar tan cerca de ella? ¿Y qué demonios podía ser tan gracioso para hacerla sonreír tanto?

—Puedo cargarla para subir al avión. —Se ofreció Romeo.

Me giré hacia él, con algo ardiente dentro de mí.

Se rio y me agarró del hombro antes de subir por la escalera.

—Hablaré con el piloto para asegurarme de que estamos listos para despegar.

—Por fin —comenté cuando Sofiya se detuvo delante de mí. La miré, tratando de encontrar la mejor manera de levantarla—. Pon tu brazo alrededor de mi cuello. —Conseguí pasarle un brazo por la espalda y el otro por debajo de las piernas. Angelo tuvo que ayudar cuando las muchas capas de su vestido se interpusieron, pero entonces ella estaba en mis brazos con un pequeño chillido.

Su vestido hacía que sostenerla fuera un poco incómodo; sin embargo, algo en la sensación de sostenerla aflojó el nudo de tensión que tenía en el pecho. Se aferró con fuerza a mi cuello y a mi hombro mientras subía los escalones. El calor de su piel me rozaba y el viento me pasaba su

cabello por la cara.

—No es la forma tradicional de llevar a la novia por el umbral —bromeó Sofiya cuando entramos al avión.

La acomodé en un asiento y la miré con expresión severa.

—Este matrimonio es una alianza entre nuestras familias. Nada más. No eres mi *novia*. Espero que te comportes como corresponde a tu posición, pero no esperes de mí un verdadero matrimonio. ¿Entendido?

La cara de Sofiya brilló de dolor, sus expresivos ojos delataban todo lo que sentía. Volví a dudar de cómo podría sobrevivir a esta vida. El bajo mundo criminal la masticaría y la escupiría.

—De acuerdo. —Aceptó en voz baja—. Vamos... quiero decir... ¿Vamos a vivir juntos?

Me aclaré la garganta y me ajusté las mancuernillas.

—Por supuesto. Presentaremos un matrimonio unido al mundo exterior. En privado, tendremos vidas separadas. —Me obligué a darme la vuelta y tomé asiento frente a ella.

Romeo se desparramó en el asiento de al lado, todavía con una sonrisa astuta que estremeció mis nervios, y Angelo se sentó junto a Sofiya, apretujándola contra la ventanilla.

—¿Está nerviosa? —Lo escuché preguntar.

—Un poco —confesó Sofiya—. Es seguro, ¿verdad? —Se cubrió las mejillas con las manos —. Lo siento, es una pregunta estúpida.

—Es perfectamente seguro, *bella*. El vuelo dura poco más de dos horas, así que no es muy largo.

Resoplé y volví a sacar mi teléfono, desplazándome al azar por mis mensajes.

—¿Está todo preparado para esta reunión? —le inquirí a Romeo.

—¿Esta reunión increíblemente no urgente con un proveedor de armas a la que podría ir sin ti, o que podríamos reprogramar? Sí, creo que está todo preparado —ironizó secamente.

Fruncí el ceño.

—Ahora no es el momento de sentarse y relajarse. Los albaneses están presionando. Tenemos que estar alerta.

—Como tú digas —replicó Romeo, echándose hacia atrás en su asiento y cerrando los ojos.

Resistí las ganas de dispararle. Estaba siendo demasiado engreído, y ni siquiera estaba seguro de por qué. Pero no me gustaba.

La azafata volvió para informarnos que estábamos listos para despegar. Su vestido rojo era escotado, mostrando sus grandes pechos, y la indecente falda dejaba a la vista sus largas y bronceadas piernas. La follé en el dormitorio de la parte trasera del avión el mes pasado, y la forma hambrienta en que me observaba me decía que quería repetir la experiencia. No obstante, en ese momento no recordaba qué me había parecido atractivo de ella.

El avión empezó a moverse y tuve que forzar la vista para mantenerla fija en mi teléfono en lugar de dejar que se desviara hacia mi nueva esposa.

—Saca todos sus historiales médicos, todo lo que puedas encontrar sobre ella —le ordené en voz baja a Romeo—. Quiero saberlo todo sobre ella y esta maldita familia. Puede que Rustik haya propuesto esta alianza, pero darnos esta hija fue un desliz. Quiere tener ventaja y no voy a dejar que la tenga.

Asintió, sacando su teléfono. Por mucho que Romeo me molestara, no había nadie en quien confiara más.

Cuando el avión despegó, Sofiya soltó un pequeño grito ahogado. No pude evitar contemplarla. Se agarró a los reposabrazos mientras miraba por la ventanilla con los labios entreabiertos. La luz del atardecer se reflejaba en la ventana, rebotando en su cabello dorado y

haciéndola parecer un ángel.

Si ella era un ángel, yo era el diablo. Y nunca seríamos el uno para el otro.

Una vez en el aire, me dirigí a la parte trasera para hacer algunas llamadas de trabajo.

SOFIYA

MILA Y YO PASAMOS INCONTABLES HORAS SOÑANDO CON TODO LO QUE QUERÍAMOS HACER EN EL mundo exterior, los destinos a los que queríamos viajar y lo que haríamos cuando llegáramos allí. La habíamos llamado nuestra *Lista de Sueños*, y yo ya podía tachar el primer elemento: volar en avión.

Por supuesto, nunca esperé estar en un avión privado con asientos anchos y suaves y una azafata que nos traía aperitivos y *champagne*. Le dediqué una rápida sonrisa mientras tomaba un paquete de galletas de chocolate calientes. Ella era preciosa, su vestido resaltaba sus curvas, y sentí un destello de celos, sobre todo cuando vi cómo su mirada se detenía en Matteo.

Intenté concentrarme en lo emocionante que era estar por encima de las nubes, ver cómo la puesta de sol pintaba el cielo de naranjas y rosas mientras nos desplazábamos hacia nuestro destino, sin embargo, tenía un nudo gigante en la garganta. Mi nuevo esposo había dejado claro que nunca cumpliría varios de los deseos de mi lista: ser amada, y crear un hogar feliz para mis hijos.

Había sido tan infantil siquiera incluirlos en ella. ¿Qué mujer de mi mundo conseguía la felicidad? Aprendimos a vivir sin ella. Las desafortunadas acababan como mi madre, vacías, destruidas por maridos crueles. Las afortunadas con maridos ausentes se pasaban el día cuidando niños, de compras y quejándose con las amigas.

Matteo era brusco y serio, pero aún no había indicios de que fuera cruel. No había hecho ningún comentario sobre mi silla de ruedas, no me había llamado “desperdicio de espacio” como había hecho mi padre cuando me vio usarla esta mañana. Matteo incluso me había cargado hasta el avión, con suavidad, en lugar de obligarme a subir las escaleras arrastrando mi trasero.

Ojalá hubiera conocido a mi esposo en un día de mejor salud, no obstante, esta mañana me había despertado, como demasiadas mañanas últimamente, con las rodillas y la cadera a punto de fallar en cualquier momento. ¿Habría estado Matteo interesado en un matrimonio de verdad conmigo si yo fuera más guapa o más delgada o estuviera menos dañada?

—¿Qué opinas de volar? —preguntó Angelo, sacándome de mis pensamientos melancólicos.

Me dirigí a él con una sonrisa.

—Es increíble.

—¿Nunca habías viajado?

—Nunca había salido de Chicago. —La verdad era que apenas había salido del ala este de mi casa. Cuando Mila y yo éramos más jóvenes, antes de que mi estado empeorara, a veces asistíamos a fiestas o salíamos de excursión con nuestra niñera. Pero de eso hace ya toda una vida.

—New York es una gran ciudad. Creo que te gustará —me dijo.

—¿Has vivido allí toda tu vida?

—Sí. Nací y crecí allí pobre, lo que me trajo a todo esto. —Señaló con la mano hacia nuestro lujoso entorno—. Cuando era más joven. El Jefe ha sido bueno conmigo.

Lo estudié fijamente para ver si mentía. Mila siempre decía que yo era demasiado confiada, pero prefería creer que la gente era esencialmente buena a pasarme la vida esperando que me mintieran o me hicieran daño. Quizás había nacido en el mundo equivocado.

—¿Puedes contarme más sobre él? —susurré.

Matteo se había dirigido a la parte trasera del avión hacía un rato, pero Romeo estaba al otro lado del pasillo, y había más guardaespaldas sentados en los sofás, sí, malditos *sofás*, lo cual no podía ser normal, y no quería que me escucharan.

Angelo me dedicó una sonrisa amable.

—Habrás adivinado que no es muy expresivo. No obstante, es un Don justo. Recompensa a la gente que le es leal.

Las palabras no dichas flotaban en el aire, lo que les ocurría a los que no eran leales.

—¿Tiene familia? —pregunté.

—Tiene una hermana. Vive en el mismo edificio que él. Aunque creo que eso es todo. ¿Sabes que sus padres fueron asesinados?

Fruncí el ceño y negué con la cabeza. No lo sabía. *No sabía* prácticamente nada de mi marido, salvo que se veía muy bien con traje.

—Por su tío —comunicó Angelo, con voz grave—. El Jefe tardó dos años en derrocar al traidor y recuperar New York.

—¿Cuándo fue eso? ¿Cuánto hace que es Don?

—Eso fue hace trece años.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Cuántos años tiene?

Romeo soltó una risita desde el otro lado del pasillo y me di cuenta de que había hablado demasiado alto. Me ruboricé y me acurruqué sobre mí misma. Mi padre no soportaba que le hiciera preguntas.

—No te preocupes —mencionó Romeo con un guiño—. El Jefe huyó, así que ahora tiene que atenerse a las consecuencias.

Levanté las cejas, sorprendida por la forma en que hablaba de su Don. Si alguien hablaba así del *Pakhan*, incluso su mano derecha, sería castigado.

—Matteo tiene treinta y ocho años —continuó Romeo—. Un viejo cabrón.

Angelo resopló.

—¿Y cuántos años tienes tú?

Romeo le hizo una seña obscena con el dedo medio.

—Treinta y siete —contestó a regañadientes, y no pude evitar reírme. Romeo volvió a guiñarme un ojo.

No podía creer lo joven que había sido Matteo cuando se convirtió en Don, y sentí una ráfaga de simpatía por mi nuevo esposo. No me extrañaba que fuera tan serio. Había sido responsable de todo New York durante tanto tiempo. Me mordí el labio, pensando en los diecisiete años que había entre nosotros. A pesar de que la diferencia de edad no me molestaba, probablemente era otra de las razones por las que Matteo no estaba interesado en mí. Yo era joven e ingenua... ¿por qué querría pasar tiempo conmigo?

—Háblanos de ti, Sofiya —pidió Romeo.

Me encogí de hombros.

—No hay mucho que contar. No soy muy interesante.

—Al contrario, espero que estés a punto de traer un sinfín de cosas emocionantes a nuestras vidas —expresó, reclinándose en su asiento.

Le dediqué una sonrisa titubeante al sociable segundo al mando.

—Me gusta hornear y leer. Aburrida, como dije.

—¿Eres buena horneando? —Curioseó Angelo, frotándose el estómago.

—No estoy segura. —Me encogí de hombros—. A mi hermana y a nuestro guardaespaldas parecían gustarles bastante mis creaciones. —Mis padres nunca pisaban la cocina, así que había sido un lugar seguro para que Mila y yo pasáramos el tiempo, rodeadas de personal compasivo. Lamentablemente, mi salud me había robado incluso eso a medida que me resultaba más difícil subir y bajar las escaleras. ¿Tendría escaleras mi nuevo hogar?

—En realidad no sé cuáles son los postres tradicionales rusos —expresó Romeo.

—Hago algunos postres rusos, como *piroshki*, que son pequeñas tartas hechas a mano, y *blini*, que son como las *crepes*. Pero aprendí sobre todo viendo programas de repostería americanos y británicos, así que hago muchas galletas y pastelitos, cosas así —expliqué.

—¿Algún postre italiano? —indagó Angelo, con una chispa de interés en sus ojos—. Mi favorito es el tiramisú.

—Nunca lo he hecho, aunque me encantaría intentarlo —respondí. Tenía un cuaderno con todas mis recetas favoritas y una lista de las que aún quería hacer. Mi lista había crecido mucho el año pasado, ya que había pasado meses enteros metida en la cama.

—Mi favorito es el *cannoli* —mencionó Romeo—. Y yo soy mucho más importante que este tipo, así que definitivamente deberías hacer mi postre primero.

Angelo resopló y se cruzó de brazos. Sus bromas juguetonas me hicieron sentir calidez por dentro. Tal vez no tendría un esposo cariñoso, sin embargo, ya había más gentileza en estas pequeñas interacciones de la que jamás había tenido en casa. Mila y yo habíamos hecho todo lo posible por crear nuestro propio mundo en nuestra ala de la casa, y nuestro guardaespaldas, Nikolai, había participado en nuestras travesuras. Pero con la rara excepción de cuando Dimitri nos visitaba, habíamos sido una isla en medio de hombres fríos y duros.

—Tendré que hacer las dos cosas —concluí—. ¿Cuál es el favorito de Matteo?

Romeo frunció el ceño.

—Sabes, no estoy seguro de que lo haya visto alguna vez comer un postre.

Justo entonces, apareció el hombre en persona. No lo había escuchado llegar, y di un pequeño respingo.

—*Ahh*, el momento perfecto, Matteo. —Empezó Romeo—. ¿Cuál es tu postre favorito?

La expresión gélida de Matteo se fijó en mí como si supiera que yo era el motivo de la pregunta. Rápidamente apartó la mirada, ignorándome, y mi corazón se rompió un poco.

—Te necesito atrás —replicó, moviendo la cabeza. Romeo dio un suspiro exagerado antes de levantarse y seguir al Don.

Angelo debió de darse cuenta de mi expresión melancólica, porque me dio una palmadita en la mano.

—El Jefe ha estado lidiando con muchas cosas en su territorio. Lo mantiene muy ocupado.

Asentí y me giré hacia la ventana. Había caído la noche y las luces parpadeantes sobre las alas del avión se unían a las estrellas para iluminar el cielo. Mi padre no creía que las mujeres debían saber nada de los asuntos de la *Bratva*, y supuse que lo mismo ocurriría en mi nuevo hogar.

Nos quedaba una hora más de vuelo y decidí que me dejaría llevar por la autocompasión

hasta que aterrizáramos. Luego estaría preparada para afrontar mi nueva vida y sacar lo mejor de ella.

MATTEO

El suave tintineo del ascensor sonó antes de que se abrieran las puertas. Le hice un gesto a Sofiya para que subiera primero, seguida de Romeo y de mí. Las puertas se cerraron, dejando a Angelo esperando al siguiente con las dos maletas de Sofiya y la caja grande que había traído. Me las había arreglado para mantenerme alejado de ella durante todo el viaje, pero en ese momento estaba atrapado en este pequeño espacio. Incapaz de escapar de ella.

El ascensor subió desde el garaje subterráneo hasta el piso veintidós, donde me esperaba mi *penthouse*. Había comprado este edificio histórico en el lado oeste de Central Park después de convertirme en Don. Sienna y yo no soportábamos estar en la casa en la que habíamos crecido, las paredes repletas de recuerdos de nuestros padres, los suelos manchados con su sangre.

Los pisos inferiores del edificio incluían viviendas para Sienna y mi círculo íntimo, junto con oficinas para mis negocios legítimos e ilegítimos. La propiedad estaba rodeada por un gran patio y un jardín. Sienna almorzaba allí cuando el clima era agradable. Era uno de los pocos lugares al aire libre donde podía estar sin un convoy de guardaespaldas. Pero únicamente yo tenía acceso a la azotea. Algunas noches, me sentaba allí a solas con una copa, con los débiles sonidos de la ciudad que llegaban desde la calle de abajo. En esos momentos, me sentía el rey de la ciudad.

La puerta del ascensor se abrió, dejando ver la gran entrada y la puerta principal. Sofiya parecía agotada cuando salimos del ascensor.

—Para entrar hay que introducir una huella digital —le informé—. Romeo, Angelo, Enzo, mi hermana y yo somos los únicos con acceso.

Asintió mientras se mordía el labio inferior. Me dieron ganas de regañarla y decirle que dejara de hacerlo. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Era *mi* hogar el que estaba a punto de ser invadido.

Para cuando añadí su huella a la cerradura, dándole a regañadientes acceso a mi espacio privado, las puertas del ascensor se habían abierto de nuevo para dejar ver a Angelo y las maletas. Le sonrió a Sofiya.

—Soy el jefe de su equipo de seguridad y seré su guardaespaldas personal. Estoy seguro de que el Jefe le dirá cómo ponerse en contacto conmigo, pero estaré vigilando afuera del apartamento durante el día por si necesita algo, y la llevaré en coche si tiene que ir a algún sitio.

—Gracias —respondió mi nueva esposa.

—Fue un placer conocerte, Sofiya —dijo Romeo—. Me despido ahora. Los dejo para que se conozcan. —Me miró arqueando una ceja antes de volver al ascensor con una risita. Vivía un par de pisos más abajo y me entraron ganas de exigirle que se quedara. ¿Qué se suponía que debía hacer a solas con esta chica?

Angelo colocó las dos maletas de Sofiya dentro del apartamento antes de hacerme un gesto

con la cabeza y dirigirse de nuevo a la entrada. Le hice un gesto a Sofiya para que entrara y la seguí, cerrando la puerta con un ruido *sordo*.

Si bien el apartamento era bastante grande, nunca me había parecido tan pequeño como en aquel momento. Sofiya podía ser una chica diminuta, mas su presencia llenaba el espacio.

—Es muy bonito —opinó, mirándome.

Yo solo gruñí. Sienna se había lanzado a diseñar todos los apartamentos del edificio. Yo me había mantenido al margen, aparte de vetar algunas de sus ideas más descabelladas.

Recogí las maletas de Sofiya, preguntándome dónde estaría el resto de sus cosas. Esperaba que sus pertenencias ocuparan varios coches, pero tal vez sus padres planeaban enviarlo todo más adelante.

Levanté la barbilla hacia el lado izquierdo del apartamento, donde había un pasillo que salía de la sala.

—Tu dormitorio está por allí. —El más alejado de mi habitación.

Sofiya atravesó la sala moviendo su silla de ruedas y me siguió por el pasillo. Abrí la puerta de la recámara de invitados y coloqué sus maletas junto a la cama. Nadie se había alojado nunca en esta habitación, no era como si tuviera invitados, no obstante, le había pedido a Gianna que se asegurara de que estuviera lista para mi nueva esposa.

Sofiya observó el dormitorio, como si estuviera a punto de decir algo.

—Iré a buscar el resto —gruñí, saliendo antes de que pudiera.

Algo sonó en la caja de cartón mientras la llevaba por el apartamento, y sentí la tentación de mirar adentro. Aunque estaba decidido a mostrar el menor interés posible por mi nueva esposa, así que mantuve la boca cerrada y la dejé a los pies de la cama.

—Gracias —pronunció.

—Gianna Pesci es mi ama de llaves y cocinera. Ella y su hija vienen un par de veces a la semana a ocuparse de las cosas, pero se ausentarán durante el próximo mes por una boda. —El hijo de Gianna se iba a casar, así que estaría de vacaciones, algo que rara vez hacía. Yo siempre le decía que debería tomarse más, aun así, insistía en que yo no podría sobrevivir sin ella, lo que probablemente era cierto. Sin embargo, tenía que admitir que me sentía aliviado de que no estuviera aquí. Era una mujer testaruda y no tenía ningún reparo en insultarme. No necesitaba sus comentarios para complicar la situación.

—¿Tienes más personal? —Sofiya preguntó.

—No que vengan al apartamento.

Asintió con la cabeza, parecía tan jodidamente pequeña en su silla de ruedas.

—Tengo que ir a una reunión —le avisé bruscamente.

—*Oh.* —Volvió a morderse su labio carnoso—. ¿Te irás?

Apreté la mandíbula al ver la tristeza en su expresión. ¿Por qué no podía ocultar lo que sentía?

—Te dije que esto no iba a ser un matrimonio de verdad —siseé.

Parpadeó lentamente antes de asentir.

—Por supuesto. Lo siento.

Tenía mil respuestas irritantes en la punta de la lengua, no obstante, me las tragué, giré sobre mis talones y salí del apartamento. Cuando pasé junto a Angelo y volví a tomar el ascensor tuve una extraña e inquieta sensación en el pecho. Me lo froté distraídamente mientras las puertas se abrían hacia el piso inferior, donde estaba mi oficina.

MATTEO

ESTA MAÑANA ME COSTÓ TRES INTENTOS HACERME EL NUDO DE LA CORBATA. Y DEFINITIVAMENTE no fue porque mis pensamientos estaban consumidos por mi nueva esposa.

Era demasiado joven.

Y hermosa. Joder.

Después de mi reunión con el traficante de armas, me quedé en mi oficina, bebiendo solo hasta las tres de la mañana. Cuando volví a mi apartamento, la puerta de la habitación de invitados estaba cerrada y las luces apagadas. Incluso en la quietud, juré que podía sentir su presencia.

Podía ser que fuera un bastardo por dejarla sola en cuanto llegamos, pero en realidad ella no era nada para mí. Solo una extraña. Una compañera de apartamento.

Aun así, eso no explicaba la urgencia que sentía por salir de mi habitación y encontrarla.

Mirando en el espejo mi corbata aún torcida, puse los ojos en blanco mientras me pasaba la mano por el cabello. Yo era el puto *Matteo Rossi*. El jefe de la mafia. Una chica de veintiún años no iba a perturbar mi vida.

Salí de mi habitación mientras me ajustaba las mancuernillas, y me detuve bruscamente al ver a Sofiya parada junto a la isla de la cocina.

De pie, maldita sea.

¿Se trataba de una clase de broma? El cerebro me daba vueltas mientras intentaba entender por qué había mentido diciendo que estaba en silla de ruedas. ¿Era para obtener algún tipo de ventaja sobre mí? ¿Fue idea suya o de su familia?

La luz de la mañana entraba por la ventana, haciendo brillar su cabello mientras se colocaba un mechón detrás de la oreja. Estaba escribiendo algo en un papel, completamente ajena a mí. Eso tampoco me gustó. ¿Por qué no era más consciente de lo que la rodeaba?

Entré en la cocina, con la rabia impulsándome a cada paso.

—¡¿A qué carajos crees que estás jugando?! —reviré.

Sofiya se sobresaltó y sus ojos volaron hacia los míos.

—¡*Oh*! Perdón, no te había visto. —Sus redondas mejillas se sonrojaron mientras la observaba fijamente, sin pestañear—. *Ummm*, ¿buenos días? —Sus palabras salieron como una pregunta.

No, me negué a dejarme llevar por su actuación tan inocente.

—No respondiste a mi pregunta —solté entre dientes.

Se mordió el labio y sus mejillas enrojecieron.

—No la escuché. Lo siento.

¿Por qué se hacía la tonta? Di la vuelta a la isla de la cocina y entonces lo vi. El andador

frente a ella. Cómo apoyaba todo su peso sobre el mostrador.

«Mierda».

Mi insistencia en que no necesitaba saber nada de mi novia antes de casarnos me parecía una idiotez en ese instante. Tenía que comprobar con Romeo si ya había recibido su historial médico.

—¿Pasa algo? —inquirió Sofiya. Tuvo que levantar la cabeza para mirarme.

—¡Estás estorbando! —espeté, y mi enfado con ella se transformó rápidamente en una vergonzosa irritación hacia mí mismo—. Puede que ahora vivas aquí, pero eso no significa que sea tu casa para hacer lo que te plazca.

Sus labios se entreabrieron y rápidamente miró alrededor del enorme *penthouse*, como si tratara de averiguar en cómo es que estorbaba.

—¿Quieres...? ¿Debería...? —Su voz era un susurro mientras tropezaba con las palabras.

—Escúpelo. —No quería tener que seguir viendo sus grandes y tristes ojos azules.

—¿Quieres que me quede en mi habitación? —dijo finalmente.

—Sí, bien —respondí, necesitando que esta conversación terminara.

Desvió la mirada y me hizo un pequeño gesto con la cabeza antes de poner las manos en su andador. Tenía en la punta de la lengua preguntarle por su discapacidad, sin embargo, eso significaría permanecer en su presencia. Y cada segundo que pasaba con mi mujercita, más me atraía. Había cometido el error de confiar en la gente en el pasado, y me había costado todo. No volvería a hacerlo.

Sofiya regresó lentamente a su habitación, apoyándose en el andador. Al pasar junto a mí, percibí su aroma, algo dulce y floral. Vi el papel en el que había estado escribiendo. En la parte superior de la página decía “Los famosos roles de canela de Sofiya” y parecía que había estado marcando los ingredientes que necesitaba.

Algo se agitó en mi pecho. Un dolor agudo que parecía casi... arrepentimiento. Me ajusté las mangas y aparté la sensación. Tenía que ir a la oficina. Me encontré esperando que los albaneses causaran alguna mierda ese día. Ensuciarme las manos me distraería de mi esposa.

Salí del apartamento, señalando con la cabeza a Angelo.

—Asegúrate de que no salga.

Asintió, manteniendo su posición junto a la puerta.

SOFIYA

CERRÉ LA PUERTA DE LA HABITACIÓN Y ME APOYÉ EN EL ANDADOR PARA MANTENER EL equilibrio. Me dolía la cadera y un cansancio, que no tenía nada que ver con el trastorno, se me estaba instalando en los huesos. No sabía cuánto tiempo podría vivir así. Mila siempre era la valiente, la que se defendía. Sin ella a mi lado, me sentía marchitar.

Me acurruqué en la cama y arrojé descuidadamente una manta sobre mi cuerpo. Los ojos me ardían por las lágrimas que no había derramado, hasta que finalmente me rendí y las dejé caer por mis mejillas. No era que hubiera nadie aquí para juzgarme por llorar. Me pregunté si mi nuevo esposo me gritaría si veía mis lágrimas, como siempre había hecho mi padre. No entendía por qué tenía que nacer con un corazón tan tremendamente blando. Deseaba poder ser fría e insensible... como Matteo.

Rodeé la almohada con los brazos y dejé que se me cerraran los ojos. Tal vez mis sueños me llevarían a una vida mejor.

LA LUZ de la habitación cambiaba a medida que el sol se ponía, tornándose dorada, luego rosa y después azul. No me había movido de la cama en todo el día y no tenía fuerzas para encender una lámpara.

Debería haber hecho más preguntas esta mañana. ¿Se me permitía salir de la habitación para comer? Matteo no lo había especificado, lo que, según mi experiencia, significaba que *no*. ¿Me golpearía si desobedecía? Se me revolvió el estómago al pensarlo.

Hacía unos meses, me había atrevido a bajar las escaleras después de que mi padre me dijera que me quedara en mi habitación. Había tenido mi periodo, pero no tenía provisiones, y Mila no estaba. Mi padre me sorprendió buscando en el tocador del baño de mi madre y me dio una bofetada en la cara. Me caí al suelo y me golpeé la cadera lo bastante fuerte como para dejarme un feo moretón. Tuve que arrastrarme hasta mi dormitorio, conteniendo los gritos de dolor, mientras mi padre me reprendía por no obedecerlo. Algo en mí se había roto aquel día, mientras yacía en la cama, con la sangre empapando la toalla que había metido en mi ropa interior.

Por lo que había visto y por mis conversaciones con sus hombres, Matteo no parecía violento, pero hasta yo me daba cuenta de lo ingenuo que sonaba eso. Era el Don. Seguramente había asesinado y torturado gente. Que fuera atractivo no significaba nada. Los monstruos se escondían detrás de caras bonitas.

La oscuridad envolvió la habitación y me quedé mirando por la ventana. A pesar de que el

hambre me carcomía el estómago, estaba demasiado asustada para aventurarme en la cocina. No había oído a nadie moverse por el apartamento en todo el día, aunque estaba segura de que Matteo tenía cámaras. ¿Era todo esto una prueba para ver lo obediente que era?

No había reloj en la recámara, así que no sabía qué hora era cuando por fin me levanté de la cama. Fui al baño y luego tomé mi bolso, sabiendo que Mila había metido una barra de chocolate allí la mañana de la boda. ¿Fue apenas el día anterior? Parecía que había pasado toda una vida.

El azúcar llegó a mis labios, mas apenas pude saborearlo. Comí mecánicamente, doblé el envoltorio y lo guardé en el bolso. El entumecimiento me invadió y me hundió.

Ya no tenía lágrimas que llorar. Esta era mi vida, ser odiada y olvidada, y tenía que aceptarlo.

MATTEO

—Escuché que estás evitando a tu nueva esposa —lanzó Romeo. Me dedicó una sonrisa insoportable mientras se desplomaba en la silla de piel frente a mi escritorio.

Sabía que tenía que haber quitado esa silla. No quería que nadie estuviera cómodo en mi oficina. En ese instante mi segundo al mando estaba reclinado en la silla con los pies *sobre mi puto escritorio.*

—No la estoy evitando. —Me froté la mandíbula. Había desarrollado un tic por lo mucho que la había apretado los últimos días.

Romeo arqueó una ceja.

—Claro. Por eso dormiste anoche en el Star.

—Era más práctico —argumenté. El Star era uno de mis hoteles de lujo en el centro de la ciudad.

Romeo canturreó mientras se cruzaba de brazos.

—La preciosa debe de estar sintiéndose sola. Quizá debería ir a hacerle compañía.

Me levanté del asiento antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, mi mano se dirigió hacia la pistola que guardaba oculta bajo la chaqueta.

Romeo se rio mientras levantaba las manos en señal de rendición.

—Joder, Matteo. ¿Te sientes un poco posesivo?

Me costaba respirar y sentía una necesidad inexplicable de ver a Sofiya. La idea de que cualquier hombre estuviera cerca de ella me hacía querer matar, y no entendía por qué.

—Hablaremos de la entrega de drogas más tarde —expresé, tomando mi teléfono y mis llaves y saliendo furioso de la oficina.

—¡Saluda a tu mujer de mi parte! —Romeo gritó tras de mí.

—Infórmame —le ordené a Angelo. Estaba situado fuera del apartamento donde lo había dejado ayer por la mañana. Enzo estaba asignado al turno de noche. Habrían cambiado de turno hacía unas horas.

Angelo se movió incómodo, poniéndome en estado de alerta.

—Ha estado en su habitación —dijo.

—¿Y? —bramé. Angelo estaba ocultando algo, y me estaba haciendo enojar.

—Es decir, no ha salido de su habitación, Jefe. En todo este tiempo.

Angelo y Enzo eran los únicos, aparte de Romeo y yo, con acceso a las cámaras de vídeo del

apartamento. Aunque tenía cámaras en todos los espacios comunes, no permitía que estuvieran en las habitaciones.

—¿Desde ayer por la mañana?

Angelo asintió.

—¡¿Por qué carajos no me lo dijiste?! —gruñí. Esa extraña sensación en mi pecho volvió a surgir. Resistí la tentación de frotarlo. ¿Qué demonios estaba haciendo ahí dentro?

—Dijo que no quería que lo molestáramos, Jefe. A menos que intentara irse.

Mi puño se cerró con ganas de darle un puñetazo. Angelo había ascendido rápidamente entre mis rangos. Lo había elegido para mi círculo íntimo después de que me salvara la vida en una emboscada. Era uno de los mejores tiradores de toda la Familia y había demostrado su lealtad. ¿Pero en ese segundo? Quería matarlo. Tragó saliva, mas no apartó la vista.

Ya me ocuparía de él más tarde. Primero tenía que ocuparme de mi esposa.

Hice un gesto con la cabeza, indicándole que abriera la puerta, y entré en el apartamento. Miré hacia la cocina como si Sofiya fuera a estar allí, sonriendo dulcemente mientras se recogía el cabello detrás de la oreja o mientras sacaba roles de canela del horno. Nunca lo admitiría ante nadie, pero eran una de mis comidas favoritas.

No obstante, el apartamento estaba en silencio.

Fui a su dormitorio y toqué la puerta. Al no recibir respuesta inmediata, entré y encontré a mi esposa acurrucada bajo las sábanas, de espaldas a mí. Volví a sentir una extraña punzada en el pecho. Tal vez tenía que ir al médico para asegurarme de que no me estaba dando un infarto.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí, mi voz sonó fuerte y áspera en la silenciosa habitación.

Sofiya se sobresaltó y me di cuenta de que estaba durmiendo.

—¿Matteo? —Se sentó contra la cabecera de la cama. Mantenía la mirada apartada, con los hombros tensos. Su enorme sudadera negra la hacía parecer pálida, con los ojos ensombrecidos por ojeras.

—¿Qué haces? —repetí mi pregunta, esta vez intentando controlar mi tono de voz.

—Estaba durmiendo. Lo siento —se disculpó en un susurro. Sus manos se retorcieron en las sábanas.

—¿Por qué lo sientes? —Di unos pasos hacia la cama.

—Pareces enojado.

Había estado enojado, pero era difícil mantener la emoción cuando miraba a esta chica frágil.

Solté un sonoro suspiro, inseguro de hacia dónde llevar esta conversación.

—Me enteré de que llevas en esta habitación desde ayer.

Ella asintió, aunque no ofreció ninguna explicación a su absurdo comportamiento.

—¿Has comido?

Se mordió el labio, sus ojos se cruzaron brevemente con los míos antes de volver a apartar la vista. Apreté la mandíbula para no exigirle que me mirara.

—Tenía una barra de chocolate en mi bolso —musitó.

—¿Comiste una barra de chocolate? —¿Se había encerrado en su habitación todo el día y toda la noche con una sola golosina?

Para mi horror, su labio inferior empezó a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Perdón. No sé qué hacer ni cuáles son las reglas. Puedo hacerlo mejor. Solo dime qué tengo que hacer.

Me quedé congelado mientras Sofiya se acurrucaba sobre sí misma, con los hombros temblorosos. Nada en mi entrenamiento me había preparado para esto.

—Deja de llorar —lancé.

Sofiya emitió un pequeño hipo y apretó los labios para callar sus sollozos.

Me pasé la mano por la cara. ¿Debería llamar a alguien? Mi hermana sabría qué hacer. Sin embargo, llamar a otra persona en ese momento sería admitir que me había derrotado esta chica.

Apreté la mandíbula para no estallar, me senté en el borde de la cama y le puse la mano en el hombro. Se puso rígida y mi humor se deterioró aún más. Retiré mi mano.

—¿Me dirás qué hice mal? —preguntó en voz baja.

Fruncí el ceño.

—Nada. Pero tienes que comer. Vamos.

Me levanté mientras ella apoyaba las piernas en el colchón. Agarró su andador con manos temblorosas, los dedos blancos mientras apretaba las asas. Mi ceño se frunció cuando intentó levantarse y cayó de nuevo sobre la cama.

—¿Qué ocurre? —Por una vez, deseé saber cómo hablar... *suavemente* o alguna mierda así.

—Lo siento, simplemente estoy un poco temblorosa. —Se mordió el labio y respiró profundamente, como preparándose para algo—. ¿Podrías traer mi silla de ruedas?

Su silla de ruedas estaba en la esquina de la habitación. Para mí sería fácil traérsela, pero, por alguna razón, me encontré inclinándome y levantándola. Su frente se pegó a mi pecho, sus brazos volaron alrededor de mi cuello y sus piernas se aferraron a mi cadera. Ahora sabía que podía moverlas, aun así, estaba claro que necesitaba entender su problema médico. Por ese momento, eso podía esperar. Uno de mis brazos sostenía su cintura y el otro se movía bajo su trasero.

—En realidad me basta con mi silla —apuntó. Su aliento me rozó el cuello, lo que me hizo apretar más fuerte. ¿Cuándo había sido la última vez que había estado tan cerca de alguien? Había follado con mujeres mientras tocaba menos de sus cuerpos.

—¿Te estoy lastimando? —pregunté en voz baja.

—No.

—De acuerdo, entonces. —Salí de la habitación, llevándola directamente a la cocina. Dudé antes de sentarla en la isla. La idea de dejarla ir me parecía inaceptable.

Apoyé los brazos a ambos lados de ella.

—¿Puedes sentarte aquí?

Sofiya tenía los ojos muy abiertos, pero había dejado de llorar. Asintió con la cabeza.

—¿No te vas a caer?

Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—No me voy a caer.

Gruñí y abrí el refrigerador. El aire frío me golpeó mientras miraba distraídamente los estantes. Había pasado toda mi infancia aprendiendo a mantener un estricto control sobre mí mismo y sobre los demás. Esto se intensificó cuando me convertí en Don, y hacía años que no me sentía realmente fuera de control. Sorpresivamente, aquí, en mi propia maldita cocina, con una chica diminuta sentada en la encimera detrás de mí, algo empezó a desatarse dentro de mí.

—*Ummm*, ¿necesitas ayuda? —La dulce voz detrás de mí tenía un toque de risa, y me di cuenta de que me había quedado viendo el interior del refrigerador en silencio sepulcral durante más tiempo del apropiado.

—No.

«Sí». No recordaba la última vez que había cocinado algo. ¿Por qué no había comida preparada aquí?

Cerré la puerta.

—Voy a pedir algo. ¿Qué quieres?

—No soy exigente.

La miré fijamente.

—Me dirás lo que quieres.

—¿*Pizza*? —Casi chilló.

—¿Asimilando tu nuevo estilo de vida italiano? —bromeé, enviando un mensaje a Angelo para que nos trajera *pizzas* del local de mi primo.

—Me gusta la *pizza.* —Se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja y yo seguí el movimiento—. Y podría cocinar alguna vez... —Se interrumpió, con una expresión de asombro en la cara mientras miraba hacia otro lado.

Pensé en la receta de panecillos de canela del día anterior por la mañana. Tal vez le gustaba cocinar, aunque no estaba seguro de por qué eso la alteraba tanto.

—¿Por qué no has comido nada? —inquirí, cruzando los brazos.

—No sabía si me estaba permitido —susurró.

—¿Por qué eso no estaría permitido?

—Dijiste que debía quedarme en mi habitación, así que no estaba segura...

El cerebro me daba vueltas mientras intentaba entender lo que decía. ¿Cuándo le había dicho que no podía salir de la habitación? La única conversación que habíamos tenido fue la del día anterior por la mañana...

Mierda.

Maldición.

Dejé el teléfono sobre la encimera y me puse delante de Sofiya.

—Mírame. —Ahí, mi voz sonó lo suficientemente suave. Para mi confusión, ella no hizo lo que le dije. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me había desafiado?

Le agarré la barbilla con el pulgar y el índice y le levanté la cara. Su piel era tan jodidamente suave.

—No quise decir que no podías salir de tu habitación.

—*Oh*.

—Esta es tu casa ahora. Puedes usar la habitación que quieras. Y si quieres cocinar o hacer roles de canela, lo puedes hacer.

Sofiya parpadeó, parecía cansada y confundida. Me entraron ganas de *consolarla*. Dejé caer las manos y di un paso atrás para evitar hacer alguna ridiculez.

—Sofiya. —Empecé, con un toque de exasperación en la voz—. Ahora estás casada con el Don de la Mafia Italiana. Eso te convierte en reina. No puedes dejar que la gente te manipule.

—¿Quieres que luche contra ti? —Ladeó la cabeza, y un toque de descaro entró en su voz. En lugar de irritarme, mi labio se estremeció como si estuviera tentado a sonreír. Controlé mi expresión justo a tiempo.

—No. —Entonces decidí presionarla un poco para ver qué respuesta obtenía—. Deberías *obedecerme*.

La irritación se reflejó en su rostro y esta vez no pude contener mi expresión divertida. Descubrí que no me importaba un poco de fuego en mi nueva esposa. Aunque me llevé la mano a la cara para ocultar la sonrisa, el leve ensanchamiento de sus ojos me dijo que se había dado cuenta.

Me aclaré la garganta.

—Puedes hacerme preguntas, Sofiya. Puede que esto no sea un matrimonio de verdad, pero no soy tu carcelero. —Si íbamos a convencer a la Familia de que esto era un matrimonio de verdad, no podía tenerme miedo.

Se mordió el labio y desvió la vista antes de asentir. Se hizo un silencio incómodo y miré mi teléfono, deseando que llegara la *pizza* para salvarme. Sofiya se agitó y sus piernas rebotaron contra la isla de la cocina. La miré fijamente.

—¿Qué te pasa en las piernas?

Se quedó paralizada al escuchar mi tono áspero.

—*Oh, um,* tengo algo que se llama SED, síndrome de Ehlers-Danlos. —Se clavó los dedos en los muslos. Tuve que detenerme físicamente para no sustituir sus manos por las mías.

—¿Qué es eso?

—Es un trastorno del tejido conjuntivo, así que mis articulaciones no son muy estables. Mi cadera y mis rodillas son las peores. Pueden dislocarse o hacer algo llamado subluxación, que es como una dislocación parcial. Empecé a usar el andador hace un par de años, pero últimamente no ha sido suficiente y he tenido que usar la silla de ruedas.

Su voz se había apagado hasta convertirse casi en un susurro, y sus mejillas se pusieron de un rojo intenso. En nuestro mundo, la imagen era poder, así que no era de extrañar que sintiera vergüenza. Pero descubrí que no me importaba mucho que eso la hiciera vulnerable. ¿Realmente importaba cuando yo estaba aquí para protegerla?

—¿Es peligroso? —solté apretando los dientes.

—¿No lo creo? —Salió como una pregunta.

—¿Cómo que no lo sabes?

Se me revolvió el estómago cuando Sofiya se estremeció ante mi tono severo.

—Nunca he tenido acceso constante a la atención médica, así que he tenido que ir juntando las piezas.

Apreté la mandíbula y asentí para que continuara.

—Empecé a tener problemas cuando era pequeña. Me torcía los tobillos todo el tiempo y siempre tenía las piernas golpeadas por tropezones y caídas. Tuve horribles dolores de crecimiento, dolores de cabeza y otros síntomas al azar. A medida que fui creciendo, las cosas empeoraron y sufrí una serie de dislocaciones graves. Finalmente, convencí a mis padres de que no lo estaba inventando. Me llevaron a ver a varios médicos antes de que uno me diagnosticara finalmente, sin embargo, nunca volví a verlo después de eso.

Joder. No me habría sorprendido que Rustik mandara matar al doctor simplemente por conocer semejante debilidad en su familia. Sofiya y yo habíamos crecido en familias del crimen organizado, aun así, estaba claro que nuestras infancias no podían haber sido más diferentes. Mi padre había sido estricto conmigo, rara vez me mostraba afecto mientras me preparaba para ser el próximo Don, sin embargo, nunca dudé de su amor. Nunca dudé de que todo lo que hacía era por el bien de nuestra familia. Mientras que a Rustik, obviamente, su hija le importaba un carajo.

—¿Cuál es el tratamiento?

—No creo que realmente haya alguno. Quiero decir, los analgésicos y las almohadillas térmicas pueden ayudar, y creo que algunas personas hacen fisioterapia. Y, por supuesto, los aparatos de ayuda para la movilidad. Pero no hay cura ni nada.

Unos golpes en la puerta me impidieron responder. Activé la cámara del pasillo en mi teléfono y vi a Romeo con nuestra *pizza*. Abrí la puerta lo suficiente para arrebatársela.

—¿Qué, no vas a invitarme a pasar? —cuestionó con una sonrisa exasperante.

Ignoré su pregunta.

—¿Conseguiste su historial médico?

Su expresión se volvió sobria.

—Quería ponerte al día sobre eso. Franco no encuentra nada.

Franco era mi mejor *hacker* y nunca había fallado a la hora de conseguirme la información que necesitaba.

—¿Qué quieres decir?

—Si ella tenía registros médicos, alguien los destruyó. Y quiero decir *destruidos*. Sabes que Franco podría haberlos encontrado si solamente estuvieran escondidos.

Esto tenía a Rustik escrito por todas partes. Desgraciado.

Asentí con la cabeza antes de cerrarle la puerta en las narices.

Dejé la *pizza* en la isla de la cocina y tomé dos platos. Al menos sabía dónde estaban.

—Programaremos una cita con el médico para ver qué dicen. —Estaba seguro de que había un tratamiento para su enfermedad si tan solo veía a la persona adecuada.

—Gracias. Eso... eso es muy amable.

Se me apretó el pecho y me entretuve tomando unos trozos de *pizza.*

—Come tu almuerzo. Tengo trabajo que hacer. —Comencé a dirigirme hacia la puerta, pero me detuve cuando Sofiya me llamó por mi nombre.

—¿Podrías traerme mi silla de ruedas? —pidió.

Me pasé la mano por la cara, cada vez más irritado conmigo mismo. Primero, le había hecho creer que estaba atrapada en su habitación y ahora la había dejado plantada *sobre el mostrador*. Menudo esposo que era. Por eso no me permitía acercarme a la gente. Me desconcentraba, me distraía.

Agarré su silla de ruedas y la empujé hasta la isla de la cocina. Luego la levanté de la encimera y la ayudé a sentarse.

—¿Necesitas algo más?

Negó con la cabeza.

—¿Tienes que irte?

—Sí.

Asintió lentamente.

—Espero que pases una buena tarde.

Sus dulces palabras me siguieron mientras me dirigía a la puerta y la cerraba tras de mí.

Angelo me saludó con la cabeza mientras subía al ascensor que me llevaba a mi oficina. Tenía trabajo que hacer, un imperio que supervisar, y no podía permitir que nadie se interpusiera en mi camino.

MATTEO

Estaba haciendo sentadillas cuando se abrió la puerta del gimnasio. Sofiya entró en la habitación, parecía nerviosa. No la había visto desde que me marché el día anterior, ya que cuando volví por la noche estaba en su habitación. Esta mañana tenía puestos unos *leggings* negros ajustados y un *top* tan pequeño que parecía un sujetador. Mi ritmo cardíaco se aceleró incluso cuando dejé las pesas.

—¿Está bien si estoy aquí? —preguntó. Sus ojos se deslizaron por mi pecho desnudo antes de volver a enfocarse en mi rostro, y sentí el impulso inexplicable de levantar algo pesado.

Levanté la barbilla en señal de asentimiento y me dedicó una pequeña sonrisa antes de acercarse al estante de las mancuernas. Tomé mis propias pesas de veinte kilos mientras la veía agarrar las de dos kilos que nunca había usado. No la perdí de vista mientras continuaba con mis repeticiones, olvidando el ardor de mis músculos mientras intentaba averiguar qué hacía Sofiya. Agarró las pesas con torpeza y empezó a hacer ejercicios de fuerza con los hombros. Apreté los dientes ante su forma espantosa. Se iba a lesionar.

Volví a soltar las pesas y me acerqué bruscamente.

—¿Qué estás haciendo?

Sus labios se separaron mientras levantaba la cabeza para mirarme.

—Eh, ¿levantando pesas? —Parecía tan jodidamente adorable que me irritó.

Me crucé de brazos.

—Lo estás haciendo fatal.

Parpadeó antes de desviar la mirada.

—Solo quiero fortalecer los hombros para poder empujar la silla con más facilidad.

Dejé que mis ojos recorrieran sus brazos, contemplando la extensión de piel suave, antes de obligarme a observar la silla de ruedas que utilizaba. No le había prestado mucha atención antes, demasiado concentrado en la hermosa mujer que la utilizaba, pero era negra y tosca. Parecía demasiado grande y pesada para ella.

—¿Es esa silla de ruedas la más correcta para ti? —solté antes de poder contenerme.

Se quedó inmóvil y una de las mancuernas se le escapó de las manos, cayendo al suelo con un ruido *sordo*. Agarré la otra antes de que se le cayera y me senté en el banco de pesas para no estar encima de ella.

—¿Sofiya? —Arqueé una ceja.

Se retorció las manos antes de mirarme.

—Bueno... es que... hice algo muy malo.

Se me oprimió el pecho. ¿Iba a admitir que me había mentido? ¿Qué me espiaba? El sonido de dos disparos resonó en mi mente.

—Dime —exigí con los dientes apretados.

Volvió a mirarse las manos, con los hombros encorvados.

—Hace unos seis meses, me empezó a costar trabajo caminar. Seguía usando el andador, pero mis piernas estaban débiles y me mareaba cuando me levantaba. Sentía mucho dolor, me caía y me dislocaba la rodilla. Mi padre se negó a que utilizara una silla de ruedas. Decía que tenía que ser más fuerte y esforzarme más.

Mis manos se apretaron en puños.

—Mi hermana y yo intentábamos averiguar cómo conseguirme una, pero son muy costosas y no sabíamos qué hacer.

—¿Qué quieres decir con que son costosas?

Me miró confundida.

—¿Que cuestan mucho dinero?

—Tu padre es el jefe de la *Bratva*. Tiene dinero casi ilimitado.

—Sin embargo, Mila y yo no —aclaró, sonriendo tristemente.

—¿No te daba una mensualidad?

Ella negó con la cabeza. Maldito desgraciado.

Me pasé la mano por el cabello.

—¿Entonces cómo conseguiste esta? —Señalé su silla.

Sofiya enterró la cara entre sus manos.

—Por favor, no me juzgues. Sé que soy una persona horrible, pero estábamos desesperadas. Llevaba semanas sin poder salir de la cama y Mila estaba entrando en pánico, así que convenció a nuestro guardaespaldas para que la ayudara a entrar a una tienda de suministros médicos y robar esta.

Esperé a que dijera algo más, mas permaneció en silencio.

—¿Y?

—¿Y qué? —respondió Sofiya, alzando la voz—. Es una silla de ruedas *robada*. No está hecha a medida, así que no es como si alguien la estuviera esperando, pero sigue siendo horrible. —Sus ojos se clavaron en los míos y alargó la mano para tocar la mía—. No es culpa de Mila. Yo la obligué a hacerlo. —Su voz tenía un toque de pánico, como si pensara que estaba a punto de sacar el teléfono para denunciar un delito.

Mis labios se movieron. Mi inocente mujercita.

—Déjame ver si entendí. ¿Me estás diciendo que tuviste que robar una silla de ruedas que claramente no te sirve porque tu padre no quiso darte dinero para una, y pensaste que yo estaría más molesto por el robo?

—Robar está mal —razonó Sofiya con seriedad.

Le agarré la barbilla.

—Eras una princesa de la *Bratva* y ahora eres una reina de la Mafia Italiana de NY. Estás rodeada de criminales mucho peores que los ladrones de sillas de ruedas.

Sofiya me dedicó una sonrisa renuente.

—Eso es lo que dijo Mila.

—¿Han mejorado las cosas desde que la tienes?

—Sí, han mejorado —afirmó en voz baja.

—¿Qué hizo tu padre cuando la vio?

—*Oh*... no lo supo hasta la mañana de la boda.

Arqueé una ceja.

Ella se encogió de hombros.

—Mila y yo prácticamente nos quedamos en el ala este del segundo piso. Casi nunca veíamos a nuestros padres. —Se aclaró la garganta—. Sin embargo, él no se alegró cuando la vio. Por eso se negó a llevarme al altar.

Un músculo se tensó en mi mandíbula.

Yo era un hombre frío. Era la persona que me habían hecho, la que tenía que ser. No obstante, era difícil no sentir *algo* al mirar fijamente los grandes ojos azules de Sofiya.

—Tienes que trabajar el torso y mantener los codos metidos cuando hagas ejercicios con los hombros.

Parpadeó ante el brusco cambio de tema.

Tomé ambas mancuernas y se las entregué a Sofiya antes de levantarme de la banca y colocarme detrás de ella. Me fijé en su reflejo en el espejo del suelo al techo que cubría la pared del fondo del gimnasio. Era toda luz, cabello luminoso, ojos brillantes, comparado con mi oscuridad. Mis ojos recorrieron su cuerpo. Desde esta posición, podía disfrutar de todas sus curvas: la amplitud de sus muslos, la suavidad de su vientre, la forma en que sus duros pezones se apretaban contra su *top*. Me picaban los dedos por moverse, por tocarla, por averiguar *por qué* me producía semejante efecto.

Se sentó recta, apretando las pesas con las manos, y las levantó por encima de la cabeza.

—Mantén los codos relajados —indiqué, recorriéndole los brazos con los dedos. Inhaló con fuerza y el sonido me llegó directamente a la polla.

Carajo. Tenía que parar. Esto era peligroso. Sin propósito. La única razón por la que había aceptado este matrimonio era por la alianza. El acuerdo se suponía que era simple, sin rodeos. Yo *nunca* mezclaba los negocios con el placer.

Me aclaré la garganta.

—Tengo trabajo que hacer.

El suave “gracias" de Sofiya me siguió fuera del gimnasio.

Su dulce aroma me persiguió hasta la ducha.

La imagen de sus pechos en aquel *top* diminuto se repitió ante mis ojos mientras me masturbaba.

Me corrí vergonzosamente rápido.

Necesitaba follar o corría el riesgo de intentar seducir a mi mujer.

SOFIYA

CUANDO ME DESPERTÉ, TENÍA LAS MEJILLAS MOJADAS DE LÁGRIMAS Y EL ESTÓMAGO REVUELTO por las náuseas. Respiré profundamente y me limpié la cara. La habitación estaba completamente a oscuras, no entraba la luz del sol por la grieta de las cortinas, lo que me indicaba que era medianoche.

Me había acostado temprano, incapaz de soportar por más tiempo la opresiva soledad del apartamento. Matteo se había escapado después de estar juntos en el gimnasio y no lo había visto en todo el día.

No había visto a nadie.

Merodeé por el apartamento. Vi un poco de televisión. Intenté, sin éxito, encontrar un libro interesante para leer en la biblioteca de Matteo. Ni siquiera mi novela romántica favorita, un libro muy gastado escrito en los años ochenta con una cubierta de cliché dramático, podía mantener mi atención. Mila y yo habíamos encontrado una pila de libros románticos en el desván hacía un par de años, en una caja que pertenecía a nuestra abuela materna. Había dejado la mayoría de ellos con Mila, aun así, no pude resistirme a traerme este. Había intentado leer algunas de mis escenas favoritas, pero mi atención se desviaba una y otra vez. Leer sobre el amor me hacía sentir vacía.

Para las ocho y media de la noche, estaba tan aburrida que me di un largo baño y me fui a dormir.

Hasta que me despertó la pesadilla.

Me incorporé y me estremecí al ver cómo se me pegaba la pijama a la piel sudorosa. No había forma de que pudiera volver a dormirme.

Estaba acostumbrada a las pesadillas. Las había tenido desde niña, aunque no eran tan frecuentes cuando Mila dormía en mi cama. Nunca se lo había confesado a mi hermana porque no quería que se sintiera culpable si decidía dormir en su propia habitación. No debería tener que cuidar de mí. A pesar de aquello, casi todas las noches venía a mi cama. Quizás ambas nos necesitábamos.

Aquí, en el vasto y silencioso apartamento, parecía que mis pesadillas eran mi único visitante constante.

Me puse de pie, dejé atrás el andador y la silla de ruedas y salí de la habitación. Me dolían los músculos después del entrenamiento matutino, pero no quería usar un dispositivo de movilidad y arriesgarme a hacer ruido.

Me quedé de pie en medio de la sala, sin saber qué hacer. Ya no quería estar en este apartamento. Necesitaba espacio para *respirar*.

Me acerqué a la ventana que daba a la escalera de incendios y la abrí. Una ráfaga de aire frío

me golpeó y tomé una manta del sofá antes de volver. Salí por la ventana con cuidado, rezando para que todas mis articulaciones se mantuvieran en su sitio, y mi trasero aterrizó sobre el frío metal.

Sonreí.

El rellano de la escalera de incendios daba a la ciudad. Las luces parpadeaban bajo mis pies y los coches seguían llenando las calles. Me hacía sentir menos sola saber que no era la única que estaba despierta en ese momento. Había algo en sentarse en una escalera de incendios que me parecía *genial*. Si tuviera un teléfono, tomaría una foto y se la enviaría a Mila.

Después de un rato, la curiosidad se apoderó de mí. Estábamos en el último piso del apartamento, pero unas escaleras de incendios metálicas se extendían por encima de mí hasta el tejado. Me invadió una sensación de aventura y tal vez de imprudencia. ¿Qué había allí arriba?

Me crujieron las rodillas al pararme, mas las ignoré. Subiría las escaleras, sin importar las consecuencias. Mi cuerpo tendría que aguantarse.

Caminé despacio, con cuidado de no tropezar con la manta que me envolvía como una capa. Mi sonrisa se ensanchó cuando llegué arriba. *Podía* subir al techo. Me dolían las muñecas cuando me subí a un pequeño borde y me raspé las palmas de las manos contra el áspero cemento.

Y entonces llegué. De pie sobre la ciudad.

Esperaba algo vacío e industrial, tal vez tuberías y equipos de servicios públicos, no obstante, cuando entrecerré los ojos en la oscuridad, me encontré con algo mucho más lujoso.

Unas cuantas luces a lo largo del perímetro iluminaban una gran zona con asientos a mi izquierda. Una pérgola independiente cubría un conjunto de muebles de exterior que formaban un círculo alrededor de una fogata metálica. A mi derecha, había una gran losa ligeramente elevada. No podía verla con claridad en la oscuridad, aunque apostaba a que era una pista de aterrizaje para helicópteros. Lo reconocí de los programas médicos que Mila y yo solíamos ver.

Me dirigí hacia la zona de asientos y dejé escapar un pequeño chillido de emoción cuando vi las cuerdas de luces que rodeaban la pérgola. Tanteé hasta encontrar un enchufe y las conecté. La luz resplandeciente hizo que el espacio resultara acogedor y resaltó un conjunto de macetas de madera que cubrían este lado del techo. Cuando me asomé a su interior, no encontré ninguna planta, solo tierra. Probablemente era demasiado pronto para cultivar un huerto, ya que la ciudad acababa de dar paso a la primavera. Arrastré los dedos por la tierra. Tal vez podría plantar algunas cosas. Hierbas para hornear y cocinar. Flores para la mesa del comedor.

Cuando ya no pude ignorar el dolor en las rodillas, me tumbé en uno de los sofás. No me atrevía a encender el fuego, probablemente quemaría todo el edificio, pero mientras me acurrucaba más bajo la manta afelpada, me imaginaba aquí arriba con Matteo y el fuego encendido. Podríamos hacer *s'mores*; era algo que mencionaba en mi *Lista de Sueños*.

Suspiré y cerré los ojos. Aquí, rodeada por los altos edificios de New York City, los débiles sonidos de la calle debajo, mi lista se sentía increíblemente infantil. *Yo* me sentía increíblemente infantil. Aunque me había criado en la casa del *Pakhan*, estaba muy protegida. En la *Bratva*, las mujeres no tenían poder de decisión, y mi discapacidad había hecho que me trataran aún más como a una niña.

O una prisionera.

Las palabras de Mila volvieron a mí: «*Eres demasiado dulce para tu propio bien*». Tenía que endurecerme. Ser más fuerte. Aún no había salido de este apartamento, no obstante, sabía que lo haría, en algún momento. Matteo quería una *reina*, lo que sea que eso significara. Definitivamente había elegido a la novia equivocada si quería a alguien poderosa a su lado.

Había pasado los últimos años practicando ser invisible y hacerme insignificante. Me hacía parecer menos un objetivo.

Pero quizás también me hacía menos persona.

Como si me hubiera despojado lentamente de toda humanidad.

Solo me permitía ser genuina con Mila y Dimi. Esos eran los únicos momentos en que me sentía real, *fuerte*.

Cuando me burlaba de Mila por tener un millón de *crushes* televisivos.

Cuidándola cuando volvía borracha después de escaparse a alguna fiesta.

Obligando a nuestro guardaespaldas, Nikolai, a ver comedias románticas con nosotras.

Ir al campo de tiro con Dimi. Sentirme poderosa con un arma en las manos al dar en el blanco.

Estos días, mi principal emoción era el miedo, pero quería sentir *más*. Esta nueva vida con Matteo, este matrimonio falso, no era lo que yo habría elegido, sin embargo, tenía que sacar el mejor provecho de ello. Y eso requería inspirarme en la valentía de Mila.

Estaba sumida en mis pensamientos cuando el sonido de alguien aclarándose la voz cortó el silencio. Me sobresalté en el sofá y solté un gritito antes de ver a Matteo parado frente a mí.

—*Oh*, hola. —Me atraganté. Quería abofetearme a mí misma por sonar tan chillona y jadeante. *«Qué fuerte eres, Sofiya»*.

Las luces iluminaban la dura mandíbula de Matteo y la forma en que su camiseta oscura de manga larga se extendía sobre su pecho ancho. Su pantalón deportivo le llegaba hasta las caderas y rápidamente volví a observarlo a los ojos.

No decía nada. Simplemente estaba allí parado, con su mirada penetrante clavada en mí.

Luché contra el impulso de disculparme por estar aquí arriba. Me había dicho que podía explorar el apartamento. No me había dicho que el techo estuviera prohibido. Si quería estar solo, podía irse. La parte mezquina de mí dijo que *yo había llegado primero.*

—¿Cómo subiste hasta aquí? —inquirió.

—Levité. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. Contuve la respiración esperando su respuesta a mi sarcasmo, pero su rostro permaneció inexpresivo. Aunque intenté igualar su expresión, mirándolo fijamente sin pestañear, rápidamente cedí—. Subí por las escaleras.

—*Hmm*. —Fue su única respuesta antes de sentarse frente a mí.

Mi pecho estalló de alivio y emoción. Estaba hambrienta de compañía y él había elegido estar aquí *conmigo*.

—¿No traes el andador, entonces?

Ladeé la cabeza.

—Sería un poco difícil de usar en las escaleras.

Matteo asintió con la cabeza, contemplando la ciudad, con el hielo tintineando en la bebida que tenía en la mano. Parecía sumido en sus pensamientos, pero el silencio no era incómodo. Me envolví más en la manta y vi cómo se pasaba el pulgar por los labios. Algo se encendió en mi estómago.

No aparté la mirada.

—¿Por qué estás despierta tan tarde? —preguntó finalmente, dando un sorbo a su bebida.

Me mordí el labio, pensando qué decirle.

—Una pesadilla —admití finalmente.

—Algo que tenemos en común.

Parpadeé, sorprendida de que hubiera revelado algo tan personal. La forma en que apretó los

dedos alrededor de su bebida me dijo que estaba tan sorprendido como yo.

—Lamento que tengas pesadillas —mencioné, mi voz casi un susurro.

Dio otro sorbo a su bebida.

—¿De qué tratan las tuyas?

Mi mente revoloteó hasta mi sueño más reciente. Siempre eran iguales: yo, indefensa e incapaz de moverme mientras las personas a las que quería resultaban heridas. Había visto cómo le disparaban a Dimi, cómo descuartizaban a Mila más veces de las que mi corazón podía soportar. No importaba lo que hiciera para salvarlos, nunca podía moverme. Siempre estaba atascada, atrapada en un cuerpo congelado que ni siquiera podía arrastrarme hacia ellos.

La pesadilla de esta noche había sido la misma, salvo que esta vez era Matteo quien estaba frente a mí. Una figura enmascarada había arrastrado un cuchillo por su pecho desnudo mientras yo gritaba. Me había despertado con su nombre en los labios.

—Las personas que me importan resultan heridas —confesé finalmente—. ¿Y qué hay de ti?

Estaba segura de que no contestaría, pero tras unos largos instantes, llegaron sus palabras, tan suaves que casi no podía creer que no las hubiera imaginado.

—Lo mismo.

Nos sostuvimos la mirada y algo en el aire cambió entre nosotros.

La oscuridad nos envolvió como una manta, ocultándonos en un capullo secreto. Este momento entre nosotros tenía un aire de irrealidad, como si los rayos del sol naciente fueran a borrarlo todo. Sin embargo, no lo olvidaría: su mirada atenta, la electricidad entre nosotros. Guardaría este recuerdo como la primera vez que no me sentí sola en mi nueva vida.

Nunca seríamos amantes. Él lo había dejado claro. Pero tal vez podríamos ser amigos.

Sentí un escalofrío que rompió el hechizo entre nosotros.

Matteo se aclaró la garganta.

—Hace frío. Deberías entrar.

¿Cómo sería para él sentarse conmigo en el sofá, rodearme con sus brazos y darme calor con su cuerpo? ¿Sentir la presión de sus labios contra los míos, pero esta vez sin público?

Una punzada de tristeza me estrujó el corazón al pensar en lo que nunca tendría.

—Probablemente ambos deberíamos intentar dormir un poco.

Se levantó y miró por encima del hombro hacia la escalera de incendios.

—Te llevaré abajo.

—Yo puedo arreglármelas. —No sabía qué deseaba más: reafirmar mi capacidad para subir un tramo de escaleras o volver a sentirme apretada contra el pecho de mi esposo.

Me levanté. Una brisa helada azotó el techo y sentí escalofríos.

—No permitiré que te hagas daño —soltó Matteo.

—No lo haré. —Me agarré con fuerza a la manta y caminé hacia las escaleras. Me dolían las rodillas, aun así, continué.

Le demostraría que era capaz.

Me lo demostraría a mí misma.

No me apresuró, no comentó lo despacio que me movía. Cuando llegamos a la ventana, la abrió de un empujón. Su mano me rozó la espalda mientras yo me arrastraba torpemente hacia el interior. Matteo me siguió, de alguna manera pareciendo elegante mientras entraba por la ventana.

Percibí su olor, a cuero y a lluvia, y luché contra el impulso de apretar la cara contra su pecho. Debía de estar más cansada de lo que pensaba.

La manta se me resbaló y Matteo me la subió por el hombro. Su contacto se prolongó, luego

inhaló bruscamente y se dio la vuelta, volviendo a su dormitorio.

MATTEO

ME SENTÉ EN LA CAMA, CON LA CABEZA ENTRE LAS MANOS. HABÍA SEGUIDO A MI ESPOSA HASTA el techo y luego huí como un cobarde *al ver su hombro desnudo.*

Maldición, qué idiota era.

Una notificación en mi teléfono del sistema de alarma me sacó de mi sueño agitado, indicándome que habían abierto la ventana de la escalera de incendios.

Merodear por el oscuro apartamento hasta el techo fue la distracción perfecta de los incesantes pensamientos de mi mente: pensamientos sobre Arben y los albaneses, la salud de nuestras inversiones, los nuevos soldados que entraban en nuestras filas...

No obstante, nada podía distraerme de los pensamientos sobre mi esposa.

Me levanté con un quejido. No podía seguir aquí, en este apartamento, cerca de Sofiya. Me vestí y bajé a mi oficina.

ME QUEDÉ VIENDO el último informe enviado por Franco. Había conseguido entrar en el servidor de correo electrónico del subjefe de Arben. El problema era que todos estaban codificados, y Franco aún no había sido capaz de descifrar el código.

Me pareció extraño. Los albaneses nunca habían sido especialmente sofisticados. O Arben era más listo de lo que pensaba, o los albaneses estaban recibiendo ayuda de algún sitio. Nadie había anunciado una alianza, pero cada vez estaba más seguro de que la habían establecido.

Golpeé con el lapicero una de las tazas de café vacías que había a un lado de mi escritorio. Llevaba en mi oficina desde las tres de la mañana, volcándome en el trabajo para distraerme de mis pensamientos sobre Sofiya. ¿Se había vuelto a dormir? ¿Con qué frecuencia tenía pesadillas? ¿Tenía todo lo que necesitaba?

Quería golpear, atacar, hacer algo *físico*, no quedarme mirando fijamente a mi computadora, tratando de descifrar los malditos correos electrónicos hasta que se me nublaran los ojos. Todo el mundo codiciaba mi puesto, soñaba con ser el hombre más poderoso de New York City, pero ninguno de ellos era consciente de la cantidad de tedioso papeleo que conllevaba.

Levanté la cabeza cuando la puerta se abrió de golpe. Sienna irrumpió en mi oficina en un destello de color y se dejó caer en la silla frente a mi escritorio.

Me masajeé las sienes. Realmente necesitaba quitar esa silla.

—¿Por qué estás ocultándome a tu esposa? —se quejó.

—Sienna, estoy trabajando.

—Sí, ya lo sé. *Siempre* estás trabajando. Son las siete de la mañana y aquí estás, vestido de traje.

La misma sensación de inquietud que siempre tenía con Sienna me oprimió el pecho. La lucha de mi madre contra la infertilidad significaba que mi hermana y yo nos llevábamos doce años de diferencia. Sienna solo tenía once años cuando asesinaron a nuestros padres. De la noche a la mañana, mi papel se había transformado de hermano mayor a padre. Habíamos vivido escondidos durante dos años mientras yo trabajaba para reconstruir mi imperio y derrocar a mi tío. Había encerrado mi corazón tras barreras impenetrables para convertirme en el Don. Por el camino, había perdido la capacidad de ser un hermano.

Sienna era un recordatorio constante de mis fracasos: mi incapacidad para salvar a nuestros padres, mi incapacidad para amarla como ella necesitaba.

—¿Qué quieres, Sienna? —pregunté, con la voz empapada de cansancio.

—Solo quiero conocerla. Vivimos en el mismo edificio. Estaría bien, no sé, ser amigas.

—No está aquí para ser tu amiga.

Un destello de dolor cruzó el rostro de mi hermana, y esa incómoda sensación en mi pecho se intensificó. Cuando acepté este matrimonio, parecía tan sencillo. Asistiría a una ceremonia, firmaría un papel y me aseguraría una alianza con los rusos. Había olvidado que me casaría con una persona real, un ser humano vivo del que sería responsable. No me gustaba la idea de que Sienna y Sofiya fueran amigas, era una mezcla de dos mundos que quería mantener separados. Pero no era realista mantenerlas alejadas para siempre. Tenía que aceptar que Sofiya era un elemento permanente en mi vida.

—Lo siento —murmuré—. Todavía me estoy acostumbrando a todo esto.

Sienna se inclinó hacia delante en la silla.

—¿Cómo es ella? ¿Es simpática? ¿Es bonita?

—No la conozco. —No estaba dispuesto a admitir que mi mujer me parecía bastante... cautivadora.

Sienna frunció el ceño.

—Vamos, cuéntame algo.

Volví a golpear el bolígrafo contra el escritorio.

—Le pasa algo en las piernas.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene una enfermedad, ¿Ehlers-Danlos? Usa una silla de ruedas o un andador para moverse.

—*Oh.* —Sienna ladeó la cabeza—. ¿Eso es un problema?

—Podría hacerla más vulnerable. *Hacernos* más vulnerables.

Dejó escapar un largo suspiro.

—No hay enemigos en cada esquina, Matteo.

—Eso es porque te protejo de ellos —lancé.

La cara de Sienna se endureció y apretó la mandíbula mientras se levantaba y se dirigía a la puerta.

—Pasado mañana —dije apretando los dientes.

—¿Qué? —Me miró por encima del hombro.

—Ven pasado mañana. Puedes conocerla.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios y esperé que me perdonara.

—Te mereces ser feliz, ¿sabes? —opinó suavemente.

Tragué saliva, incapaz de mirar a Sienna mientras salía de mi oficina. Dejándome solo.

SOFIYA

ESTABA ADOLORIDA Y CANSADA MIENTRAS DEAMBULABA POR LA COCINA. UTILICÉ EL ANDADOR para mantener el equilibrio, pero me costaba apoyarme con los brazos ya que me dolían mucho después del entrenamiento del día anterior. Esperaba que los ejercicios dieran resultado a largo plazo, porque en ese instante el dolor me irritaba. Aunque me había tomado los analgésicos, sabía que el dolor probablemente duraría todo el día... toda la semana si no tenía suerte.

Nada de lo que intentaba para aliviar mis síntomas parecía ayudar. Hacía tiempo que Mila se había lanzado a una campaña de "salud", convencida de que podía curarme si hacíamos las cosas correctas. Bebíamos extractos de granos de café verde, meditábamos y hacíamos yoga. La última vez que intenté hacer yoga, mi rodilla se había subluxado y me había caído encima de Mila. Nos reímos tanto que me oriné encima, lo que nos hizo reír aún más.

Nuestro aislamiento forzado en la mansión del *Pakhan* durante los últimos años había sido agonizante, pero también había cosas que echaba de menos. Habíamos sido Mila y yo contra el mundo durante mucho tiempo, y en ese momento estaba sola.

Me comí una banana del frutero mientras intentaba averiguar qué hacer con mi día. La cocina estaba totalmente equipada. Sonreí y decidí hornear y cocinar. Para pasar el rato, claro. *No* para impresionar secretamente a mi esposo con la única habilidad que tenía. Tendría que elegir recetas que no requirieran mucha fuerza en la parte superior del cuerpo.

Unos golpes en la puerta me hicieron levantar la cabeza de la despensa. Me mordí el labio. ¿Tenía que abrir? Todavía estaba nerviosa en este precioso y enorme apartamento, esperando a hacer algo mal y que me gritaran.

La persona de la puerta volvió a tocar. Agarré mi andador y me dirigí lentamente a la entrada. Miré por la mirilla y vi a mi guardaespaldas.

—Buenos días, señora Rossi —saludó Angelo con una amplia sonrisa cuando abrí la puerta.

—Buenos días. Y por favor, llámame Sofiya.

—No sé si al Jefe le gustaría.

Ladeé la cabeza.

—Pero eres mi guardaespaldas, ¿no? Así que no sé... ¿no puedo opinar?

Angelo soltó una risita. Su risa era cálida y profunda, y me tranquilizó al instante.

—El jefe la tiene difícil contigo, ¿verdad? —Me guiñó un ojo—. Muy bien, *Sofiya*. Como gustes. —Hizo una pequeña reverencia con ademán elegante, haciéndome resoplar.

—¿Quieres pasar?

—No, gracias, *bella*. Solo necesitaba darte esto. —Me acercó un flamante teléfono de última generación.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿De verdad? ¿Para mí?

—Por supuesto. Los números que necesitas ya están programados. Estamos Enzo y yo, que tiene el turno de noche vigilando el apartamento. También Romeo, el segundo al mando del Jefe, y Domenico, su ejecutor. Si alguna vez tienes una emergencia y no puedes ponerte en contacto conmigo o con el Jefe, puedes llamar a cualquiera de ellos.

El móvil se sentía suave y frío en mis manos.

—¿Puedo llamar a otras personas? ¿Como a mi hermana?

—Por supuesto.

—Y... ¿puedo conectarme a internet y esas cosas? —Mila y yo habíamos tenido un teléfono los dos últimos meses, un modelo antiguo que Nikolai nos entregó en secreto. Se lo había dejado a Mila con la esperanza de encontrar una forma de comunicarme con ella, mas nunca esperé que me dieran un teléfono *así como así*.

Frunció el ceño.

—No eres una prisionera aquí, Sofiya. —Su voz era baja y se inclinó para que nuestros ojos quedaran a la misma altura—. Estás casada con el Don. Eso te da poder, estatus. ¿Lo entiendes? —Observó mi expresión de desconcierto y suspiró—. Veo que aún no lo entiendes, pero lo harás. Te acostumbrarás a tu posición y estoy seguro de que desempeñarás tu papel maravillosamente.

—Gracias —susurré. Era una de las cosas más amables que me habían dicho, aunque no había mucha competencia. Aunque fue otro frío recordatorio de que solamente estaba aquí para interpretar un *papel*.

—¿Necesitas algo más? —cuestionó Angelo.

Negué con la cabeza.

—No, esto es genial, gracias. Voy a hornear un poco.

Sus ojos se iluminaron.

—*Ahh*, ¿tiramisú?

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Aún no lo he decidido. —Era emocionante tener rienda suelta a la cocina, un móvil para buscar recetas y gente que quería probar lo que hacía.

—Bueno, estoy deseando averiguarlo —dijo guiñándome un ojo.

Volví a la cocina y me tomé unos minutos para configurarlo. Quizá podría comprarle una funda. Había visto algunas muy bonitas en Internet.

Una vez configurado, marqué el número de Mila. Teníamos el teléfono en silencio para evitar que alguien lo encontrara y nos castigara, así que cerré los ojos, rezando para que contestara.

—¿Hola? —Mila sonaba ligeramente sin aliento. Al escuchar su voz se me salieron las lágrimas.

—Mila. —Me atraganté.

—¡*Oh*, Dios mío, Sofiya! He estado esperando y deseando que llamaras. ¿Estás bien? Te echo tanto de menos.

—Yo también te extraño —admití, moqueando. Saqué una toalla de papel de debajo del fregadero y me sequé las lágrimas.

—¿Qué pasa? —Su voz era firme y podía imaginarme su expresión, cómo aparecía esa pequeña línea entre sus cejas cuando estaba estresada.

—Solo estoy feliz de escuchar tu voz. Estoy totalmente bien, lo prometo. Tengo un teléfono nuevo, así que podemos hablar cuando queramos.

—Maldita sea, he estado volviendo loco a Nikolai preocupándome por ti. ¿Cómo es tu esposo? ¿Te trata bien? ¿Ustedes, ya sabes... *lo hicieron*?

Mis mejillas se calentaron.

—Matteo es... no sé, ¿confuso? —dije, esquivando su pregunta—. No es que tenga mucha experiencia con los hombres, pero es realmente difícil de leer. No creo que yo le guste mucho. —Saqué una bolsa de chispas de chocolate de la despensa. Todo el personal de mi padre alababa mis galletas de chocolate, así que me pareció algo seguro con qué empezar. Además, en la cocina había una batidora eléctrica, por lo que no tendría que forzar la muñeca al mezclar la masa.

Hubo un momento de silencio antes de que Mila respondiera.

—¿Por qué dices eso? ¿Te ha lastimado?

—No, en absoluto. No obstante, dijo que solamente quiere que vivamos como compañeros de apartamento. Está fuera la mayor parte del tiempo y tenemos habitaciones separadas. —No estaba dispuesta a hablarle de mi estúpido malentendido, de cómo me había acobardado en mi habitación durante un día entero por miedo al castigo. Era patético.

Tampoco iba a contarle cómo las manos de Matteo se habían quedado en mi piel en el gimnasio... ni nuestra conversación en el techo a media noche.

Prácticamente podía escuchar los pensamientos caóticos de Mila.

—¿*Tú* quieres que solamente sean compañeros de apartamento?

Saqué huevos y mantequilla del refrigerador.

—En realidad no tengo elección. Tal vez esta no sea la vida que hubiera elegido, pero no está mal. Matteo ha sido... amable. —Me estremecí, apretando la cara entre las manos.

—¿Amable? ¿El líder de la Mafia Italiana es *amable*?

—De acuerdo, es una mala palabra para describirlo. Sin embargo, no ha dicho nada cruel. —Miré hacia la isla de la cocina, recordando cómo Matteo se había preocupado de que me cayera si me soltaba mientras me sentaba en la encimera. Por un segundo, incluso había imaginado algún tipo de chispa entre nosotros.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —preguntó Mila, con suspicacia.

—Nada —repliqué demasiado rápido—. No hay nada que contar.

—*Uh huh*... Así que, ¿qué estás haciendo ahora?

Suspiré aliviada de que no me estuviera presionando.

—Pensé en hacer unas galletas. Y luego tal vez algo italiano para la cena.

—Cena y postre. Suena como si trataras de impresionar a tu esposo.

Me quedé en silencio mientras mis mejillas ardían.

—¡Sofiya! —Mila jadeó—. *Lo estás haciendo*. Lo sabía. —La emoción era palpable en su voz y me recordó que apenas tenía diecinueve años—. Apuesto a que es más que *amable* contigo. Está demasiado bueno como para ser tu compañero de apartamento.

Resoplé.

—No está interesado en mí de esa manera.

—No puedes pensar que me creería eso.

—Bueno, no sé qué decirte. Ha sido muy claro. —Excepto cuando no lo era. Como cuando me llevaba en brazos, o parecía enfadado al escuchar cómo me había tratado mi padre, o se sentó conmigo en el techo.

Antes de que Mila pudiera decir algo más y aumentar la confusión que ya sentía, cambié de tema.

—¿Sabes algo de Dimi?

Mila suspiró, dándose cuenta de mi intento de cambio de tema, aunque respondió de todos modos.

—No.

—¿Crees que está bien?

—Sabe cuidarse solo —dijo, pero nuestra ansiedad compartida pesaba en la línea. Dimi era el único miembro de nuestra familia que realmente nos quería a Mila y a mí, y lo extrañaba.

—¿Crees que sigue en el extranjero? —inquirí.

—Supongo que sí. Tal vez podría preguntarle al *Pakhan*...

—No —objeté—. No hagas eso. No te lo dirá de todos modos. —Me entró un pánico tan visceral que tuve que sentarme en mi andador. Respiré a pesar del mareo. Nuestro padre nunca le había pegado a Mila, y ella no sabía que me había golpeado a mí. Pero ya que estaba fuera de casa, me aterrorizaba que volviera su ira contra ella.

—Bueno —resopló Mila—. No lo haré.

—Solo... solo asegúrate de mantenerte fuera de su camino, ¿de acuerdo? Y si Dimi llama, ¿le compartirías mi nuevo número y le dirías que me llame?

—Por supuesto.

Mila me puso al corriente de su vida. Nuestro padre le permitía salir de casa más a menudo dado que yo no estaba. Me sentía culpable de que hubiera estado atrapada en aquella casa por mi culpa, por la vergüenza que mi cuerpo causaba a mi familia en público.

—¿Cómo te ha ido con los dolores? —indagó.

—Todo bien —mentí. Medí la harina y el bicarbonato.

—Sofiya. —La voz de Mila era de regaño.

—Bueno, ha estado un poco mal. Pero mis rodillas están más fuertes que el día de mi boda. Estoy usando mi andador por todo el apartamento.

—Necesitas que el Don te lleve al médico. Seguro que hay mejores medicamentos o algo que te ayude. No confío en ninguno de los médicos del *Pakhan*.

—No te preocupes por mí, Mila. Soy la mayor. Es *mi* responsabilidad protegerte *a ti*.

Mila emitió un sonido irritado en el fondo de su garganta.

—*Siempre* me preocuparé por ti porque te quiero, Sofiya. Desearía... desearía que pudieras dejar que otras personas te quisieran. Estás tan convencida de que tienes que hacerlo todo por todos, y la gente que te quiere de verdad no necesita que hagas o seas nada para nosotros.

Las lágrimas me picaron en los ojos.

—No estoy segura de que sea una larga lista de personas.

—Me parecería molesto si no supiera que realmente lo crees. Eres la persona más hermosa que he visto jamás. Eres amable, tienes talento y esa energía que atrae a todo el mundo a tu órbita. Creo que esa es una de las razones por las que *él* te escondió. Nos opacas a todos.

Solté una carcajada.

—¿De qué estás hablando? Nuestro querido padre únicamente ha sentido desprecio hacia mí.

—Puede ser. —Concedió Mila—. No obstante, creo que hay algo más en su odio.

Apoyé la mejilla en la fría encimera de mármol mientras las dos permanecíamos sentadas en silencio.

—Te echo de menos —dije finalmente.

—Yo también te echo de menos. —La voz de Mila era tensa, como si estuviera llorando, e hizo que una lágrima corriera por mi mejilla. Mi hermana casi nunca lloraba. Solía decir que yo tenía suficientes lágrimas para las dos.

—Suenas más relajada —susurró.

Me sequé las lágrimas.

—Me siento más relajada. Hay todo un mundo fuera del ala este.

—Puedes empezar a tachar cosas de la lista.

Sonreí.

—Ya taché la primera cosa. Volamos de vuelta a New York en un *jet privado*. Fue genial.

Seguimos hablando y soñando con nuestra lista hasta que Mila dijo que tenía que irse. El *Pakhan* la estaba haciendo asistir a un almuerzo con las esposas de la *Bratva*. Temía que ya estuviera pensando en casarla. Nada me hacía sentir tan impotente como no poder proteger a Mila de todo lo malo.

—Será mejor que me mandes mensajes y me llames todo el tiempo, Sofiya. Quiero actualizaciones.

—Te lo prometo. Tú también, ¿de acuerdo?

—Sí. —Escuché un golpe en la puerta de su lado—. Mierda, Nikolai está aquí y aún no me he vestido. Tendré que enviarte una foto del vestido que mamá me está obligando a ponerme. Es horrendo.

Nuestra madre tenía el peor sentido de la moda que había conocido. No sabíamos si sus extravagantes atuendos eran una especie de declaración, una pequeña rebelión contra el *Pakhan*, o si realmente pensaba que le quedaban bien.

—Te quiero. Cuídate. —Me despedí.

—Yo también te quiero.

El silencio en la cocina me pesó después de colgar. Busqué una aplicación de música y elegí una lista de reproducción *pop* al azar. Por el altavoz empezaron a sonar notas alegres. Mila y yo siempre habíamos procurado no hacer mucho ruido. Era más seguro no hacer ruido y pasar desapercibidas. A pesar de que la canción sonaba suavemente, sentí un estremecimiento de miedo y emoción al hacer ruido, al ocupar espacio.

El reloj del horno sonó, saqué la primera tanda de galletas y les espolvoreé sal de mar por encima. Introduje la siguiente tanda y abrí el navegador de mi teléfono para buscar recetas italianas. Estaba decidida a que la cena fuera un éxito.

MATTEO

GIUSEPPE CAPTÓ MI ATENCIÓN EN CUANTO ENTRÉ EN EL VESTÍBULO DEL STAR. ESTABA UN POCO sin aliento cuando se reunió conmigo en el ascensor privado. El bajito y fornido gerente de Star llevaba ese día un traje a rayas azules y blancas. Un atuendo absurdo para un miembro de la mafia, al igual que su alegre sonrisa.

—Buenas noches, Jefe.

Le hice un gesto seco con la cabeza.

—¿Lo de siempre o algo nuevo?

—Sorpréndeme. —Me golpeé la pierna con los dedos, impaciente, mientras esperaba el puto ascensor. Por fin sonó.

—Muy bien. Ahora mismo la hago subir —pronunció Giuseppe—. Y, si me permite, felicitaciones por su nueva esposa.

Apreté la mandíbula, mas las puertas se cerraron, evitándome responder.

Me ajusté las mangas. No estaba haciendo nada malo. Tenía todo el derecho a estar aquí, a hacer lo que quisiera. No obstante, esa extraña sensación de opresión en el estómago no desapareció al entrar en mi *suite* privada en el *penthouse*.

Me serví un vaso de *whiskey* y contemplé mi ciudad. La ciudad por la que había sangrado y matado. Nada podía ser más importante que la Familia. Si bien quizá de joven pensara algo distinto, aquel Matteo había muerto junto a mis padres.

Me di la vuelta cuando se abrió la puerta y entró una mujer. Era alta, su vestido negro resaltaba sus largas piernas, y *rubia*. Tomé otro trago. Giuseppe solía mandar a mujeres italianas de cabello oscuro. ¿Era una coincidencia o intentaba encontrar a alguien que se pareciera a mi esposa?

Excepto que esta mujer no se parecía en nada a Sofiya. Tenía los labios pintados de rojo y una expresión confiada y sensual mientras se acercaba a mí.

—Me dijeron que eras guapo —Empezó, deteniéndose tan cerca de mí que sus grandes senos me rozaron el pecho—. Pero *guapo* se queda corto. —Me pasó los dedos por la mandíbula.

Mi anillo de matrimonio me pesaba en el dedo.

Mi padre había sido leal a mi *mamma*. Siempre decía: «*La vida de la Familia gira en torno al Don. La vida del Don debe girar en torno a su esposa*». No era un secreto que le permitía a *Mamma* opinar sobre asuntos de la Familia. Incluso lo convenció de prohibir el *comercio de pieles* en nuestro territorio, una decisión impopular que hizo perder mucho dinero a algunos capos. Mi padre también había sido muy duro con los maridos que maltrataban a sus esposas. Sus acciones provocaron la disconformidad de los hombres que se sentían con derecho a hacer lo que quisieran en sus hogares. Mi tío aprovechó esa disensión para ganar poder.

La devoción de mi padre por mi *mamma* los había destruido.

Casi nos destruye a Sienna y a mí.

Sin embargo, en ese minuto, ante la oportunidad de engañar a mi esposa, descubrí que no podía hacerlo. Mi polla estaba blanda, mi piel se erizaba por la incomodidad. Mi padre era el hombre que más admiraba en el mundo: firme, fuerte y cariñoso a su manera. Para un miembro de la mafia era difícil criar a su heredero, porque nunca podría ser padre del todo: siempre sería Don para su primogénito. Pero mi *papà* había sido antes que nada un esposo, por encima de todo.

Extendí la mano y agarré la muñeca de la mujer, apartándola de mí.

—Vete. —Mi voz era áspera, mas no me importaba. Su tacto parecía veneno.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Señor?

Le solté la muñeca y retrocedió unos pasos.

—Vete. Lárgate —repetí.

Giró sobre sus talones y salió corriendo de la habitación.

Me temblaban las manos mientras me bebía lo que quedaba del alcohol. ¿Qué carajos me pasaba? ¿Por qué tenía un sentido equivocado de la lealtad hacia una mujer que ni siquiera conocía solo porque había firmado una hoja de papel?

—¡Joder!

Lancé el vaso vacío contra la pared y los trozos de cristal y líquido se hicieron añicos contra el suelo. Necesitaba algo que me distrajera, que me hiciera sentir de nuevo en control, y no lo encontraría en esta habitación.

Tomé el teléfono y marqué.

—Romeo, reúnete conmigo afuera del Star. Nos vamos de cacería.

ESTABA oscuro cuando Romeo desvió el auto de la carretera, ocultándolo tras un grupo de árboles.

Apagó el motor, y el silencio de la noche nos rodeó.

—Esta es una de las ideas más estúpidas que has tenido últimamente —comentó.

Saqué otra pistola de debajo del asiento y comprobé que estuviera cargada.

—Quédate aquí, entonces. —El aire fresco de la noche me despejó la cabeza mientras salía del coche. Esto era lo que necesitaba. Concentración. Control.

Romeo me siguió, murmurando maldiciones mientras amartillaba su arma.

—Sabes, algunos hombres compran autos deportivos cuando están teniendo una crisis de la mediana edad. O un *jet* privado. No van a emboscar casas de seguridad albanesas solo por la emoción de hacerlo.

—Ya tengo un *jet* privado. —Me puse en marcha hacia la pequeña casa que teníamos adelante, una luz solitaria en la ventana era lo único que iluminaba el camino.

—*Oh*, mírenlo, ahora se cree comediante —resopló Romeo.

—Si cualquier otro me hablara así, ya lo habría matado.

—Sí, pero si yo fuera cualquier otra persona, estaría metido en la cama con una mujer *sexy* sobre mi polla. No aquí en una misión suicida.

Puse los ojos en blanco.

—Es solamente una misión suicida si jodes las cosas.

Nos mantuvimos en las sombras mientras nos acercábamos a la casa, aunque no había nadie

afuera ni alarmas visibles. La información de Franco sugería que esta casa abandonada estaba siendo utilizada por los albaneses, probablemente soldados de bajo rango. No eran importantes, era poco probable que tuvieran información útil. Arben podría ser un idiota, sin embargo, ni siquiera él era tan estúpido como para contarles sus planes a los soldados. Sin embargo, eso no importaba. No estaba aquí por información.

Disparé a la cerradura de la puerta e irrumpí en el interior, con Romeo cubriéndome la espalda.

Había tres hombres sentados en una sala mugrienta, dos en ropa interior y el tercero con una camiseta sucia. Gritaron intentando agarrar las armas que habían dejado descuidadamente a un lado, pero fui demasiado rápido. Disparé al primero en la mano; al segundo, en la rodilla y al tercero, en el hombro. El aire se llenó de gritos de dolor.

—¿Para qué demonios necesitaba estar yo aquí si ibas a matarlos a todos tú mismo? —refunfuñó Romeo.

—Ve a despejar el resto de la casa si necesitas algo que hacer. Ustedes tres, al suelo.

Los albaneses se desplomaron en el suelo, sus gritos llenando el aire. Rápidamente les quité las armas. Obviamente eran jóvenes y sin experiencia. No tenían ningún valor para mí.

Aun así disfrutaría jugar con ellos.

—Matteo. —La voz de Romeo llegó desde una de las habitaciones traseras—. *Ci sono due ragazze qui.* «Hay dos chicas aquí».

Mierda.

Romeo volvió a la sala, con furia en sus ojos.

—Malditas escorias. —Escupió a los soldados y les apuntó con su arma. Sus ojos se dirigieron a los míos—. Habitación trasera a la izquierda.

Me preparé para lo que me iba a encontrar cuando empujé la puerta y vi a dos chicas acurrucadas en un rincón. Parecían jóvenes, ¿diecisiete?, ¿dieciocho años? Tenían la ropa rasgada y el cabello largo y sucio les caía sobre la cara. Tenían los tobillos demasiado delgados sujetos con esposas metálicas.

Lo único que había en la habitación era un colchón sucio.

Únicamente toda una vida de práctica ocultando mis emociones me permitió mantener el rostro inexpresivo mientras una furia al rojo vivo se revolvía en mi estómago. Si bien mi tío había reactivado el *comercio de pieles* durante el breve tiempo que estuvo en el poder, yo le había puesto fin cuando ascendí a Don. Esto era una ofensa directa a mi autoridad.

Me agaché, esperando que eso me hiciera menos intimidante. Las miradas vacías de las chicas se cruzaron con las mías.

—¿Cómo se llaman?

No dijeron nada.

—Las llevaré a un lugar a salvo—murmuré—. ¿Cómo llegaron aquí?

Las chicas se miraron entre sí como si se estuvieran comunicando en silencio antes de dirigirse a mí. Una dijo algo en un susurro ronco, pero no hablaba inglés.

—¿Qué fue eso?

La chica repitió sus palabras, con voz cada vez más fuerte. Sonaba como si hablara un idioma de Europa del Este, posiblemente ruso. Por un momento pensé en llamar a Sofiya para ver si ella les entendía, pero descarté la idea. Tenía que mantenerla apartada de mi vida, de mi trabajo. Podía parecer dulce e inocente; sin embargo, no podía confiar en ella.

—Ahora vuelvo —les avisé, a pesar de que no podían entenderme, y regresé a la sala.

—Bueno, esto nos aclara un poco por qué la escoria intenta apoderarse de mi ciudad —le

comenté a Romeo.

—¿Crees que es algo más que las dos chicas?

—Sí. —Había sospechado que Arben *traficaba con pieles* en Boston, aun así, me había mantenido al margen, eso era territorio irlandés. Pero ya no solo intentaba tomar el control de mi ciudad, sino que se disponía a traer el *comercio de pieles*.

Mis ojos se desviaron hacia los tres patéticos hombres acurrucados en el suelo frente a nosotros.

—Felicidades, los tres acaban de volverse mucho más útiles para mí. —Me acerqué un paso más, saboreando sus quejidos de dolor mientras sus heridas derramaban sangre sobre la alfombra gris.

—¿Quién eres? —escupió el hombre al que le había disparado en la rodilla.

Me agaché frente a él.

—Soy al que le suplicarás que te mate antes del final.

Su rostro se retorció de rabia antes de arremeter con un grito. Un destello de acero se dirigió hacia mí. Me aparté de un salto, mas no fui lo bastante rápido para evitar que su cuchillo me hiciera un corte superficial en el costado. Apenas lo sentí mientras la sangre goteaba por mi piel.

Con un movimiento rápido, le di una patada en la rodilla herida, lo volteé boca abajo y lo inmovilicé en el suelo clavándole el cuchillo en la mano. Me sacudí la chaqueta mientras me levantaba y observaba a los otros dos soldados.

—¿Alguno de ustedes se siente valiente? Ahora es su oportunidad de atacar.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras negaban con la cabeza, lanzando miradas disimuladas a su compañero que se lamentaba.

—Buena elección. ¿Dónde está la llave de las esposas?

Un soldado señaló al hombre al que había apuñalado. Metí la mano en su bolsillo y saqué la llave, asegurándome de golpearle la rodilla contra el suelo.

Me dirigí a Romeo.

—Llama a Domenico y Stefano para que saquen la basura.

Volví a la habitación de atrás, agachándome de nuevo mientras me acercaba a las chicas. La más joven de las dos tenía las mejillas manchadas de lágrimas, aunque ambas permanecían en silencio.

Les mostré la llave y señalé a las esposas.

—Voy a quitárselas. —Parecieron entender lo que quería decir y se quedaron quietas mientras se las retiraba. Maldecí en voz alta al ver las marcas rojas y sangrientas dejadas por el metal, lo que hizo que ambas se sobresaltaran.

Busqué en mi interior la voz suave que solía usar con Sienna cuando era más pequeña, cuando me despertaba a mitad de la noche y la encontraba acurrucada en el suelo junto a mi cama después de haber tenido una pesadilla. Antes de que mi corazón se volviera frío.

—No voy a hacerles daño. —Extendí una mano hacia ellas, pero se apartaron asustadas—. No pasa nada. No las tocaré. ¿Pueden caminar?

Me levanté despacio y di unos pasos hacia la puerta, haciéndoles un gesto a las chicas para que me siguieran. Se levantaron con movimientos rígidos. Se agarraron de las manos y cojearon hacia la puerta.

—Ya vienen —informó Romeo cuando los tres entramos a la sala. Había atado a los soldados albaneses en el suelo y vendado sus heridas de bala para evitar que se desangraran. Los quería vivos durante mucho tiempo—. ¿A dónde quieres llevar a las chicas?

Me pasé la mano por el cabello e hice un gesto a las dos chicas para que se sentaran en la

mesa torcida de la cocina. Les conseguí agua y encontré paquetes de galletas saladas en una de las alacenas.

—Le preguntaré a Aria si pueden quedarse en una habitación de la clínica hasta que resolvamos esto.

Aria era mi prima por parte de mi madre. Le habían permitido ir a la facultad de medicina, algo raro para las hijas de la Familia incluso en estos tiempos, y dirigía nuestra clínica privada.

Las chicas se bebieron de golpe el agua, con los ojos fijos en sus tres captores. Me apoyé en la encimera de la cocina, preguntándome qué estaría haciendo Sofiya. Sentí el extraño impulso de ir a ver cómo estaba, pero era tarde. Probablemente estaría dormida y, de todos modos, Enzo estaba de guardia en el apartamento.

Romeo sacó su teléfono y me hizo un gesto con la cabeza.

—Ya están aquí.

Hice un gesto a las chicas para que me siguieran. Romeo salió primero por delante y me hizo una señal cuando todo estuvo despejado. Stefano y Domenico se cruzaron con nosotros de camino al coche y les hice un gesto con la barbilla. Me reuniría con ellos en el sótano después de llevar a las chicas a la clínica.

Los albaneses podían esperar. Al final desearían que me hubiera mantenido alejado.

SOFIYA

Me había costado dormir toda la noche, por eso estaba segura de que mi esposo no había vuelto a casa. Lo esperé con la cena. Estaba acostumbrada a comer alrededor de las siete, pero sabía que los italianos comían tarde, así que tenía esperanzas de que llegara. Cuando se acercaban las once de la noche, me rendí y comí sentada en el suelo de la cocina, con la música a todo volumen.

Si iba a vivir esencialmente sola, más valía romper todas las reglas de etiqueta que me habían inculcado.

El dolor de cadera me hacía dar vueltas en la cama, desesperada por encontrar una postura tolerable. Eso, en combinación con la soledad y la falta de sueño, me había puesto de mal humor. Me levanté de la cama de madrugada, necesitando algo para distraerme. Utilicé la lujosa máquina de café *espresso* italiana para hacerme un *latte* y luego exploré el resto del apartamento, haciendo lo posible por moverme con mi voluminosa silla de ruedas.

El apartamento tenía un aire de abandono, como si nadie viviera aquí, aunque era precioso, la combinación perfecta de arquitectura histórica y toques modernos. Los grandes ventanales dejaban entrar la luz del sol naciente, que reverberaba en las paredes blancas y las molduras de madera oscura. No se parecía en nada a la fría opulencia de la casa del *Pakhan*, que pretendía intimidar a todo el que entraba con su extravagancia y riqueza. Había cuatro habitaciones, no me había atrevido a entrar en la de Matteo, aun así, el resto estaban decoradas con sencillez y buen gusto, cinco baños, un comedor formal, una sala y el gimnasio, pero mi habitación favorita sin duda era la biblioteca.

Allí decidí acurrucarme en el gran sofá de piel de la biblioteca con mi segunda taza de café mientras observaba el amanecer. Los estantes del suelo al techo estaban repletos de libros, hermosos y antiguos tomos que parecían preciosos, pero que daban cero ganas de leer. De hecho, no parecía haber nada remotamente entretenido de leer en toda la casa. Me lo imaginaba. Supuse que el Don no tenía mucho tiempo libre. Bueno, excepto por las noches. Parecía que tenía *mucho* tiempo para actividades extracurriculares a esas horas. Imágenes de Matteo con otras mujeres habían revoloteado dentro y fuera de mis sueños hasta que estuve a punto de gritar.

Recosté la cabeza en el sofá con un quejido. No servía de nada pensar en las decepciones de la vida.

Intentaba reunir fuerzas para levantarme y preparar el desayuno cuando tocaron a la puerta. Al principio no estaba segura de haber oído bien, pero ahí estaba de nuevo. Por un momento, el corazón me dio un vuelco al pensar que Matteo había vuelto, mas luego me di cuenta de que él no habría tocado.

Me senté en mi silla, respirando agitadamente por el dolor que me recorría las articulaciones,

y abandoné la biblioteca.

—¡Adelante! —exclamé al llegar a la sala.

La puerta se abrió lentamente, dejando ver a un sonriente Angelo.

—Buenos días, *bella*. Me preocupaba haberte despertado.

Sonreí. Me alegré de verlo, pero no pude evitar que me doliera el corazón por la ausencia de mi marido.

—Llevo un rato despierta. —Hice una mueca al darme cuenta de que seguía en pijama, un pijama de seda rosa con flamencos, cortesía de mi madre.

—Que bonitos —dijo Angelo.

Negué con la cabeza y me desplacé hacía la cocina.

—¿Puedo traerte algo? ¿Un café? Estaba intentando decidir qué preparar para desayunar.

—No diría *no* a un poco de café. ¿Qué terminaste haciendo anoche?

—Galletas con chispas de chocolate y *risotto* de champiñones. —A Angelo se le iluminó la cara y lo miré divertida—. ¿Hay sobras si quieres?

—Me encantaría. —Se frotó las manos.

Me reí.

—¿A las ocho de la mañana? Un desayuno bastante raro. —A pesar de que el *risotto* estuvo delicioso, comer sola no era lo mismo.

Empecé a maniobrar hacia el refrigerador, no obstante, Angelo me detuvo rápidamente.

—Déjame a mí —pidió, mirando mi silla de ruedas con preocupación.

—Puedo moverme por la cocina, Angelo.

—Pero ¿por qué hacer eso cuando estoy aquí, señora Rossi?

Arrugué la nariz. No estaba segura de cuánto tardaría en acostumbrarme a que me llamaran *señora*.

Tomé una barrita de granola mientras Angelo sacaba un recipiente con las sobras de *risotto* del refrigerador.

—Entonces, ¿viniste solamente a asaltar el refrigerador?

Angelo sonrió ante mi tono irritable mientras metía el recipiente en el microondas.

—*Nah*, eso es solo un extra. Vine a recogerte. El Jefe programó una cita para ti.

—*Oh* —dije, sentándome más erguida—. ¿Va a volver?

La expresión de Angelo decayó ligeramente, y se ocupó de las sobras.

—No, está ocupado.

Se me hizo un nudo en la garganta y me sentí estúpida. ¿Por qué iba a molestarme que mi esposo pasara la noche fuera, obviamente en compañía de mujeres más interesantes? Había dejado claro que no éramos nada el uno para el otro. Simplemente pensé que esperaría al menos una semana después de nuestra boda para buscarse una amante.

Me había permitido tener demasiadas esperanzas, creer en cuentos de hadas románticos.

Tragué saliva antes de hablar y me alegré de lo firme que sonaba mi voz.

—¿Qué tipo de cita?

—Una evaluación para una silla de ruedas hecha a la medida.

Mis labios se entreabrieron y lo único que pude hacer fue parpadear mientras Angelo sacaba el *risotto* del microondas y daba un mordisco con aprecio.

—Esto está muy bueno —halagó—. Ni siquiera me gustan los champiñones.

—Gracias. Pero ¿cómo que una cita para una silla de ruedas si ya tengo una?

—El Jefe dijo que no sirve —respondió Angelo encogiéndose de hombros—. Insistió mucho en que te mereces lo mejor.

Mis ojos estaban desenfocados mientras intentaba dar sentido al enigma de mi esposo, frío, duro y ausente en un momento y aparentemente cariñoso en el siguiente.

—Es un hombre complicado —concluí finalmente.

—Ni la mitad de complicado que las mujeres —replicó Angelo.

Puse los ojos en blanco y me acerqué para arrebatarle el envase de galletas de la mano.

—Los sexistas no reciben galletas.

—No, *bella*, por favor, no seas así. —Su labio sobresalió en un puchero. Era una expresión tan ridícula en aquel hombre enorme y musculoso que no pude contener la risa.

Me arrebató la caja de la mano y se metió una galleta en la boca antes de que pudiera decir algo.

—Eres ridículo —le dije—. Tengo que arreglarme. No te comas todas las galletas.

JUGUETEÉ con la radio del coche, poniéndola en una estación de música *pop*. Mila y yo habíamos pasado horas matando el tiempo escuchando la radio cuando éramos pequeñas, antes de que metiéramos a escondidas una televisión a nuestra ala de la casa.

—Así que, Angelo, cuéntame más sobre ti.

Estábamos atrapados en el tráfico matutino de Manhattan.

—*Uhh*, ¿qué quieres saber?

—No lo sé. Cualquier cosa. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

El semáforo cambió y avanzamos de nuevo.

—No tengo muchos pasatiempos... Asisto a una noche de póquer semanal, si eso cuenta.

—Qué bien. Nunca he jugado. Mila y yo teníamos unas barajas, pero no conocíamos ningún juego, así que inventábamos cosas. ¿Eres bueno?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Angelo.

—Soy decente.

—¿Puedes enseñarme? Tal vez pueda asistir a la noche de póquer si me vuelvo buena.

Me lanzó una mirada incrédula.

—¿Una mujer en la noche de póquer? —Sin embargo, ante mi ceño fruncido, se aclaró la garganta y añadió rápidamente—. Ya era hora. —Me crucé de brazos—. No me quites las galletas —suplicó.

—Quizás te perdone si me enseñas a jugar. —Sabía que Angelo solamente estaba aquí conmigo porque así se lo había ordenado el Jefe, pero yo estaba desesperada por tener un amigo —. ¡*Oh*! —exclamé—. ¿Tienen un campo de tiro que usen para practicar?

Angelo giró a la derecha y se estacionó en paralelo en una calle muy transitada de *Midtown.*

—¿Por qué?

—Pensé que quizá podríamos ir alguna vez. Necesito mantener mis habilidades en forma.

Mi guardaespaldas resopló.

—¿Tus habilidades?

—¿Qué, no me crees? Mi hermano me enseñó a disparar cuando era más joven.

Dimitri nos había enseñado tanto a Mila como a mí, decidido a que necesitábamos saber protegernos. Cada vez que nos visitaba, nos escapábamos todos juntos al campo de tiro para practicar. Mila no había tenido éxito, pero Dimi decía que yo tenía talento natural. La última vez que me visitó, seis meses atrás, practicamos disparando desde mi silla.

—No estoy seguro de que el Jefe acepte —comentó Angelo antes de salir del coche. Esperé a

que sacara mi silla del maletero. Hice una mueca al salir, me dolía la cadera. Tendría que usar una compresa caliente cuando volviéramos.

Angelo abrió de un tirón una gran puerta de cristal con el letrero *"Centro de Movilidad"*, y me impulse en la silla dentro de un enorme espacio repleto de todo tipo de sillas de ruedas.

—Usted debe de ser la señora Rossi. —Una mujer de mediana edad con bonitos ojos y una cola castaña salió de detrás del mostrador de la recepción para recibirnos—. Soy Sandra. Soy la fisioterapeuta que le hará su evaluación hoy. —Me estrechó la mano y luego la de Angelo antes de presentarnos a dos hombres que trabajaban con ella, Ted y DiMarco.

—Haremos varias evaluaciones hoy para asegurarnos de que tenemos todo lo que necesitamos para conseguirle su silla personalizada, lo cual es bueno porque ya veo que esa no es la adecuada para usted —señaló Sandra con expresión analítica—. El examen incluirá muchas preguntas sobre su movilidad y cuáles son sus objetivos, y también haremos algunas evaluaciones físicas. ¿Alguna pregunta antes de empezar?

Sacudí la cabeza, todavía un poco aturdida por lo que estaba ocurriendo. Me desorientaba estar rodeada de gente que quería que me sintiera cómoda en una silla de ruedas después de haber tenido que ocultar la gravedad de mi discapacidad durante tanto tiempo.

Y el hecho de que mi esposo hubiera programado la cita lo hacía aún más dulce.

MATTEO

APOYÉ MI FRENTE CONTRA LA PARED DE LA DUCHA MIENTRAS EL AGUA CORRÍA POR MI CUERPO. Cuando regresé, Sofiya y Angelo ya se habían ido a su cita. Probablemente fue algo bueno, ya que mi ropa estaba empapada de sangre.

Vi cómo la última gota se iba por el desagüe.

Uno de los soldados albaneses había muerto mientras lo transportaban de vuelta al sótano, y los otros dos no sabían nada útil. Sus gritos aún resonaban en mis oídos. Al menos los había hecho sufrir por lo que les habían hecho a aquellas chicas, pero no estábamos más cerca de averiguar si los albaneses tenían más mujeres y dónde podrían estar.

Me vestí y me dirigí a la cocina. Necesitaba comer algo y luego ir a la oficina para empezar a resolver esta mierda. Mientras más pronto destruyera a Arben, mejor.

Había una caja de galletas sobre el mostrador y agarré una. Le di un gran mordisco y me detuve en seco. Era la mejor jodida galleta que había comido en mi vida. Normalmente me mantenía alejado de los postres, no parecía correcto que el Don de la Mafia Italiana comiera dulces, pero tenía que averiguar de dónde eran.

Me preparé un café y luego agarré otra galleta para llevármela a la oficina.

ME LAS ARREGLÉ para permanecer en mi oficina durante cuarenta y tres minutos.

Cuarenta y tres minutos de agonía, con la piel picándome al saber que Sofiya no estaba arriba. No había ninguna razón para que me sintiera así, ninguna razón para que sintiera la necesidad de saber que estaba a salvo y esperándome.

Sienna me dijo que no podía encerrar a mi esposa en el apartamento.

Yo no quería encerrarla. Solo necesitaba tenerla a mi alcance en todo momento.

Entré discretamente a la tienda de sillas de ruedas, sin que nadie se diera cuenta, excepto Angelo, que levantó la barbilla al verme detrás de un escaparate alto.

No quería que Sofiya supiera que estaba aquí. Ni siquiera *yo* sabía por qué estaba aquí. La única razón por la que había organizado esta cita era porque, como esposa del Don, Sofiya necesitaba lo mejor. Y yo siempre le daría lo mejor.

Ignoré la satisfacción que me producía la idea de proporcionarle lo mejor.

Tres empleados estaban sometiendo a Sofiya a una serie de pruebas musculares, utilizando máquinas para evaluar su fuerza. Incluso cuando se esforzaba, sonreía y bromeaba con el personal. Al cabo de un rato, la sentaron en una silla de ruedas. Sofiya se concentraba en lo que

decía el hombre que tenía enfrente mientras una mujer ajustaba la altura del respaldo de la silla. Aunque se me erizó la piel al ver lo cerca que estaba el hombre de mi mujer, me obligué a quedarme atrás mientras Sofiya iba de un lado a otro. Esta silla de ruedas parecía mucho más ligera y ajustada que la robada. El respaldo y la parte inferior estaban acolchonados, y la sonrisa de mi esposa era jodidamente radiante mientras giraba. Me dolía el pecho mientras la miraba.

—¿Es cómodo ese asiento? ¿Presiona demasiado en algún sitio? —preguntó la mujer.

Sofiya se movió un poco.

—No, se siente muy bien.

—Excelente. Como probablemente sabrá, con el síndrome de Ehlers-Danlos la piel suele ser más delgada y sensible, por lo que es más fácil que se produzcan hematomas y desgarros. Queremos asegurarnos de que tenga un asiento y un respaldo acolchonados para que se sienta cómoda y evitar cualquier herida por presión.

—¿Cómo se siente en sus hombros? —inquirió el empleado masculino.

—Todavía hay una tensión cuando estoy empujando, pero no es tan malo como con la otra —respondió Sofiya.

—Esta es mucho más ligera que la anterior, así que debería ser mucho mejor para el uso diario —explicó la mujer.

Sofiya se mordió el labio.

—¿Con qué frecuencia debo usarla?

—Oh, bueno, la puede usar siempre que lo necesite —indicó la mujer.

—Pero... no sé, ¿quizás esté dependiendo demasiado de ella? Es como si me volviera demasiado dependiente de ella si la uso todo el tiempo en lugar de mi andador.

Se me erizó la piel ante la ansiedad de su voz y me preparé para la respuesta del personal. Si decían algo que la alterara...

—No, en absoluto. —La tranquilizó la mujer—. Es probable que a veces los síntomas se agraven y luego remitan durante un tiempo. ¿Esa ha sido su experiencia?

Sofiya asintió.

—Siempre puede usar el andador cuando lo necesite; aun así, yo la animaría a usar la silla la mayor parte del tiempo. No solamente le ayudará cuando sienta dolor o sufra dislocaciones, sino que también puede prevenirlas. Es muy posible que pueda caminar si se esfuerza, pero después lo pagará.

Los hombros de Sofiya se relajaron como si se hubiera quitado un peso de encima. No me había dado cuenta de que le preocupaba, no obstante, debería haberlo hecho después de escuchar cómo la trató su padre cuando se enteró de lo de la silla de ruedas.

Afortunadamente, ahora vivía conmigo, no con él.

—También hay fisioterapia que puede hacer para fortalecer los músculos y ayudar a estabilizar las articulaciones —informó el hombre mientras sacaba una especie de aparato de una caja—. La ayudará a mantenerse fuerte.

—¿Qué es eso? —preguntó Sofiya.

—Dijo que uno de sus objetivos es salir más a menudo. Esto es un asistente de potencia motorizado. Se acopla al eje trasero de la silla. Le da potencia a su silla y le ayuda a salir al exterior, a subir pendientes y, simplemente, a cuidar sus brazos y hombros.

A Sofiya se le iluminaron los ojos.

—¿A qué velocidad puede ir?

Angelo resopló.

—¿Planeas participar en alguna carrera?

Sofiya se sonrojó.

—Tal vez. Podría ser divertido.

Cuanto más la miraba, más deseaba estar cerca de ella. Por primera vez en años, sentí el impulso de ausentarme del trabajo. Imaginé pasar el día con Sofiya, salir con ella como quería. Mas tenía responsabilidades. Tenía que encontrar un intérprete para las chicas, para ver qué información tenían, y ponerme en contacto con Franco, que vigilaba los movimientos de los albaneses.

Pero por alguna razón, mis pies no se movían hacia la puerta.

—Muy bien, todo listo, Sofiya —dijo la mujer—Llamaremos a su esposo cuando su silla esté lista.

—Muchas gracias por todo. Ha sido un placer conocerlos. —Se despidió con la mano mientras seguía a Angelo hacia la entrada. Me reuní con ellos en la puerta, disfrutando un poco al ver cómo los ojos de Sofiya se abrían de par en par al verme.

—Matteo —suspiró—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito que vengas a ayudarme con algo. —Lo había decidido. Sofiya vendría conmigo a la clínica para ver si podía obtener información de las dos chicas. Si ella podía traducir, todo sería mucho más eficiente.

Levantó las cejas.

—*Oh*, muy bien.

Observé la calle mientras salíamos de la tienda, más tenso que de costumbre.

—Gracias por programar esta cita. —Su voz era suave y dulce.

Me aclaré la garganta.

—¿Quedaste satisfecha con el resultado?

—Sí, la nueva silla será increíble. —Se mordió el labio—. Pero se me olvidó preguntar cuánto tardará en llegar.

—Estará lista en una semana —notifiqué.

—Espera, ¿una semana? Creía que tardaban una eternidad en hacer una silla de ruedas personalizada.

Angelo resopló.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Estás casada con el Don. Las reglas normales no se aplican.

Un bonito rubor se extendió por sus mejillas, y sentí ganas de pavonearme por lograr eso.

Le lancé mis llaves a Angelo.

—Síguenos a la clínica.

—Sí, Jefe.

Sofiya tomó el brazo que le ofrecí para subir al BMW blindado, y eso me llenó de satisfacción.

Casi tanta satisfacción como verla en el asiento del pasajero cuando rodeé el coche, con las mejillas sonrosadas y los labios sonrientes como si estuviera feliz de estar conmigo.

SOFIYA

—¿Dijiste que íbamos a una clínica? —le pregunté a un silencioso Matteo mientras entraba y salía del tráfico. La radio estaba apagada y no me atreví a encenderla.

—Sí.

No supe si reír o gritar ante su respuesta cortante.

—¿Te cobran por palabra? Porque tenía la impresión de que podrías permitirte algún tipo de plan de conversación ilimitada.

Matteo me miró, con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Eso probablemente te costó otros diez centavos —murmuré.

No sabía por qué estaba siendo tan malcriada, por qué me importaba tanto hablar con este hombre, *gustarle*. Podía echarle la culpa al dolor, la evaluación de la silla de ruedas había empujado a mí ya adolorido cuerpo, aunque si era sincera, era la idea de pasar el resto de mi vida en un matrimonio frío y sin amor lo que era demasiado para soportar.

Matteo se aclaró la garganta.

—Anoche, Romeo y yo fuimos a una casa de seguridad albanesa. Allí encontramos a dos mujeres jóvenes, y sospechamos que fueron traficadas. Pero no hablan inglés. Parecía que hablaban ruso, así que me preguntaba si podrías ver si tú las entiendes.

Me quedé observándolo, con los labios entreabiertos. No solamente había dicho *varias* frases seguidas, sino que estaba dejando que me metiera en asuntos de la mafia. No obstante, la parte que más me obsesionaba era el hecho de que la noche anterior había estado en una casa de seguridad, no con una amante. El monstruo feo y celoso que había estado supurando dentro de mí sacudió el puño en señal de victoria.

—Ese párrafo probablemente me costó un dólar con cincuenta —bromeó Matteo.

—*Oh.* Dios Mío. —¿Él acababa de hacer una broma? Me quedé mirando a mi esposo con un asombro perplejo, que no hizo más que aumentar cuando su expresión se transformó en una sonrisa burlona. Era *casi* una sonrisa de verdad.

—Ya llegamos —dijo, entrando en un garaje subterráneo.

—¿Estamos cerca del apartamento?

Asintió.

—A la vuelta de la esquina. La clínica solía estar en mi edificio hasta que la doctora Amato insistió en un espacio más grande.

—¿Las chicas están heridas? ¿Por eso las trajiste aquí?

—Quédate ahí —pidió Matteo, saliendo del coche y acercándose a mi lado. Abrió la puerta del pasajero y se inclinó hacia mí. Su corpulento cuerpo me rodeaba, imponente pero

reconfortante.

—Tenían algunas heridas, sí, pero sobre todo necesitábamos un lugar seguro para ellas.

Lo observé fijamente, a ese Don frío y duro que mostraba más bondad de la que jamás hubiera esperado de un hombre de la mafia. Mis ojos recorrieron su mandíbula fuerte y recta, sus labios que parecían increíblemente suaves, la pequeña cicatriz bajo su ojo que nunca había notado. Ambos parecíamos absorber al otro, y entonces nuestras miradas se cruzaron. ¿Nos estábamos acercando el uno al otro? Una pequeña chispa revoloteó en mi estómago y volví a mirar sus labios. ¿Me besaría? Nuestro beso en la ceremonia había sido demasiado breve, y yo quería otro.

Matteo se enderezó bruscamente.

—Voy por tu silla.

Se me encogió el corazón y cerré los ojos un segundo antes de volver a abrirlos. Estaba siendo estúpida.

Salí del coche con cuidado, obligándome a respirar despacio mientras el dolor me atravesaba. Me dolía todo. Ojalá hubiese podido acostarme con una almohadilla térmica y mis medicinas y dormir hasta que el dolor desapareciera, sin embargo, había cosas más importantes que hacer en ese momento.

Además, el dolor nunca desaparecía del todo.

Me senté pesadamente, deseando tener ya mi nueva silla acolchonada. Y entonces me invadió una oleada de resentimiento. Resentimiento por necesitar una silla de ruedas. ¿Por qué no podía ser normal?

Fui a empujar, pero Matteo se me adelantó, agarró las asas de la silla de ruedas y me impulsó hacia adelante.

—*Oh*, *umm*, espera —musité, dándome la vuelta—. ¿Puedes no hacer eso?

—¿Hacer qué?

—Empujar mi silla. No me gusta que la gente la toque. —Me preparé para su ira, o al menos su frustración, mas se limitó a soltar las asas.

—Pero estás cansada —objetó.

Ladeé la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

Se cruzó de brazos.

—Lo sé todo. —Sonaba tan malhumorado que no pude evitar sonreír.

—Claro...

—Así que, si estás cansada, ¿por qué no puedo empujarte?

No tenía mucha experiencia con nadie que tocara mi silla cuando estaba en ella, pero la mayor parte de mi experiencia en silla de ruedas era deambular por la pequeña ala privada de Mila y mía en la mansión del *Pakhan*. Nunca había tenido que esforzarme tanto como en los últimos días, y mis hombros lo estaban resintiendo.

Me mordí el labio. Por muy frustrada que estuviera por tener una silla de ruedas, era una extensión de mi cuerpo. Tener a otra persona controlando mis movimientos me ponía ansiosa, aunque no era como si Matteo no pudiera dominarme en medio segundo de todos modos, si quisiera.

—Supongo que estaría bien. Si me lo *pides* primero. —Debía de tener ganas de morir, aun así, disfruté un poco al ver el tic del ojo de Matteo. Aunque fuera lo último que viera.

Resopló y se pasó una mano por el cabello.

—Y yo que pensaba que eras tan dócil y tranquila. Un Don no pide permiso, Sofiya.

Giré la silla para mirarlo.

—No sabía que hubiera un manual para los Don. ¿Hay un ejemplar en tu biblioteca?

En ese momento, un coche se estacionó a nuestro lado y Angelo se bajó. Lo miré fijamente.

—¿Sabías que los Don tienen un manual?

Sonrió.

—¿Cómo? —Angelo indagó confundido.

—Sofiya ha decidido ser una molestia —aclaró Matteo, pero no había mordacidad en su voz.

—Como debe ser —replicó Angelo. Su expresión se tornó sobria de inmediato cuando Matteo lo fulminó con la mirada.

Puse los ojos en blanco.

—Oh, vamos, no da *tanto* miedo.

Matteo se limitó a lanzarme una mirada exasperada.

—Te avisaré antes de tocar tu silla. Es lo mejor que puedo hacer. —Luego se dirigió a mi guardaespaldas—. No debes empujarla en su silla de ruedas sin pedirle permiso.

Angelo me miró y asintió con seriedad. Una cálida sensación me llenó el pecho.

—Vamos, maldita sea. Voy a empujarte ahora.

Resoplé, pero me senté mientras mi esposo me llevaba al ascensor. Tenerlo a mi espalda era extrañamente reconfortante.

El ascensor nos subió dos pisos y se abrió a un gran vestíbulo. Esperaba que fuera blanco y estéril, con luces fluorescentes; sin embargo, en su lugar había cálidos suelos de madera y lámparas suaves y brillantes.

Una hermosa mujer de unos cuarenta años, cabello castaño oscuro, piel aceitunada y expresión severa salió rápidamente a nuestro encuentro.

—Ya era hora, Jefe —saludó cruzándose de brazos. Luego me miró—. Soy la doctora Aria Amato y tú debes de ser Sofiya. Eres demasiado encantadora para estar pegada a este.

—Creía que tenías prisa —gruñó Matteo.

Levanté las cejas, mirando entre los dos con una sonrisa.

—Ustedes dos parecen hermanos.

—Lo conozco de toda la vida. Aún no he podido deshacerme de él —se quejó la doctora Amato, pero una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Te compro toda una puta clínica y luego tengo que escuchar esto?

—Así es —respondió ella. Sus ojos eran cálidos cuando me miró—. Te agradezco que hayas venido, Sofiya. No estoy del todo segura de que las chicas hablen ruso. Si bien he intentado usar una aplicación de traducción, no han respondido. Aunque eso podría deberse al trauma. He deducido que sus nombres son Anastasia y Kateryna. Las examiné cuando llegaron. Tenían algunas cortadas y moretones, pero lo peor era el trauma sexual.

El corazón me dio un vuelco y parpadeé rápidamente para no llorar. Me sentía tan incompetente. ¿Qué podía hacer para ayudar a estas chicas? Pero no se trataba de mí ni de mi tristeza. Se merecían que alguien las escuchara, así que haría lo que pudiera.

—Es evidente que tienen miedo y desconfían de todos —continuó—. Así que espero de verdad que puedas entenderlas y que hablen contigo. Si tienen un hogar al que volver, las llevaremos allí. Si no, las llevaremos a un lugar seguro.

—Y conseguiremos información sobre quién se las llevó y qué vieron —añadió Matteo con brusquedad.

La doctora Amato le dirigió una mirada de desaprobación antes de girarse hacia mí.

—Iré a ver si les parece bien verte.

Esperé en la puerta mientras la doctora Amato entraba.

Matteo se acercó a mi lado.

—¿Estás bien para hacer esto? —me preguntó.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Sí, estoy bien. ¿Tú estás bien?

Se burló.

—Siempre estoy bien.

Me limité a tararear. Parecía tenso, pero no tenía ni idea de por qué.

La doctora Amato salió de la habitación.

—Creo que han entendido lo suficiente como para aceptar que hables con ellas. ¿Por qué no lo intentamos?

Le dediqué una sonrisa mientras me abría la puerta. La habitación tenía una gran ventana y dos camas, pero las dos chicas estaban acurrucadas en una de ellas. Parecían tener edades cercanas a la mía y a la de Mila, y al igual que nosotras dos, una era rubia y la otra tenía el cabello castaño. Se me quedaron viendo con ojos muy abiertos y atormentados.

—*Hola, me llamo Sofiya.* —Me presenté suavemente en ruso—. *¿Me entienden?*

Las chicas se abrazaron, mas no dijeron nada.

—*Estoy segura de que no lo parece, pero les prometo que aquí están a salvo. Me aseguraré de que así sea.* —En realidad no estaba en mi poder hacer esa promesa, aun así, confiaba en la doctora Amato.

Miré torpemente la habitación, sin saber qué hacer. Me acerqué a un pequeño estante y tomé un libro de romance que reconocí.

—*Este es muy bueno* —pronuncié, sintiéndome estúpida mientras se los mostraba—. *No sé si existe una traducción rusa, pero puedo buscarla si quieren. Es decir, si les gusta leer novelas de romance. A mi hermana y a mí nos enganchó bastante.* —Volví a dejar el libro en el estante—. *¿O quizás el ruso no es el idioma adecuado?*

—*Te entendemos* —susurró la chica de cabello castaño. Se aclaró la garganta y luego lo repitió, esta vez con voz más fuerte.

Se me aceleró el corazón.

—*Es un placer conocerlas.* —Empecé—. *¿Son hermanas?*

Las dos asintieron.

—*Yo soy Katya y ella es Stasya* —dijo la chica de cabello castaño. Su hermana se acurrucó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro. Se me apretó el pecho al pensar en Mila y en mí haciendo lo mismo.

—*¿Alguien te lastimó?* —inquirió Stasya, hablando por primera vez.

Ladeé la cabeza.

—*¿Qué quieres decir?*

Señaló mi silla de ruedas.

—*Oh, no. Nací con...* —Me interrumpí, dándome cuenta de que no sabía cómo traducir Ehlers-Danlos—. *Bueno, una enfermedad que a veces me dificulta caminar*.

Ella asintió, sus hombros se relajaron ligeramente ante mi respuesta.

—*¿Conoces a los hombres que nos trajeron aquí?* —inquirió en ruso.

Asentí con la cabeza.

—*Uno de ellos es mi esposo, Matteo.* —Decir *esposo* en voz alta lo hizo sentir más real.

—*Nos dio golosinas porque le dije que me gustaba el chocolate* —reveló en voz baja. Sacó una gran bolsa de papel de detrás de ella y la inclinó para enseñármela. Estaba repleta de

chocolates—. *¿Quieres uno?*

Estaba a punto de negarme, pero me rugió el estómago. Parecía que hacía siglos que había desayunado.

—*Me encantaría uno, gracias.* —Me desplacé con la silla hacia adelante para poder tomar mi favorito de chocolate y caramelo.

Tarareé mientras le daba un mordisco.

—*¿Cuántos años tienen ustedes dos?*

—*Tengo diecinueve* —respondió Katya—. *Stasya tiene diecisiete.*

Tragué saliva y me pellizqué el muslo para no llorar.

—*¿Podrían contarme qué les pasó?* —Como las dos guardaron silencio, añadí—: *Por favor, solo quiero ayudar.*

Katya acarició el cabello de su hermana. Estaba segura de que se negarían a hablar conmigo. Era una extraña. No tenían motivos para confiar en mí. Pero entonces Katya empezó a hablar.

—*Había un hombre en mi pueblo.* —Parpadeó rápidamente y Stasya apretó su mano con fuerza—. *Dijo que podía conseguirnos trabajo en Estados Unidos. Nuestros padres murieron hace unos años y no teníamos muchas oportunidades en nuestro pueblo. Así que dijimos que sí. Nos trajo a Boston.*

Ladeé la cabeza. Su ruso sonaba acentuado.

—*No son de Rusia, ¿verdad?*

Katya negó con la cabeza.

—*De Ucrania.*

Sonreí y cambié de idioma.

—*Mi abuela materna era ucraniana.* —Mi *baba* había vivido con nosotros cuando yo era pequeña. Murió antes de que yo cumpliera seis años, pero solo tenía buenos recuerdos de ella.

Las chicas se relajaron al escuchar su lengua materna, e incluso obtuve una pequeña sonrisa de Stasya.

—*¿Qué pasó cuando llegaron a Boston?* —indagué.

—*Nos metieron en un apartamento abarrotado con otras tres mujeres, y nos quitaron todos nuestros documentos. Trabajábamos limpiando casas por la noche. No estoy segura de cuánto tiempo estuvimos allí... ¿unas semanas? ¿Un mes? Y una noche, cuando nos preparábamos para irnos a nuestro trabajo de limpieza, un grupo de hombres enmascarados entró en el apartamento. Nos metieron en la parte de atrás de una furgoneta. Pasamos unos días yendo a diferentes almacenes y casas hasta que... hasta que tres hombres nos llevaron a una casa.*

No pude evitar que se me salieran las lágrimas mientras me contaba lo que habían sufrido en aquella casa durante dos días antes de que Matteo las encontrara.

Las tres estábamos llorando, no obstante, las lágrimas se sentían bien. ¿De qué otra forma podríamos expresar el sufrimiento por el que habían pasado?

—*Lo siento. Lo siento muchísimo.* —Mis palabras no fueron suficientes, pero bueno, nunca nada sería suficiente.

Las tres nos sentamos en silencio durante un rato.

—*¿Quieren regresar a Ucrania?* —Finalmente pregunté—. *¿O podríamos intentar buscarles otro lugar donde quedarse?*

—*Allí no hay nada para nosotras* —susurró Stasya—. *Pero aquí tampoco hay nada para nosotras.*

Me incliné hacia delante y agarré cada una de sus manos.

—*Encontraremos un lugar al que pertenezcan, lo prometo. Mientras tanto, pueden quedarse*

aquí. Y yo vendré a visitarlas.

Volvimos a quedarnos en silencio. Katya me ofreció otra barra de chocolate y la tomé. Comimos en silencio, sumidas en nuestros propios pensamientos. Las chicas parecían agotadas, así que, al cabo de unos minutos, me metí los envoltorios vacíos en el bolsillo, me despedí y salí al pasillo. Matteo, Angelo y la doctora Amato estaban esperando. Para mi horror, se me escapó un sollozo.

La doctora me puso una mano en el hombro.

—Vamos a mi oficina a hablar. —Una vez situados en su enorme oficina, me entregó una caja de pañuelos y les conté lo que había averiguado.

—¿No vieron quién se las llevó del apartamento de Boston? —preguntó Matteo.

Negué con la cabeza.

—Solo dijeron hombres enmascarados. No vieron las caras de nadie hasta que estuvieron en la casa donde las encontraron. Y esos hombres... —Me interrumpí con un sollozo—. Lo siento, lo siento —murmuré, secándome las lágrimas.

—Hiciste un trabajo maravilloso, Sofiya —elogió amablemente la doctora Amato—. Y encontraremos un lugar seguro para ellas. No te preocupes.

Solté un suspiro y le dediqué una sonrisa temblorosa. Le eché un vistazo a Matteo, preguntándome si estaría enfadado porque estaba llorando. Mas su expresión era ilegible.

—Tenemos que encontrar a quien se las llevó —soltó Matteo.

—Sé lo que estás pensando —respondió la doctora Amato—. Pero no saques conclusiones precipitadas todavía.

No sabía a qué se refería, pero él se limitó a gruñir.

Volvió su mirada hacia mí.

—Matteo me comentó que hace mucho tiempo que no ves a un médico por tu SED. ¿Por qué no vienes mañana? Puedo examinarte y puedes volver a hablar con las chicas si quieres.

—Mañana no puede ser —intervino Matteo—. Sienna insistió en ir a visitarnos.

—Pasado mañana, entonces. Me aseguraré de tener un montón de historias embarazosas preparadas —provocó ella con un guiño.

—Ningún puto respeto —masculló Matteo.

Angelo me acercó un pequeño bote de basura para que tirara mis pañuelos usados. Guardé unos cuantos limpios para las lágrimas que aún pudieran brotar. Me sentía muy frágil. Ver a Katya y Stasya abrazadas hizo que me doliera el corazón por Mila. Le había enviado mensajes a lo largo del día, pero no me había contestado.

—Anda, vámonos a casa —indicó Matteo, con una voz inusualmente suave—. Y yo te empujaré.

Estaba demasiado cansada para discutir. Me senté tensa en la silla mientras volvíamos al coche, cada hueso y músculo de mi cuerpo gritando de dolor, y mi corazón con él.

—¿A qué se refería la doctora Amato cuando dijo que sabía lo que pensabas? —Curioseé cuando volvimos al apartamento.

Matteo apretó la mandíbula y miró por la ventana de la sala.

—Los irlandeses están en Boston.

No sabía mucho de la mafia irlandesa. De vez en cuando los mencionaban en alguna cena de la *Bratva*, aunque no a menudo.

—¿Crees que están involucrados en el tráfico sexual?

Matteo suspiró y se pasó la mano por la cara.

—No lo sé. Su jefe, Ronan Finnegan, y yo siempre hemos tenido una especie de acuerdo no

verbal. Pero si se está aliando con los albaneses... —se interrumpió—. Tengo que ir a la oficina. Deberías descansar.

—De acuerdo —murmuré.

Se dirigió a la puerta, sin embargo, se dio la vuelta antes de salir.

—Hoy lo hiciste muy bien, Sofiya. Gracias.

Una sonrisa se dibujó en mis labios cuando cerró la puerta tras de sí. Respiré profundamente y se me deshizo el nudo que tenía en el estómago.

MATTEO

SIENNA IRRUMPIÓ EN EL APARTAMENTO EN UN REMOLINO VIBRANTE DE ENERGÍA.

—¿Dónde está? ¡Ya no puedes esconderla más! —Me pasé la mano por la cara. Eran solo las ocho de la mañana y ya estaba agotado.

—No la he visto esta mañana —aclaré, encogiéndome de hombros.

—¿Cómo que no la has visto? ¿Se fue a algún lado?

—¿Qué? No.

—Entonces, ¿no despertaste junto a ella?

«Maldición».

Si íbamos a convencer a la gente de que este era un matrimonio real, necesitaba ser más cuidadoso. Pero esta era mi hermana, y seguramente terminaría enterándose. Tomé un sorbo de mi café. Era negro y amargo, y me hizo desear algo dulce.

—Matteo —siseó, su voz llena de reproche—. ¿Qué está pasando?

—Este matrimonio es por la alianza. Ya lo sabes.

—Pero… —Sienna estaba, por primera vez, sin palabras—. La estás tratando bien, ¿verdad?

—¿Qué se supone que significa eso? —reviré bruscamente.

Un ruido en el pasillo la detuvo antes de que pudiera responder. Sofiya entró a la cocina usando su andador.

—Oh, Dios mío, es un placer conocerte, Sofiya —saludó Sienna efusivamente—. Mi hermano te ha estado manteniendo solo para él.

Sofiya parpadeó y frunció el ceño mientras miraba entre mi hermana y yo, como tratando de entender cómo podríamos estar relacionados. Sienna y yo compartíamos el mismo cabello oscuro, ojos oscuros y piel bronceada, pero el parecido terminaba ahí. Sienna era amigable y extrovertida, todo lo que yo no era.

La voz de Sofiya se suavizó mientras se acomodaba un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Es un placer conocerte.

—Ven, siéntate. ¿Quieres café? —preguntó mi hermana.

—Estaría genial, gracias. —Aunque Sofiya se sentó en uno de los taburetes de la cocina, sus movimientos eran rígidos, bruscos. Había sombras oscuras bajo sus ojos. ¿Estaba adolorida?

Sienna le sirvió una taza grande de café.

—¿Crema? ¿Azúcar?

—Ambos, por favor.

—Estoy tan molesta por haberme perdido la boda —suspiró Sienna—. Matteo no creyó que fuera seguro para que yo asistiera. ¡Cuéntamelo todo! Espera, tengo que ver tu anillo.

Estiró la mano y tomó la de Sofiya, pero su sonrisa se desvaneció al ver el simple anillo de

oro. Su mirada de desaprobación cayó sobre mí.

—¿Dónde está el anillo de compromiso?

—No estuvimos comprometidos —recalqué, terminando mi café. Era cierto, aun así, cuando Sofiya retiró suavemente su mano del agarre de mi hermana, su sonrisa se desvaneció y una incomodidad se asentó en mi pecho. Miré hacia mi sencillo anillo de oro. No había pensado en los anillos. Romeo fue quien me recordó que necesitaba conseguirlos en primer lugar.

—Me gusta —aseguró Sofiya suavemente.

Sienna me miró de nuevo con desdén antes de dirigirse hacia mi esposa.

—Vine para ver si querías ir de compras.

—Tengo trabajo que hacer —solté con rudeza.

Sienna simplemente puso los ojos en blanco.

—No te estaba invitando *a ti*, hermano. Como si alguna vez hubieras ido de compras en tu vida. Quiero ir con mi nueva cuñada.

Sofiya se sonrojó y me miró como pidiendo permiso. Sentí el impulso repentino de pasar mi pulgar por su labio inferior, de sentir la suavidad de su piel rosada. Rompí el contacto visual y me aferré al mostrador.

—Llevarás guardaespaldas y estarán de vuelta para el almuerzo —ordené, dándoles la espalda a las dos mujeres.

—¡Volveremos para la cena! —gritó Sienna detrás de mí. Apreté la mandíbula, pero seguí caminando y abrí la puerta de un tirón.

Angelo se enderezo en el pasillo.

—Irán de compras —gruñí—. Si algo les pasa, es tu responsabilidad.

—Sí, Jefe.

Resoplé mientras me dirigía a la oficina, sin saber por qué me sentía tan inquieto.

SOFIYA

MIS OJOS SE ABRIERON DE PAR EN PAR CUANDO MATTEO SALIÓ ENFURECIDO DEL APARTAMENTO. ¿Había hecho algo para molestarlo? Después de cómo dejamos las cosas el día anterior, tenía esperanzas sobre el futuro. Pero en ese momento, el sentimiento incómodo en mi estómago había regresado. Siempre que mi padre se enojaba, eso significaba problemas peores después.

—Estos mafiosos son tan dramáticos —comentó Sienna, girándose hacia mí—. Y dicen que las mujeres somos las emocionales. —Estaba sonriendo, completamente despreocupada por el comportamiento de su hermano.

—¿Parecía que no quería que fuéramos? —inquirí con duda.

—Como si Matteo fuera a detenernos. —Me guiñó un ojo y me pasó la taza de café—. Deberíamos empezar consiguiendo algo para desayunar. Hay una linda panadería al lado de mis tiendas favoritas.

—Eso suena encantador.

Quería desesperadamente caerle bien a Sienna. La soledad me rodeaba como una manta pesada. Había llorado toda la noche, pensando en lo que Katya y Stasya habían pasado y extrañando a Mila. Traté de llamarla, pero su teléfono estaba apagado.

—Excelente —agregó, aplaudiendo—. Vamos a pasar el mejor día.

Su emoción era contagiosa. Sonreí y tomé un sorbo de mi café.

—Solo dame un minuto para tomar mis cosas.

Me bajé del taburete de la cocina, con mis piernas gritándome de dolor. Volví a mi habitación y me dejé caer pesadamente en mi cama sin tender. No había tenido energía para hacerlo esta mañana. Miré mi silla de ruedas. Debería llevarla ese día. Mi rodilla estaba fuera de lugar, mis articulaciones me dolían y me sentía mareada. Pero sería un inconveniente para Sienna llevarla.

Y me daba vergüenza.

Si bien no podía ocultarles la silla de ruedas a Matteo y sus hombres, no quería estar en público con ella.

Reuní la energía para levantarme de la cama. Agarré mi bolso, mi teléfono, mis medicamentos y los treinta dólares que Mila me había dado antes de la boda. Aunque me había negado a tomarlos, ella los deslizó en mi bolso cuando no estaba mirando.

Habían pasado años desde que salí de compras. En cuanto empecé a usar aparatos de movilidad, el *Pakhan* me prohibió salir de casa. Dijo que era porque sus enemigos me atacarían, pero sabía que realmente era un esfuerzo por ocultar su vergüenza, el líder de la *Bratva* con una hija discapacitada. Matteo no parecía tener las mismas reservas sobre que me vieran en público, aunque tal vez esa era la razón por la que se enojó ante la idea de que Sienna y yo saliéramos.

Apreté la mandíbula mientras una ola de emoción abrumadora me invadía. La urgencia de hacerme pequeña, de esconderme, era fuerte. Tenía que ser más fuerte.

Guardé mis cosas en mi bolso. Treinta dólares no me llevarían muy lejos, pero estaba emocionada por salir del apartamento y conocer a Sienna. Y si podía comprar una blusa nueva o una funda para el teléfono o algo, sería un bono.

Sienna sonrió cuando regresé a la cocina.

—¿Lista?

—*Síp.* —Me aferré a mi andador, apoyando tanto peso como pude sin agravar mis muñecas.

—Antes de irnos, ¿hay algo específico que necesites? ¿O que te sea útil?

Mi pecho se apretó por su preocupación, y especialmente por la forma en que preguntó, como si no fuera gran cosa.

—No realmente, pero te lo agradezco. —La tensión en mis hombros se alivió, y la sonrisa en mi rostro se sintió más genuina mientras seguía a Sienna hacia la puerta.

—¡TE verías tan linda con esto!

Me giré hacia Sienna, quien sostenía un vestido plateado y brillante. Estábamos en el probador de una tienda departamental absurdamente lujosa en Fifth Ave. Angelo había dirigido a otros tres guardaespaldas para que revisaran la tienda antes de que entráramos, y en cuestión de segundos, todo el piso superior se despejó y los asesores de compras nos rodearon, trayendo montón tras montón de ropa con etiquetas de precios que me hacían querer vomitar.

—Sofiya, ¿qué opinas?

Parpadeé y forcé una sonrisa. Me encantaba el vestido. De alguna manera, Sienna había captado mi estilo en segundos, aunque era más revelador que cualquier cosa que hubiera usado. A pesar de que solía tener todo un armario de ropa de lujo, no había tenido una excusa para arreglarme en años. No era que extrañara asistir a las fiestas de cóctel de la *Bratva* de mi padre, pero el estar confinada en la casa era deshumanizante. En fin, había subido demasiado de peso para caber en mi ropa vieja, así que ni siquiera la traje conmigo. Recientemente, solo había usado *leggings* y sudaderas.

—Es muy bonito —expresé, mordiéndome el labio.

Sienna tomó otro puñado de vestidos de un estante cercano y me los trajo.

—Pruébatelos.

Mis mejillas se sonrojaron mientras trataba de encontrar cómo explicarle que no podía costear comprar ni un calcetín en esta tienda. Sin embargo, antes de que pudiera encontrar las palabras, la ropa ya estaba sobre mi andador y Sienna me sostenía la puerta del probador. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, me cubrí el rostro con las manos.

«Maldita sea».

Quería caerle bien a Sienna. No había tenido a nadie con quien hablar en años aparte de Mila y Nikolai, y estaba fuera de práctica. ¿Le daría vergüenza estar conmigo si descubría que no tenía dinero?

Pasé el dedo por el material brillante del vestido. Era liviano y de gasa, con una falda larga y una abertura alta. Incapaz de resistir la tentación, me quité la ropa y logré ponérmelo, usando el sofá en el probador para ponerme de pie mientras lo ajustaba. Mi respiración se detuvo al ver mi reflejo. La suave luz en la habitación se reflejaba en la tela, proyectando destellos en los espejos altos. La parte superior del vestido acentuaba mi pecho y luego caía sobre mis caderas, ocultando

mis nuevos rollitos en mi estómago.

Nunca había usado algo tan bonito.

Me senté en el asiento de mi andador, no obstante, en lugar de sentirme torpe y desaliñada, una abertura alta revelaba mi muslo, haciéndome sentir casi *sexy*. Mi SED hacía que mi piel fuera especialmente sensible, pero el tejido de este vestido era sedoso y no me causaba irritación.

—Sofiya, ¿estás vestida? ¿Puedo verte? —La voz emocionada de Sienna flotó a través de la puerta. Destrabé el pestillo y salí de la habitación.

Los labios de Sienna se abrieron con un jadeo.

—¡*Oh*, Dios mío!, pareces literalmente un ángel. Demonios, tengo un gran ojo. Así que eso es un sí definitivo. Te encanta, ¿verdad?

Me sonrojé.

—Sí, es muy bonito, pero…

Sienna miró a su alrededor.

—Déjame ver si pueden hacerle el dobladillo. ¿A menos que quieras encontrar unos tacones para combinar?

—No sé si podría usar tacones —dije.

—Eso me imaginaba —respondió con una sonrisa.

Sienna llamó a uno de los trabajadores de la tienda, y yo entré en pánico en silencio mientras hablaban de hacer ajustes. No podía permitir que hicieran ajustes en un vestido que no podría pagar ni en un millón de años.

—Bien, solo ve a probarte el siguiente atuendo y ellos se llevarán ese vestido para hacerle los ajustes —sugirió Sienna, volviéndose hacia mí. Su sonrisa resplandeciente se desvaneció cuando notó mi expresión de pánico—. ¿Qué pasa?

—Es solo que... —Vi la mirada de Angelo por encima del hombro de Sienna. El guardaespaldas parecía preocupado.

—Ven aquí —pidió Sienna, señalando una zona de asientos. Nos sentamos y ella tomó mi mano—. ¿Qué está pasando?

Tomé una respiración profunda.

—Bueno, en realidad solo quería venir de compras para conocerte mejor. No esperaba realmente conseguir nada para mí.

El ceño de Sienna se frunció.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros, intentando fingir una despreocupación que no sentía.

—Realmente no necesito nada.

—Querida, déjame decirte que *necesitas* este vestido.

La esquina de mis labios se curvó en una sonrisa. Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie más pudiera escuchar.

—Es solo que... no puedo pagarlo.

El rostro de Sienna se entristeció.

—Está totalmente bien. —Me apresuré a decir—. Estoy feliz de verte probarte cosas y conocerte.

—Sofiya, estás casada con mi hermano —pronunció las palabras lentamente.

Incliné la cabeza, confundida. Nunca había recibido ninguna especie de mesada del *Pakhan*, y Matteo no había mencionado nada diferente.

Sienna resopló.

—¿Él no te ha dado una tarjeta de crédito? —Ante mi silencio, soltó una maldición—. Por el

amor de Dios. Los hombres son imposibles. —Sacó su teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —cuestioné rápidamente.

—Mandándole un mensaje a Matteo, el idiota.

—Espera, no, no lo hagas. —Sienna debió escuchar el pánico en mi voz porque levantó la vista del teléfono, con los labios entreabiertos—. No quiero que se enoje.

Sienna bajó lentamente el móvil.

—¿Ha pasado algo entre ustedes dos?

—¿A qué te refieres?

Sienna miró a Angelo antes de inclinarse y bajar la voz.

—No te ha hecho daño o algo así, ¿verdad? Porque si lo hizo, lo mataré.

Parecía tan seria, tan intensa. ¿Realmente me defendería contra su hermano? ¿El jefe de la *Familia*?

—No, no ha hecho nada de eso.

Sienna se relajó, una suave sonrisa asomándose en sus labios.

—Bien. Él no es así, Sofiya. Protege a sus seres cercanos, te lo prometo. Pero podemos esperar a abordar el tema de la tarjeta de crédito si te pone nerviosa. Yo pagaré hoy. —Ya tenía el dedo levantado para evitar mis protestas—. No, insisto. Te compraré cosas, quieras o no, así que mejor elige lo que desees.

Antes de que pudiera decir algo, Sienna llamó a una de las asistentes de la tienda al vestidor y le indicó que tomara las medidas para los ajustes adecuados del vestido.

SOFIYA

—¿ESTÁS BIEN, *PRINCIPESSA*? —INQUIRIÓ ANGELO EN VOZ BAJA MIENTRAS NOS DIRIGÍAMOS AL restaurante donde íbamos a almorzar. Era un lindo café italiano con hiedra en las paredes y flores frescas en cada mesa. Sienna dijo que lo dirigía alguien de la Familia.

—Estoy bien. —Mi voz era ronca, y deseaba poder acostarme. El auto ya estaba lleno de bolsas, la mayoría con ropa para mí, y estaba aterrada por la reacción de Matteo. ¿Se enojaría porque Sienna había pagado? Había una selección de vestidos formales impresionantes, pero también ropa más casual, incluyendo dos bolsas de lencería que Sienna había insistido en comprar. Rechazó mi argumento de que no tenía sentido que las tuviera, diciendo que merecía sentirme hermosa.

Angelo apoyó con suavidad su mano en mi hombro.

—Iremos a casa después de esto. —Levantó una ceja como desafiándome a discutir, pero solo le di un pequeño asentimiento. No quería decepcionar a Sienna acortando nuestro día; sin embargo, tampoco quería avergonzarla desmayándome dentro de una tienda de lujo.

Me senté frente a ella en una mesa en una esquina tranquila, mi andador a un lado. Había una gran ventana junto a nosotras, y uno de nuestros guardaespaldas estaba afuera mientras Angelo se quedaba adentro, lo suficientemente cerca para protegernos, aunque lo bastante lejos para no escucharnos.

—Diría que pidamos el menú, pero el *chef*, Edoardo, solo nos traerá lo que quiera —mencionó Sienna, sonriendo mientras ponía los ojos en blanco—. Lo que cocina es siempre increíblemente delicioso.

—Suena genial.

No pasó mucho tiempo antes de que un hombre sonriente, de cabello canoso y con uniforme de *chef* apareciera en nuestra mesa, aplaudiendo.

—Ahh, *carina* —saludó a Sienna—. Ha pasado demasiado tiempo. —Luego se dirigió hacia mí y me hizo una pequeña reverencia—. Señora Rossi, es un honor cocinar para la nueva esposa de nuestro Don. —Tomó mi mano y la besó, y mis mejillas se calentaron mientras lo saludaba. Me recordaba a un abuelo amable.

—¿Tiene alguna alergia? —indagó, y yo negué con la cabeza—. Excelente. Prepárese para experimentar la mejor comida de su vida. —Besó mi mano una vez más y luego se fue rápidamente.

—Siempre es así —apuntó Sienna con una risa—. Siempre tan feliz y lleno de energía.

—Definitivamente no es lo que esperaría de un hombre de la Familia —opiné.

—Edoardo es único en ese sentido. —Sienna suspiró—. Ojalá todos los miembros de la *Mafia Italiana* fueran más como él.

—También los hombres de la *Bratva*.

Un mesero vino y colocó *focaccia* y aceite de oliva en la mesa, junto con dos cócteles naranjas.

—*Aperol Spritz* —señaló Sienna, levantando su vaso en un brindis—. Por las mujeres de la mafia, porque somos muy superiores a los hombres de la mafia.

Chocamos nuestros vasos y tomé un sorbo. La bebida era afrutada y dulce.

—Sienna, ¿puedo preguntarte cuántos años tienes? —Esperaba que no fuera una pregunta grosera, pero parecía mucho más joven que Matteo.

—Tengo veintiséis —replicó con una sonrisa—. Todavía no soy lo suficientemente mayor como para que me dé vergüenza responder esa pregunta.

Sonreí.

—Es una gran diferencia de edad.

Sienna tomó otro sorbo de su bebida.

—Mi mamá tenía problemas para quedar embarazada, por eso hay doce años de diferencia entre nosotros.

—Qué curioso. Mi hermano tiene doce años más que yo. —Al ver su expresión confundida, añadí—: Es mi medio hermano. La primera esposa de mi padre falleció. Dimitri vive en el extranjero, así que no lo veo mucho, pero amo cuando puedo verlo. Parece que tú y Matteo son cercanos.

Sienna jugó con su servilleta y se encogió de hombros.

—No tan cercanos como cuando éramos más jóvenes. Él… cambió después de que asesinaron a nuestros padres.

—Lamento que hayan muerto —dije suavemente.

—Gracias —respondió Sienna, sonriendo tristemente—. Los extraño mucho, y extraño al hermano que tenía antes.

Mi corazón sentía dolor por ella, y por lo que esta vida nos robaba a todos.

—¿Cómo eran ellos?

—*Oh*, eran increíbles. Ambos estaban tan emocionados de finalmente tener otro hijo que me consentían mucho. Mi *mamma* era mi persona favorita. Era tan brillante y vibrante, siempre haciendo algún proyecto en la casa y redecorando. Mi *papà* fingía estar molesto por eso, aun así no podía negarle nada. Era tan dulce conmigo. A veces incluso se reunía conmigo en mi habitación y teníamos fiestas de té. ¿Puedes imaginarte al Don sentado en el suelo con una pequeña taza de té rosa? —sollozó y se secó los ojos con la servilleta. Tomé su mano y la apreté.

»Papà siempre era más suave conmigo que con Matteo. Decía que mi hermano necesitaba estar preparado para ser Don. Pero todos nos amábamos. *Papà* amaba tanto a mi *mamma*. Casi me alegra que ambos hayan muerto, porque no podría imaginar que uno viviera sin el otro. —Tomó un sorbo de agua y aclaró su garganta—. Me hizo estar segura de que nunca me conformaría con menos en un matrimonio. Soy prácticamente una solterona en años de la mafia, pero no puedo conformarme. Le hice prometer a Matteo que nunca me obligaría a casarme.

Ojalá hubiera tenido la misma vida, la misma certeza de que el amor me esperaba.

—¿Cómo cambió él después de que murieron?

Sienna miró por la ventana y me preocupé de haberme pasado de la raya. Antes de que pudiera disculparme, ella habló.

—Se siente culpable, como si debería haber sido capaz de salvarlos. Después de que murieron, nos escondimos por dos años mientras él planeaba derrocar a nuestro tío. Si bien estuvimos juntos, era como si ya no estuviera allí. Piensa que la única manera de ser un buen

Don es desconectarse de sus sentimientos.

Odiaba el dolor que habían experimentado y lo solos que habían estado en todo eso. No podía imaginar lo que sería no tener a Mila para apoyarme.

—Como sea, ya basta de temas deprimentes. —Sienna sonrió enormemente—. Cuéntame sobre tu familia.

—Oh… —Dudé, sin estar segura de qué compartir. No estaba segura de que alguien en la *Bratva* tuviera una familia feliz—. No hay mucho que contar. Nuestra familia es bastante pequeña, solo mis padres, Mila y Dimi. Yo era cercana a mi abuela, de parte de mi mamá, pero murió cuando era pequeña. —Tomé un trozo de pan para ganar algo de tiempo. Finalmente, me decidí a revelar—. No soy cercana a mis padres. —Estremeciéndome internamente por el eufemismo del siglo—. Pero Mila y yo somos mejores amigas.

—Me encanta eso. ¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve.

—*Aww*, tan joven. Necesita venir de visita. Hay demasiada energía masculina en nuestro edificio. Necesitamos más chicas para superarlos.

Reí ante su expresión disgustada.

—¿Superarlos?

—Con nuestra energía femenina —repitió con un guiño.

—Me encantaría que ella viniera. La extraño mucho. —En ese instante, era mi turno de contener las lágrimas. Bebí un gran trago de agua.

—Bueno, ese es uno de los beneficios de tener un *jet* privado. Tendremos que planear una visita pronto.

No estaba segura de que el *Pakhan* la dejara venir de visita, pero quizás la alianza con Matteo lo haría más complaciente. Si pudiera conseguir que Matteo se lo pidiera.

La pesadez de nuestra conversación se disipó mientras Sienna hablaba sobre las renovaciones que estaba haciendo en su apartamento. Me mostró fotos de sus ideas de diseño, pidiéndome mi opinión y diciéndome que tendría que verlo en persona.

Intenté concentrarme en la conversación, en esta primera oportunidad de hacer una verdadera amiga, no obstante, mi cuerpo estaba al borde del colapso. Me sentí aliviada cuando terminó el almuerzo y Angelo dijo que debíamos regresar.

Cuando volvimos al edificio de apartamentos, Sienna me invitó al suyo, pero estaba conteniendo las lágrimas por el dolor que me atravesaba en las articulaciones. Me disculpé, despidiéndome de ella con la mano cuando se bajó en su piso, y yo me dirigía al *penthouse*.

SOFIYA

El dolor me despertó a mitad de la noche. Los tobillos, las rodillas y la cadera me dolían, y sentía que mi cabeza se me partía en dos. Gimoteé mientras me cubría la cara con el brazo, maldiciéndome por haber usado el andador en lugar de mi silla de ruedas mientras estábamos de compras. Había sido estúpida y vanidosa, pero Sienna era tan perfecta y hermosa. Después de pasar el día a su lado, no podía imaginar que me juzgaría por usar una silla de ruedas; lamentablemente, era imposible saberlo cuando conoces a alguien por primera vez.

Estaba pagando las consecuencias de mi decisión.

Agarré mi teléfono, entrecerrando los ojos por la luz brillante de la pantalla, y gemí al ver que eran las dos de la mañana. Necesitaba mis medicamentos y una almohadilla térmica, pero eso significaba levantarme de la cama. Casi empecé a llorar cuando me di cuenta de que había dejado la almohadilla térmica en un cajón de la cocina. La había estado usando más temprano esa noche y, por alguna razón inexplicable, pensé que debía guardarla allí.

No sé cuántos minutos pasaron antes de que reuniera el valor para sentarme. Me limpié unas cuantas lágrimas mientras el movimiento exacerbaba el dolor en mis articulaciones. Mi andador estaba junto a la cama, sin embargo, había dejado la silla de ruedas contra la pared. Desde que me midieron para mi nueva silla, la antigua se sentía aún más aparatosa e incómoda.

—Dios, eres tan estúpida —me reprendí a mí misma.

Bueno, no había otra opción. Extendí la mano y tomé el andador, levantándome con esfuerzo. No pude evitar soltar un grito, y mi visión se nubló por el dolor. Di un paso vacilante, dejando escapar otro gemido. Mi silla de ruedas estaba a unos pocos metros, aun así, se sentía como un abismo enorme.

—Deja de comportarte como una bebé. Sigue caminando.

El sudor me corría por la espalda debido al esfuerzo mientras daba otro paso. Mi rodilla parecía a punto de dislocarse, pero antes de decidir si debía sentarme en el piso y arrastrarme hasta la silla, mi tobillo cedió y caí al suelo. El andador salió disparado, golpeando la silla de ruedas con un estruendo metálico tan fuerte que pude sentirlo vibrar en mis huesos.

No tenía energía para levantarme, así que me acurruqué en el suelo, con lágrimas cayendo por mi rostro. Estaba comportándome como una bebé, pero siempre había tenido a Mila conmigo en los peores momentos, y la extrañaba desesperadamente.

La puerta de mi habitación se abrió de golpe y solté un grito. Giré la cabeza para ver quién era. La luz del pasillo iluminaba una figura masculina grande. Mi corazón latía con miedo hasta que me di cuenta de que era Matteo.

Encendió la luz, y cerré los ojos cuando la intensidad me atravesó la cabeza como una daga.

—¿Qué demonios está pasando? —gruñó.

Debería haberme disculpado por despertarlo, por hacer tanto ruido, no obstante, sabía que si abría la boca, lo único que saldría sería un sollozo. Así que apreté los dientes y silenciosamente deseé que se fuera.

—Mierda. ¿Te caíste?

Abrí los ojos un poco y encontré a Matteo agachado sobre mí. Debió de haber llegado a casa después de que me acosté porque no lo había visto desde esta mañana. Su pecho estaba desnudo y cubierto de tatuajes, aunque mi visión estaba demasiado borrosa para distinguirlos. Unos pantalones deportivos oscuros colgaban de su cadera.

—Sofiya —insistió, con voz firme—, ¿te caíste?

Mi labio inferior tembló, pero logré susurrar:

—Sí.

—Bien, vamos a regresarte a la cama. —Unos brazos fuertes me rodearon mientras me levantaba del suelo y me colocaba suavemente en el colchón.

Mi rostro ardía de vergüenza por haberme encontrado así.

—Lo siento —musité. Dios, esta no era la forma de hacer que mi esposo me quisiera.

—¿Qué estabas haciendo?

—Estaba tratando de ir por mi almohadilla térmica y mis medicamentos.

Me apartó el cabello de la cara en un gesto sorprendentemente suave.

—¿Dónde están?

—Los medicamentos están en el baño y la almohadilla térmica está en la cocina. En el cajón junto al refrigerador.

Asintió con la cabeza antes de mirar la lámpara de la mesita de noche. La encendió y salió hacia la puerta, apagando la luz del techo al irse. Cerré los ojos aliviada con la luz más tenue.

No pasó mucho tiempo antes de que regresara, con todo lo necesario en la mano. Se quedó en silencio mientras colocaba un vaso de agua en la mesita y conectaba la almohadilla térmica. Me estremecí al incorporarme, y Matteo rápidamente se movió para ayudarme, acomodando unas almohadas detrás de mi espalda.

—Gracias —dije con voz ronca mientras tomaba la bolsa de medicamentos.

Solo gruñó en respuesta.

Tomé mis analgésicos y un relajante muscular antes de dejar la bolsa.

—Debería estar bien ahora. —Alcé la vista hacia mi silencioso esposo—. Puedes volver a dormir. Perdón de nuevo por ser una molestia.

Cruzó los brazos sobre su pecho musculoso. Prácticamente brillaba bajo la luz cálida, y sentí la necesidad de pasar mis dedos por su piel. Rápidamente desvié la mirada antes de avergonzarme más. ¿Por qué tenía que ser tan increíblemente atractivo?

—¿Por qué te caíste?

Me mordí el labio.

—Fui una tonta y dejé mi silla de ruedas demasiado lejos. Me duelen las articulaciones y mi tobillo simplemente cedió cuando intentaba alcanzarla.

Matteo miró los pocos metros entre la silla y la cama.

—¿Sientes dolor?

Debí de imaginarme el tono de preocupación en su voz. No parecía el momento adecuado para decirle que prácticamente siempre sentía algún tipo de dolor, así que solo asentí.

—¿Qué más ayuda?

Parpadeé.

—*Oh*, eh, no sé. —Ante su expresión severa, resoplé—. Un baño caliente con sales de

Epsom a veces ayuda.

—Está bien.

Levanté una ceja.

—Claro. Está bien. Así que, bueno, lamento haber interrumpido tu noche. ¿Te veré mañana?

Matteo me lanzó otra mirada indiferente antes de darse la vuelta y dirigirse al baño. Mi confusión aumentó cuando escuché el sonido del agua corriendo. ¿Realmente me estaba preparando un baño?

Regresó a la habitación con un montón de productos de baño en los brazos y los dejó en el colchón frente a mí.

—No sé qué son las sales de Epsom. ¿Alguno de estos sirve?

Había bombas para baño coloridas y aceites en envases hermosos y de aspecto costoso.

—¿Estás seguro de que debería usarlos? —Lo miré—. Parecen elegantes.

Matteo puso los ojos en blanco.

—Elige uno, Sofiya. —Parecía irritado, pero ladeé la cabeza mientras lo observaba y me pregunté si había una posibilidad de que lo estuviera interpretando mal. Si bien fácilmente podría haberme dejado sola, seguía allí… como si le importara.

Tomé un pequeño envase floral y dorado de sales de baño.

—Este debería servir —señalé, entregándoselo.

Asintió y, antes de que supiera qué estaba pasando, ya estaba de nuevo en sus brazos. Solté un chillido y me aferré a sus hombros.

—Como si fuera a dejarte caer —refunfuñó, entrando al baño.

—Una pequeña advertencia no estaría mal —reviré con un tono molesto.

Simplemente me sentó sobre el tocador, con sus brazos formando una jaula a ambos lados.

—¿Puedes sentarte aquí? ¿O vas a caerte?

Lo miré con el ceño fruncido.

—No me voy a caer.

Alisó su dedo sobre mi frente.

—Como tú digas.

Mis labios se entreabrieron mientras él se giraba hacia la bañera casi llena para echar las sales de baño. Juraría que vi una pequeña sonrisa en la esquina de sus labios, como si estuviera *bromeando* conmigo. No entendía en absoluto a mi esposo. Era tan frío y reservado, pero en el poco tiempo que llevaba aquí, ya había sido más amable conmigo que la mayoría de las personas en mi vida. ¿Quién, aparte de mi hermana, se preocuparía así por mí?

Cerró el grifo y luego se dio la vuelta para mirarme.

—Muy bien. Brazos arriba.

—¿Qué?

—¿Tienes la costumbre de meterte a la bañera con ropa?

—Pero tú estás aquí —solté indignada.

—Así es. Brazos arriba, Sofiya. —Se colocó entre mis piernas, sus dedos jugueteando con el borde de la camisa grande que llevaba puesta.

Crucé los brazos.

—No puedes verme desnuda.

Suspiró, pasando una mano por su cabello, que caía desordenado sobre su rostro. Tenía un leve rastro de barba cubriendo su mandíbula.

—Eres mi esposa y yo soy tu esposo. Sientes dolor, así que voy a solucionarlo.

—Tú dijiste que solo éramos compañeros de apartamento —siseé. Nunca habría osado

hablarle así a mi padre, y no estaba segura de por qué lo estaba haciendo en ese instante cuando Matteo intentaba cuidarme. Sin embargo, la idea de que me viera desnuda, en mi momento más vulnerable, cuando ni siquiera estaba segura de que le *agradara*, era demasiado para manejar.

Solo me miró con una expresión severa y silenciosa. ¿Cómo se suponía que entendiera algo de esto si no usaba palabras?

Una ola de agotamiento me invadió, y no pude evitar inclinarme hacia adelante y apoyar la cabeza en su pecho. Estaba tan cansada y mis medicamentos aún no hacían efecto.

—Estoy tan confundida —susurré.

Matteo me envolvió con sus brazos y me atrajo más cerca.

—Vamos, *Tesoro*. No me gusta verte sufrir.

La ternura en su voz hizo que se me formara un nudo en la garganta. Levanté los brazos sobre mi cabeza mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. Me quitó la camisa lentamente, manteniendo sus ojos fijos en mi rostro.

Mis mejillas ardían, esperando su crítica, pero solamente me tomó la cara y limpió mis lágrimas. Mis senos descansaban contra su pecho mientras él maniobraba para quitarme los *shorts* de mi pijama y la ropa interior. Y entonces, estaba completamente desnuda frente a mi esposo por primera vez.

Esta no era una posición favorecedora. Mis rollitos en el vientre eran notorios, mis muslos estaban extendidos contra el tocador, y no me había depilado… en absoluto. La última vez que me depilé fue la mañana de mi boda. Después de su discurso de ‘solo compañeros de apartamento’, no vi razón para seguir haciéndolo. Aunque en ese instante, él me miraba como… bueno, no estaba segura. Su rostro era siempre tan malditamente inexpresivo. ¿Le parecía fea? ¿Atractiva? ¿Estaba pensando en todas las cosas horribles que las amigas de mi madre decían sobre mi cuerpo cuando venían de visita? Su mandíbula se tensó mientras me observaba, y deseé más que nada poder esconderme.

Di un respingo cuando pasó suavemente sus dedos sobre un moretón en mi pierna.

—¿De qué es esto?

—No lo sé. Me salen moretones fácilmente.

Asintió con la cabeza y luego dio un paso atrás, quitándose los pantalones deportivos de un solo movimiento. Aparentemente, no llevaba ropa interior porque en ese momento estaba desnudo frente a mí. Mis ojos se dirigieron a su longitud, a su *erección*, que parecía grande e intimidante. Cuando me di cuenta de que me había quedado mirando, aparté la vista, con las mejillas encendidas.

Matteo solo se inclinó y presionó un suave beso en mi frente.

—Considera esto tu advertencia. —Su voz era grave y seductora. Antes de que pudiera descifrar sus palabras, ya estaba de nuevo en sus brazos y me bajó en la bañera. Gemí al sentir cómo el agua caliente aliviaba mis articulaciones adoloridas.

—Muévete hacia adelante —ordenó.

—¿Qué?

—Siéntate más adelante.

Me moví un poco y Matteo se deslizó detrás de mí. Me quedé rígida mientras su cuerpo me acunaba. Esta era más intimidad física de la que jamás había experimentado. Era simultáneamente todo lo que anhelaba y temía.

Su aliento acarició la parte superior de mi cabeza mientras envolvía sus brazos a mi alrededor, guiándome para que descansara sobre su pecho.

—¿Qué estamos haciendo, Matteo?

—Estoy cuidando de ti.

Esperé a ver si diría algo más, pero mi desconcertante esposo se mantuvo en silencio. Tomé una respiración profunda y me permití relajarme sobre él.

—Buena chica —halagó por lo bajo—. ¿El agua está ayudando?

Mi estómago dio un vuelco. «*¿Buena chica?*». Una chispa de deseo recorrió mi estómago. No estaba segura de cómo podía estar tan excitada y a la vez sentir dolor.

—¿Sofiya? —Sus labios rozaron el costado de mi cara.

—Sí, ayuda. Gracias.

—¿Se pone tan mal a menudo?

Pasé mis dedos por el agua.

—No, pero caminé más de lo usual hoy.

—¿No llevaste tu silla de ruedas? —Había reproche en su voz.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué?

—No quería ser una molestia. Ni avergonzar a Sienna.

Matteo hizo un sonido profundo en su garganta.

—Tienes que cuidarte. O me veré obligado a hacerlo por ti. —Deslizó un dedo sobre mi hombro—. Aunque quizá eso no me importaría —pronunció las últimas palabras tan suavemente que pensé que debía haber escuchado mal. Intenté girarme para ver su rostro, pero él me sostuvo firmemente—. Solo descansa, *Tesoro*.

Era la misma palabra que me había dicho antes.

—¿Qué significa eso?

Se quedó en silencio hasta que estuve segura de que se negaría a responderme.

—Tesoro —dijo finalmente.

Una sonrisa jugueteaba en mis labios. Mis medicamentos estaban haciendo efecto, dándome sueño y aliviando el dolor más agudo de mis articulaciones. Dejé que mis ojos se cerraran, sintiéndome sorprendentemente segura en los brazos de mi esposo.

MATTEO

Estaba bastante seguro de que había entrado en una especie de dimensión alterna. Esa era la única explicación de cómo había terminado en la bañera con mi esposa dormida.

Mi esposa *dormida* y *desnuda*.

Pegada contra mi cuerpo desnudo.

Había estado sentado en la sala, mirando la ciudad con mi vaso de *whisky* en la mano, tratando de escapar de mis pesadillas, cuando escuché un fuerte ruido proveniente de la habitación de Sofiya. No recordaba la última vez que había sentido un pánico tan agudo. Solté el vaso, sin importarme cómo se rompió en el suelo mientras corría hacia ella. Mi corazón latía con fuerza cuando abrí la puerta de golpe, con visiones de ella cubierta de sangre pasando por mi mente. Mas no había sangre. Solo estaba ella, acurrucada en el suelo. Aun así, no me relajé, no *podía* relajarme, al ver las lágrimas en sus mejillas. Sofiya me había contado que a menudo sufría dolor en las articulaciones, pero verla así... Me retorció algo en el pecho.

Odiaba sentirme impotente. No podía protegerla de su propio cuerpo. No obstante, sentir su piel contra la mía me calmaba. Incliné la cabeza hacia atrás, apoyándola en el borde de la bañera. No recordaba haberme sentido tan relajado... al menos no desde que mis padres murieron.

Sofiya gimió un poco en su sueño y la acerqué más a mí, mi mano rozando sus costillas. Había hecho lo posible por no mirar su cuerpo, joder, no debería estar excitado mientras ella sufría, pero no podía ignorar sus pechos perfectos, coronados por unos bonitos pezones rosados, y el vello rubio que me tentaba hacia su entrepierna. Mi erección era como hierro contra su espalda.

Había intentado mantener cierta distancia entre nosotros, sin embargo, con cada día, cada *minuto* que pasaba, Sofiya me envolvía más y más a su antojo.

La realización me golpeó como una tonelada de ladrillos: deseaba a mi esposa.

Era solo atracción física, nada más, aunque quizás debería dejar de resistirme. Estábamos atados el uno al otro, y eventualmente necesitaría un heredero. ¿Estaría interesada en tener una relación física conmigo? No había pasado por alto cómo sus ojos recorrían mi pecho desnudo cuando pensaba que yo no la estaba mirando.

Sin embargo, por ese momento, estaba contento de tenerla en mis brazos.

Después de un rato, el agua se enfrió. Necesitaba llevarla a la cama.

—¿Sofiya? —La apreté suavemente, tratando de despertarla. Pero solo emitió un pequeño sonido molesto y se acurrucó más en mí.

Logré sacarnos a ambos de la bañera, y ella despertó lo suficiente para ayudarme a secarla. Luego volvió a mis brazos. La llevé de regreso a la cama y, a regañadientes, cubrí su cuerpo desnudo con la manta. La miré, sintiendo alivio al ver su expresión relajada. Esperaba que ya no

sintiera dolor.

Debería dejarla e ir a mi propia cama. Se suponía que ella no significaría nada para mí. Solo una pieza en el tablero de ajedrez en este juego que Rustik y yo teníamos con los albaneses. No obstante, por alguna razón inexplicable, no quería dejarla.

Mi cuerpo se movió por su cuenta, acostándome al lado de mi esposa. Quizás solo me quedaría unos minutos para asegurarme de que no se despertara y necesitara algo. Sería muy inconveniente que me despertara de nuevo con un ruido fuerte. Era lógico quedarme.

No estaba seguro de qué lógica me llevó a atraerla contra mi pecho y envolverla con mis brazos, pero cuando ella soltó un suspiro de satisfacción, el nudo que había tenido en el pecho toda la noche se deshizo por completo.

SOFIYA

DESPERTÉ SUAVEMENTE, COMO SI FLOTARA EN UNA NUBE, DESPUÉS DE LA MEJOR NOCHE DE SUEÑO de mi vida. Mantuve los ojos cerrados y me acurruqué más profundamente en mi cama que estaba ridículamente cómoda. Entonces algo detrás de mí se movió, no, *alguien*. Los recuerdos de la noche anterior regresaron. Estaban borrosos, envueltos en una niebla de somnolencia y dolor, pero la manera en que Matteo me sostuvo en la bañera fue demasiado perfecta para que siquiera mis sueños la inventaran.

Sus brazos todavía estaban fuertemente envueltos a mi alrededor, su rodilla presionada entre mis piernas. Estaba en la posición perfecta para quitar la tensión de mi cadera, como mi propia almohada de cuerpo completo.

Mantuve mi respiración lo más tranquila y estable posible, sin querer perturbarlo. ¿Volvería a mantener esa fría distancia, o sería este el inicio de una conexión verdadera como marido y mujer?

Sentí el momento en que despertó. Se tensó detrás de mí y rápidamente se alejó. Cerré los ojos, una ola de decepción me invadió como una marea.

—Buenos días —dije mientras me empujaba para sentarme contra la cabecera. Matteo ya estaba levantándose de la cama.

—¿Te sientes mejor? —preguntó, manteniéndose de espaldas a mí.

—Mucho mejor que anoche, sí. Gracias por ayudarme. —Quería decir algo más, quería decirle cuánto significaba para mí que me cuidara, mas las palabras se atoraron en mi garganta. Él ya estaba en la salida, como si no pudiera alejarse de mí lo suficientemente rápido.

Abrió la puerta de la habitación y se detuvo.

—Usa tu silla de ruedas hoy. —Luego salió, cerrándola con fuerza tras de sí.

Me arregle lentamente, intentando ser cuidadosa con mi cuerpo después de una noche difícil. Cuando finalmente estuve vestida y llegué a la cocina, en mi silla de ruedas, vi algo sobre la encimera. Era una tarjeta de crédito negra con mi nombre y una nota que decía: “Úsala. Sin límite”.

Doblé cuidadosamente la nota y la guardé en mi bolsillo junto con la tarjeta de crédito, con una sonrisa en mi rostro.

SOFIYA

ANGELO Y YO LLEGAMOS AL GARAJE SUBTERRÁNEO DEL APARTAMENTO. ESTABA EXHAUSTA, aunque animada después de mi cita con la doctora Amato. Finalmente, estaba teniendo la oportunidad de aprender sobre SED. Todas esas piezas sueltas de síntomas que había tenido a lo largo de los años estaban empezando a encajar, y aunque no resolvía nada, me hacía sentir menos fuera de mí.

También había pasado un rato con Kat y Stasya. Vimos una película y les enseñé algunas palabras en inglés. Aún tenían esa mirada atormentada; estaban calladas y algo inquietas, pero hubo momentos en los que parecíamos tres chicas simplemente divirtiéndose juntas. Me hizo sentir que tenía algo que ofrecerles… como si fuera útil de alguna manera.

Era una buena sensación.

Angelo rodeó el auto con mi silla de ruedas y me abrió la puerta. Mientras me sentaba en ella, otra SUV negra se detuvo a un lado de nosotros. Mi corazón comenzó a latir más rápido cuando vi a Matteo bajarse. Su mirada oscura estaba fija en mí mientras se abrochaba la chaqueta del traje y se pasaba el pulgar por el labio inferior. Algo en mi estómago revoloteó, y deseé que me tomara en sus brazos y me besara.

—¿Dónde has estado? —inquirió, su voz sonaba dura mientras miraba a Angelo. Me mordí el labio. ¿Estaba molesto conmigo?

—¿En la clínica? —respondí, odiando el leve tono de nerviosismo que se coló en mi voz.

Matteo tragó saliva.

—¿Cómo te fue?

—Bien.

Dudó, como si quisiera pedir más información, pero luego se dirigió hacia el hombre que estaba entre él y Romeo.

—Este es Domenico. Mi ejecutor.

Domenico era casi tan alto y musculoso como Matteo, justo como me imaginaba a un ejecutor. Se acercó y tomó mi mano, inclinándose para besarla. Sus nudillos estaban cubiertos de cicatrices.

—Es un placer conocerla, señora Rossi.

—Igualmente —repliqué, aunque la manera en que me miraba me hacía sentir incómoda. Retiré mi mano.

—¿Consiguió alguna información nueva de las chicas en la clínica? —cuestionó.

—*Oh*, no, pero en realidad no estaba tratando de conseguir, *um*, información.

Domenico se tronó los nudillos.

—Puede que estén ocultando algo que nos ayude a derribar esta red de tráfico sexual. No hay

límite para la depravación de esos albaneses.

—No creo que estén ocultando nada. —No me gustaba esa insinuación. Stasya y Kat eran víctimas en todo esto.

La expresión de Domenico estaba llena de condescendencia.

—Tal vez.

Angelo se movió para colocarse detrás de mí, y sentí fuerza en su apoyo.

—Tenemos trabajo que hacer —informó Matteo, dándose la vuelta y dirigiéndose al ascensor. Romeo me guiñó un ojo antes de que él y Domenico siguieran al Don.

—Joder, como odio a ese pretencioso —murmuró Angelo una vez que las puertas del ascensor se cerraron.

Volteé hacia él y me reí.

—¿*Oh*, sí?

—Está tratando de que todos lo llamen *Il Diavolo.* —Puso los ojos en blanco—. El Diablo.

Sonreí.

—Los mafiosos son tan dramáticos con sus apodos.

—Sí, sí. Vamos, te llevare arriba. ¿Tienes hambre?

—Podría comer algo. Matteo me dio una tarjeta de crédito. ¿Podría pedirnos algo? —Me mordí el labio—. ¿Crees que le molestará si la uso?

Angelo soltó una risa mientras subíamos al ascensor.

—Creo que su cuenta bancaria sobrevivirá a un pedido de comida. —Me ayudó a descargar una aplicación para ordenar comida y pedimos hamburguesas, papas fritas y malteadas. Necesitaba algo de comida reconfortante.

Le mandé un mensaje a Mila para ver cómo estaba mientras Angelo bajaba al vestíbulo a recoger nuestra comida. Sus mensajes habían sido esporádicos, así que no esperaba una respuesta, pero igual me quedé mirando la pantalla, esperando recibir algo. Me sobresalté cuando el teléfono empezó a sonar. Era un número desconocido, y dudé un momento antes de contestar. ¿Acaso Mila había cambiado de número?

—¿Hola?

—*¿Sofiya?*

—Dimi. —Suspiré de alivio, y la voz de mi hermano me hizo llorar. Cargaba con la preocupación por él todos los días—. ¿Dónde has estado?

Hubo un breve silencio antes de que Dimitri respondiera.

—*Sabes que no puedo decírtelo. Llamé tan pronto como pude. Maldita sea, Sofiya. ¿Matteo Rossi?*

—Sí, lo sé. Todo es parte del brillante plan del *Pakhan*. Rutas de comercio y todo eso.

—*No sé qué se trae entre manos* —murmuró—. *¿Rossi te ha hecho daño?*

Esperaba que nadie estuviera escuchando esta llamada.

—No, no lo ha hecho. —Me mordí el labio, dudando sobre mi siguiente pregunta—. ¿Qué sabes de él? —A pesar de que de alguna manera, se sentía como una traición a mi esposo pedir información, necesitaba toda la ayuda posible para entenderlo.

Dimi suspiró, y me lo imaginé caminando de un lado a otro. Nunca podía quedarse quieto.

—*No lo conozco, y quién sabe cuánto de lo que se dice de él es cierto. Su tío mató a sus padres y tomó el control como Don. Aunque Rossi solo tenía veintitrés años cuando los asesinaron, logró reunir suficientes hombres que lo apoyaran y mató a su tío para recuperar su ciudad. Su apodo es el "Ángel de la Muerte".*

Quise poner los ojos en blanco ante otro apodo dramático.

—¿Sabes algo de su vida personal? Quiero decir… ¿crees que será un buen esposo?

Hubo un largo silencio.

—*No sé si alguno de nosotros podría ser un buen esposo. Pero si te hace daño, lo acabaré, te lo prometo.*

Tragué saliva.

—Te extraño —susurré.

Dimi suspiró.

—*Yo también te extraño. Solo… ten cuidado, ¿sí? Estoy siguiendo algunas pistas sobre el tráfico sexual. La trata de personas no es algo nuevo, sin embargo, esto está enfocado en el noreste. Ha habido rumores de que los italianos están involucrados.*

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—No, eso no es cierto. Son los albaneses.

—*Esto es más que solo los albaneses* —señaló Dimitri—. *Pero Rossi ha estado tradicionalmente en contra de la trata de personas en New York, así que podrías tener razón. Necesito investigar a Finnegan* —murmulló eso último—. *Pase lo que pase, debes mantenerte alerta.*

Angelo regresó, con dos grandes bolsas de papel en las manos.

—Lo haré. —Mis mejillas se sonrojaron bajo la mirada de mi guardaespaldas, como si me hubieran atrapado haciendo algo malo—. ¿Puedo mantenerme en contacto contigo en este número?

—*No* —contestó Dimi—. *Pero me comunicaré contigo cuando pueda. Cuídate*. —Y luego la línea se cortó.

—¿Quién era? —preguntó Angelo, dejando la comida sobre el mostrador.

—Mi hermano. —No había nada de malo en que hablara con Dimi, aunque después de escuchar su desconfianza hacia mi nueva familia, me sentí ansiosa al respecto, como si estuviera ocultando algún secreto.

Angelo sacó la comida de la bolsa, observándome atentamente.

—¿Todo bien, *principessa*?

Puse una sonrisa en mi rostro.

—Sí, todo está bien. Solo extraño a mis hermanos.

Quise interrogar a Angelo sobre la trata, pero algo me detuvo. Nunca me habían permitido hacer preguntas sobre los negocios de la familia, y no quería que Matteo dirigiera su ira hacia Dimitri. Me negaba a creer que Matteo estuviera participando en el tráfico de personas, él había salvado a Kat y a Stasya, estaba haciendo todo lo posible por descubrir quién era responsable, pero obviamente algo grande estaba sucediendo. Lo último que quería era que mi nuevo esposo pensara que estaba intentando meterme en asuntos que no me correspondían.

—Todo está bien —afirmé, tomando una de las bolsas de su mano—. Comamos.

Angelo inclinó la cabeza, su mirada suave, mas no insistió, y yo dejé de pensar en la conversación.

SOFIYA

OBSERVÉ EL PAQUETE DE GOMITAS DE MARIHUANA SOBRE LA MESA DE CENTRO FRENTE A MÍ. Angelo se había ido hacía unas horas, cambiando turnos con Enzo, quien estaba en su puesto, afuera de la puerta principal. La noche caía, y yo estaba aburrida y adolorida.

La doctora Amato me había dado las gomitas, diciendo que podrían ayudarme con el dolor, aunque no estaba segura de tomarlas. ¿Y si tenía alguna reacción extraña?

Agarré el teléfono y llamé a Mila. No había respondido a mi mensaje, así que no esperaba que contestara, pero mi corazón dio un salto al escuchar su voz al otro lado de la línea.

—Mila, ¿dónde has estado? ¿Estás bien?

—*Perdón* —dijo en un susurro—. *Me están vigilando de cerca, así que no he podido usar el teléfono. Lo estaba dejando cargar antes de llamarte.*

Mi corazón se encogió al escuchar el miedo en su voz.

—¿Qué está pasando?

—*No estoy segura* —respondió—. *El Pakhan ha estado fuera casi todos los días, en reuniones secretas. Y me sigue enviando a almuerzos y eventos con las esposas de la Bratva. Siento que está tramando algo.*

—Siempre está tramando algo —aseguré, apretando la mandíbula mientras mis dedos tamborileaban contra la encimera de la cocina—. ¿Y *Mama*?

—*Escondida en su habitación. No la he visto en días.*

—Típico —murmuré. Supuse que era mucho pedir que la mujer que nos dio a luz se interesara en el bienestar de su hija—. Pero ¿*tú* estás bien? El *Pakhan* no te ha… lastimado, ¿verdad?

Hubo un momento de silencio antes de que Mila contestara.

—*No, nada de eso. ¿Por qué lo preguntas?*

Mierda, ¿había dicho demasiado? No quería que Mila supiera sobre los abusos de nuestro padre hacia mí. En parte porque no quería que gastara más energía preocupándose por mí de la que ya gastaba, y también porque me avergonzaba. En el fondo, sentía que debía haber algo mal conmigo para haberlo causado. Aunque no fuera cierto, aun así se sentía como una mancha negra en mi alma.

—Solo he estado preocupada —argumenté.

—*Bueno, yo me he estado preocupando por ti. ¿Estás bien?*

—Sí, las cosas están… ¿bien?

Mila soltó un ruido emocionado.

—*Oh, por Dios, cuéntame todo* —susurró emocionada.

—Lo haré, pero primero, Dimi me llamó.

—Oh, qué bueno. Se puso en contacto con Nikolai y consiguió tu número, pero no tuve oportunidad de hablar con él porque estaba en una cena de beneficencia estúpida. ¿Él está bien?

—Quién sabe —resoplé—. No me dijo nada. Pero al menos sigue vivo. —Pensé en decirle a Mila sobre la amenaza de trata de personas, no obstante, decidí esperar. No quería estresarla, y nada de eso debería afectarla allá en Chicago.

—Creo que le gusta ser un hombre misterioso —comentó Mila—. *Ahora, cuéntame tus novedades.*

—Bueno, conocí a la hermana de Matteo, Sienna. Ella te encantaría. Me llevó a comprar ropa.

—Ahh, mándame fotos —pidió—. *Deberías ver el vestido que Mama escogió para mí para el almuerzo de ayer.*

—¿Naranja neón?

—Chartreuse. «Verde amarillento».

—Mi segunda opción —me burlé en tono seco. Y entonces las dos empezamos a reírnos. Habíamos aprendido hacía mucho tiempo que solo podíamos reírnos del gusto de la moda de nuestra *mama*.

—Bueno, deja de hacerte la tonta y cuéntame sobre tu esposo sexy.

Mis mejillas se sonrojaron. Estaba acostumbrada a contarle a Mila casi todo, sin embargo, por alguna razón no quería compartir cómo Matteo me había cuidado la noche anterior. Había algo tan dedicado y tierno sobre eso.

—Matteo organizó una cita para que me tomaran medidas para una silla de ruedas personalizada. Y acabo de salir de una cita con una doctora para mi SED.

—Bieeen —dijo Mila—. *Esperaba una actualización más jugosa, pero Sofiya, eso es increíble. Está cuidándote.*

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Sí, lo está haciendo.

—Te lo mereces —expresó suavemente.

—Gracias. ¿Y Nikolai te está tratando bien?

—Está siendo un perfecto caballero.

Me cubrí la boca para evitar reírme al escuchar lo disgustada que sonaba. Nikolai había sido nuestro guardaespaldas durante cuatro años, y Mila había estado enamorada de él desde el primer día. Lo negaba, pero yo pensaba que la razón por la que se escapaba para ver a otros chicos era para poner celoso a Nikolai.

—Ni empieces. —Me frenó Mila—. *¿Qué te dijo la doctora?*

—Más que nada cosas que ya sabía: usar mis aparatos de movilidad, vendarme las articulaciones y descansar. Me recetó mis medicamentos y… también me dio gomitas de marihuana. Dijo que podrían ayudar con el dolor.

—No puede ser. —Jadeó—. *¿Ya las probaste?*

—Estoy nerviosa ¿Y si pasa algo malo?

—¿Qué podría pasar? ¡Hazlo! Te mereces disfrutar un poco. Puedes tacharlo de tu Lista de Sueños.

—Consumir drogas no estaba en mi Lista de Sueños.

—Bueno, debería estar. Está en la mía.

—Muy bien, entonces cuando vengas de visita, puedes probar una de mis gomitas.

—¿Crees que podré visitarte?

Tragué con dificultad.

—Eso espero. Te extraño mucho.

—*Yo también te extraño. Demonios, tengo que irme* —me avisó apresuradamente—. *Comete la gomita, disfruta de tu subidón y te llamare pronto. Te quiero.*

—Te quie…

La llamada se cortó. Me quedé mirando el teléfono, con una tristeza tan profunda que sentía náuseas. Agarré una de las gomitas moradas y me la metí en la boca antes de dudar de mí misma. Tal vez aliviaría algo del dolor físico y emocional que sentía.

Me puse uno de los conjuntos de pantalones deportivos de alta costura que Sienna había insistido en que comprara, sin duda, las prendas más cómodas que había usado, y me dejé caer en el sofá. Empecé a cambiar entre los pocos canales que había. Aparentemente, los Don de la mafia no tienen suscripciones de *streaming*. Probablemente estaban demasiado ocupados siendo intimidantes y letales.

Pasé los canales de deportes y noticias, pero me detuve cuando me topé con *El Padrino*. Solté una carcajada. La película apenas estaba comenzando. Nunca la había visto, pero ¿qué mejor manera de familiarizarme con mi nueva vida en la *Mafia Italiana*?

A los veinte minutos de la película, comencé a tener hambre. Agarré mi andador y me dirigí a la cocina. De repente, cualquier cosa que tuviera a la vista parecía deliciosa. Revisé la despensa y mis ojos se posaron en una bolsa de maíz en grano *gourmet* para palomitas, y me vino la inspiración. Tomé los ingredientes y comencé a preparar palomitas acarameladas en la estufa, mientras me comía un trozo de queso esperando a que estuvieran listas.

Me reí mientras vertía las palomitas de maíz en un tazón extra grande, equilibrándolo sobre mi andador mientras volvía a la sala justo a tiempo para ver una cabeza de caballo decapitada en la pantalla.

—*Eww* —solté, metiéndome un puñado de palomitas acarameladas en la boca. La habitación daba vueltas ligeramente, y caí contra los cojines. Mi cuerpo se sentía relajado y pesado, y pasé mi mano por una suave manta que estaba en el respaldo del sofá.

No sé cuánto tiempo había pasado cuando Matteo entró por la puerta principal.

MATTEO

NO HABÍA PLANEADO REGRESAR AL APARTAMENTO HASTA QUE SOFIYA ESTUVIERA DORMIDA, NO obstante, a medida que pasaban los minutos, me sentía cada vez más inquieto.

No era por ella. Había sido un día largo, eso era todo, y no iba a dejar que mi esposa me mantuviera alejado de mi propia casa, maldición. Pero nada me había preparado para la escena que me recibió al entrar.

Sofiya estaba recostada en el sofá viendo una película, vestida con un conjunto deportivo azul claro, el cabello recogido en un moño desordenado.

—¡Matteo!

Fruncí el ceño mientras me acercaba.

—¿Qué te pasa?

Sofiya hizo un puchero.

—Eso fue muy grosero.

—¿Estás borracha? —Me incliné hacia ella, observando sus mejillas sonrojadas y sus pupilas dilatadas.

Ella negó con la cabeza y luego comenzó a reírse, cayendo de nuevo contra los cojines del sofá.

—Solo tomé mi nueva medicina.

¿Qué demonios? Miré alrededor hasta encontrar un paquete abierto de gomitas.

—¿Marihuana?

—*Shhh* —dijo, agitando las manos—. Me meteré en problemas.

Me pasé la mano por la cara. ¿En qué estaba pensando la doctora Amato?

—Ciertamente eres problemática.

—¿Quieres verla conmigo? —inquirió, señalando a la televisión, donde estaban pasando *El Padrino*—. ¡No digas que no! Te haré una oferta que no podrás rechazar —añadió, imitando horriblemente la voz de Don Corleone.

—¿Vas a ponerme la cabeza decapitada de un caballo en la cama? —respondí secamente.

—¡No, algo mucho mejor! ¡Tengo palomitas acarameladas! —Levantó un tazón enorme de palomitas, haciendo que algunas salieran volando al suelo.

Tomé el tazón rápidamente antes de que lo derramara todo y lo coloqué sobre la mesa de centro.

Debería irme. Ir al gimnasio. O a mi habitación.

Pero de alguna manera me encontré sentándome a su lado.

—¿Has visto esta película antes? —preguntó Sofiya.

—Sí.

—*Oh*, claro. Apuesto a que la estudiaste de niño.

Mi ceño fruncido se profundizó.

—Para nada.

—Bueno, espero que seas mejor tirador que estos tipos. Tuvieron que dispararle a ese tipo como cien veces antes de que de verdad se muriera.

—Mis habilidades para disparar están bien.

—¡*Oh*, eso me recuerda! —Se incorporó con un jadeo—. Le pregunté a Angelo si podía ir a tu campo de tiro. Quiero mantener mis habilidades pulidas. No quiero convertirme en uno de estos payasos. —Señaló hacia la televisión.

—¿Payasos? —Levanté una ceja—. ¿Cómo podrán sobrevivir a tal insulto?

—Entonces, ¿puedo ir? Angelo dijo que no lo aprobarías, pero no veo por qué. Podrías llevarme. Podría ser como una cita.

La imagen de Sofiya sosteniendo un arma me causó una extraña y desagradable punzada en el pecho. Yo debería ser quien la protegiera.

Parpadeé ante el pensamiento que surgió sin querer en mi mente.

—¿Cuánta marihuana tomaste? —murmuré. Joder, probablemente nunca había estado drogada.

—Eres mucho *más* guapo que Don Corleone y todos sus hijos. Ninguno de ellos tiene el cabello tan bonito como el tuyo. —Se inclinó hacia mí, y me quedé congelado, mientras pasaba sus dedos por mi cabello—. ¿Te puedo contar un secreto? —susurró.

Estaba tan aturdido por su caricia que apenas podía formar palabras.

—Sí, *Tesoro*.

—He querido hacer esto desde que te vi por primera vez.

Deslicé mi pulgar por su mejilla y luego le aparté un mechón de cabello de la cara.

—Creo que es hora de que vayas a dormir.

—Pero ni siquiera he visto si ganan los mafiosos.

Mis labios se curvaron ligeramente.

—No te preocupes, los mafiosos ganan. Ahora, vamos a llevarte a la cama. Estoy seguro de que dormirás bien.

Me levanté del sofá, listo para acercarle su andador, cuando ella levantó los brazos hacia mí. Alcé una ceja.

—Cárgame —me exigió.

—O estás muy drogada o me estás tomando el pelo —gruñí. Pero aun así, me incliné y la levanté. Ella se aferró a mí, deslizando su nariz por mi piel.

—Deberías acurrucarte conmigo otra vez —propuso.

—No.

—Malvado.

—Tienes que mejorar tus insultos.

La llevé a su habitación y la acosté en la cama.

Pasó sus manos por la manta.

—Es tan suave.

—Sí, bueno, duerme para que se te pase el efecto. Y yo hablare con la doctora Amato sobre esto.

—La doctora Amato es taaan amable.

—Simplemente *encantadora* —agregué secamente.

—¿Te gusta más que yo? Es muy bonita.

Resoplé, pasándome una mano por el cabello.

—Duérmete, Sofiya.

—Espera, ¿pero te gusta más? —cuestionó, lanzándose hacia adelante para tomar mi mano.

Suspiré.

—No, *Tesoro*. No me gusta más que tú. Ahora buenas noches.

Me obligué a salir de su habitación, ignorando la pequeña voz que me decía que debería haberme quedado.

SOFIYA

—¿Cómo se siente? —inquirió Angelo, agachándose para que estuviéramos a la misma altura.

Salté feliz en mi asiento. El personal de la silla de ruedas acababa de irse después de explicarme todas las características de mi nueva adquisición.

—¡Se siente tan bien! Es mucho mejor que la anterior.

La puerta principal se abrió y Romeo apareció.

—Escuché que recibiste una entrega especial hoy.

Sonreí.

—¡Sí! ¿No es elegante? Y tiene asistencia motorizada, así que debería poder ir muy rápido.

Una expresión traviesa cruzó su rostro.

—¿Qué tan rápido? Deberíamos probarla en el pasillo.

—No tenemos un pasillo —apunté, inclinando la cabeza. Nuestro ascensor abría directamente al vestíbulo, donde está la puerta principal.

—El piso de Sienna y el mío sí lo tiene —dijo Romeo—. Vamos.

Nos dirigimos al ascensor, presionando el botón para bajar dos pisos.

—¿Dónde está Matteo? —pregunté, intentando sonar casual. Ya se había ido cuando me desperté esta mañana, lo cual probablemente era algo bueno, ya que me había quedado en la cama esperando ser tragada por un agujero negro después de mi comportamiento de la noche anterior. Si bien mis recuerdos de esa noche estaban cubiertos por una extraña niebla que los hacía sentirse irreales, estaba bastante segura de que, lamentablemente, eran muy reales. «*Le había acariciado el cabello*».

Romeo y Angelo se miraron.

—Él y Domenico tenían trabajo —replicaron.

Bueno, que misteriosos. Estaba tentada a preguntar más, pero ya me había acostumbrado a que me mantuvieran fuera de los asuntos de mi padre. Matteo me había dejado involucrarme más que el *Pakhan* lo hizo alguna vez, aunque fuera solo por mi habilidad para traducir.

Las puertas del ascensor se abrieron en un largo pasillo con tres puertas de apartamentos distribuidas de manera uniforme.

—¿Quién más vive en este piso? —Curioseé.

—El tercer departamento es para el guardaespaldas de Sienna. Aunque sigue despidiéndolos, y eso está volviendo loco a Matteo —explicó Romeo, luciendo muy divertido ante la idea de la irritación de Matteo.

Angelo gruñó.

—Debería haber sabido que no debía asignar a Domenico como su guardaespaldas.

—¿Domenico? —pregunté, levantando las cejas—. Pero él es un ejecutor.

—¿No quieres decir *Il Diavolo*? —ironizó Romeo con una expresión agria—. Que ridículo, carajo.

—Matteo pensó que Domenico podría manejar a Sienna, pero subestimó a su hermana —comentó Angelo.

Sonreí. Podía imaginar perfectamente a mi cuñada dejando en ridículo a todos los hombres de la mafia.

—No la culpo —observé. Algo sobre el ejecutor de Matteo me ponía incómoda, aunque él había sido perfectamente educado. No podía imaginar pasar mis días con él y me sentí aliviada de que el amigable Angelo fuera mi guardaespaldas—. ¿Por qué le agrada a Matteo?

Romeo puso los ojos en blanco.

—Domenico fue uno de los primeros en declarar su lealtad al Don después de la traición de su tío. Ayudó a sacar a los traidores de la Familia y apoyó a Matteo a recuperar su imperio.

—Sí, hace una década —masculló Angelo—. Sigue siendo un imbécil.

Sonreí por lo gruñón que sonaba.

—No hay discusión en eso —convino Romeo.

Romeo y Angelo siguieron bromeando entre ellos mientras avanzábamos hacia el final del pasillo, y por primera vez sentí que tenía amigos. Probablemente no me consideraban una verdadera amiga, ya que era su trabajo cuidarme, aun así, no me importaba fingir.

—Bien. —Empezó Romeo, frotándose las manos—. Vamos a ver qué tan rápido puede ir este *coche* de carreras.

Encendí el dispositivo y realicé algunos ajustes en la aplicación.

—Está bien, ahora debería poder ir a máxima velocidad. —Salí disparada por el pasillo, manteniendo mi mano derecha ligeramente sobre la rueda para dirigir. Estar en una silla cómoda, hecha a la medida para mí, y andar en ella sin esforzar mis brazos y hombros, era pura libertad.

Reí mientras volaba por el pasillo, desacelerando de mala gana cuando llegaba al final. Me di la vuelta para ver a los chicos, levantando mis brazos en señal de victoria.

—¡Eso fue tan rápido!

Romeo se rio.

—¿Eso qué fue, como seis kilómetros por hora? Podría empujar una silla de ruedas más rápido que eso. Creo que hasta una tortuga te superaría.

Cruce los brazos.

—Solo una tortuga realmente rápida.

Romeo se frotó las manos.

—Me pregunto si podríamos *hackear* la unidad para que vaya más rápido.

Antes de que pudiera emocionarme demasiado con la idea de correr a toda velocidad en mi silla de ruedas, Angelo nos frenó.

—El Jefe te matara.

—Valdrá la pena —afirmó Romeo.

Regresé al otro extremo del pasillo.

—Si crees que puedes ganarme en una carrera, ve a buscar mi vieja silla del piso de arriba.

—*Oh*, acepto —dijo Romeo, riendo mientras presionaba su pulgar contra el sensor del ascensor para abrir las puertas.

La puerta del apartamento de Sienna se abrió y ella asomó la cabeza. Su cabello estaba húmedo, como si acabara de ducharse, y tenía puestos pantalones deportivos y una camiseta sin mangas, pero de alguna manera seguía viéndose arreglada.

—Creí haber escuchado algo aquí afuera. ¿Qué están haciendo?

—Romeo y yo vamos a tener una carrera de sillas de ruedas.

Sienna sonrió.

—*Oh*, ¿esa es tu silla nueva? ¡Qué emocionante! Definitivamente tengo que ver esto. Además, justo a tiempo porque pensaba ver si querías ordenar comida. ¿Comemos todos juntos?

—Suena genial.

Mientras esperábamos a Romeo, Sienna tomó un turno en mi silla, girando en círculos y recorriendo el pasillo.

—Esto es divertido —comentó, con una enorme sonrisa mientras me devolvía la silla. Que ella respondiera a mi silla con tanta diversión y emoción alivió el peso pesado de la vergüenza que había llevado desde que comencé a usar aparatos de movilidad.

Romeo regresó con mi silla vieja, y corrimos por el pasillo, sus gritos de maldiciones me seguían mientras yo sacaba ventaja.

—¿Qué demonios? Esta cosa es terrible —se quejó, frunciendo el ceño—. Creo que me lesioné el hombro.

—*Aww*, el enorme y fuerte mafioso se lastimó —se mofó Sienna. Y luego ambas estallamos en carcajadas.

Finalmente, pedimos comida, *sushi*, el cual nunca había probado, y nos dirigimos al apartamento de Sienna. Su hogar era similar al de Matteo, solo que más pequeño, y se sentía más acogedor y habitado. Había colecciones de arte en la mayoría de las paredes y todos los muebles tenían cojines y mantas brillantes. Estaba segura de que Matteo no quería que cambiara nada en su apartamento, pero tal vez podría pedirle a Sienna que me ayudara a elegir algunas cosas para personalizar mi dormitorio.

Angelo bajó al vestíbulo a recoger la entrega de *sushi*, y Romeo nos sirvió copas de *sake*. Angelo regresó con un montón de bolsas, y levanté una ceja ante la gran cantidad de bandejas que pusieron sobre la mesa del comedor.

—¿Cómo vamos a comer tanto? —pregunté.

—¿Crees que es suficiente? Siento que debería haber pedido más —pronunció Sienna.

Me reí, aunque luego me di cuenta de que hablaba en serio. El *sushi* se veía muy bien. Mila siempre había querido probar algo así. Tomé una foto de la mesa para enviársela más tarde.

Nos sentamos en la mesa y Romeo movió mi silla de ruedas hacia un lado.

—Por la nueva silla de Sofiya —anunció Sienna, levantando su copa de *sake*. Todos brindamos y tomé un sorbo. La bebida era fresca y trasparente, con un toque dulce, y decidí que me gustaba. Rara vez bebía, ya que nunca tuve mucho acceso ni interés en el alcohol.

—Bien, empieza con esto —aconsejó Sienna, usando sus palillos para poner un trozo colorido de *sushi* en mi plato—. Pon el jengibre encima con un poco de *wasabi* y luego sumérgelo en la salsa de soya.

—¿Y luego lo como de un solo bocado?

—*Síp* —dijo Romeo, metiéndose un cuarto pedazo en la boca.

—Está bien. —Torpemente, tomé el *sushi* con los palillos y lo metí en mi boca, masticando lentamente.

—¿Y bien? —Sienna me miraba expectativamente.

—Estuvo rico. —Mi voz salió sospechosamente aguda.

Angelo se rio.

—Realmente eres la peor mentirosa.

—No te preocupes. —Le restó importancia Sienna, poniendo dos piezas nuevas en mi plato

—. Por eso pedimos una selección. Este es de atún picante y este es un rollo California. Son mejores opciones para principiantes.

Tomé varios sorbos de *sake* para quitarme el sabor del primer rollo y me preparé antes de tomar el de atún picante. El primero realmente había sido asqueroso, y el segundo estaba igual de malo. No era fanática de los mariscos en general, y algo en la textura del *sushi* realmente no era para mí.

Le sonreí a Sienna tan pronto me tragué las dos piezas que me dio, pero según su expresión, debió haber salido como una mueca.

—Lo siento —me disculpé, tomando otro trago grande de *sake*—. Tal vez no es para mí.

—Vamos a encontrar uno que te guste —respondió Sienna, con determinación mientras ponía otra selección en mi plato. Angelo y Romeo me miraron con expresiones compasivas.

Después de consumir más *sushi* del que jamás había soñado o deseado, Sienna puso una última pieza en mi plato, luciendo absolutamente derrotada.

—Está bien, este es un rollo vegetariano. Tiene pepino y aguacate. *Tiene* que gustarte este.

Lo sumergí en la salsa de soya y lo metí todo en mi boca, masticando lentamente.

—¿Y bien? —preguntó Romeo.

Tragué.

—No creo que me guste el alga.

—*Oh* Dios mío, eres un caso perdido —se lamentó Sienna.

Sonreí.

—Completamente.

—¿Quieres que pida algo más? —inquirió Angelo.

—Absolutamente no —me negué—. Sienna prácticamente me ha obligado a comer mi peso en *sushi*.

Ella resopló.

—No sé cómo puedo ser amiga de alguien que tiene un paladar tan poco refinado.

Hice un puchero y ella puso los ojos en blanco.

—Bueno, está bien. Podemos ser amigas, pero solo si haces mi postre favorito.

—Oye, ella tiene que hacer mi tiramisú primero —intervino Angelo.

—Tendrás tu tiramisú cuando me enseñes a jugar al póquer —le recordé.

—¿Póquer? —repitió Romeo.

—Angelo me invitó a su noche semanal de póquer, y estoy decidida a ganarles a todos.

Romeo se reclinó en su silla con una risa fuerte.

—¿La invitaste?

—Siempre he dicho que necesitamos más mujeres en la noche de póquer —mencionó Angelo, guiñándome un ojo mientras Romeo se reía entre dientes—. Pero probablemente eres la peor mentirosa que he conocido, así que no estoy seguro de si sea tan buena idea.

—Ten fe, Angelo —expresé, dándole un codazo en el brazo.

Mis mejillas me dolían de tanto sonreír. No podía recordar haber tenido un día mejor que este. Lo único que faltaba era que Mila y Matteo estuvieran aquí.

Como si mis pensamientos lo hubieran invocado, la puerta se abrió y me apareció una gran sonrisa en el rostro.

—¡Matteo! —Solo cuando todos se giraron para mirarme me di cuenta de lo entusiasta que había sido. Aclaré mi garganta y tomé otro sorbo de *sake*. Podía culpar al alcohol, me sentía deliciosamente cálida y mareada, sin embargo, Angelo tenía razón en que era pésima escondiendo mis emociones. Mis padres habían hecho lo mejor para convertirme en una buena

esposa sumisa de la *Bratva*, que no expresara nada. A veces deseaba haber internalizado al menos algunas de sus lecciones; eso me dejaría menos expuesta en este mundo tan brutal.

—Siéntate, *Fratello.* —Invitó Romeo—. Puede que encuentres un par de trozos de *sushi* que Sienna no haya prácticamente obligado a tu esposa a comer todavía.

—Muévete, carajo —espetó Matteo a su segundo al mando, quien se levantó de la silla a mi lado con un resoplido amistoso.

Intenté mantener la calma al ver que Matteo quería sentarse *junto a mí*.

Asintió hacia mi nueva silla de ruedas.

—¿Te gusta?

—Me encanta —admití, girándome hacia él—. Muchas gracias por organizar la cita y conseguirla tan rápido.

Matteo se entretuvo tomando un poco de *sushi*, pero juraría que vi un poco de rubor en sus mejillas, y me pregunté si mi esposo sentía más de lo que dejaba ver.

MATTEO

La luz tenue en el sótano proyectaba sombras sobre el patético hombre que colgaba frente a mí.

—¿De dónde está Arben consiguiendo a las chicas? —pregunté. El hombre sollozaba, con lágrimas y sangre corriendo por su rostro.

Domenico había encontrado a un espía albanés observando mi edificio.

Mi. Maldito. Edificio.

Arben se estaba volviendo demasiado audaz. Deberíamos haber podido destruirlo en cuestión de días, pero era como un fantasma. A pesar de que su padre había sido un hijo de puta patético y sin carácter, claramente él quería hacerse un nombre. Apreté la mandíbula mientras el hombre soltaba otro grito agudo cuando Domenico le disloco los hombros.

El espía estaba colgado de las muñecas, sus piernas se movían con desesperación buscando tocar el suelo y aliviar la presión.

—No lo sé, te juro que no sé nada. —Jadeó—. Solo me ordenaron vigilar el edificio, eso es todo. —Su ropa interior se oscureció cuando se orinó.

—Por el amor de Dios, carajo —murmuró Domenico, con el rostro retorcido de asco.

Le hice una cortada larga en la piel al albanés, asegurándome de atravesar el tatuaje de su clan en el pecho. Soltó un grito penetrante, con mocos corriendo por su rostro y mezclándose con la sangre en su pecho.

—Las fuerzas de Arben deben ser bastante débiles si este es el tipo que manda a espiarte —opinó Domenico.

—Por favor, por favor —suplicó el espía—. No sé nada.

—¿Entonces de que me sirves? —Corté otra línea en su pecho, pero esta vez enterré mi cuchillo profundamente hasta que la sangre y los intestinos se derramaron en el suelo.

—Duplica la vigilancia alrededor del edificio —le ordené a Domenico—. Cámaras, hombres, todo. Si Arben está monitoreando nuestros movimientos, quiero saberlo, y quiero que lo detengan.

—Sí, Jefe —respondió Domenico.

—Buen trabajo encontrándolo. —Felicité antes de salir del sótano. Domenico y sus hombres se encargarían de la limpieza.

Tomé el ascensor hacia mi *penthouse*, con el olor a sangre en mis fosas nasales. Angelo me había enviado un mensaje para avisarme que estaban cenando con Sienna, así que sabía que el apartamento estaría vacío.

La rabia me recorría mientras me duchaba, el agua fría cayendo sobre mi cuerpo. Normalmente, iba al gimnasio para descargar mi ira, o buscaba a alguien con quien follar, pero

en el fondo sabía que ninguna de esas opciones me calmaría esta noche. Me vestí, sin el saco de mi traje, me arremangué las mangas, y luego bajé al piso de Sienna.

—¡MATTEO!

El saludo alegre de Sofiya me revolvió las entrañas. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien había estado tan emocionado de verme? Ni siquiera mi hermana, a quien había alejado durante años, ni mis hombres, que me respondían con respeto y un toque de temor, y ciertamente no mis enemigos, que me llamaban el *Ángel de la Muerte*.

Me senté junto a mi esposa, atraído como un planeta hacia su órbita. Sus mejillas estaban sonrojadas, sus ojos brillaban, y me di cuenta de que estaba algo ebria. Levanté una ceja hacia Romeo, que le estaba rellenando la copa con *sake*, y él simplemente sonrió.

—¿Segura de que no quieres comer algo más? —preguntó Sienna a Sofiya, quien negó con la cabeza.

—Créeme, estoy llena.

—Perdón por hacerte comer tanto. Estaba segura de que al menos habría uno que te gustaría —se lamentó Sienna con una mueca.

Sofiya se encogió de hombros.

—Está bien. Esto puede contar para mi Lista de Sueños, así que valió la pena.

Angelo levantó las cejas.

—¿Lista de Sueños?

—Hace aproximadamente un año, Mila y yo hicimos una lista de cosas que queremos hacer antes de morir. Pasábamos la mayor parte del tiempo encerradas, así que tuvimos mucho tiempo para pensar. Una de las cosas en la lista es probar algo nuevo cada semana durante un año. Así que esta semana puede ser el *sushi*.

Había una ligereza en ella que no había visto antes. Me encontré deseando pasar mis dedos por su piel, meter un mechón de su cabello rubio y brillante detrás de su oreja, y conocer cada cosa en su lista.

—¿Qué otras cosas nuevas has probado? —inquirió Romeo.

—Casarme —dijo, mirándome con un rubor en sus mejillas.

—Esa es una idea tan divertida. Quiero hacer una lista como esa. ¿Qué más hay en la tuya? —Curioseó Sienna.

—*Umm*, un montón de cosas —replicó Sofiya, repentinamente tímida—. Como tener un perro, ir a Disney World, ver el océano, cosas así.

Las cosas en su lista eran tan *inocentes*. ¿Cómo algo tan dulce y puro provenía de Rustik?

Tomé un par de palillos y me comí un rollo California mientras los demás hablaban sobre lo que pondrían en su lista. Sofiya puso los pedazos de *sushi* restantes en un plato y lo deslizó frente a mí. Sentí una extraña agitación en el pecho. Ella me cuidaba como si fuera lo más natural del mundo.

Terminé de comer y nos trasladamos a la sala. Terminé junto a Sofiya en el sofá. Ella se acurrucó bajo una manta, y me picaba la piel con la necesidad de atraerla hacia mí. Me golpeó la sensación de que la corrompería al tocarla. Mi vida era una donde mi piel estaba regularmente marcada con sangre. La suya era una en la que soñaba con tener un perro y tocar el océano.

Romeo movió un cojín floral de un sillón de piel y se sentó.

—Entonces, ¿qué te parece la Mafia Italiana, Sofiya?

—Hasta ahora, todo bien —respondió con una sonrisa—. Y anoche vi *El Padrino* como investigación.

Angelo soltó una risa que casi lo hace atragantarse con su bebida. Romeo le dio unas palmaditas en la espalda.

—Sí, esa fue prácticamente la reacción de Matteo —comentó. Ella me miró con una sonrisa —. Pero fue educativo.

Sienna levantó una ceja hacia mí.

—Parece que tuvieron una acogedora noche de películas.

La miré con el ceño fruncido, mas la sonrisa no desapareció de sus labios.

—Hice palomitas de maíz acarameladas —mencionó Sofiya.

—Parece que necesitamos tener una noche de películas en casa de los Rossi —propuso Romeo con una sonrisa burlona.

—Eso sería muy divertido —añadió mi esposa. Luego, bostezó por tercera vez.

Me levanté.

—Es hora de irnos.

Todos nos dirigimos al pasillo, y noté que la antigua silla de ruedas de Sofiya estaba allí.

—¿Qué hace esto aquí?

—Romeo y yo estábamos compitiendo —explicó ella—. Lo derroté, por supuesto. ¡*Oh*! Y practicamos algunos movimientos. Mira lo que puedo hacer. —Se inclinó hacia atrás en sus ruedas traseras, con una enorme sonrisa en su rostro. Pero yo estaba al borde de un maldito ataque al corazón.

Imágenes de ella perdiendo el equilibrio y estrellándose contra el suelo pasaron por mi mente.

—No hagas eso —gruñí, corriendo hacia ella y obligándola a volver a estar en las cuatro ruedas.

Ella me miró con un adorable puchero.

—Es demasiado peligroso. Vas a lastimarte.

—¿Pero me veía bien, verdad?

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Siempre te ves bien, *Tesoro* —murmuré.

Por las expresiones sorprendidas de todos, había hablado lo suficientemente alto como para que me escucharan.

—Vamos —dije, dejando que la irritación se filtrara en mi voz.

Sienna abrazó a Sofiya con fuerza, y mi cuerpo vibró con algo que se sintió extrañamente como celos. Solté un suspiro y entré al ascensor, golpeando el suelo con el pie impacientemente.

Sofiya se me unió, despidiéndose de todos con un suave movimiento de su mano antes de que las puertas se cerraran.

Esa noche no pude dormir. Por una vez, no fueron mis pesadillas lo que me mantenían despierto. Fueron los pensamientos sobre Sofiya, preguntándome qué más había en su lista y qué cosas podría ayudarla a tachar.

Haría casi cualquier cosa para asegurarme de que siempre estuviera tan feliz de verme como esta noche.

Y esa idea me aterraba.

MATTEO

SOFIYA Y YO CAÍMOS EN UNA RUTINA.

Cada mañana, me levantaba temprano y me dirigía al gimnasio, entrenando hasta escucharla moviéndose en la cocina. Luego, me metía a la ducha y me masturbaba, definitivamente *sin* fantasear con mi esposa durante todo el proceso, hasta que llegaba al clímax contra la pared de azulejos. Después, me vestía con uno de mis típicos trajes negros y me preparaba antes de entrar a la cocina, donde ella estaría a mitad de la preparación de algo para el desayuno.

Hacía un par de días, habían sido roles de canela. El día anterior fue algún tipo de panqueque ruso.

Esta mañana, ella ya estaba sentada en un taburete de la cocina, con un plato de *waffles* frente a ella. Maldije por haberme tardado tanto esta mañana. Me había perdido la oportunidad de verla moverse por la cocina como si perteneciera aquí, en *nuestra* casa.

—Buenos días —saludó dulcemente.

Gruñí y me serví una taza de café.

—Tal vez estarías menos gruñón por las mañanas si durmieras un poco más —comentó, con una sonrisa jugando en sus labios.

Fruncí el ceño.

—Habrá una entrega para ti esta tarde.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, volteando a verme. El taburete en el que estaba tenía respaldo, pero aun así, no podía quitarme de la cabeza la imagen de ella cayéndose de él. Me acerqué para pararme detrás de ella, rodeando su torso con mis brazos.

—¿Qué haces? —soltó, con un tono divertido en su voz.

—Nada —contesté con el ceño fruncido.

Ella solo tarareó y tomó con el tenedor otro bocado de *waffle*. No obstante, en lugar de llevarlo a sus propios labios, se giró y me acercó el tenedor hacia los míos. Mis labios se separaron por sí mismos y tomé el *waffle*, masticándolo lentamente.

Estaba tan sorprendido por mi propio comportamiento que casi me perdí la sonrisa que se formaba en los labios de mi esposa. Ella comió un bocado antes de llevar el tenedor nuevamente a mis labios. Debería haberlo rechazarlo. Los Don de la mafia no comen *waffles*. Pero nuevamente, me encontré abriendo la boca con el jarabe de maple explotando en mi lengua.

—¿Qué es esta entrega?

Parpadeé, tratando de recordar de qué estábamos hablando. Honestamente, no estaba seguro de poder recordar siquiera mi propio maldito nombre en este momento.

—Claro —dije, aclarando mi garganta—. Tendrás que esperar para saberlo.

—Muy misterioso —musitó, recostándose contra mi pecho con una sonrisa y apreté mi

agarre sobre ella. Solo para asegurarme de que no se cayera. Su cuerpo era tan suave contra el mío, encajando en mi pecho como si ella hubiera sido hecha para mí.

—¿Qué debería hornear hoy? ¿Alguna petición?

Me comí otro pedazo de *waffle* de su tenedor.

—No como cosas dulces.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Claro. Los mafiosos probablemente solo consumen proteína en polvo y clavos de acero.

Gruñí. Su bonita sonrisa me había robado todas las palabras.

—Tengo que irme. —Y aun así, mis pies seguían pegados al suelo.

Sofiya se giró en mis brazos.

—Espero que tengas un buen día. Haz un buen trabajo mafioso.

Mis ojos se posaron en sus labios, rosados, carnosos y perfectos. Solté mi agarre sobre ella, retirándome de la cocina antes de sucumbir a la tentación de besarla.

SOFIYA

Sonreí cuando la puerta se cerró detrás de Matteo. Mi marido podría fingir ser frío y distante, pero aún seguía sintiendo el efecto de su caricia sobre mi piel. Me hacía desear *más*… más que amistad. Lo quería todo, y empezaba a pensar que podría ser posible.

Terminé de desayunar y me arreglé. Quería probar un peinado nuevo, una trenza en forma de corona. Mila y yo solíamos pasar horas haciéndonos peinados la una a la otra para matar el tiempo. A pesar de que tuve que tomar muchos descansos porque mis hombros me dolían, pensé que la trenza quedó muy linda.

Cambié mi silla de ruedas por el andador y me dirigí de nuevo a la cocina, ojeando algunas recetas que había guardado en mi teléfono. No podía decidir qué quería hacer, y el silencio del apartamento se sentía demasiado fuerte. Me acerqué a la puerta principal y eché un vistazo para encontrar a Angelo en su puesto.

—Buenos días, *bella.* ¿Estás bien?

—Estoy bien. Solo que… —Dudé. ¿Estaba comportándome como una necesitada y estúpida?

Él levantó sus cejas.

—¿Quieres pasar?

Fue su turno de parecer inseguro. ¿Era porque no quería o porque no debía? Era deprimente pensar que preferiría estar en un vestíbulo vacío durante horas que pasar un rato conmigo.

—Puedes cuidarme más fácilmente desde adentro, ¿no?

Soltó una risa leve.

—Supongo que eso es cierto. Pasaré un rato, si es lo que quieres.

Le sonreí, abriendo más la puerta para que cupiera su enorme cuerpo.

—Iba a hornear algo. ¿Crees que a Matteo le gustarían más los *cannoli* tradicionales? Probablemente, ¿verdad? Tenía esta idea de hacer *cupcakes* de *cannoli* que pensé que serían súper lindos —musité.

Angelo se rio suavemente.

—No estoy seguro de que al Jefe le gusten mucho los postres.

Sonreí para mis adentros. Parecía que mi esposo escondía su amor por los dulces de todos, excepto de mí. La mañana después de nuestra noche de películas, desperté y encontré el tazón de palomitas vacío. Al principio pensé que Matteo las debía de haber tirado, pero no estaban en la basura. Tenía la sospecha de que mi marido se las había comido todas.

—Parece que le gustan las cosas que hago.

—Seguro que sí —dijo Angelo, lanzándome una mirada cómplice.

Comencé a hacer el relleno para los *cannoli* mientras Angelo elegía algo de música, y eventualmente lo atraje a un juego de "¿Qué prefieres?".

—¿Por qué demonios preferirías quedarte atrapada en un planeta alienígena en lugar de conocer a Pie Grande? —preguntó Angelo.

—Dije que solo elegiría eso si fueran alienígenas *sexys*.

—¿Alienígenas *sexys*?

—Lee un libro, Angelo. Los romances de extraterrestres están muy de moda.

Puso los ojos en blanco y se robó otro *cannoli* recién hecho del mostrador. Justo en ese momento, la puerta del apartamento se abrió y escuché el sonido de patitas antes de que un perro asomara la cabeza por la esquina. Era un hermoso *golden retriever* con ojos brillantes y una cola que se movía alegremente. Y tenía puesto un chaleco de perro de servicio.

—*Oh*, hola —saludé mientras el perro se acercaba y apoyaba la cabeza en mi regazo—. ¿De dónde saliste?

Matteo entró a la cocina.

—Veo que ya conociste a Noodle.

Le dirigí a Matteo una expresión de asombro.

—¿Noodle?

—Dijeron que no podíamos cambiarle el nombre —aclaró, sonando contrariado—. Pero era el mejor que tenían. Pasó todas sus pruebas.

Miré de nuevo el chaleco de perro de servicio de Noodle.

—¿Estás diciendo…? —Me detuve, sin querer decir las palabras en voz alta por si estaba equivocada.

—Este es *tu* perro de servicio.

Mis labios se entreabrieron.

—Me conseguiste un perro de servicio.

Matteo cruzó los brazos.

—Sí.

Mi esposo lucía tan serio como siempre, y dentro de mi pecho mi corazón se estaba *derritiendo*.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tener un perro estaba en tu lista, y pensé que sería mejor que tuvieras uno que fuera útil.

Un nudo se formó en mi garganta. Solo conocía a Matteo desde hacía unas semanas y ya había mostrado más interés en mis necesidades y en hacer mi vida más fácil que cualquier persona en el mundo, aparte de mi hermana.

—Ayúdame a levantarme —pedí, extendiéndole los brazos.

—¿Qué?

—Ayúdame a levantarme —repetí.

—¿Por qué? —gruñó, aunque hizo lo que pedí, levantándome de mi silla de ruedas. Mis pies apenas rozaron el suelo y estaba firmemente pegada a su cuerpo.

—Porque quería darte las gracias —murmuré. Pasé mis dedos por su cabello, disfrutando de lo suave que era. Su mandíbula estaba tensa, y si no hubiera estado observando a mi marido tan de cerca estos últimos días, habría pensado que estaba enojado conmigo.

Sin embargo, ya lo entendía mejor.

Pasé mis manos por su rostro antes de tomar su mandíbula y acercarlo más. Antes de dudar de mí misma, mis labios estaban contra los suyos. Al principio, él no se movió, como una estatua congelada mientras lo besaba. Un hilo de inseguridad se enredó en mi pecho. No quería besarme. No *me* deseaba.

Iba a apartarme, pero luego él gruñó y me presionó contra la pared. Sus labios eran suaves y

firmes al mismo tiempo, su lengua exigiendo entrar en mi boca. Solté un gemido ante su sabor, a la sensación de su control y dominio. Su rodilla se deslizó entre mis piernas, presionando contra mi sexo, e inhalé bruscamente.

Un hocico frío y húmedo me dio un leve empujón en la pierna, haciendo que interrumpiera el beso con una risa.

—Creo que Noodle está celoso.

Matteo gruñó, pero sus ojos tenían un cierto brillo. Miré alrededor y me di cuenta de que Angelo debía de haberse escabullido en algún momento. Matteo me llevó al sofá y me sentó con gentileza, no obstante, él permaneció de pie. Llamé a Noodle y le di una palmadita al cojín junto a mí. No perdió tiempo en subirse a mi lado y acurrucarse.

—¿Se supone que debe estar en el sofá? —preguntó Matteo, frunciendo el ceño.

—¿Vas a decirle que no a esta carita? —Apreté las mejillas de Noodle entre mis manos y ambos miramos a Matteo con grandes ojos tristes.

—Carajo —musitó, pasándose una mano por el cabello.

Presioné mi sonrisa contra el suave pelaje de Noodle.

—¿Para qué está entrenado?

—Los de la compañía de perros vendrán mañana para trabajar con ambos —explicó—. Aun así, puede traerte cosas como tu bolso de medicamentos, abrir puertas, ayudarte a mantener el equilibrio y buscar ayuda si la necesitas. Indagué sobre entrenamiento de ataque, pero dijeron que no tenía ninguno. Tendremos que rectificar eso.

Jadeé.

—Ni se te ocurra entrenar a Noodle para atacar personas —exigí, contemplando al perro que movía su colita, con la lengua de fuera mientras miraba entre nosotros dos.

Matteo se pasó la mano por el rostro.

—No puedo con ese maldito nombre.

Sonreí.

—Noodle es perfecto tal y como es. —Le pasé la mano por su suave pelaje, y se inclinó hacia mi tacto con una expresión de felicidad—. ¿Verdad que eres el mejor perrito? Mi dulce bebito.

—No es tu bebé —corrigió Matteo, cruzando los brazos—. Es un empleado.

Solté una risita mientras Noodle apoyaba su cabeza en mi regazo.

—Creo que alguien está celoso —susurré en tono de conspiración mientras acariciaba su pelaje.

—No estoy celoso de un perro.

Extendí mi mano hacia mi esposo. Él frunció el ceño, confundido, pero la tomó, y lo atraje hacia mí en el sofá. Se sentó con un resoplido, desabrochándose la chaqueta. Contuve la respiración al apoyar mi cabeza en su hombro, lista para que se apartara en cualquier momento. Mas no lo hizo. Solo se acomodó contra el cojín y puso su brazo a mi alrededor.

Cerré mis ojos y pensé que podría acostumbrarme a esto… a ser abrazada y acurrucada. Después de años de solo tener contacto con Mila, estaba hambrienta de afecto, deseosa de absorber cualquier sensación reconfortante que pudiera obtener.

MATTEO

ME ESTABA TOMANDO EL DÍA LIBRE.

No recordaba la última vez que me había tomado un día libre.

Cuando se lo dije a Romeo antes de salir de la oficina el día anterior, su expresión de sorpresa se transformó en una sonrisa maliciosa. Incluso me había mandado un mensaje esta mañana, deseándome un buen día con mi esposa.

No le respondí. No estaba aquí por ella. Necesitaba supervisar a los entrenadores del perro de servicio. Ese día era el último día en que trabajarían con Sofiya y Noodle.

—Estaba pensando que ¿tal vez podríamos ir al parque después de que se vayan los entrenadores? Si no tienes otras cosas que hacer. —La dulce voz de mi esposa cortó mis pensamientos, y levanté la vista de mi desayuno.

—¿Al parque?

—*Umm*, sí. ¿Central Park? Nunca he ido y, no sé, se ve bonito en las películas. Estoy segura de que a Noodle le gustaría. Pensé que podríamos pasear y comprar un *hot dog*.

Sus mejillas se sonrojaron de manera tan adorable al decirlo, pero mis labios se fruncieron en una mueca. ¿Quería ir a Central Park y comer un *hot dog*? No recordaba la última vez que había ido al parque. No tenía ninguna razón para estar allí, y era un lugar demasiado expuesto para mi gusto. Toda la ciudad era mi territorio, así que en teoría debería estar bien. Seguro. No obstante, imaginar a Sofiya allí, afuera en el mundo donde no podía controlarlo todo, hizo que mi pecho se sintiera apretado. Lo froté distraídamente.

—No importa —dijo, y me di cuenta de que me había quedado en silencio demasiado tiempo —. Seguramente tienes cosas más importantes que hacer. —Su sonrisa era frágil, y no me miraba del todo. Mi corazón latía más rápido, cada latido enviando una descarga de dolor a través de mí porque *yo* había causado eso, y nada en el mundo estaba bien si mi *tesoro* estaba triste.

—Mis hombres tendrán que revisar la zona antes de que lleguemos, y estarán vigilándonos todo el tiempo —le informé con tono áspero. Una sonrisa transformó el rostro de Sofiya, y quise grabarla en mi mente para siempre.

—¿De verdad? ¿Podemos ir?

Asentí hacia sus panqueques.

—Tienes que comer tu desayuno. Iremos esta tarde.

Quizás podría convencerla de ir a un restaurante agradable. Algún lugar impresionante que mostrara cómo puedo cuidar de ella. Su mano se deslizó en la mía, y se apoyó en mi hombro. Me quedé congelado por el contacto inesperado, deseando desesperadamente no estar usando esta chaqueta. Quería sentir el calor de su piel contra la mía.

—Gracias. —Sus palabras eran suaves mientras inclinaba su cabeza para encontrarse con mi

mirada.

Intenté decir algo, pero tenía la boca tan seca que las palabras se atascaban en mi garganta. Así que lo único que hice fue gruñir y acercar su silla a la mía, hasta que nuestros costados estaban presionados juntos. Una sonrisa juguetona se asomó en sus labios mientras tomaba su tenedor para seguir comiendo. Sin soltar mi mano izquierda en ningún momento.

SOFIYA

MATTEO INSISTIÓ EN QUE TRAJÉRAMOS MI SILLA DE RUEDAS A CENTRAL PARK. FUE UNA DECISIÓN inteligente, ya que nuestra salida requeriría mucha caminata, aun así, me sorprendió que él quisiera ser visto en público conmigo y mi silla.

Una alarma de auto me hizo saltar, y Matteo apretó su agarre en la parte trasera de mi cuello. Lo miré de reojo, dejando que mi mirada se detuviera en las líneas duras de su mandíbula. Ese día vestía un traje, aunque sin corbata, y los primeros botones de su camisa estaban desabrochados, dándome una vista de su piel bronceada.

Estábamos afuera del apartamento, que daba al lado oeste del parque, esperando a que nuestros guardaespaldas terminaran de asegurar el área. Estaba segura de que Matteo se negaría a esta salida. ¿Por qué iba a querer exhibir a su esposa defectuosa? Pero mientras estábamos allí bajo el sol al borde del parque, me pregunté si mi esposo había dudado en salir porque estaba preocupado por la seguridad. *Mi* seguridad.

Matteo se acercó aún más a mí, barriendo la calle con la mirada y moviendo la mano hacia el arma bajo su chaqueta como si los enemigos fueran a aparecer de un momento a otro. Su preocupación me llenó de calidez, ayudando a disipar mi impaciencia mientras esperábamos.

La cola de Noodle se movía de lado a lado al ver a todas las personas en la acera. Estaba sentado junto a mi silla como el buen chico que era, presumiendo su chaleco. Un grupo de niños de una escuela pasó corriendo y riendo, muchos de ellos deteniéndose a saludarlo. Acaricié su cabeza, sonriendo al ver lo orgulloso que se veía al recibir atención. ¿Cómo reaccionaría si tuviera un bebé? ¿Serían mejores amigos? Mi corazón me dolía de anhelo mientras me imaginaba a un bebé de cabello castaño y ojos oscuros.

Empujé la fantasía fuera de mi mente.

—¿Vamos a quedarnos aquí parados todo el día? —Agarré la mano de Matteo, sintiéndome adicta a tocarla después de esta mañana.

Mi esposo gruñón suspiró con resignación, apretando mi mano mientras pasaba la otra por su ya despeinado cabello. Miró a Angelo, quien le dio un asentimiento con la cabeza. Debieron decidir que el área era lo suficientemente segura.

—Bien. Vamos por… *hot dogs*.

Solté una risa con un resoplido ante su mandíbula apretada. Había intentado convencerme de ir a cualquier cantidad de restaurantes con las mejores reseñas, pero me había negado. Siempre había querido comer un *hot dog* de New York City; estaba en mi Lista de Sueños. Tuve que soltar su mano para guiar mi silla hacia el carrito más cercano de *hot dogs*, deseando que pudiéramos ser como una pareja normal y caminar tomados de la mano. Como si Matteo sintiera mi tristeza, su mano se posó ligeramente en mi hombro, dándole un apretón. Mantuvo su mano

allí, lanzando miradas amenazantes a cualquiera que se interpusiera en mi camino mientras nos movíamos por la acera.

—¿Qué quieres? —me preguntó con una mueca profunda mientras observaba el menú con fotos del vendedor.

—Un *hot dog* con *ketchup* y una Coca-Cola.

Su expresión se volvió incrédula.

—¿Querías un maldito *hot dog* solamente con *ketchup*?

—Sí —manifesté con seriedad.

Negó lentamente con la cabeza.

—No creo poder permitirlo, *Tesoro*. Estoy bastante seguro de que la ley exige que los *hot dogs* se sirvan con mostaza y condimentos.

Mi corazón dio un vuelco. Mi esposo, el Don de la Mafia Italiana, acababa de hacer una broma.

—Qué suerte que mi esposo no se empeña en cumplir la ley. —Mantuve una expresión seria, aunque por dentro quería cantar, bailar, celebrar, sobre todo cuando vi la esquina de su boca retorcerse.

—Está bien —resopló.

—*Oh*, deberíamos ver si Angelo quiere uno —solté, buscando a mi guardaespaldas a unos pocos pasos de distancia. Le hice un gesto para que se acercara mientras Matteo gruñía. Le había preguntado a Sienna por qué a Matteo no le agradaba Angelo, y ella se veía tan confundida. Dijo que Angelo le había salvado la vida a Matteo y que el haber sido asignado a mí era un gran honor para el joven guardaespaldas. Concluí que mi esposo podría sentirse un poco posesivo conmigo, y la idea me hizo tan feliz que casi podía flotar.

—¿Qué necesitas, *principessa*? —preguntó Angelo, inclinándose hasta quedar a mi nivel.

—Solo quería saber si querías un *hot dog*.

Angelo sonrió, ignorando el constante gruñido de Matteo.

—Ya comí, pero gracias. —Me guiñó un ojo antes de apartarse, dejándome a solas con mi malhumorado esposo, que ladró su orden al dueño del puesto. Tomé su mano, entrelazando nuestros dedos, sosteniéndola con fuerza hasta que nuestra comida estuvo lista. Matteo ordenó cuatro *hot dogs*: tres con todo y uno con *ketchup*. Extendí la mano para agarrar las dos sodas y colocarlas en mi regazo mientras él balanceaba nuestro almuerzo en sus manos. Le di la señal a Noodle para que comenzara a caminar mientras nos dirigíamos adentro del parque.

Al instante, parte del ruido de la calle se desvaneció mientras entrábamos en un corredor de árboles y vegetación. Matteo igualaba su paso al mío, permitiéndome disfrutar de todas las estatuas y flores.

—Aquí adentro parece otro mundo —suspiré. Mila y yo siempre habíamos soñado con los lugares a los que queríamos viajar. Pasamos los últimos años viendo repeticiones de *Friends*, así que New York había estado en los primeros lugares de nuestra lista. Me tragué el nudo en mi garganta al pensar que no estaba aquí conmigo para ver esto.

—¿Dónde quieres sentarte? —Me guio hasta una banca vacía.

Miré la banca. No parecía muy cómoda. Decidí maniobrar mi silla al extremo de la misma para que aún pudiéramos estar juntos. Matteo se sentó a mi lado y me pasó mi *hot dog*.

Solté un murmullo de satisfacción al primer mordisco.

—¿Es todo lo que soñaste? —preguntó Matteo con sarcasmo.

Asentí con entusiasmo.

—El mejor *hot dog* que he comido.

—Prueba un bocado del mío —ordenó.

Arrugué la nariz al ver los condimentos en el *hot dog* que sostenía. No estaba segura de qué se apoderó de mí, pero me incliné y le di una mordida directamente de su mano, manteniendo mis ojos fijos en los suyos todo el tiempo. Su mirada se oscureció y mis mejillas se sonrojaron. Había pretendido que el movimiento fuera juguetón, no obstante, el aire entre nosotros se cargó de una necesidad palpable. Dios ¿Era posible que mi esposo me deseara?

—¿Qué te pareció? —inquirió con una voz ronca.

Me recliné, masticando pensativa.

—Asqueroso. —Tomé un largo sorbo de Coca-Cola, y Matteo soltó una carcajada. Me le uní, y fue el mejor momento de mi vida.

Comimos en silencio, y fingí no darme cuenta cuando mi esposo le daba pequeños bocados de comida a Noodle.

Terminamos de almorzar, y Matteo tiró nuestra basura.

—¿Quieres explorar más?

Por un minuto, imaginé lo que sería desvestirlo y explorar cada centímetro de su cuerpo, dejándolo hacer lo mismo conmigo. Aclaré mi garganta.

—Sí, por favor.

Le di la señal a Noodle para que se levantara de su lugar junto a mi silla, hizo un pequeño y adorable estiramiento antes de venir a mi lado. Si bien solo llevaba unos días con su compañía, no podía imaginar mi vida sin él. Sin ninguno de mis dos chicos.

Matteo mantuvo las manos en el aire cerca de las manijas de mi silla, mas no las agarró, no tomó el control para empujarme, y mi corazón se llenó de calidez. Estaba escuchándome, aunque sabía que quería tomar el mando.

—¿Crees que…? —Empecé, pero la frase se quedó en el aire, de repente sintiéndome nerviosa.

Su mano se deslizó hasta mi mejilla, y su pulgar acarició suavemente mi mandíbula.

—¿Qué pasa, *Tesoro*?

—¿Podríamos intentar tomarnos de la mano mientras caminamos? —No había tenido la oportunidad de probar realmente la asistencia motorizada afuera, pero solo tenía que manejarla con una mano, dejándome la otra libre.

El agarre de Matteo en mi rostro se tensó un poco, y en su mirada pasó una emoción tan rápida que casi creí haberla imaginado. Se inclinó y presionó un tierno beso en mi frente. Luego se enderezó, tomó mi mano en la suya, y juntos recorrimos el parque.

MATTEO

HABÍA PASADO TODA LA NOCHE TRATANDO DE TOMAR UNA DECISIÓN.

Mi mano había estado en su perilla dos veces antes de alejarme.

Aunque Sofiya y yo habíamos pasado todo el día juntos, de alguna manera no era suficiente. Quería estar a su lado en la cama, con nuestros cuerpos desnudos presionados juntos. Quería el sabor de su dulzura en mis labios, sentir su piel contra la mía. Quería hundirme en ella, sentir cómo su cuerpo se apretaba alrededor de mí mientras gemía de placer.

Había pasado demasiado tiempo desde que había follado con alguien. Esa *tenía* que ser la razón de mi estado mental actual. Pero incluso cuando ese pensamiento cruzaba por mi mente, sabía que no era cierto. La verdad estaba comenzando a hacerse evidente.

Me *gustaba* Sofiya. Era divertido estar cerca de ella. Su rápido sentido del humor, sus murmullos sarcásticos en voz baja y su brillante sonrisa me *provocaban* algo.

Me hacía sentir fuera de control, y no me gustaba.

Así que cuando Romeo me llamó antes del amanecer, ya estaba despierto. Y en ese momento estaba mirando una camioneta en llamas, cortesía de los albaneses. Cada llamarada alimentaba mi rabia.

—¿Cómo diablos se enteraron de este cargamento? —le pregunté a Romeo.

—Bianchi está desaparecido —me informó—. Los únicos que sabían de esto eran el círculo de confianza, el conductor, Bruno y Bianchi. El conductor y Bruno están muertos.

—¿Cómo pudieron siquiera acercarse a él? —siseé. No tenía sentido que Bianchi fuera un informante para los albaneses. Era un chico joven, leal a la Familia. Cuando su padre murió de un ataque al corazón hacía unos años, me aseguré de que su madre y su hermana estuvieran bien cuidadas. ¿Cómo no me di cuenta de que era un traidor?

—No lo sé —dijo Romeo, con cansancio en su voz—. Pero ahora Arben tiene medio millón en armas.

Los primeros rayos del sol rompieron el horizonte, bañando el mundo en rojo.

—Saben que Bianchi no puede seguir siendo un informante después de esto, lo que significa que o cometieron un error al exponerlo, o tenemos una infestación de ratas —especulé.

Romeo asintió.

—¿Quieres que armemos señuelos?

—Con la entrega de drogas de la próxima semana. Y... —Mi mandíbula se tensó, no queriendo pronunciar las palabras—. También le pediré a Rustik que nos proporcione hombres. Así tendremos más ojos en los señuelos. —Los albaneses habían demostrado ser más astutos de lo que había anticipado, y no cometería el mismo error de nuevo. Pero la idea de pedirle ayuda al *Pakhan*, especialmente después de saber cómo trataba a Sofiya, era como tener cenizas en mi

boca.

La alianza estaba cumpliendo su propósito: evitar que tuviéramos que pelear en dos frentes. Ya que teníamos paz con los rusos, podíamos concentrar nuestra energía en los albaneses.

Aun así, seguía tentado a decirle a Rustik que se fuera al diablo. No merecía siquiera respirar el mismo aire después de cómo había tratado a su hija.

—Supongo que tienes que sacar algún beneficio de estar casado —murmuró Romeo.

Volteé hacia mi segundo al mando, quien de inmediato se dio cuenta de su error. Levantó las manos frente a él en un gesto de rendición.

—No quise decir nada en contra de tu esposa, *Fratello*.

—Hoy no es el día para ponerme a prueba —advertí—. Encárgate de limpiar esto para que podamos largarnos.

Me froté el pecho aunque sabía que la extraña opresión no desaparecería hasta que estuviera de vuelta con Sofiya. Uno de mis soldados me había traicionado. Habíamos perdido un cargamento importante de armas. Arben estaba haciéndome quedar como un estúpido. Pero lo que más me enfurecía era que todo esto me había alejado de mi esposa. No podría verla levantarse esta mañana, con ese aspecto desalineado y adorable. Y por eso, los albaneses tenían que morir.

SOFIYA

—¿Qué quieres, Angelo? —Eché un vistazo a la vitrina de los postres, y se me hizo agua la boca al ver los diferentes pasteles. Era una de las pastelerías más populares de la ciudad y quería probarlo todo para inspirarme.

—No necesito nada, *bella*.

Levanté la vista hacia Angelo. Estaba demasiado cerca de mi silla, sus ojos se movían de un lado a otro por la tienda llena de gente.

—Claro que sí. Si no gasto mucho dinero, Matteo me va a regañar.

Angelo soltó una risita.

—Como si el Jefe fuera a regañarte. —Miró la vitrina—. Cómprame lo que creas que es mejor, aunque no será mejor que tus postres.

Mis mejillas se sonrojaron ante el cumplido.

—¿Y si simplemente pedimos uno de todo? —Era excesivo, *extravagante*, pero quería probarlo todo. Y estábamos apoyando un negocio pequeño.

—Buena idea, señora Rossi —elogió Angelo con una sonrisa. Luego volvió a dirigir su mirada a la puerta, donde dos hombres de negocios estaban entrando—. Aunque quizá deberíamos llevarlo todo al apartamento.

—¿Pasa algo?

—No —respondió rápidamente.

—Que convincente.

Matteo ya se había ido cuando desperté esta mañana. Cuando le pregunté a Angelo dónde estaba, solo murmuró algo sobre que el Don tenía que revisar algo en las afueras, pero estaba claro que estaba nervioso.

—¿Qué está pasando?

Los ojos de Angelo volvieron a recorrer el café.

—Aquí no. Compremos las cosas y vámonos.

La chica tatuada en el mostrador abrió los ojos con sorpresa cuando le pedí uno de cada postre, y logré evitar que mi mano temblara cuando pasé mi tarjeta de crédito. Era más de lo que jamás había gastado, y esperaba que Matteo hubiera sido sincero cuando dijo que quería que gastara su dinero.

—Tal vez tengamos que hacer dos viajes al auto —señalé mientras veía la creciente torre de cajas de pasteles.

Angelo gruñó, aún con su postura tensa. Cuando las cajas estuvieron listas, me ayudó a apilarlas en mi regazo y colgó una bolsa del asa de mi silla.

—Ves, esta es la ventaja de la silla de ruedas —comenté, lo que le arrancó una pequeña

sonrisa.

Noodle olfateó disimuladamente las cajas, y le lancé una mirada seria. Se sentó rápidamente, con los ojos llenos de esa expresión adorable, pero ligeramente triste que solo un perro podía lograr. Su expresión cambió rápidamente a un jadeo de felicidad cuando le acaricié la cabeza y le di un premio.

—Vámonos —dijo Angelo con rudeza.

La tensión que irradiaba de su cuerpo me puso nerviosa, y yo también estaba lista para volver al apartamento con Matteo. Se estaba volviendo cada vez más difícil estar lejos de él. Nuestro día anterior había sido perfecto. A pesar de que seguía mostrando poco afecto en público, había pequeñas grietas en su coraza normalmente impenetrable. Quería ver hasta dónde podía llegar con él.

Seguí a Angelo afuera de la panadería, lanzando un "gracias" por encima de mi hombro a la chica del mostrador.

Antes de que pudiera maniobrar entre las personas en la acera, una maldición salió de los labios de Angelo.

—¡Carajo!

Mi corazón saltó a mi garganta cuando su mano agarró la parte posterior de mi cuello.

—¡Agáchate, Sofiya! —gritó, tirándome al suelo. Solté un pequeño chillido cuando mi rodilla golpeó la acera, el dolor atravesándome la pierna como una daga. Las cajas de pasteles volaron por los aires. ¿Qué estaba pasando? Confusión y frustración me invadieron hasta que escuché los disparos.

«Mierda, mierda, mierda».

Mi ritmo cardíaco se disparó. Era un blanco fácil, sin armas, apenas podía moverme con el dolor en mi pierna, y completamente expuesta en la acera. Me incliné hacia adelante y agarré a Noodle, envolviendo mis brazos alrededor de él y tirándolo al suelo. Él me lamió la cara y emitió un suave quejido, pero se quedó conmigo.

La gente corría a nuestro alrededor y los gritos llenaban el aire. El cuerpo de Angelo bloqueaba el mío, sus brazos levantados mientras respondía a los disparos de quien nos atacaba desde el otro lado de la calle.

—Necesitamos llegar al auto —siseó entre dientes mientras se agachaba. Agarró mi brazo y me arrastró unos metros hasta que la SUV blindada nos ofrecía protección. Las balas rebotaban contra el vehículo y Angelo se agachó para cubrirse antes de disparar más. Mantuve mi mano en el arnés de Noodle, asegurándome de que se mantuviera agachado.

—Llama al Jefe. —Instó Angelo, sacando su teléfono del bolsillo y lanzándomelo—. Ahora, Sofiya.

Me temblaban las manos mientras llamaba a mi esposo. Contestó al segundo timbrazo.

—*Pronto*.

—Matteo. —Mi voz se quebró y ahogué un sollozo.

—¿Sofiya? ¿Qué pasa? ¿Dónde está Angelo?

—Alguien nos está disparando afuera de la panadería. Por favor, ven.

MATTEO

—*Por favor, ven*.

Las palabras se sintieron como una daga en mi corazón. Escuchar el pánico en la voz de Sofiya hizo que gotas de sudor aparecieran en mi frente.

—Ve a la panadería —le ordené a Romeo, quien estaba al volante. Acabábamos de regresar a la ciudad y estábamos a solo unos minutos del apartamento. Romeo aceleró y giró en dirección a la panadería, a pocas calles de distancia. Angelo había coordinado la salida conmigo esta mañana, y acepté porque sabía que haría feliz a Sofiya. Y en ese momento ella estaba en peligro.

—¿Qué está pasando? —cuestioné entre dientes.

—*Los disparos se detuvieron* —susurró mi esposa.

Se escuchó un sonido y luego Angelo tomó el teléfono.

—*Tres hombres nos dispararon. Maté a dos, el tercero escapó. La policía está en camino.*

Giramos en la calle donde estaba la panadería. La gente se escondía detrás de los autos, y el sitio estaba inusualmente vacío para ser mediodía en Manhattan. Las sirenas de la policía sonaban a lo lejos, y solté una maldición. Salté del vehículo antes de que Romeo pudiera detenerlo por completo y corrí hacia la SUV negra que reconocí como una de las nuestras.

Rodeé el coche y mi corazón casi se detuvo al ver a Sofiya tendida en la acera, con los brazos alrededor del perro. Angelo estaba a su lado, ayudándola a sentarse. Una ola de alivio y gratitud me invadió, estaba ileso y había protegido a mi esposa.

Me arrodillé en el suelo, sosteniendo la espalda de Sofiya.

—Mierda, *Tesoro mio*. ¿Estás herida? —No recordaba la última vez que había sonado tan desesperado; sin embargo, al ver cómo me miraba con lágrimas corriendo por sus mejillas, no pude mantener mi fachada.

—Jefe, tenemos que irnos —indicó Romeo, acercándose por detrás—. Me ocuparé de la policía, pero será más fácil si no están aquí.

La mayoría de la policía estaba de nuestro lado, aun así, un tiroteo a plena luz del día seguía siendo un desastre para encubrir.

Sofiya hacía algo con su rodilla, una mueca de dolor se dibujó en su rostro.

—¿Estás herida? —repetí—. ¿Puedes moverte?

—Estoy bien —aseguró—. Solo tuve que reacomodar mi rodilla.

Parpadeé, mirando su rodilla cubierta por los *jeans*. Cuando la soltó, la tomé con cuidado entre mis brazos, y Romeo abrió la puerta trasera del coche para nosotros. Angelo se puso al volante para llevarnos a casa mientras Romeo se quedaba atrás para hablar con la policía. Pasamos el primer vehículo de la policía al girar hacia la calle principal.

—¿Quién nos estaba disparando? —inquirió, con una voz frágil. Mantuve mi toque lo más

suave que pude mientras la sostenía contra mi pecho. Acerqué mi rostro a su cabello, respirando su aroma.

Pude haberla perdido.

—Albaneses —escupí, odiando el tono áspero de mi voz. Arben me había engañado como a un idiota. Sabía que iría a las afueras de la ciudad, dejando a mi esposa expuesta. ¿Pero cómo se había enterado dónde estaría ella?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Por qué harían eso?

—No lo sé, *Tesoro.* —Le aparté el cabello del rostro—. Pero lo averiguaré y lo pagarán. —No quería que tuviera miedo, aunque era obvio que los albaneses la estaban usando para llegar a mí. Esto era lo que siempre había temido al considerar el matrimonio. Estar demasiado expuesto, demasiado vulnerable.

Si bien había intentado crear distancia entre nosotros estas últimas semanas, ya no podía soportar la idea de estar lejos de ella. Pensé que mantener mi distancia me protegería de la vulnerabilidad, pero quizá solo había causado más problemas para ambos. Sofiya estiró una mano vacilante, y cerré los ojos cuando la pasó suavemente por mi mandíbula.

—Noodle fue tan valiente —expresó, moviéndose en mi regazo para acariciar al perro—. ¿Tuviste miedo, *Malysh*? Fuiste muy valiente.

Algo ardiente se encendió en mi pecho, y definitivamente no eran celos del apodo que le acababa de poner al perro.

—Parece estar bien —solté con sequedad. La lengua de Noodle colgaba de su boca mientras inclinaba la cabeza hacia la mano de su ama.

Entramos en el garaje subterráneo del apartamento, y Sofiya se puso tensa.

—Espera, ¿alguien tomó mi silla de ruedas?

Me encontré con la mirada de Angelo en el espejo retrovisor, y negó con la cabeza.

—Asegúrate de que Romeo la recoja —ordené, y él asintió.

—Te cargaré adentro. —No estaba seguro de si podría soltarla aunque tuviéramos la silla.

Esperé a ver si protestaba, mas se relajó en mi abrazo. Sentir su cabeza descansando en mi pecho calmó algo dentro de mí.

—Angelo —llamó Sofiya, estirando su mano hacia el guardaespaldas mientras salíamos del SUV—. Gracias por protegerme. —Su voz se quebró y parpadeó rápidamente mientras tomaba su mano.

El hecho de que hubiera salvado la vida de mi esposa ese día era lo único que me impedía cortarle la puta mano. Quería ser el único a quien ella tocara.

—Claro, *bella* —respondió él.

Solo gruñí y me dirigí al ascensor con Sofiya en mis brazos.

—Llama al doctor —demandé.

—No necesito un doctor —protestó Sofiya.

—No discutas —reviré, lanzándole una mirada severa—. No ganarás esta.

—Me alegra que sepas que ganaré la mayoría de nuestras discusiones —dijo con aire digno.

«*Joder*». Casi me sentí tentado a sonreír mientras el ascensor subía hasta nuestro apartamento.

SOFIYA

MATTEO NO DEJABA DE DAR VUELTAS A MI ALREDEDOR. TENÍA TRES MANTAS SOBRE MÍ, Y ÉL seguía trayéndome bebidas: agua, té, café, refresco y un vaso grande de *grappa*, un licor italiano fuerte. El último me hizo levantar una ceja, pero mi agobiado esposo ni siquiera lo notó.

Estaba aprendiendo a reconocer los sutiles gestos de Matteo. Mantenía una expresión seria, su tono era firme y grave, aun así, no podía esconder cómo pasaba la mano por su cabello cuando estaba estresado, cómo sus puños se apretaban de ansiedad y la ligera arruga en sus ojos cuando estaba contento. Con cada bebida y comida entregada, cada pregunta en tono rudo sobre cómo me encontraba, mi pecho se iba calentando.

No había tenido la boda de ensueño, ni al novio sonriente, ni la vida tranquila y pacífica en el campo, no obstante, cada vez pensaba más que tal vez había terminado con algo mejor.

—¿Necesitas otra manta?—preguntó Matteo, inclinándose sobre mí, con algunos cabellos desordenados cayendo sobre su frente y una mirada algo desquiciada en sus ojos.

La tentación de bromear con él era fuerte, pero en lugar de eso, estire mi mano.

—¿Qué? ¿Qué pasa?—inquirió Matteo, mirándome desde arriba.

Solté una risita y tomé su mano.

—No necesito más mantas. ¿Te sientas conmigo?

Su atención se fijó en nuestras manos unidas. Por un momento pensé que quizás había cruzado un límite, pero luego Matteo me dio un apretón en ella. Tiré de él y se sentó junto a mí en el sofá. Su cuerpo estaba tenso, dejando espacio entre nosotros. Cuando nos conocimos, habría interpretado su comportamiento como que estaba molesto conmigo; sin embargo, cada vez estaba más convencida de que mi esposo quizá sentía algo por mí.

Tal vez le importaba.

Me moví en el cojín hasta que nuestros cuerpos se presionaron el uno contra el otro. Cuando no se apartó, descansé mi cabeza sobre su hombro.

—¿Qué estás haciendo, *Tesoro*?

¿Podría escuchar cómo se me aceleraba el corazón con el apodo cariñoso?

—Estoy… apoyándome.

—¿Apoyándote?

—Sí —respondí.

—Está bien. Apóyate todo lo que quieras. —Acomodó su cuerpo para rodearme con su brazo y luego me apretó contra su pecho. Estaba cálido y reconfortante mientras me derretía contra él. Luego su mano pasó por mi cabello, y estaba bastante segura de que ya había muerto y esto era el cielo.

—Aceptaré que me disparen todos los días si me lleva a esto —agregué, acurrucándome más

en su abrazo.

Su agarre se apretó.

—No bromees con eso, maldición.

Pasé mi nariz por su garganta, sorprendiéndome a mí misma con mi atrevimiento.

—¿Quién dice que estaba bromeando?

Suspiró.

—¿Qué tal si prometo abrazarte todos los días si prometes que no dejaras que te disparen?

—Trato hecho.

—¿Estás segura de que no necesitas otra manta? —murmuró.

—No cuando estás aquí para mantenerme caliente.

Me pasó la mano por el brazo.

—¿Tienes hambre?

Incliné la cabeza para encontrarme con su mirada y dudosa levanté la mano para acariciarle la cara. Matteo se inclinó hacia mi mano y mi respiración se aceleró.

—Hay algo que necesito.

—¿Qué? Cualquier cosa —contestó con seriedad.

Me mordí el labio, con el corazón acelerado. La adrenalina de antes debió de aturdirme, porque era imposible que lo dijera en voz alta.

—Un beso.

Matteo parpadeó.

—¿Qué?

—Quiero un beso.

Su ceño se frunció y contuve la respiración, segura de que me rechazaría. Pero entonces su mano me acarició la cara y su pulgar recorrió mi mejilla.

—Si eso es lo que necesitas, ¿cómo podría negarme? —Luego me inclinó la cara y sus labios se encontraron con los míos con una suavidad que contrastaba tanto con su dureza habitual y me pregunté si ese lado de él lo tenía reservado solo para mí. Decidí creerlo, aunque no fuera cierto, porque la forma en que me abrazaba era una sensación que no quería olvidar jamás.

—Joder, no debería estar haciendo esto —pronunció entre besos hambrientos.

Gemí y le pasé los dedos por el cabello, jalándolo.

—Sí, deberías.

—Estás herida. —Besó con intensidad mi mandíbula.

—No lo estoy. —Puse mis brazos alrededor de su cuello, moviéndome hacia su regazo, sintiendo su dureza contra mi muslo. La doctora Amato me había envuelto la rodilla para estabilizarla, pero estaba completamente bien por lo demás.

Gruñó, y sus caderas hicieron un movimiento involuntario contra mí.

—Debería estar cuidándote.

—Ya me estás cuidando. —Volví a besarlo y, esta vez, pasé mi lengua por la línea de sus labios. Se separaron con un gemido, y entonces Matteo dejó ir su fachada cuidadosamente conservada, sujetando mi cara con una mano y mi trasero con la otra.

Me estaba devorando, su lengua ardiente presionaba la mía, su mano se enredaba en mi cabello con un agarre doloroso. Gemí, y él se tragó el sonido mientras recorría mi cuerpo con sus manos. Me estaba mojando y necesitaba más, y de repente no podía dejar de pensar en sentir a mi esposo dentro de mí. Sus dedos rozaron mis pezones, y mis besos se volvieron más desesperados.

—Por favor. —Jadeé.

—¿Qué necesitas?

—A ti. Todo. —Estaba más allá de pronunciar oraciones completas mientras recorría su pecho con mis manos. Con cada movimiento que hacía, me preparaba para el rechazo, para el momento en que mi esposo se diera cuenta de que no quería esto, de que no me quería a mí. Aunque el miedo y la adrenalina de la experiencia de vida o muerte de ese día comenzaban a transformarse, empujándome a ir tras lo que me hacía sentir viva.

—¿Quieres que te toque? —La voz de Matteo era grave y rasposa.

Sin pensarlo dos veces, me moví para colocarme encima de él. Me arqueé hacia él y sentí una descarga de placer al rozar mi intimidad contra su dureza, pero el movimiento también causó un dolor en mi cadera que me decía que mis articulaciones no estaban felices de estar abiertas alrededor de mi enorme esposo.

—¿Qué pasa? —Quiso saber Matteo, frunciendo el ceño.

—Nada…

—No mientas. —Su tono severo me hizo mojarme aún más, aunque el dolor en mi cadera aumentaba.

—Puede que no pueda quedarme sentada así —murmuré.

Matteo reaccionó al instante, reacomodándome sobre su regazo para que me sentara de lado nuevamente.

—Te duele.

No era una pregunta.

Mis mejillas se sonrojaron. ¿Por qué no podía mi cuerpo cooperar por una vez?

—No quiero parar —confesé, mirando a mi esposo a los ojos, desafiándolo a que discutiera.

Él pasó su pulgar por mi labio.

—Crees que tengo mucho más autocontrol del que realmente tengo, si piensas que puedo detenerme ahora, *Tesoro*.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. No lo había arruinado con mi cuerpo disfuncional. Él aún me deseaba.

Subió su mano por mi pierna, apretando suavemente mi muslo.

—¿De qué más debo tener cuidado?

Mi corazón se sentía como si fuera a explotar por su cuidado hacia mí, y no pude evitar inclinarme hacia él para darle un beso.

—No estoy segura —dije, un poco sin aliento—. Solo no te asustes si llego a dislocarme algo.

Frunció el ceño.

—No vas a dislocarte nada.

— No estoy tan segura de que tengas poder sobre ello. —Tracé su mandíbula con los dedos —. Pero hare mi mejor esfuerzo.

Presionó su frente contra la mía, y por un momento, nos respiramos en silencio el uno al otro.

—Te llevaré a la cama. Nuestra primera vez no será en este maldito sofá.

Apretó su agarre sobre mí, deslizó un brazo detrás de mis rodillas y se levantó. Unos nerviosos cosquilleos volaron en mi estómago, y envolví mis brazos alrededor de su cuello respirando profundamente. Por primera vez en mi vida, me sentí deseada. No quería ser una decepción para mi esposo.

MATTEO

MI POLLA SE TENSÓ CONTRA MIS PANTALONES MIENTRAS LLEVABA A SOFIYA A MI DORMITORIO. Me encantaba sentirla en mis brazos, la forma en que se aferraba a mi cuello y como besaba tímidamente mi piel. ¿Por qué me había resistido a esto? ¿Cómo había podido pensar que podría vivir sin tener a mi hermosa esposa?

La atraje con un beso antes de bajarla a la cama. Me arrastré sobre ella, asegurándome de apoyar todo mi peso en los antebrazos para no presionar sus articulaciones. Quería que esto se sintiera bien para ella. No quería hacerle daño. Pensé que mi corazón se detendría cuando la vi tirada en la acera, y luchaba contra la necesidad de protegerla con la desesperada necesidad de reclamarla.

—¿Quieres esto? —pregunté. Me mataría si dijera que no, sin embargo, nunca la forzaría.

—Sí —contestó, pasándome los dedos por la mandíbula. Su caricia era tan suave. No recordaba que me hubieran tocado así desde que murió mi *mamma*, y sentí esa extraña punzada en el pecho que en ese momento comprendía que se trataba de *emociones*.

Le besé la frente y pasé mis dedos por su cabello dorado.

—Eres tan hermosa que duele, maldita sea.

Me rodeó el cuello con los brazos y me acercó. Nuestros labios colisionaron, descoordinados, salvajes… perfectos. Gruñí mientras mi polla se ponía increíblemente dura. Ya era la experiencia más excitante de mi vida y lo único que habíamos hecho era besarnos.

Recorrí su cuerpo con mi mano, saboreando sus curvas, hasta que toqué su coño. Estaba tan caliente, incluso a través de sus *leggings.*

—*Mmm*, espera un segundo —pidió Sofiya.

Me aparté y la miré. El corazón me dio un vuelco cuando vi un atisbo de pánico en sus ojos.

—Necesito mi silla de ruedas. —Miró hacia la puerta. La habíamos dejado en la sala.

Le aparté el cabello de la cara, todavía asombrado de que mis manos fueran capaces de hacer algo tan delicado.

—¿Para qué la necesitas, *Tesoro*?

Sofiya parpadeó rápidamente y desvió la mirada. No, no íbamos a hacer eso. Agarré con fuerza su barbilla.

—No te escondas de mí —refunfuñé—. Dímelo.

—Por favor —pidió, con voz frágil—. Por favor, ¿puedes simplemente traerla aquí?

Empezó a respirar más rápido y me preocupaba que estuviera al borde de un ataque de pánico.

—De acuerdo, iré a buscarla. Pero luego hablaremos. —Le di un beso en la frente y me obligué a levantarme de la cama. Empujé su silla de la sala hasta ella—. ¿Te parece bien? —

inquirí, colocándola en su lado de la cama.

Asintió con la cabeza y la tensión que se reflejaba en su rostro desapareció.

Volví a la cama y no pude evitar pasarle la mano por el vientre hasta el coño que tenía cubierto. Acaricié su calor, saboreando su suave jadeo.

—Ahora, mi bella esposa, háblame.

Se mordió el labio, sus brillantes ojos azules parecían tan inseguros. No obstante, me quedé quieto y en silencio, obligándome a ser paciente por su bien.

—Ya he tenido relaciones sexuales una vez —soltó.

Apreté los dientes contra la rabia que corría por mis venas como lava fundida. Únicamente el cuerpo suave y perfecto de mi mujer bajo el mío me impidió salir en busca del cabrón que había tocado lo que me pertenecía.

—Lo siento. Lo siento mucho. —Sus ojos brillaban con lágrimas.

Recorrí con mi nariz el costado de su cara, respirando su dulce aroma y forzándome a mantener la calma. Odiaba no haber sido el primero en penetrarla y estaba decidido a matar a ese maldito *stronzo* que le había quitado la virginidad. Mas no estaba enfadado con ella.

Nunca con ella.

—Quería sentirme normal por una vez —añadió.

Le di un suave beso en la mejilla.

—Está bien, *Tesoro*. Cuéntame qué pasó.

Se mordió el labio, como si estuviera preparándose. Le pasé el pulgar por el labio y respiró profundamente.

—Yuri era alguien a quien conocía desde que era joven. Vino a una cena de mis padres, una de las últimas a las que me dejaron asistir, y me pidió que saliéramos en una cita. Yo no estaba muy interesada en él; sin embargo, me pareció simpático y... quería tener la oportunidad de salir de casa y no sentirme tan atrapada. Fuimos a cenar y luego él quiso ir a casa de su amigo porque había una fiesta. —Respiró entrecortadamente—. La casa estaba a reventar cuando llegamos y todo el mundo estaba bebiendo. Me sentí un poco abrumada por todo, así que Yuri sugirió que fuéramos arriba, donde estaba más tranquilo.

Mantuve la cara pegada a su cuello mientras apretaba mi mandíbula.

—Quería llevar mi andador, pero me dijo que estaría bien dejarlo. Me cargó escaleras arriba. —Había un ligero temblor en su voz y la estreché más contra mi pecho—. Cuando subimos, me tumbó en la cama y era evidente que quería tener sexo. Yo no estaba segura, pero supongo que me sentí afortunada de que me encontrara atractiva.

No pude contener mi gruñido.

—¿Qué demonios? —Tomé su cara con ambas manos y la miré intensamente—. Eres la mujer más hermosa que jamás haya visto.

Sofiya parpadeó.

—¿En serio?

—*Tesoro mio*, ¿cómo se te ocurre siquiera preguntármelo? —Me dolía el corazón mientras le daba suaves besos en la cara. Sofiya había estado escondida la mayor parte de su vida, así que no debería sorprenderme que no supiera lo deslumbrante que era.

Sus dedos se enroscaron en mi cabello, estrechándome.

—¿No preferirías a alguien que no estuviera dañada? —Su voz era tan suave, tan frágil.

Los músculos de mi mandíbula se tensaron. Había tenido pensamientos parecidos sobre ella cuando nos conocimos, pero estaba tan equivocado.

—La próxima vez que digas algo negativo de ti misma, te voy a dar unas nalgadas. Eres

jodidamente perfecta.

—¿Acabas de amenazarme con darme nalgadas? —Jadeó. Me aparté para observar su expresión, preocupado de ver miedo en ella, no obstante, todo lo que vi fue excitación e intriga.

—*Oh, baby*, ¿te excita la idea? —Apreté el talón de la palma de mi mano contra su coño—. ¿Tu dulce coñito se humedece ante la idea?

Se mordió el labio y negó con la cabeza.

Una enorme sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Mentirosa.

Sus mejillas se tornaron de un rojo intenso.

—No te preocupes, *Tesoro*. Siempre te daré lo que necesites. Ahora, termina tu historia.

Mi verga estaba dura como una roca contra su muslo, y luché contra la necesidad de empujar dentro de ella, de marcarla con mi semen una y otra vez para que todo el mundo supiera que me pertenecía.

—Se... *umm*... bueno, se acabó rápido —dijo, cerrando los ojos. Había suficiente luz en la habitación para que pudiera ver el delicado rubor de sus mejillas—. Dolió, pero no fue especialmente memorable.

—Imbécil —gruñí.

—Y entonces su amigo tocó la puerta, necesitaba algo. Fue a hablar con él y me dejó medio desnuda en la cama. No estaba segura de poder volver a bajar las escaleras sin caerme, así que tuve que esperarlo.

Ese bastardo hijo de puta. Le quitó la virginidad a mi chica y luego la dejó tirada en una casa llena de borrachos de mierda. Usé todo mi entrenamiento como Don para mantener mi voz uniforme.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo te dejó allí sola?

Sofiya volvió a morderse el labio y yo fruncí el ceño mientras se lo liberaba, pasando el pulgar por la piel delicada.

—Casi una hora —susurró. Una lágrima se escapó por su mejilla y se sintió como una daga en el corazón—. Debí de ser muy mala en la cama para que huyera así. —Intentó sonreír ante su pobre intento de humor, pero yo no podía.

—No —aseveré, sujetando los costados de su cara—. No. Tu no vas a cargar con ninguna culpa por el comportamiento de ese imbécil. Se aprovechó de ti y te dejó en una posición vulnerable. —Tragué saliva con dificultad. A pesar de que toda una vida sin expresarme me decía que me callara, ella se merecía más de mí—. Yo nunca te haría eso. *Jamás*.

Sus dedos se deslizaron por mi mejilla, rozándome la barba incipiente.

—¿Te he dicho que me gusta cuando tienes barba? —murmuró.

Sonreí y froté mi mejilla contra la suya. Ella soltó una ligera ráfaga de aire contra mi piel y soltó una risita.

—Sé que no eres como él —dijo—. Es solo que... me hace sentir más segura saber que puedo escaparme si lo necesito.

Apoyé mi frente contra la suya.

—Te daré lo que necesites. Pero algún día sabrás que el lugar más seguro para ti es estar entre mis brazos.

—¿Desde cuándo eres tan dulce?

Me reí entre dientes. Incluso con la horrible historia que me había contado, mi pecho se

sentía más ligero de lo que recordaba. Por la mañana me encargaría del bastardo que le había hecho daño, mas en ese momento, todo giraba en torno a ella.

Mi tesoro.

Mi mujer.

—No tengo ni puta idea. ¿Qué me has hecho? —pregunté.

Sus ojos azules cristalinos se encontraron con los míos oscuros.

—Espero que lo mismo que tú me haces a mí.

—¿Y qué es?

—Me haces *sentir*. —Sus labios rozaron mi mejilla.

Gruñí mientras bajaba mis manos por su espalda hasta tocar su voluminoso trasero.

—Mierda, eres perfecta. ¿Me dejarás entrar en ti, *Tesoro*? ¿Me dejarás mostrarte hasta qué punto me perteneces?

—Por favor, Matteo. —Nada podía prepararme para la emoción de escuchar mi nombre en sus labios mientras se arqueaba contra mi polla. La agarré con más fuerza, deseando tener más manos para poder tocar cada parte de ella a la vez. Una vez con ella nunca sería suficiente. Un millón de veces con ella no serían suficientes.

Me aparté lo suficiente como para quitarle la camisa y el sostén, revelando unos pechos perfectos con bonitos pezones rosados. Me dolía la polla ante su perfección. Besé cada pezón y luego bajé por su estómago. Sofiya aspiró con fuerza y se retorció. Me aparté y ella se cubrió el estómago con los brazos.

—Lo siento, sé que tengo demasiado peso. Me cuesta moverme mucho y he engordado este último año y...

Mordí ligeramente su pezón, haciendo que un jadeo de sorpresa se le escapara de los labios.

—No quiero volver a escucharte decir esa mierda. —Le pellizqué el otro pecho para asegurarme de que lo entendía—. Y deja de intentar esconderte de mí. Es inaceptable. —Aparté sus brazos de su estómago y los sustituí por mis manos, acariciando y apretando su suavidad.

—Inaceptable, ¿*eh*?

—Sí. Y tienes que obedecerme, ¿recuerdas?

Me dio un empujón juguetón en los hombros.

—*Oh*, basta.

—Eso no es muy obediente, *esposa*.

—No sé si estoy de humor para obedecer, *esposo*.

Sonreí y le bajé los *leggings* y la ropa interior de un movimiento rápido.

—Puedo ser bastante convincente. —Descendí por su cuerpo hasta contemplar su coño. Era el más bonito que había visto en mi vida, rosado y húmedo, con un triángulo perfecto de vello rubio. Sofiya hizo un ruidito en el fondo de la garganta y se tapó el coño con la mano. Gruñí, agarré su muñeca y la presioné suavemente contra la cama.

—No te atrevas a esconderte de mí. *Nunca*, *Tesoro*. Te miraré siempre que quiera, durante el tiempo que quiera. Tu cuerpo me pertenece.

—Pues entonces no deberías esconderte de mí —replicó con un puchero. Me jaló de la camisa con la mano que no tenía inmovilizada.

Me reí entre dientes, apartando su puchero con un beso.

—*Oh*, vas a ser una malcriada. —Sin embargo, la complací, me quité la camisa y saboreé la forma en que sus ojos se abrieron de par en par mientras recorría mi pecho.

—¿Te gusta lo que ves?

—Sí —admitió con una sonrisa traviesa—. Ahora estos. —Tiró de mis pantalones y le di una

palmada en el muslo, pero no podía negarle nada. Me quité el resto de la ropa y me coloqué sobre ella, deleitándome con el calor de su piel contra la mía. Había follado con muchas mujeres a lo largo de los años; sin embargo, nunca me había sentido tan cerca de nadie.

—Eres tan hermosa. —Mis labios rozaron su piel mientras bajaba por su cuerpo, presionando con besos calientes sus pechos y su estómago hasta llegar a su coño.

Se puso rígida.

—¿Vas a...? Quiero decir, no tienes que...

—Sofiya —interrumpí con firmeza—, voy a comerte el coño cuando me dé la puta gana. ¿Entendido?

Parpadeó mientras se mordía el labio para no sonreír.

—Está bien, esposo.

Gemí mientras aspiraba su aroma y frotaba mi barba contra la piel sensible de la cara interna de su muslo. Se me hizo agua la boca y no pude aguantar más. Lamí una larga línea desde su entrada hasta su clítoris, gimiendo ante su sabor dulce y salado.

Tardó un rato en relajarse, pero con cada lamida, cada vez que mi lengua rodeaba su clítoris, se soltaba un poco más hasta que me agarró el cabello y prácticamente cabalgó sobre mi cara.

—Eso es, *baby*. Lo estás haciendo muy bien para mí.

Me moví para poder tocarle el culo con una mano, inclinándola hacia arriba para que estuviera en un mejor ángulo y poder meterle un dedo en su entrada caliente y resbaladiza. Una maldición salió de mis labios al sentir lo apretada que estaba, y mi verga se estremeció al pensar en deslizarme dentro de ella.

La masturbé hasta que soltó un suave gemido, y lo tomé como una señal para introducirle un segundo dedo. Al instante se tensó a mi alrededor.

—*Shhh, Tesoro*, no te preocupes. No tienes que tener miedo.

—Lo siento —se disculpó—. Estoy siendo estúpida.

—No hay prisa. Nos tomaremos todo el tiempo que necesites. —Aunque mi polla adolorida no estaba de acuerdo, iba a hacer esto bien para ella, incluso si me mataba. Borraría la sensación de cualquier otro hombre dentro de ella, la arruinaría para cualquiera en el futuro.

Era mía.

Se relajó lentamente a mi alrededor mientras metía y sacaba mis dedos. Su humedad creció hasta que mi mano y mi cara se empaparon de ella.

—Esa es mi chica —murmuré—. Maldición, tan buena para mí. Mírate, empapándome completamente.

Apartó la mirada, como avergonzada.

—¡No! —exclamé—. No me quites los ojos de encima. Quiero verte desmoronarte.

—Oh, Dios —gimió mientras apretaba mi cabello, mi hombro.

—Yo soy tu dios —gruñí.

Seguí penetrándola con los dedos y luego me llevé su clítoris a la boca. Chilló y su espalda se arqueó sobre la cama por la intensidad de su orgasmo.

—Buena chica. —Le di otro beso en el clítoris—. Tan buena para mí. —Fui subiendo por su cuerpo, sintiéndome satisfecho por su expresión de asombro—. Una esposa tan obediente, corriéndose para mí.

—Cállate —espetó, poniendo los ojos en blanco, pero una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Chica atrevida, hablándole así a tu Don. ¿Qué voy a hacer contigo?

Se arqueó contra mi dura longitud con un grito ahogado.

—Estoy segura de que lo averiguarás.

Agarré sus muslos, separándolos antes de empujar la cabeza de mi verga dentro de ella lentamente.

—Sí, parece que lo haré. —Joder, estaba húmeda, caliente y apretada. Metí otro centímetro y ella jadeó con fuerza. Acaricié su cara y la miré a los ojos—. ¿Estás bien? ¿Te estoy lastimando?

Cerró los ojos y sacudió la cabeza, respirando profundamente.

—Estoy bien. Es que te sientes enorme. —Abrió los ojos como si percibiera mi expresión de suficiencia—. No empieces con esas tonterías de hombre tóxico.

Le besé la punta de la nariz.

—Nunca lo haría. —Me moví un poco más, aunque pensé que la restricción me mataría. Metí la mano entre nosotros y jugué con su botón—. Eso es —murmuré mientras su coño se relajaba a mi alrededor—. Respira y déjame entrar. Puedes hacerlo. Estás hecha para mí.

Ambos gemimos mientras la penetraba por completo. Nos miramos a los ojos, el silencio entre nosotros únicamente interrumpido por nuestras respiraciones jadeantes. No obstante, el silencio no se sentía frío ni forzado, sobre todo cuando Sofiya me acariciaba el cabello con sus dedos. Era como si el mundo se hubiera reducido a nosotros, a este momento.

—Vente otra vez para mí. —Mi voz era ronca, desesperada. Mi cuerpo ansiaba su placer, estaba jodidamente sediento de sus orgasmos, sabiendo que yo era la causa de su placer.

—Qué mandón —se burló, pero entonces sus labios se separaron con un grito ahogado. Seguí penetrándola, moviendo el pulgar contra su clítoris, hasta que se estrechó a mi alrededor. Echó la cabeza hacia atrás, con la boca abierta por el éxtasis.

No pude contener un gemido mientras me derramaba dentro de ella.

Sofiya.

Mi Sofiya.

Mi respiración era agitada y el corazón prácticamente se me salía del pecho.

—Me has hecho algo. Me has hechizado.

Tenía los labios entreabiertos y los ojos muy abiertos mientras me miraba. Era perfecta. Quería quedarme dentro de ella para siempre, pero tenía que cuidarla, asegurarme de que no estuviera demasiado adolorida.

Me retiré a regañadientes, mis ojos hambrientos observaban donde mi semen se derramaba de su coño perfecto.

—Eso fue... —Sofiya se interrumpió con expresión soñadora.

Una sonrisa salvaje se dibujó en mi rostro al imaginarme llenándola una y otra vez hasta que llevara en su vientre a mi hijo.

La besé suavemente en los labios, saboreando su dulzura, hasta que me di cuenta de algo que me golpeó como una lanza de hielo en el pecho. Me aparté de ella y mis pies golpearon el suelo.

MATTEO

—MIERDA.

Caminé de un lado a otro junto a la cama, necesitando hacer algo con la energía frenética que me dominaba.

Sofiya se sentó, cubriéndose con la sábana para ocultar su cuerpo. Habría exigido que dejara de esconder sus curvas perfectas, pero me costaba todo mi autocontrol no perder los estribos.

—¿Matteo? —Su voz era vacilante, apenas un susurro.

Tenía la garganta tan cerrada que no pude responder.

—¿Fue… hice algo mal?

—¿Qué? —Me giré hacia ella bruscamente—. Estuviste perfecta. —Mis palabras salieron en un gruñido enfurecido. ¿Cómo se atrevía siquiera a cuestionarse, cuando había sido la mejor experiencia de mi vida, maldición?

Una suave sonrisa asomó en sus labios, como si el sol rompiera entre las nubes. La presión en mi pecho se alivió.

—Entonces, ¿por qué estás caminando de un lado a otro?

—¿Estás tomando anticonceptivos? —Mi pregunta fue demasiado abrupta, aunque no encontré manera de suavizar mis palabras como ella se merecía.

Sus labios se entreabrieron y parpadeó rápidamente.

—No, no lo hago. ¿Debería? Lo siento.

Solté un largo suspiro.

—Estoy jodiendo todo esto. —Me senté de nuevo en la cama y la atraje hacia mí.

—¿No quieres tener un hijo conmigo? —Su pregunta fue tan tierna que sentí que se me partía el pecho.

Apreté su mandíbula con firmeza, obligándola a mirarme.

—No hay nada que quiera más que llenarte de mí semen hasta que estés embarazada de mi hijo. Sería un sueño hecho realidad. Pero… ¿puedes tener hijos de manera segura?

Me maldije por haberme distraído tanto y no haberlo pensado antes. ¿Y si el embarazo era peligroso para ella? No cambiaría lo que siento por ella, aunque complicaría la cuestión de asegurar mi legado. Por primera vez en mi vida, mi lealtad a la mafia no parecía lo más importante.

—*Oh* —soltó, mordiéndose el labio—. Supongo que en realidad no lo sé.

Liberé su labio, pasando mi pulgar sobre su piel suave.

—Hablaremos con la doctora mañana y obtendremos una respuesta. —Rodé los hombros. Bien. Un plan. Eso era lo que necesitaba para sentirme en control.

Sofiya no dijo nada. Sus dedos jugaban nerviosos con la manta. Fruncí el ceño, tomando sus

manos entre las mías. De nuevo me sorprendió lo pequeñas que eran en comparación con las mías. Mis manos las envolvían fácilmente.

—¿Y si no puedo? —susurró.

—Entonces no puedes —repetí, pasando mis dedos por su cabello antes de inclinarme para besar su mejilla.

—Pero necesitas un heredero. —Su cuerpo comenzó a tensarse bajo mi toque, y fruncí el ceño. Estaba perfectamente relajada y sonrojada de placer hasta que lo arruiné. Necesitaba arreglar esto.

Me levanté de la cama, pero esta vez me agache para tomar a mi esposa entre mis brazos. Ella se aferró a mis hombros como si existiera el más mínimo riesgo de que la dejara caer.

—¿Qué haces?

—Llevarte a la bañera —respondí mientras entraba al baño—. ¿Puedes sentarte en el tocador o debo traer tu silla?

—El tocador está bien —aseguró suavemente.

La coloqué ahí y me giré hacia la tina. Quería repetir nuestra experiencia en la bañera de la otra noche, aunque esta vez sería aún mejor porque podría tocarla como quisiera. El agua aliviaría cualquier molestia que sintiera, lo cual era bueno porque mi erección ya estaba retornando.

Abrí el agua caliente antes de buscar entre las cosas bajo el tocador. Mis ojos se detuvieron en una botella de aceite para baño. Lavanda. Parecía algo que le gustaría a Sofiya.

Me enderecé y le mostré la botella.

—¿Esto está bien?

Su ceño estaba fruncido mientras asentía. Pasé el pulgar por su frente, alisando la piel.

—¿Qué ocurre?

—Lo lamento si soy una decepción.

Mi corazón se estremeció.

—¿Qué?

—Si no puedo tener hijos. Y por… todo esto. —Hizo un gesto vago hacia sus piernas, sin embargo, el movimiento de su mano atrajo mi mirada hacia su sexo, distrayéndome por un momento. Parpadeé, apartando la vista.

—No eres una decepción. Ni siquiera lo pienses. Te lo prohíbo. —La miré con severidad y, para mi sorpresa, soltó una risita.

Hombres adultos caerían de rodillas y rogarían misericordia si los observara así. Pero ella estaba ahí, *riéndose*.

Pasé mis manos por sus piernas.

—Parece que no me estás tomando en serio, *Tesoro*. Reírte de tu Don es muy malo.

El deseo brilló en sus ojos.

—¿Y qué harás al respecto?

Mi polla palpitó mientras se endurecía aún más, y solté un gruñido, apoyando la frente en su hombro. Mordisqueé su piel.

—Tal vez tenga que castigarte.

Rodeó mi cuello con sus brazos y posó una mano en la parte trasera de mi cabeza.

—Tal vez eso me gustaría.

Solté una maldición y me obligué a apartarme de ella.

—Deja de distraerme —le advertí con dureza mientras me giraba hacia la bañera.

Su risa me siguió mientras vertía el aceite en el agua.

Primero la acomodé en la bañera y luego me metí detrás de ella.

—¿Estás cómoda, *Tesoro*?

—Sí —afirmó con un suspiro, acurrucándose contra mi pecho.

Recorrí su torso con mis manos, deteniéndome en sus pechos antes de acariciar su coño. Ella gimió y me incliné para besar su mejilla.

—¿Qué tan adolorida estás?

—*Umm…*

—Sé honesta —pedí, pellizcándole suavemente el pezón.

Resopló y me pellizcó la pierna.

—Está bien. Estoy muy adolorida por tu enorme *pene*. ¿Contento?

Solté una carcajada.

—Demonios, eres adorable. Pero no, nena, no estoy contento de que sientas dolor.

—Entonces supongo que tendrás que cuidarme.

Le di otro beso en la mejilla y envolví suavemente su garganta con mi mano.

—Supongo que sí.

MATTEO

NADA PODRÍA HABERME APARTADO DE SOFIYA EXCEPTO LA PROMESA DE DESTRUIR A LOS responsables del ataque contra ella. Había estado somnolienta después del baño, así que la arropé en la cama con una almohada entre las piernas y compresas calientes alrededor de su cuerpo. Se durmió rápidamente, y yo me quedé mirándola demasiado tiempo, odiando la idea de dejarla.

No obstante, tenía que encontrar y matar a un traidor.

Le mandé un mensaje a Romeo para que subiera al apartamento, y apareció unos minutos después. No quería irme por si Sofiya se despertaba y me necesitaba.

—Dime que localizaste al bastardo que se escapó —demandé.

Su mueca me lo dijo todo, y la rabia que había reprimido por el bien de Sofiya me golpeó de lleno.

—¿Cómo supieron dónde estaba? Arben tiene que estar detrás de esto, lo que significa que va tras mi esposa, ¡carajo! —Mi voz se alzó hasta casi gritar. Los ojos de Romeo se abrieron de par en par ante mi explosión.

Miré hacia nuestro dormitorio, preocupado de haberla despertado. Al no escuchar nada, me senté en el sofá, sintiendo el cansancio en cada hueso.

—¿Cómo está ella? —preguntó Romeo.

Tragué saliva con dificultad.

—Está bien. —«*Esta vez*». Pero ¿y si volvía a pasar y yo no llegaba a tiempo?

El perro levantó la cabeza desde su cama en la sala y se acercó, empujando mi mano. A regañadientes, le acaricié la cabeza. Sofiya había estado mimándolo toda la tarde, diciendo que se merecía premios extra después del trauma. A petición suya, le preparé huevos revueltos.

Suspiré.

—No puedo creer que Bianchi fuera el traidor. O al menos, que actuara solo.

—Estoy de acuerdo, aunque no consigo averiguar quién más podría ser. —Romeo se sentó a mi lado—. Podríamos pedirle a Franco que investigue a nuestros hombres, además de organizar las rutas señuelo.

Asentí.

—Hazlo. Nada es más importante que eliminar la amenaza albanesa. Mañana trabajaré en las rutas señuelo y las llevaremos a cabo a final de la semana.

—¿De verdad vas a pedirle refuerzos a Rustik?

—Joder —murmuré. Pedirle refuerzos al *Pakhan* demostraría que estaba vulnerable. Incluso con nuestra alianza, no confiaba en él—. Ha estado insistiendo en venir a la ciudad. Dice que quiere inspeccionar personalmente las rutas comerciales.

Romeo se levantó para servirnos unas bebidas del bar.

—Suena a una completa estupidez.

Tomé el *whisky* que me ofreció.

—Estoy de acuerdo. Pero podría ser buen momento. Si lo invitamos la próxima semana, veremos si aún necesitamos refuerzos. Si es así, lo discutiremos en persona.

Romeo levantó su vaso en señal de acuerdo.

Una oleada de agotamiento se apoderó de mí. Había estado tan concentrado en asegurarme de que Sofiya estuviera a salvo, que no me permití sentir la profundidad de mi miedo. No obstante, en ese instante, todo se repetía en mi cabeza: lo asustada que sonó en el teléfono, los interminables minutos antes de llegar a ella.

—Iré a la oficina ahora —le notifiqué—. A planear las rutas señuelo.

—No, *Fratello*. Tómate la noche libre y pasa tiempo con tu esposa. —Me apretó el hombro con fuerza.

—¿Y si no puedo protegerla? —Apenas terminé de decirlo, me arrepentí. No podía permitir que se viera ninguna grieta en mi armadura, ni siquiera ante Romeo, el hombre con quien había crecido.

—Puedes y lo harás. Lo sé. Porque siempre cuidas de los que están cerca de ti.

Empecé a negar con la cabeza, pero Romeo me rodeó el cuello con su mano.

—No fallaste. No fue tu culpa.

Me tomé el resto de mi bebida y me levanté.

—Hablaremos por la mañana.

Romeo suspiró y se puso de pie.

—Conozco la salida.

Llevé los vasos vacíos a la cocina y saqué un premio para el perro del recipiente en el mostrador, lanzándosela a Noodle. Después de años pasando noches fuera vigilando mi ciudad o encorvado sobre el escritorio de mi oficina, se sentía extraño entrar a mi dormitorio para dormir. Más extraño aún que mi cama no estuviera vacía.

Me quité la ropa y me metí bajo las sábanas.

—¿Está todo bien? —musitó Sofiya, con los ojos cerrados, mientras se giraba hacia mí.

Pasé mi mano por su cabello.

—Sí, *Tesoro.* —Olía a lavanda y respiré su aroma, ajustando la compresa caliente que se había deslizado de su cadera—. Sin embargo, necesito que te quedes en casa hasta que destruyamos a los albaneses.

—¿De verdad crees que iban tras de mí hoy?

Cerré los ojos y la atraje hacia mí.

—Sí. Pero te protegeré. Lo prometo.

—Ya me proteges mejor que nadie.

Mi corazón se encogió al escuchar sus palabras. La apreté contra mi pecho, rogando a Dios que fueran ciertas.

SOFIYA

BESOS SUAVES EN EL COSTADO DE MI ROSTRO ME SACARON DEL SUEÑO, Y SOLTÉ UN GRUÑIDO molesto.

—Lo siento, *Tesoro*. Tengo que ir a la oficina, pero la doctora Amato está aquí para verte primero.

Sacudí la cabeza.

—Quiero dormir.

Matteo se rio entre dientes, sus labios rozando mi cuello.

—Ni siquiera tienes que levantarte de la cama. Ella va a hablarnos sobre la posibilidad de embarazo antes de que tenga que irme.

Eso me despertó. Me incorporé rápidamente, sin embargo, debí moverme demasiado de prisa porque un dolor agudo atravesó mi rodilla como un rayo.

—¡Ay!

—¿Qué pasa? —preguntó Matteo, alarmado.

—Nada. —Le di una palmadita en la mano—. Mi rodilla solo quiere salirse de su lugar. Tengo que vendarla otra vez hoy y ponerle un poco de hielo.

—Lo traeré ahora mismo. —Prácticamente salió corriendo de la habitación, y el corazón se me encogió al ver cuánto se preocupaba.

Unos minutos después, Matteo, la doctora Amato y Noodle entraron. Solté un pequeño grito, jalando la sábana para cubrir mi cuerpo desnudo. Matteo soltó una maldición y corrió al armario para sacar una de sus camisetas. Me la pasó por la cabeza y luego apartó la sábana para colocar una compresa de hielo en mi rodilla.

Noodle tomó mi bolsa de medicamentos de la mesita de noche y me la pasó antes de saltar a la cama, apoyando su cabeza en mi regazo.

—Qué buen chico. —Le acaricié la cabeza y me tomé mis medicamentos matutinos. Cada vez era mejor en tomarlos a tiempo gracias a Noodle.

—Perdón por la intromisión —anunció la doctora Amato con una sonrisa, observando el comportamiento de mis dos chicos—. Matteo me dijo que tenías algunas preguntas para mí.

—¿Podría causarle daño a Sofiya tener un bebé? —inquirió Matteo directamente.

Levanté las cejas.

—Supongo que vamos directo al grano.

La doctora Amato se sentó en una silla junto a la cama.

—Esta no es mi especialidad. He investigado un poco y parece que las personas con SED tienen un mayor riesgo de algunas complicaciones durante el embarazo, pero no hay razón para pensar que no sea posible que puedas tener un bebé.

Tomé la mano de Matteo y la apreté con fuerza. Me respondió de la misma manera.

—¿Qué complicaciones? —inquirió.

—De nuevo, no soy experta en esto. No obstante, los estudios que leí sugerían un posible mayor riesgo de parto prematuro, hemorragias y cesáreas. Sin embargo, también se indicaba que el embarazo suele ser bien tolerado en mujeres con SED hipermóvil. Si o cuando te embaraces, nos aseguraremos de que tengas el cuidado especializado adecuado para protegerte a ti y al bebé.

Matteo me rodeó con su brazo, y yo me apoyé en su costado. Solté un pequeño suspiro de alivio, hasta que algo más me vino a la mente.

—¿Mi bebé tendría SED?

La doctora Amato me miró pensativa.

—Según lo que leí, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que cualquier hijo que tengas nazca con SED. Por supuesto, como ya sabes, la gravedad de los síntomas puede variar mucho. No hay forma de saber si tu bebé tendría SED ni cómo le afectaría.

Mi pecho se apretó mientras intentaba procesar todo lo que me había dicho. Había tanta incertidumbre, y no sabía cómo afrontarla. Miré a Matteo, aunque su expresión habitual, impenetrable, permanecía intacta.

—Gracias, Aria —pronuncio—. Nos pondremos en contacto si tenemos más preguntas.

La doctora me sonrió y se despidió antes de marcharse.

Matteo me atrajo a su regazo.

—¿Qué estás pensando, *Tesoro*?

Jugueteé con su corbata, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Siempre he querido ser mamá. —Tragué saliva—. Pero ¿y si… y si nuestro bebé es como yo?

Me acarició el cabello y presionó un beso en mi frente.

—Seríamos muy afortunados si el bebé fuera como tú. —Abrí la boca para aclarar lo que quería decir, pero él me interrumpió—: Y si nuestro hijo tuviera SED, nos aseguraríamos de que recibiera la mejor atención médica posible.

Parpadeé mientras las lágrimas llenaban mis ojos.

—¿Pero transmitirle mi discapacidad a un bebé me hace una mala madre? —Mila nunca había mostrado interés en los niños y nunca entendió por qué yo quería ser madre. Yo tampoco lo entendía del todo, aunque siempre había soñado con tener hijos y criarlos en una familia amorosa y feliz, tan diferente de la que nos criamos. Y después de la forma en que Matteo cuidaba de mí y la intimidad de la noche anterior, deseaba más que nunca tener un bebé con *él*. Verlo como padre. Podía enfrentar cualquier complicación del embarazo mientras mi bebé estuviera bien.

Matteo sostuvo mi rostro y pasó su pulgar por mi mejilla.

—Nunca podrías ser una mala mamá.

—¿Qué pensarías si tuviéramos un hijo que usara una silla de ruedas? ¿Especialmente si fuera un niño? —Presioné.

Matteo se encogió de hombros.

—Entonces usaría una silla de ruedas.

—¿Pero qué pensarían los demás? No lo aceptarían como Don.

Matteo frunció el ceño.

—Que se jodan si no lo aceptan. No lo haría menos capaz, y mataría a quien dijera lo contrario.

Sus palabras aliviaron la presión en mi pecho. Escucharlo defender a nuestro futuro hijo,

defenderme a *mí* como usuaria de silla de ruedas, significaba todo para mí. Me acurruqué más en él.

—Tan homicida.

—Lo que sea por ti. O por los bebés que tengamos la suerte de tener. —Su mano cayó sobre mi estómago y, por primera vez, no me sentí ansiosa por mis rollitos. Imaginé mi cuerpo creciendo con una nueva vida y me pregunté si, tal vez, mi Lista de Sueños podría convertirse en realidad.

MATTEO

ME QUEJÉ, ALEJÁNDOME DE MI ESCRITORIO. HABÍA ESTADO EN MI OFICINA TODO EL MALDITO DÍA, planeando los cargamentos señuelo con Romeo y Domenico. Le diríamos a nuestros soldados que íbamos a llevar más armas a la ciudad desde nuestro almacén del norte para compensar el cargamento perdido, sin embargo, a cada grupo le daríamos una de cinco rutas distintas. Así rastrearíamos cuál de ellas era interceptada por los albaneses, revelándonos a qué hombres interrogar.

Todavía estábamos afinando los detalles de nuestro plan, pero habían pasado horas desde que me despedí de Sofiya esta mañana. La obsesión que había estado creciendo lentamente por mi esposa se había acelerado como un incendio tras haber estado dentro de ella. Necesitaba tocarla, abrazarla, confirmar que estaba a salvo.

Anuncié abruptamente a Domenico y Romeo que habíamos terminado por ese día, usando la cena como excusa, y los eché de mi oficina. Una emoción intensa recorrió mi cuerpo al pensar en pasar la noche con Sofiya mientras recogía una enorme bolsa de regalo y subía a nuestro apartamento. Me detuve de golpe al verla en la cocina con tres de mis hombres. Angelo, Enzo y Romeo estaban todos alrededor de la isla de la cocina mientras ella estaba sentada en el asiento de su andador, con una bonita sonrisa en el rostro.

Vi. *Rojo*.

Esa sonrisa era solo para *mí*, y en ese minuto la estaba desperdiciando en otros hombres.

Angelo fue el primero en verme y de inmediato se enderezó, con los ojos muy abiertos.

—Jefe.

Enzo se puso de pie de un salto, luciendo muy culpable, pero Romeo permaneció inclinado sobre la encimera con una sonrisa burlona. La única que no parecía percibir mi rabia asesina era Sofiya, quien empezó a levantarse.

Dejé escapar un resoplido molesto. Yo debería ser quien caminara hacia *ella*, especialmente después de lo sucedido el día anterior. Para cuando crucé la habitación, ella ya había logrado ponerse de pie, y mis brazos estaban inmediatamente a su alrededor. Quería regañarla por no esperarme, aun así, primero tenía a tres hombres que asesinar.

Mantuve a Sofiya entre mis brazos mientras me giraba para enfrentarlos.

—¿Por qué están en mi casa? —inquirí con un tono de voz fría.

—La encantadora Sofiya nos invitó —señaló Romeo, poniéndose de pie y estirando los brazos sobre su cabeza. No sabía qué demonios hacía aquí el imbécil; acababa de salir de mi oficina minutos antes que yo.

—Estoy probando nuevas recetas de galletas y los invité para que las degustaran —aclaró Sofiya.

Miré a mi hermosa esposa. Su cabello estaba trenzado en una corona alrededor de su cabeza, y sus ojos brillaban felices.

Matar a tres hombres en nuestra cocina probablemente la haría infeliz.

Lancé un vistazo hacia las encimeras, que estaban perfectamente limpias, sin rastro de galletas a la vista.

—¿Y dónde están esas galletas? —indagué, asegurándome de inyectar calidez en mi voz mientras les lanzaba una mirada fulminante a mis hombres por encima de su cabeza.

—*Oh* —dijo ella, con los ojos brillando de tristeza. Le tomé el rostro, listo para eliminar lo que fuera o a quien fuera que la estuviera molestando—. Me temo que nos las comimos todas.

Cerré los ojos y respiré profundamente para controlar mi furia. ¿Estos bastardos entraron a *mi casa*, pasaron tiempo con *mi esposa* y además se comieron todas *mis galletas*? Mi mano se movió instintivamente hacia la pistola en mi cintura.

—¡Es broma! —confesó Sofiya entre risas—. Nunca te haría eso.

Abrí los ojos de golpe.

—¿Te parece gracioso, *Tesoro*?

—Un poquito —respondió ella.

Mi mano se deslizó por su cuerpo y casi acuné su coñito caliente, hasta que recordé que mis hombres seguían allí.

—Lárguense —ordené. Enzo y Angelo parecían aliviados de salir de ahí, pero Romeo sonrió mientras se acercaba y besaba la cabeza de Sofiya. Gruñí, tratando de encontrar la forma de matarlo sin lastimar a mi esposa.

—Gracias por compartir tu dulzura con nosotros hoy —comentó Romeo antes de dirigirse hacia la puerta.

—Gracias por su ayuda —les dijo ella—. Mañana tendremos que probar recetas de pasteles.

La puerta se cerró, dejándonos solos.

Levanté a Sofiya y la coloqué sobre la isla de la cocina.

—Ellos están aquí para protegerte, no para comer galletas —le recordé, manteniendo mis brazos alrededor de ella—. Y si necesitas un catador, me tienes a mí.

—Pero tú estás trabajando —replicó, deslizando sus dedos por un costado de mi rostro.

Fruncí el ceño, odiando la idea de que algo pudiera alejarme de ella. Mis manos se apretaron en su cadera.

—Trabajaré desde la cocina cuando necesites un catador.

Sofiya sonrió, mas su sonrisa desapareció de repente, haciéndome sentir como si el mundo se hubiera oscurecido.

—Eres muy tierno. —Besó mi mandíbula, y en ese momento decidí que no me molestaba que mi esposa me llamara *tierno*—. Aunque sé que no siempre puedes estar aquí.

—Esos hombres están aquí para protegerte, *Tesoro*. No se supone que se aprovechen de ti.

Frunció el ceño y encontró mi mirada con sus brillantes ojos azules.

—Yo los invité a entrar —explicó con voz suave y vacilante—. Al principio no querían, aun así, les dije que estaba bien. ¿Hice mal?

Odié la inseguridad en su rostro. Nunca debería sentirse insegura de nada mientras estuviera en mis brazos.

—No. No hiciste nada malo —suspiré mientras depositaba un beso en su frente.

—Pero no te gustó que estuvieran aquí. —Era una afirmación, no una pregunta.

No respondí.

—Está bien. —Aceptó, con una sonrisa tensa en los labios.

—¿Está bien qué? —Curioseé.

—No los dejaré entrar más. Lamento que te haya incomodado. Es solo que... está tan vacío aquí cuando no estás. Pero está bien.

Odié la forma en que forzaba esa sonrisa y cómo apartaba la vista como si estuviera avergonzada.

No lo permitiría.

Tomé su barbilla con firmeza y la obligué a mirarme.

—No te disculpes —siseé entre dientes—. Deberías haberme dicho que te sentías sola.

—Pero eso no es tu problema —pronunció.

¿Cuándo entendería que todo lo relacionado con ella era mi problema? No, era mi *honor* poder resolverlo.

—Mañana vendrás a trabajar conmigo —anuncié—. Tus guardaespaldas pueden entrar al apartamento, pero solo si tú los invitas. Y me dirás si alguno hace algo que te moleste o incomode.

La levanté y la sostuve con una mano bajo su trasero y con la otra alrededor de su cintura. Incluso me las arreglé para agarrar la bolsa de regalo. Quería cambiarme de ropa, y no iba a pasar ni un segundo más lejos de ella.

Ella rodeó mi cuello con fuerza, presionando un suave beso en mi piel.

—Pero, *Tesoro.* —Empecé, mientras entrábamos en la habitación, *nuestra* habitación, porque no volvería a dormir en el maldito dormitorio de invitados nunca más—. Si alguna vez se comen *mis* postres, hechos por *mi* esposa para mí, no pueden responsabilizarme por sus muertes.

Sofiya soltó una risita mientras la recostaba suavemente en la cama. Me incliné sobre ella con el ceño fruncido. No estaba tomando mi amenaza lo suficientemente en serio.

—No te preocupes. Como si fuera a dejar que eso pase —aseguró mientras me atraía para besarme, el segundo que había iniciado ese día, y algo en mi pecho se suavizó—. Ahora, cámbiate para que pueda acurrucarme contigo.

Mi polla reaccionó ante su demanda. Alcé una ceja.

—¿Así le hablas a tu esposo?

Sus mejillas se sonrojaron mientras pasaba una mano por mi cabello.

—Creo que a él puede que le guste.

Gruñí, presionando mi rostro contra su cuello. Su piel era tan suave, y olía a azúcar y vainilla. Ella se rio y me empujó suavemente.

—Cámbiate primero, a menos que quieras que te atrape en esta cama con tu traje. —Sus dedos acariciaron mi corbata como si no estuviera segura de querer soltarme.

—Tengo una mejor idea. —Me aparté lo suficiente para quitarme la ropa, lanzando mi corbata al otro lado de la habitación. Luego, con calma, comencé a desnudarla, como si estuviera desenvolviendo un regalo, saboreando cada centímetro de piel que quedaba al descubierto.

—Estás lleno de buenas ideas hoy —bromeó.

—Entonces, ¿vendrás a trabajar conmigo? —Besé su cuello y su pecho, bajando hasta su estómago suave. Lamí y besé con atención especial las áreas que sabía que la hacían sentir insegura.

Ella se movió un poco, mas no me apartó.

—*Oh*, ¿acaso tengo opción?

—No —dije entre dientes.

Ella solo murmuró y empujó mi cabeza más abajo. Sonreí, encantado con su inesperada confianza.

—¿Qué hay en la bolsa? —preguntó, con emoción en la voz.

—Algo que podemos probar juntos. —Continué descendiendo por su cuerpo hasta quedar al nivel de su coño, y me sumergí sin dudarlo.

Le di una lamida larga y lenta, gruñendo mientras su aroma y sabor me envolvían. Sus dedos se deslizaron por mi cabello, y por un instante me sentí con ganas de *ronronear*, maldición. No tenía suficiente de ella. Lamí y chupé, memorizando exactamente lo que la hacía retorcerse y gemir. Estaba decidido a aprender cada detalle de su cuerpo. Necesitaba que ella fuera tan adicta a mí como yo lo estaba a ella. Sofiya consumía mis pensamientos, y eso fue solo después de pasar una noche dentro de ella. La parte razonable de mí gritaba *peligro*, advirtiéndome que no bajara la guardia, que no la dejara afectarme. Sin embargo, me resultaba imposible preocuparme por eso con el dulce sabor de su coño en mis labios.

—¿Probar cómo? —cuestionó con la respiración entrecortada.

Ignoré su pregunta, demasiado absorto en su dulzura como para alejarme siquiera un momento. Hice círculos en su clítoris con mi lengua, manteniendo un ritmo constante mientras ella se retorcía contra mí.

—*Matteo.* —Jadeó Sofiya, su voz estaba cargada de desesperación mientras apretaba mi cabello con más fuerza.

—Te lo mostraré cuando te corras. —Deslicé dos dedos dentro de ella, gruñendo al sentir lo cálida y húmeda que estaba. Mi polla palpitó, desesperada por estar rodeada de su calor. Tenía que encontrar la forma de estar dentro de ella todo el tiempo.

Soltó un gemido que se convirtió en un grito cuando chupé su pequeño clítoris con fuerza. Su cuerpo se tensó alrededor de mis dedos, y no pude evitar frotarme contra las sábanas. El presemen brotaba de la punta como si estuviera tan ansiosa por estar dentro de ella como yo.

Sofiya respiraba agitadamente mientras descendía de su orgasmo, su expresión relajada y suave. La limpié con mi lengua, saboreando sus pequeños quejidos y los espasmos involuntarios de su cuerpo bajo mi toque.

Recorrí su abertura con mi nariz, tentado de empezar de nuevo, pero entonces ella me empujó suavemente la cabeza.

—Quiero ver qué hay en la bolsa.

Sonreí ante el pequeño tono de queja en su voz. Iba a disfrutar mimándola.

Coloqué la bolsa sobre la cama y ella se sentó con entusiasmo. Sus brazos cubrieron sus pechos desnudos, pero los aparté con un tirón suave. Me negaba a dejar que ocultara cualquier parte de su cuerpo, especialmente sus perfectos y pequeños pezones rosados.

Frunció el ceño al sacar una almohada grande de espuma.

—Es una almohada para sexo —expliqué al ver su expresión confundida—. Pedí más. Llegarán mañana. —Planeaba follármela a menudo, y había leído que almohadas como esa podrían ayudar con sus articulaciones.

Sus labios se entreabrieron.

—Eso es muy considerado.

Solté un resoplido.

—Sí, muy considerado. —«*Ninguna motivación egoísta aquí, por supuesto*».

Sonrió.

—Bueno, creo que debería probarla. —Pasó la mano por la superficie de la almohada—. *Umm*, ¿cómo funciona?

Presioné mi rostro contra su cabello y me reí suavemente. Todo el estrés de mi día había desaparecido de alguna manera.

—Déjame ayudarte.

La acomodé suavemente sobre la almohada en forma triangular, mis manos rehusándose a abandonar su piel. Su jugoso trasero quedó elevado, su pecho quedaba presionado contra la pendiente del cojín y sus brazos se extendían frente a ella. Separé sus piernas, dejando al descubierto los labios hinchados de su coño. Movió su trasero de manera juguetona, y tuve que sujetar mi polla para no correrme ahí mismo.

—Me gusta esto —señaló. Se sentó y giró para mirarme desde su posición—. Y... tengo una idea. —Estaba mordiéndose el labio otra vez, y yo fruncí el ceño mientras lo liberaba.

—¿Cuál es tu idea, *Tesoro*?

—No tenemos que hacerlo.

La observé fijamente.

—Bien, de acuerdo —resopló—. ¿Puedes sentarte contra la cabecera y abrir las piernas?

A pesar de que quise exigirle que me dijera exactamente lo que estaba planeando, me forcé a cederle el control, al menos por el momento. Me acomodé contra la cabecera y abrí las piernas ampliamente.

Con determinación, colocó la almohada entre mis piernas. Fruncí el ceño, tratando de adivinar lo que tenía en mente.

Entonces se inclinó sobre la almohada, colocando su rostro *justo frente a mi polla*.

Me miró con incertidumbre, y entonces estiró su pequeña mano y rodeó mi longitud. Debería haberla animado, *decirle algo* que la tranquilizara, pero estaba demasiado ocupado enfocando toda mi capacidad cerebral intentando no correrme vergonzosamente rápido.

Entonces sacó su pequeña y rosada lengua y *lamió*. Solté una maldición, y mi cadera se movió involuntariamente. Ella se rio.

Se *rio*, joder.

—¿Te estás riendo de mí? —gruñí.

Sus grandes ojos se encontraron con los míos.

—Nunca. —Antes de que pudiera responder, su boca estaba de nuevo sobre mí, aunque esta vez se llevó la cabeza de mi verga a la boca y la chupó.

Apreté las sábanas y la mandíbula. No me correría en menos de un minuto. Me *negaba*.

Cerré los ojos, bloqueando la seductora visión de Sofiya chupándomela con avidez.

Mi cadera volvió a sacudirse, intentando penetrar más profundamente en su boca.

«Piensa en otra cosa. En cualquier otra cosa».

«Tortura».

«Sangre».

«La montaña de facturas en mi escritorio».

Era inútil. Su boca se sentía demasiado bien.

—Mierda. *Carajo* —gruñí.

Sofiya se apartó de mí y mi cuerpo me gritó que la empujara de nuevo sobre mí.

—¿Lo estoy haciendo bien?

—Sí —contesté de forma cortante. Envolví su cabello en mi mano y volví a empujarla hacia mi polla.

Ella sonrió.

—¿Te sientes impaciente, esposo?

—No juegues conmigo, esposa —refunfuñe. Se rio hasta que añadí—: O la próxima vez te llevaré al límite una y otra vez, pero nunca dejaré que te corras, ni siquiera cuando estés sollozando y suplicando.

Parpadeó y luego prácticamente se abalanzó sobre mi longitud, llevándosela hasta el fondo, incluso dándole arcadas. Se apartó, parpadeando para eliminar las lágrimas de sus ojos. Le pasé el pulgar por las mejillas.

—Esa es mi buena chica. Puedes conmigo. —Parpadeó, su mirada tan confiada mientras la guiaba de nuevo sobre mi polla. Esta vez, cuando me chupó hasta el fondo, solo tuvo una leve arcada al llevarme más profundamente.

La agarré con más fuerza cuando sentí que estaba a punto de correrme. Intenté aguantar, demostrarle a mi inocente mujercita que tenía más aguante que esto, pero entonces sus mejillas se hundieron, su mano se apretó alrededor de la base de mi verga y eso fue mi final.

Dejé escapar un grito mientras me derramaba en su boca. Mi cabeza cayó contra la cabecera y respiré entrecortadamente. Había sido la mejor mamada de mi vida.

Sofiya ladeó la cabeza.

—No estaba segura de cómo sabría, pero no sabe mal.

Me tapé la cara con el brazo. Acababa de destrozarme, de succionarme el alma por la polla, y aquí estaba, analizando despreocupadamente la experiencia.

—¿Suele ser tan rápido? —musitó.

Me quité el brazo de la cara y miré fijamente a mi mujer.

—¿Qué dijiste? —Mi voz era grave, oscura.

Me vio con los ojos abiertos de par en par, y sus labios se movieron ligeramente.

Estaba...

Maldición. Me estaba tomando el pelo.

Una carcajada brotó de sus labios y gruñí.

—¿Te parece gracioso?

—Quizás un poquito.

Me desplacé hacia delante y acaricié su rostro.

—Te arrepentirás, *Tesoro*.

—¿Ah, sí?

Negué con la cabeza, con la boca torcida por el esfuerzo de no sonreír. Fue a apartarse de la almohada, pero la sujeté, con firmeza y suavidad a la vez.

—¿Qué estás...?

Interrumpí su pregunta dándole una nalgada. Se volteo para mirarme, con los labios entreabiertos.

—¿Acabas de darme una nalgada?

Sonreí satisfecho e hice lo mismo en la otra nalga.

—Tal vez aprendas a no provocar a tu marido.

Jadeó mientras le daba otra nalgada.

—No sé si esto es lo correcto si tu objetivo es desanimarme.

Mi polla se puso dura de nuevo al darme cuenta de que le *gustaba*, demonios.

Lo repetí dos veces más antes de frotar mis manos a lo largo de su piel rosada y caliente. Mis dedos se metieron entre sus piernas. Tenía el coño empapado.

—*Mmm*. A mi chica traviesa le gusta.

Sacudió la cabeza y emitió un sonido de protesta, aunque eso me hizo esbozar una sonrisa salvaje.

Me moví completamente detrás de ella, pasando mi mano por su espalda.

—¿Todavía estás cómoda?

—Sí —suspiró.

—¿Me lo dirías si no lo estuvieras?

—Lo prometo.

Y con eso, ya no pude contenerme. Agarré con fuerza su cadera y la penetré. Inhaló con fuerza al sentir el estirón y supe que probablemente seguía adolorida por la noche anterior. Ralenticé mis movimientos y con la otra mano acaricie su piel, tranquilizándola.

—Que buena chica, acepta todo lo que te doy.

Su trasero se sacudía con cada embestida y, aunque yo me había corrido hacía unos minutos, sentía un cosquilleo en la columna mientras contenía mi orgasmo. Cambié el ángulo para que su clítoris rozara el cojín con cada embestida mientras intentaba grabarme en el cerebro el sonido de cada uno de sus gemidos y gritos.

Entonces, *finalmente* estranguló mi polla y los dos gritamos al corrernos.

Apoyé mi frente en su espalda, respirándola.

Memorizando todo sobre este momento.

SOFIYA

—Nos vamos a la oficina en diez minutos. —Si bien la orden de Matteo fue brusca, sus ojos revolotearon hacia mi cara como si estuviera nervioso de que dijera que no.

Estaba de pie junto a la cama, *nuestra* cama, ya vestido con su traje negro y corbata. Y se veía muy *sexy*.

Estiré los brazos por encima de la cabeza, ignorando cómo me crujían los hombros con el movimiento.

—Muy bien, esposo. —Oculté mi sonrisa cuando sus hombros se relajaron.

Como si fuera a negarme a pasar tiempo con él.

Como si pudiera negarle algo.

Maldita sea, estaba completamente enamorada.

Matteo se inclinó y me quitó el edredón de un jalón. Chillé cuando el aire frío golpeó mi piel desnuda, pero él se limitó a sonreír. Subió sus manos por mis muslos, sin apartar su mirada depredadora de mi rostro ni siquiera cuando sus dedos rozaron ligeramente mi coño. Me mojé y quería más.

Sus labios se encontraron con los míos en un beso suave, aunque cuando le rodeé el cuello con los brazos para acercarlo más, se apartó con una risita baja. Hice un puchero, llena de indignación. Quería que me arrancara la ropa interior y me provocara un orgasmo con su boca, sus dedos o su polla. No era exigente. No obstante, en lugar de ir más lejos, se limitó a darme una suave palmada en la cadera antes de enderezarse.

—*Matteo* —me quejé.

—Vístete, *Tesoro*. Diez minutos.

—Pero… —Aunque mi mente se sentía confusa por la excitación, aún era demasiado tímida para formar las palabras, para exigirle que me diera un orgasmo.

Se pasó el pulgar por el labio inferior y fruncí el ceño. Sabía exactamente lo que hacía.

—Sé una buena chica y tendrás tu recompensa. —Sus palabras hicieron que un escalofrío recorriera mi piel. Luego me guiñó un ojo y salió del dormitorio.

Por un segundo, estuve tentada de terminar lo que había empezado; lamentablemente, no tenía tiempo. Y por muy tortuoso que fuera su juego, me intrigaba lo suficiente como para jugar.

Me puse una falda de cuadros azules que me llegaba unos centímetros por encima de las rodillas y una blusa de seda color crema. Le eché un vistazo a mi silla de ruedas, pero decidí llevarme el andador. Mis rodillas y cadera se sentían bien ese día, y estaba segura de que podría llegar al ascensor y volver sin problemas.

Matteo estaba inclinado sobre la encimera de la cocina, mirando su teléfono con el ceño fruncido, y Noodle estaba acurrucado a sus pies. Ambos levantaron la vista cuando entré. No

pude evitar sonreír al ver que mis dos chicos me dedicaban toda su atención. Noodle vino inmediatamente hacia mí, colocándose sólidamente a mi lado por si me mareaba. Las personas encargadas de los perros de servicio me había explicado cómo Noodle había sido adiestrado para permanecer cerca de mí y ayudarme a mantener el equilibrio.

Matteo se unió a nosotros, al llegar a mí me apartó el cabello de la cara.

—¿Hoy no te duelen las piernas?

—Me siento bien. Lista para hacer el trabajo importante de la mafia.

Su boca se crispó.

—Trabajo importante de la mafia. —Me dio un suave beso en los labios y luego me sorprendió con una nalgada. Sonrió y me dio la correa y el arnés de Noodle.

—Hoy estás de buen humor —comenté.

Matteo se limitó a tararear mientras subíamos al ascensor y bajábamos en el décimo piso, manteniendo una mano posesiva en mi nuca todo el tiempo. Su oficina era la única en ese piso, una habitación enorme con ventanas que iban del suelo al techo. En los tres pisos inferiores estaba el resto de su personal.

—¿No te sientes solo aquí?

Matteo resopló.

—No. Además, este piso es principalmente para los negocios de la mafia, como tú lo llamas. Los pisos inferiores son para nuestros negocios legítimos, oficinas administrativas para nuestros diversos hoteles y propiedades inmobiliarias.

Asentí con la cabeza mientras miraba alrededor de la oficina, mi corazón estalló cuando vi una cama para perros en la esquina.

—¿Tienes una cama para Noodle?

Matteo no dijo nada, aun así, me pareció percibir un leve rubor en sus mejillas. Me mordí el labio para no sonreír mientras le quitaba la correa a Noodle, le apreté la cara y le di un beso.

—Ve a tomar una pequeña siesta mientras mamá trabaja. —Noodle se acercó a su cama, meneando la cola, e inmediatamente se acurrucó en el cojín.

Volteé hacia mi esposo y levanté una ceja.

—Solo hay una silla. —Detrás de su imponente escritorio estaba una silla grande de piel.

—Saqué la otra. La gente se estaba poniendo demasiado cómoda aquí.

—¿Quieres que la gente se sienta incómoda en tu presencia? —No señalé que aparentemente quería que *Noodle* estuviera cómodo.

—Soy el Don, Sofiya. —Se sentó en su silla. Incluso sentado, parecía imponente, como el rey de la ciudad. Mis mejillas se encendieron cuando se pasó el pulgar por el labio inferior.

Me acerqué.

—¿Eso significa que quieres que me sienta incómoda?

Los ojos de Matteo se oscurecieron mientras recorría lentamente mi cuerpo.

—Jamás. Eres mi reina. —Me agarró por la cintura y me subió a su regazo, mi espalda se fundió contra su pecho—. ¿Estás cómoda ahora, esposa? —Sus labios rozaron mi oreja y me estremecí, con los recuerdos de la noche anterior, sus labios apretados contra otras partes de mi cuerpo inundaban mi mente.

—Sí —dije, con la voz entrecortada.

—Bien. Eres la decoración perfecta para mi oficina mientras trabajo.

No debería haberme acalorado ante sus palabras, ante la forma en que me trataba como a un objeto, mas no pude evitar moverme en su regazo. Su brazo me rodeó la cintura, sujetándome con fuerza.

—Pero dijiste que tendría una recompensa —le recordé.

—Solamente si eres una buena chica y te quedas quieta y callada mientras trabajo.

Un gemido se escapó de mis labios y él se rio entre dientes, abriendo su *laptop* y entrando a su correo electrónico. Intenté prestar atención a lo que tecleaba, a las numerosas hojas de cálculo que abría, sin embargo, mi cuerpo solo se volvía más inquieto y necesitado. Matteo no decía nada, haciendo su trabajo con diligencia, pero no podía ocultar su polla dura apretada contra mi espalda. Mis bragas estaban absolutamente empapadas mientras me retorcía contra él. Matteo bajó la mano por mi estómago hasta tocarme el coño. Gemí, arqueándome contra su mano para conseguir algo de fricción, algo que aliviara mi ardiente necesidad.

—No te estás portando bien, *Tesoro*. Tu pequeño coño está tan caliente y necesitado. ¿Intentas distraerme de mi trabajo?

Negué con la cabeza.

—*Mmm*, no te creo. Creo que necesitas algo que te mantenga en tu sitio.

Mi respiración se aceleró. ¿Qué iba a hacer?

—Agárrate del escritorio por mí.

Me quitó de su regazo, con las manos en mi cadera para mantenerme firme. Luego metió la mano bajo mi falda y me bajó la ropa interior. Escuché el ruido de una cremallera y volví a estar sobre su regazo. Mis pensamientos eran confusos y no entendí lo que estaba haciendo hasta que me levantó por la cintura y presionó la cabeza de su polla contra mi entrada. Me bajó con un movimiento rápido y grité al sentir como me estiraba. Estaba empapada, pero aún sentía una deliciosa punzada y una sensación de plenitud. A pesar de que esperé a que me la metiera de nuevo, solo me rodeó la cintura con el brazo y volvió a sus correos electrónicos.

—¿Qué… no vas a…? —Me quedé a medias, demasiado excitada y desesperada para formar frases coherentes.

—Te lo advertí, *Tesoro*. Tienes que aprender a quedarte quieta. Ahora mi polla te mantendrá en tu sitio mientras trabajo.

—Pero…

—*Shhh*, necesito concentrarme, Sofiya.

Su severa reprensión hizo que me ardieran las mejillas, pero aun así me mojé más. Hice todo lo posible por quedarme quieta; pero no pude evitar que unos suaves gemidos se deslizaran por mis labios. El tiempo se ralentizaba mientras veía pasar los minutos en la computadora de Matteo, cada uno de los cuales me parecía una eternidad hasta que no pude dejar de moverme. Necesitaba correrme.

—Matteo, por favor.

Su mano golpeó mi muslo.

—Compórtate.

El gruñido de su voz era lo único que indicaba que esto no le era indiferente tanto como parecía. Estaba a punto de volver a quejarme cuando sonó su teléfono. Me quedé boquiabierta cuando lo tomó. Apoyé mi cabeza en su hombro, sin saber si quería gritar o llorar. Mi coño nunca se había sentido tan desesperado.

—La entrega tiene que estar mañana en el almacén, Enzo. No hay flexibilidad. —La voz de Matteo era dura, no obstante, su mano subió por mi cuerpo hasta tocarme el pecho—. Dile al proveedor que o cumple con el cargamento en el plazo prometido, o le daré personalmente una lección de puntualidad.

Jadeé cuando Matteo me pellizcó el pezón a través de la blusa. Deberían haberme horrorizado sus palabras, que estuviera amenazando a alguien mientras jugaba conmigo, aun así,

no pude encontrar dentro de mí la forma de preocuparme mientras me retorcía el otro pezón. El dolor fue directo a mi clítoris y no pude soportarlo más. Apoyé mis manos en el escritorio y utilicé mi agarre como palanca para separarme unos centímetros de su polla y volver a caer de golpe.

—Manéjalo, Enzo. Tengo un castigo que aplicar personalmente.

Se me erizó la piel cuando mi esposo colgó el teléfono. Un pesado silencio cubrió la habitación y me mordí el labio.

—Eso fue muy travieso, *Tesoro.* —Su voz era mortal, un verdadero Don de la mafia. Me estremecí, con un ligero toque de miedo en mi excitación—. Veo que necesitarás mucho entrenamiento para aprender a hacer lo que se te dice. No te preocupes, seré persistente hasta que aprendas disciplina.

«Oh Dios, oh Dios».

Debería haber protestado, negarme a que me hablara así, aun así, mi cuerpo me traicionó. Dejé escapar un gemido de necesidad, agarrándome a su brazo.

Matteo apretó su cara contra mi cuello, inhalando profundamente.

—Pero en este momento tenemos que ocuparnos de tu castigo.

—¿Castigo?

—Sí, Sofiya. No sería un buen Don si dejara que la gente se saliera con la suya. —Nos acercó al escritorio hasta que mi estómago estuvo contra el borde. Luego presionó su mano contra mi espalda hasta que mi pecho quedó a ras de la superficie de madera dura.

—Extiende la mano y agárrate al borde del escritorio.

Hice lo que me ordenó. Movió la silla hacia atrás, haciendo que su polla se deslizara fuera de mí, dejándome vacía y anhelante. Mi torso estaba firme contra el escritorio, pero la forma en que la superficie del escritorio presionaba la parte superior de mis muslos hacía que me dolieran. El dolor no duró mucho porque mi marido me levantó lo suficiente como para deslizar un cojín bajo mi cadera.

Sus labios se presionaron contra mi oreja.

—¿Se siente bien, *baby*? —Asentí con la cabeza. Al parecer, mi esposo había comprado una tienda completa de cojines sexuales y eso me hacía sentir tan increíblemente cuidada.

—Avísame en cuanto te duela algo. Bueno, cualquier cosa que no sea tu trasero.

Su risita era oscura y burlona mientras retrocedía y me sujetaba con una mano firme en la espalda. Su otra mano me dio una nalgada sin previo aviso y grité al sentir el escozor. No me dejó recuperar el aliento y golpeó mi otra nalga. Cada golpe de su palma me producía una descarga de placer, y la humedad cubría el interior de mis muslos. Siguió así, alternando rápidamente hasta que mi piel se calentó y mi clítoris ardió y se desesperó. Apreté los dedos contra el borde del escritorio mientras luchaba contra la tentación de echarme hacia atrás; no estaba segura de si quería cubrir mi trasero o acercarme más a él.

—¡Es demasiado! —grité.

—Puedes soportarlo. —Me pasó la mano por la espalda, el tacto me tranquilizó. Me relajé completamente contra la superficie.

—Buena chica. Eso es, simplemente entrégate.

Sus azotes se aligeraron hasta convertirse en una suave caricia contra mi piel. Me sentí flotar mientras me despojaba de la falda y la blusa. Sus dedos finalmente presionaron mi clítoris.

—Estás absolutamente empapada para mí, esposa. Me encanta este bonito coño.

—Por favor —supliqué.

—*Shhh*, has sido una chica tan buena para mí. Te daré lo que necesitas.

Su polla presionó contra mi abertura y gemí cuando se deslizó dentro, aunque esta vez no me torturó. Embestía dentro y fuera, y sus movimientos coincidían con mi desesperación. Me aferré al escritorio mientras mi orgasmo estallaba sobre mí, arrancando un fuerte gemido de mis labios.

—Mierda, quiero grabar ese sonido —gruñó. Me penetró un par de veces más antes de correrse dentro de mí. Apretó su cuerpo contra el mío y saboreé su peso contra mi espalda, las vibraciones de sus rápidos latidos y el sonido entrecortado de su respiración jadeante.

—Lo hiciste muy bien por mí, *Tesoro*.

El placer me había robado las palabras, no obstante, me derretí ante sus elogios.

Si esto era un trabajo *mafioso* importante, que contaran conmigo.

Se levantó y volvió a ponerme la ropa antes de alzarme en sus brazos. A pesar de lo mucho que me gustaba el cuerpo de mi esposo, lo que me llevó a acurrucarme en su pecho y sentir una calidez ante sus elogios murmurados fue su absoluta preocupación por mí.

MATTEO

—¿Estás lista para ir a la oficina en unos minutos? —Besé la cabeza de Sofiya cuando me crucé con ella en la cocina para ir por café.

—Ya te preparé una taza —avisó, señalando la que tenía frente a ella.

Mis labios se torcieron.

—¿Qué es esto, *Tesoro*?

—Un *latte* de caramelo.

—¿En una taza de un *golden retriever*? —La taza tenía pequeños *golden retrievers* por todos lados, todos vistiendo trajes absurdos.

Miró hacia abajo, donde el perro descansaba a sus pies.

—Deberíamos ir a comprarle ropa a Noodle.

Hice una mueca, sabiendo que no podía negarme, aunque temiendo la cara de Romeo cuando viera al perro con un puto impermeable o lo que fuera que Sofiya tuviera en mente.

—Hablando de compras, creí haberte dicho que usaras tu tarjeta de crédito.

—¡Lo hice!

Saqué mi teléfono y leí en voz alta las transacciones de la tarjeta de crédito: un pedido de comida a domicilio y una funda transparente para el teléfono.

—Ves, la usé.

—Gastaste setenta dólares.

Se mordió el labio, insegura, como si de verdad pensara que estaba enfadado con ella. Suspiré y rodeé la isla para poder acercarla a mi pecho.

—*Baby*, necesito que gastes al menos cincuenta mil al mes. Preferiblemente cerca de cien mil. Si no lo haces, parece que no estoy cuidando de ti como tu esposo, como Don. ¿Entiendes?

—Creo que voy a necesitar unos cuantos pasteles más —susurró.

Me reí y ella se apartó rápidamente, como si intentara captar la sonrisa de mi cara. Arqueé una ceja y ella volvió a acurrucarse en mi pecho.

—Es difícil gastar dinero cuando no puedo salir del apartamento.

Le di un beso en la cabeza, odiando que estuviera fallándole. No estaría a salvo hasta que destruyera la amenaza albanesa.

—Es temporal, *Tesoro*. Te lo prometo. —El único beneficio era tener una excusa para mantenerla conmigo en todo momento—. Tenemos trabajo que hacer esta mañana. —Me aparté lo suficiente para poder agarrar mi *latte*, dando un sorbo aunque odiaba estropear el corazoncito que había hecho con la espuma.

—¿Muchos asuntos importantes de la *Mafia Italiana*?

Le pasé la mano por el cabello y apreté el agarre para echarle la cabeza hacia atrás.

—Que atrevida. Pero sí, hay muchos asuntos importantes de la *Mafia Italiana* que atender. Sin embargo, lo más importante es que tenemos que seguir entrenándote.

Sus labios se entreabrieron con un leve gemido. No pude evitar que una enorme sonrisa se dibujara en mi rostro.

Su labio hizo un puchero.

—No necesito entrenamiento.

—Desde luego que sí. Sin embargo, no te preocupes, te ayudaré a convertirte en una esposa buena y obediente.

Sus ojos brillaban con fuego y excitación. Le gustaba que jugara con ella, que la degradara.

Bajamos a la oficina. Mi polla ya se estaba poniendo dura. Podría ser el tiempo de entrenamiento de Sofiya, mas mi verga estaba tan condicionada que no podía subir al ascensor sin tener una erección.

—CREO que estoy entendiendo este negocio de la mafia. Tal vez deberías nombrarme CEO —bromeó Sofiya, rebotando ligeramente sobre mi polla.

—¿CEO del negocio de la mafia? —pregunté secamente.

—Sí. —Sofiya se apretó contra mi polla y un gruñido involuntario salió de mis labios. Llevé mi mano a su garganta mientras mis labios se deslizaban por el costado de su cara—. ¿Y qué haré yo si tú eres la CEO?

—*Hmmm* —reflexionó, tamborileando con los dedos sobre el escritorio—. Puedes ser mi ayudante. De esa forma, tú tendrás que *obedecerme*.

Mis labios se torcieron al recordar su pequeña rebelión en nuestra boda, seguida de una sensación de opresión en el pecho al recordar que ese día no fue nada de lo que ella se merecía.

—¿Quieres una luna de miel? —solté.

Ella se giró, intentando verme el rostro, no obstante, el movimiento nos hizo gemir a los dos por el cambio de posición. Sofiya se retorció contra mí, tratando de conseguir algo de fricción. Tuve que hacer todo lo posible para sujetar firmemente su cadera. Era una tortura para ambos, pero la sensación de tenerla completamente a mi merced era demasiado embriagadora para renunciar a ella tan pronto.

—¿Querrías ir a una… conmigo?

Resoplé.

—Desde luego que no quiero ir con otra persona.

—Sí. —Aceptó, con una suave sonrisa en los labios—. Eso me gustaría.

No tenía ni idea de lo dominado que me tenía. La sensación era estimulante y aterradora a partes iguales.

Revisé más correos, saboreando sus pequeños gemidos.

—Espera, detente —pidió bruscamente—. ¿Qué es eso?

Señaló el correo que estaba leyendo, confirmando que mi plan estaba en marcha.

—¿*Hmmm*? —solté, fingiendo ignorancia.

Volteó hacia mí, con expresión severa.

—¿Por qué dice este correo que has confiscado con éxito los bienes de Yuri Kozlov?

Me encogí de hombros.

—Es parte de los negocios de la mafia.

—¿Forma parte de los negocios habituales de la mafia embargar los bienes del hombre que

me quitó la virginidad?

Apreté la mandíbula al recordar que ese hombre había estado dentro de ella, y apreté más mi agarre, tratando de penetrarla aún más.

—Sí. —Arqueé una ceja, desafiándola a protestar.

Volvió al correo electrónico y leyó el resto.

—¿Donaste el dinero a una organización benéfica que proporciona equipos de movilidad?

Le acaricié el cuello con mi nariz, respirando su dulzura. Quería hacer más. Había pensado mandar matar a Kozlov, en ir a Chicago y hacerlo yo mismo. Pero matarlo pondría en peligro la alianza.

Así que me conformé con tomar anónimamente su dinero.

Su casa.

Enviarle a su esposa pruebas de su infidelidad.

¿Y si la noche anterior lo hubieran asaltado de camino a casa? Bueno, esas cosas pasan en las grandes ciudades todo el tiempo.

Sofiya permaneció en silencio y me pregunté si la habría disgustado con mis acciones. ¿Seguramente Kozlov no le importaba? ¿No sentía algún tipo de lealtad hacia él? Antes de que mi ira aumentara, Sofiya me agarró la mano.

—Fóllame.

—¿Qué?

—Necesito que me folles, esposo.

La agarré de la barbilla y acerqué su cara hacia mí. Tenía las pupilas dilatadas y los labios entreabiertos.

Una lenta sonrisa se dibujó en mi rostro. Mi mujercita estaba excitada por mis acciones.

—Agárrate, *Tesoro*. Voy a asegurarme de que me sientas durante el resto del día. Y en cuanto la sensación de mi polla desaparezca de tu bonito coño, volveré a estar dentro de ti. Nunca dudarás de a quién perteneces.

—Sí —gimió mientras la penetraba con fuerza.

MATTEO

—¡ESTO HA DURADO DEMASIADO, CARAJO! —BRAMÉ, BEBIENDO EL *WHISKY* QUE ROMEO ME HABÍA servido—. Tenemos que encontrar al traidor.

Franco *aún* no había podido localizar a Arben. Llevábamos toda la noche buscando pistas después de que nos informaran de que lo habían visto en Brooklyn, pero no habíamos encontrado nada. Y luego me había pasado toda la mañana en la oficina, revisando los correos electrónicos encriptados.

Respiré a través de la rabia que me quemaba bajo la piel. Alguien de la Familia me estaba traicionando y haciéndome quedar como un idiota en el proceso.

—Maldita sea, lo sé, *Fratello* —pronunció Romeo, apoyando la cara en sus manos.

—Alguien tiene que estar ayudándole a esconderse. Es imposible que ese idiota esté haciendo todo esto por su cuenta.

—¿Sigues sospechando de los irlandeses?

—Franco ha estado vigilando a Finnegan, pero no ha encontrado nada. Estaba pensando en arreglar una llamada con él, o incluso una reunión. A ver que dice.

Romeo parecía escéptico.

—Podría ser peligroso si están aliados con los albaneses.

Asentí y me serví otra copa.

—No lo haré hasta que se nos acaben las demás opciones. Sin embargo, podría llegar el caso.

—Sabes que Lombardi dará una fiesta de compromiso para su hija mañana. Todos los capos estarán allí.

—Maldición, me había olvidado de eso.

—Creo que deberías ir. Ver si alguien actúa de forma sospechosa. Con suficiente alcohol, alguien podría equivocarse y delatar algo. También es una buena oportunidad para que Sofiya y tú aparezcan juntos, para demostrar que tienen un matrimonio sólido.

Me quejé. Había mantenido oculta a Sofiya de la Familia durante demasiado tiempo. Quería presumirla, quería que todo el mundo supiera lo afortunado que era de tenerla como esposa, aun así, también quería guardármela solo para mí. Era la única forma de protegerla y de evitar que los hombres la *miraran*. Pero Romeo tenía razón.

—Organízalo —le ordené—. Quiero más guardaespaldas.

Noodle entró a la cocina moviendo la cola y Sofiya dio vuelta la esquina detrás de él en su silla de ruedas, con un aspecto deliciosamente desaliñado. Me dio un vuelco el corazón al verla. No llevaba maquillaje y tenía el cabello un poco desordenado, pero parecía descansada. Me había visto obligado a dejarla el día anterior por la tarde para seguir pistas por toda la ciudad y solo la había visto un minuto cuando volví esta mañana. Estaba tan agotada que la obligué a

quedarse en cama en lugar de acompañarme a la oficina. No le había hecho ninguna gracia, y a mí tampoco. Separarme de ella era doloroso, mas no haría nada que pusiera en riesgo su salud.

—Buenas tardes, *Tesoro*. ¿Cómo te encuentras?

Llevaba unos *leggings* y un suéter, y tuve el impulso de comprarme una sudadera únicamente para que ella me la robara. La bestia posesiva de mi pecho la quería usando mi ropa.

—Mejor —replicó con una suave sonrisa al entrar a la cocina—. No sé por qué estoy tan cansada últimamente. Hola Romeo, ¿cómo estás?

—Bien, aparte de estar *muerto de hambre*. Matteo dijo que no habías horneado nada últimamente.

Una sonrisa jugó en sus labios.

—*Huh*, debe haber olvidado la tarta de fresas que hice ayer. Está en el refrigerador.

—*Oh*, ¿En serio? —lanzó Romeo, girando hacia mí—. De verdad deberías hacer que te revisen tus problemas de memoria. Probablemente por todos esos golpes en la cabeza.

—Yo te daré un golpe en la cabeza —murmuré.

Sofiya giró su silla hacia mí y me agarró la mano.

—Se amable. Tienes que aprender a compartir.

La levanté de la silla de ruedas y la subí a la isla de la cocina.

—No *tengo* que hacer nada, *Tesoro*. Yo soy el Don. —La rodeé con los brazos y la besé suavemente. Era tan suave y cálida contra mí.

—No, eres mi *esposo*. Lo que significa que tienes que ser amable conmigo. —Me acarició el cabello. Lo hacía cada vez que podía.

Me reí contra su piel, haciendo un camino de besos a lo largo de su cuello.

—Se me ocurren muchas maneras de ser amable contigo.

—*Umm* hola, todavía estoy aquí —nos recordó Romeo, agitando un tenedor hacia nosotros mientras se comía un bocado de la tarta de fresa.

Sofiya me tapó la boca con la mano antes de que pudiera gritarle.

—Pórtate bien —siseó, frunciendo el ceño. Le mordisqueé la mano y ella la apartó, con sus labios luchando por no sonreír.

—¿Te gusta? —le preguntó a Romeo, señalando el postre con su cabeza.

—Jodidamente delicioso. Aunque creo que el pastel de chocolate sigue siendo mi favorito. Sabes que pronto será mi cumpleaños. Tal vez tengas que hacerme otro.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

Resoplé.

—Es en julio. Faltan tres meses.

Sofiya sonrió.

—Te haré otro antes de eso. Siempre y cuando seas amable conmigo.

—*Siempre* soy amable contigo —respondió Romeo con un tono que sonaba sospechosamente como un quejido.

Acomodé un mechón de cabello de Sofiya detrás de su oreja y le besé la frente.

—¿Qué hiciste anoche, *Tesoro*?

—Jugué al póquer con Angelo y sus amigos.

Mi agarre en su cintura se tensó.

—¿Qué hiciste *qué*?

Me acarició la cara.

—¿Estás a punto de ponerte gruñón?

—Nunca me pongo *gruñón*.

—*Ahh*, lo siento. Debería haber dicho, ¿estás a punto de ponerte homicida y amenazar con matar a Angelo y a sus amigos?

Me crucé de brazos y ella se rio.

—Me divertí. Angelo me ha estado enseñando a jugar.

Romeo resopló.

—Pagaría por ver eso. Tienes la cara más expresiva del mundo. No estoy seguro de que sea tu juego.

—No, me estoy volviendo bastante buena —insistió mi esposa—. Ahora hasta recuerdo qué cartas son las mejores.

Me di cuenta de algo.

—¿Con qué jugaste?

Ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? Jugamos con fichas.

Miré a Romeo por encima de su cabeza y se tapó la boca para no reírse. Las noches de póquer de Angelo tenían una entrada de dos mil dólares, y la apuesta ganadora a menudo alcanzaba los diez mil. Mi inocente mujercita obviamente no se daba cuenta de que las *fichas* representaban dinero de verdad.

Tenía que preguntarle a Angelo cuánto debía después de reprenderlo por llevarla a la noche de póquer. No le arruinaría la diversión hablándole de su deuda, aunque no me gustara la idea de que se relacionara con otros hombres sin que yo estuviera allí. Me tembló un músculo de la mandíbula y la sujeté con más fuerza.

—Todos se portaron como caballeros —defendió, leyéndome como a un libro.

Solo gruñí.

—Me llevaré el resto —notificó Romeo, levantando el molde con la tarta de fresas.

—Te mataré, carajo —le reviré. Excepto que tendría que quitar una de mis manos de Sofiya para alcanzar mi arma.

—Disfrútala, Romeo —deseó ella, lanzándole un beso.

El cabrón lo atrapó y le guiñó un ojo.

—Nos vemos mañana por la noche. —Salió corriendo por la puerta, con el postre en la mano, y Sofiya se dirigió hacia mí.

—¿Qué hay mañana por la noche?

Me quejé, apretando mi frente contra la suya.

—Solamente otra cosa que me va a impedir atarte a la cama y hacer lo que quiera contigo cada hora de cada día.

Me mordió el labio.

—¿Recuerdas cuando insistías en que solo éramos compañeros de apartamento?

—No me acuerdo de eso.

Me mordió el labio con más fuerza.

—Romeo tenía razón. De verdad necesitas que te revisen la memoria. ¿Qué pasara mañana?

—Uno de mis capos hará una fiesta de compromiso para su hija. —Dudé, inseguro de si debía contarle lo que sospechaba sobre un traidor. Sofiya era digna de confianza, *lo sabía*, pero algo me retenía. Ya había cometido el error de confiar antes, y me había costado todo.

Su mano se apretó en mi chaqueta.

—¿Quieres que vaya contigo? —Sonaba sorprendida, una pequeña línea apareció entre sus cejas.

—¿Por qué no iba a querer?

—Bueno... no estaba segura de sí querrías que te vieran en público conmigo.

Algo me apretó el pecho.

—¿Y por qué no querría eso? —Mi voz era grave, con un tono de advertencia. Mi esposa se retorció y evitó verme. La agarré de la barbilla y la obligué a mirarme.

—Sofiya.

—Mi padre nunca quiso que lo vieran conmigo después de que empecé a usar mí andador. Y ahora estoy en silla de ruedas.

—No soy tu puto padre —reviré.

Se sobresaltó y parpadeó rápidamente.

—Lo sé. Lo siento. —Su labio inferior empezó a temblar y me sentí el mayor imbécil del mundo.

—*Tesoro mio.* —La rodeé con mis brazos, levantándola y la llevé hasta el sofá—. Odio que puedas pensar aunque sea por un segundo que me avergonzaría de ti. Eres la más hermosa. —Besé su frente—. Dulce. —Besé su nariz—. Y perfecta esposa. —Besé sus labios—. La única razón por la que no te querría conmigo es porque significa que otros hombres observaran lo que es mío.

Sus mejillas se sonrojaron de un hermoso tono rosa.

—Eres ridículo.

La atraje para besarla, lamí su boca y gemí por su dulzura. Podía considerarme ridículo todo lo que quisiera, pero no dudaría en arrancarle los ojos a cualquier hombre cuya mirada se detuviera en mi mujer.

SOFIYA

JALÉ MI VESTIDO MIENTRAS ME MIRABA EN EL ESPEJO, ODIANDO CÓMO LA TELA SE AMONTONABA incómodamente alrededor de mi estómago y caderas, haciéndome ver aún más voluptuosa de lo que ya era. Esta noche era importante. Era la primera vez que Matteo y yo asistiríamos a un evento de la Familia, y no quería avergonzarlo. Estaba usando uno de los vestidos que Sienna me compró, el plateado brillante. Me había parecido mágico y perfecto en el vestidor con ella, sin embargo, en ese momento la realidad comenzaba a mostrarse.

Las crueles palabras de mi padre seguían sonando en mi cabeza, diciéndome lo patéticamente inútil que era. Escuchaba a mi madre señalar los nuevos rollos de grasa que tenía, adquiridos tras tantas tardes horneando para Matteo y los guardaespaldas. ¿Se avergonzaría mi esposo de tenerme a su lado en los eventos? Las esposas de la *Bratva* siempre eran delgadas y glamorosas mientras estaban junto a sus esposos. Había esperado sentirme confiada y elegante en esta cena, pero en lugar de eso me sentía un poco triste y desaliñada.

Le acaricié la cabeza a Noodle.

—Ve por mi bolso. —Corrió a buscar mi bolsa de medicinas que estaba junto a la cama y lo colocó en mi regazo cuando regresó. Le di un premio y luego saqué mis pastillas para el dolor, tragándome dos sin agua.

Me sobresalté cuando el reflejo de Matteo apareció detrás de mí en el espejo, encontrando mi mirada con sus ojos oscuros. Su expresión era seria como siempre, aunque sentía que ya estaba mejorando en captar pequeñas microexpresiones en su rostro. Observé su traje negro perfectamente a la medida, que se ajustaba a su musculoso pecho, y la manera en que su cabello caía perezosamente sobre su rostro. Quería meter mis manos en él.

Sin decir una palabra, sacó una caja de terciopelo negro del bolsillo de su abrigo y la colocó en mi regazo. Sus labios rozaron la parte superior de mi cabeza mientras se inclinaba sobre mi silla.

—¿Para mí? —pregunté, tratando de mantener una voz tranquila, como si por dentro no estuviera derritiéndome.

Solo me miró a través del espejo.

Sonreí y reboté un poco.

—Es para mí.

Pasé mis dedos por el suave terciopelo y abrí la caja. Dentro había un delicado relicario de plata con flores grabadas en el borde.

—Es hermoso —mencioné, inclinando la cabeza hacia atrás y tomando su corbata, atrayéndolo hacia mí para besarlo desde abajo—. Gracias —susurré mientras mis labios rozaban los suyos.

Mi esposo se enderezó, aclarándose la garganta mientras ajustaba su corbata. Reprimí una sonrisa. Lo había desconcertado.

Tomó el collar y lo abrochó alrededor de mi cuello. Sus manos se quedaron ahí, incluso después de ponérmelo.

—Esto perteneció a mi *nonna*.

Mi mano voló hacia el relicario, sujetándolo con fuerza.

—Gracias —repetí, sintiendo que se me apretaba la garganta. No podía creer que pensara que era lo suficientemente especial como para darme un regalo como ese.

—No te lo quites —ordenó gruñendo. Su mandíbula y hombros estaban tensos, inmóviles; y había aprendido que esa era su señal. Estaba *nervioso*.

Incliné un poco la cabeza hacia un lado, siguiéndolo con la mirada a través del espejo.

—¿Por qué? ¿Hay un rastreador o algo así adentro? —bromeé.

Su mandíbula se tensó.

—Sí. —Eso fue todo lo que dijo mientras cruzaba los brazos, enfrentándome con una mirada dura, como si me desafiara a contradecirlo.

—Está bien. —Acepté, mordiendo el interior de mi mejilla para evitar sonreír.

Mi esposo protector.

Parpadeó.

—Sí, bien. Está bien. —Se aclaró la garganta otra vez—. ¿Estás lista para irte?

—Estoy lista —respondí, echando un último vistazo al espejo. Con el relicario puesto, ya no me sentía tan insegura con respecto a mi vestido.

Moví mi silla para quedar frente a Matteo. Él se inclinó una vez más, pero en esta ocasión sus manos recorrieron mi costado y cadera. Su toque era lento, sensual, posesivo. Su pulgar e índice sujetaron mi barbilla.

—Te ves deslumbrante, *Tesoro* —halagó, inclinándose hacia adelante para besar mi frente.

Esta vez no pude evitar sonreír.

SOFIYA

El estómago se me revolvió de ansiedad. Apreté con fuerza la mano de Matteo, con los ojos fijos en las luces que iluminaban la carretera rodeada de árboles por la que conducíamos. La casa del capo estaba a una hora de la ciudad.

Matteo me rodeó con el brazo y me acercó a su lado tanto como lo permitía el cinturón de seguridad.

—¿Por qué estás tan nerviosa, *Tesoro*? —Su nariz rozó el costado de mi cara y me dio un beso suave en la mejilla.

—Hace mucho tiempo que no salía así en público... a una fiesta. ¿Estás seguro de que debo estar aquí?

Matteo se apartó lo suficiente para que pudiera ver su expresión de desaprobación.

—Tu lugar es a mi lado, esté donde esté, y mataré a quien diga lo contrario.

—No estoy segura de que el asesinato ayude mucho a la situación.

Matteo se limitó a gruñir como si la muerte lo resolviera todo. Le di un codazo en las costillas, exasperada.

—Golpear a tu Don. Eso merece un castigo, Sofiya. —Su tono severo mezclado con su sonrisa burlona y la forma en que su mano se deslizaba por mi muslo me calentaron las entrañas.

Solté un gemido involuntario y Matteo se rio entre dientes, su aliento alborotándome el cabello. Sus labios se acercaron a mi oído, sus palabras eran únicamente para mí.

—¿Estás mojada para mí, *Tesoro*? ¿Quieres que acaricie este pequeño y necesitado coño? —Su agarre en mi muslo se hizo más fuerte, aumentando mi excitación.

Miré a Romeo y Angelo, que estaban sentados enfrente, y a Noodle, que estaba acurrucado a mis pies, antes de hacerle un pequeño asentimiento con la cabeza a mi marido.

—*Mmmm*. —Me acarició el coño a través del vestido—. Qué pena que ya hayamos llegado.

Vi por la ventana. Nos habíamos detenido frente a una enorme mansión. Giré la cabeza hacia mi esposo.

—Pero...

Angelo y Romeo salieron del vehículo, dejándonos solos.

Matteo sonrió y me besó suavemente.

—Supongo que tendrás que portarte bien y esperar a que lleguemos a casa.

—No —me quejé.

Me agarró la barbilla.

—Si te portas bien por mí, te comeré ese dulce coño cuando lleguemos a casa. Haré que te corras en mi lengua, mis dedos y mi polla. Pero… —Me acarició el cabello con los dedos y luego me agarró con fuerza, inclinando mi cabeza hacia atrás para encontrarme con su mirada

abrasadora—. Si eres una chica traviesa, te daré unas nalgadas y te follaré, tomando mi propio placer de tu cuerpo sin dejar que te corras.

Me retorcí en mi asiento, apretando los muslos con mi ropa interior empapada apretada contra mi centro.

—Eso es, esa es la expresión que me gusta ver en mi mujer. Necesitada y suplicante, sabiendo que tiene que ser una buena chica y obedecer.

Jadeé con fuerza.

—Eres malo.

Me tiró del cabello, haciendo que mis labios se separaran.

—Así es, *Tesoro*. Malo, cruel y peligroso. No lo olvides. —Me dio un beso intenso y demandante y luego salió del coche y lo rodeó para abrirme la puerta.

Romeo ya había sacado mi silla de ruedas, pero Matteo observaba los escalones que llevaban a la mansión como si fuera a destruirlos.

—Puedo caminar si me ayudas —sugerí.

Matteo se pasó la mano por el cabello con un resoplido.

—No, no lo harás. Te cargaré y luego tendremos una discusión con Lombardi.

—*Miliy*, no puedes enfadarte con tus capos por no tener casas accesibles para sillas de ruedas.

Sus ojos parpadearon ante el término cariñoso. Si bien no era mi intención decirlo, me sentí bien cuando salió de mis labios. No era un término que hubiera escuchado en la vida real, mi madre, desde luego, no iba a llamar *cariño* al *Pakhan*, pero lo había leído en una de las pocas novelas románticas rusas a las que había tenido acceso. Me encantaba tener un nombre que solo yo podía usar para mi esposo. Me hacía sentir como si realmente me perteneciera.

Los brazos de Matteo enmarcaron la apertura de la puerta del coche, su cuerpo enjaulándome.

—Hoy les estás dando rienda suelta a tus exigencias, esposa.

Me encogí de hombros.

—Es porque soy brillante y siempre debes hacerme caso.

Se pasó la mano por la mandíbula y supe que intentaba no sonreír. Aproveché para recorrer su cuerpo con la mirada. Matteo era alto y fuerte con su traje negro, irradiaba poder puro.

Captó mi mirada errante y arqueó una ceja en señal de interrogación.

—Simplemente admiro a mi esposo —admití—. Eso o estoy tratando de decidir si voy a matarlo por dejarme insatisfecha.

—Podría preocuparme tu amenaza si no sonaras como una gatita feroz.

Puse los ojos en blanco.

—Sigo diciéndote que soy un excelente tiradora. Probablemente podría destruir a todos tus hombres fácilmente en un tiroteo.

Matteo se inclinó, apartándome un mechón de cabello de la cara.

—Lo que tú digas, *Tesoro*. Ahora, acabemos con esta fiesta tediosa. Nos espera una noche ajetreada cuando lleguemos a casa.

Mis mejillas se calentaron cuando Romeo tosió un poco, claramente habiendo escuchado las palabras de mi esposo.

—Vamos —alentó Matteo. Me sacó del vehículo y me tomó en sus brazos. Le pasé la correa de Noodle a Angelo.

—Quizá deberías quedarte en mis brazos toda la noche.

—Se te cansarían.

Me sacudió en sus brazos, haciéndome reír.

—Como si fuera posible.

Sonreí, apretando mis labios contra su garganta. Olía tan bien, a cuero, humo y lluvia.

—¿Te mencioné que me gusta tu barba? —Le pasé los dedos por su mandíbula afilada y sin afeitar.

—Puede que sí. —Matteo subió los escalones de la casa con facilidad.

La pesada puerta principal estaba custodiada por cuatro guardias que inclinaron la cabeza al ver a Matteo y murmuraron:

—Jefe. —Matteo les hizo un gesto brusco con la cabeza y el mayordomo nos abrió la puerta, dejando al descubierto un vestíbulo tan opulento que me dolían los ojos. Todas las superficies estaban cubiertas de lo que parecía oro auténtico, y de las paredes colgaban enormes pinturas al óleo enmarcadas.

—*Umm...* Definitivamente les gusta el oro —comenté.

Matteo resopló.

—¿Te sientes inspirada para renovar nuestro apartamento?

—Siempre he dicho que si puedes ver una habitación sin gafas de sol, lo estás haciendo mal. ¿Qué te parece, Angelo? Hay una clara falta de oro en tu apartamento.

Angelo ocultó su risa con una tos ahogada cuando un hombre bajito vestido con esmoquin negro se acercó a nosotros.

—¡Don Rossi! Bienvenido a mi casa. Es un honor para nosotros tenerlo aquí. Todos se están reuniendo en los jardines. —El hombre, que supuse que era Riccardo Lombardi, uno de los capos de las *Cinco Familias*, miró cómo me sujetaba Matteo y luego mi silla de ruedas frente a Romeo.

—Tu casa no tiene accesibilidad para una silla de ruedas —señaló Matteo a modo de saludo —. Arréglalo. —Pasó junto a Lombardi por la sala y salió por las puertas francesas que daban al patio. El decorado era tan opulento como el interior: candelabros dorados sobre mesas cubiertas de lino, arreglos florales que debían de costar mucho dinero y una multitud de miembros de la Familia elegantemente vestidos.

Me ardían las mejillas cuando todos se voltearon hacia nosotros al entrar.

—¿Puedes bajarme? —susurré. Me daba mucha vergüenza que me vieran en silla de ruedas, no obstante, que Matteo me cargara en brazos era mucho peor. En sus brazos, destacaba y me hacía notar. En mi silla, me volvía invisible.

Matteo debió de escuchar la inquietud en mi voz porque me ayudó a sentarme en la silla sin discutir. Sin embargo, tenía una expresión de disgusto, que en ese instante entendí que era frustración por no tenerme en brazos, no estaba enfado conmigo.

—Vamos —me animó, agarrándome la mano con firmeza—. Tengo que *hablar* con la gente.

—Suenas como si prefirieras ser torturado —mencioné con una sonrisa.

—Probablemente lo preferiría —agregó Angelo.

Resoplé y tomé la correa del perro. Noodle permaneció a mi lado mientras Matteo me guiaba hacia el jardín.

Los miembros de la mafia casi se empujaban unos a otros en un esfuerzo por llegar primero a Matteo, pareciendo pavo reales mientras hinchaban el pecho en un esfuerzo por ser impresionantes. Todos me saludaron amablemente, no obstante, enseguida volvieron a prestarle atención a su Don.

Tras treinta minutos escuchando tediosas conversaciones sobre rutas de transporte, fabricación de armas y tráfico de drogas, me sentía abrumada y aburrida en partes iguales. No podía concentrarme en lo que decían con tanto ruido, el bullicio de la gente y mi miedo a ser

juzgada. Noodle apoyó su cabeza en mi pierna y su peso me tranquilizó, pero aun así había llegado a mi límite.

Jalé la mano de Matteo. Inmediatamente levantó la mano para detener al hombre que tenía enfrente a mitad de una frase y dirigió su atención hacia mí.

—¿Qué necesitas, *Tesoro*? —Se inclinó y me acarició la cara.

—Iré con Angelo por una bebida. ¿Quieres algo?

—Mierda —murmulló—. Debería haberte traído algo cuando llegamos.

—Tienes cosas importantes que hacer.

Frunció el ceño.

—Nada es más importante que cuidar de ti.

Sonreí y le pasé el pulgar por el ceño fruncido.

—Sí me cuidas, *Miliy*. Ahora, ¿quieres algo de beber?

—Ve por algo para ti. Pronto me reuniré contigo. —Me besó en la frente antes de regresar de mala gana hacia el hombre que tenía frente a él, que miraba nuestro intercambio con perplejidad.

Angelo y yo nos dirigimos al bar exterior.

—¿Por qué parecía tan sorprendido ese hombre? —le pregunté.

—Nunca habían visto al Jefe con una mujer en todos estos años —explicó—. Y desde luego nunca lo han visto tratar a alguien como lo hace contigo.

Me sonroje por lo especial que me hacían sentir sus palabras. Le di un premio a Noodle mientras esperaba a que Angelo me trajera una bebida. Un grupo de las esposas de los mafiosos estaban de pie a un lado del jardín, con el cabello perfectamente arreglado, vestidos elegantes y joyas costosas que prácticamente caían a chorros. Cuando me sorprendieron observando, todas se dieron la vuelta rápidamente. Una sensación de incomodidad se apoderó de mi pecho, aun así, me obligué a mantenerme erguida, intentando tomarme al pie de la letra las palabras de mi esposo. Era una reina y pertenecía a este lugar tanto como ellas.

—¿Adónde quieres ir? —Quiso saber Angelo, con mi bebida en la mano.

—¿Qué tal allá? —indiqué un lugar tranquilo al borde del césped. En esa parte del jardín había luces parpadeantes que hacían que pareciera acogedor. Nos dirigimos hacia allá, mi nueva silla de ruedas se adaptaba fácilmente al terreno.

—Me pregunto si les preocupa que mi enfermedad sea contagiosa —bromeé, señalando con la cabeza a las mujeres que me lanzaban miradas furtivas.

—Ignóralas, *bella*. Si fueran listas, estarían encima de ti intentando ganarse tu aprecio.

Tarareé, tomando mi bebida de Angelo. Debería estar agradecida de que mantuvieran su distancia. No tenía energía para charlas superficiales esta noche, pero la sensación que había tenido la mayor parte de mi vida de ser siempre indeseada y dejada de lado me subió por la garganta. Parpadeé y aparté la vista de ellas.

Noodle volvió a apoyar su cabeza en mi regazo, como si sintiera que necesitaba más apoyo. Lo acaricié distraídamente mientras observaba a la multitud.

Había al menos cincuenta personas aquí. La mayoría de los hombres eran bastante mayores que Matteo, lo que me llenó de orgullo por lo joven que era cuando asumió el cargo de Don y por el éxito que había tenido todos estos años. El ambiente era animado, con gente bebiendo y riendo, aunque también había un punto de tensión que reconocí de las reuniones de la *Bratva* a las que había asistido. La sensación de que los traidores y las amenazas podían estar acechando en cada esquina.

—Mierda —soltó Angelo, mirando su reloj—. Romeo necesita refuerzos dentro de la casa. —La tensión delineó su mandíbula mientras vacilaba, inseguro de qué hacer.

—Estaré bien aquí. Tengo a Noodle y Matteo está por allá.

Volvió a ver su reloj y maldijo por el mensaje que le había enviado Romeo.

—No te muevas de aquí, Sofiya. Lo digo en serio.

—No lo haré —prometí.

Mi guardaespaldas me hizo un gesto brusco con la cabeza y se dirigió rápidamente hacia las puertas francesas. Matteo se percató de su movimiento y me miró, con una expresión furiosa. Le hice un gesto torpe con la mano y le levanté el pulgar. Consultó su reloj y su expresión se volvió tensa.

Esperaba que todo estuviera bien adentro. Tenía que ser algo importante si Romeo necesitaba refuerzos.

Volví a mi bebida, contemplando las cerezas rojas en el fondo. Intentaba sacarlas discretamente cuando una hermosa mujer se sentó a mi lado. Levanté la vista, sorprendida de que alguien se me hubiera acercado. Noodle movió la cola, mas no me quitó la vista de encima.

La mujer aparentaba unos veintitantos años y tenía el cabello perfectamente ondulado, de un rojo intenso, y un puñado de pecas en el puente de la nariz. Llevaba un ajustado vestido de seda verde y sentí envidia momentánea de su delgada figura y sus elegantes movimientos.

—Dios, estas fiestas son aburridas, ¿verdad? —Se giró en su silla para mirarme, con una sonrisa radiante en su rostro—. Soy Leona.

—Sofiya —respondí.

—*Oh*, lo sé —dijo guiñándome un ojo—. La misteriosa princesa de la *Bratva* que le ha robado el corazón al Don.

Me sonrojé.

—No estoy segura de eso.

—*Oh*, pero yo sí. —La voz de Leona era sensual mientras se acercaba a mí y enrollaba un mechón de mi cabello alrededor de su dedo. Miré fijamente sus ojos oscuros. Su presencia era seductora y peligrosa a partes iguales—. Todos estos hombres se creen muy poderosos, aquí pavoneándose con sus pistolas y sus pollas. Les resulta fácil pasarnos por alto —continuó.

Arqueé una ceja.

—No estoy segura de que alguien pudiera pasarte por alto.

Leona se rio entre dientes mientras se reclinaba en la silla y cruzaba las piernas.

—Eso es porque eres lista y observadora. Yo también lo soy, y por eso sé que eres *tú* quien más poder tiene en este lugar. Y todos ellos… —Señaló el abarrotado patio de hombres con traje —. Están demasiado ciegos para verlo.

—No estoy segura de eso. He pasado la mayor parte de mi vida sintiéndome débil e invisible. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. En pocos minutos, Leona había derribado mis defensas. O quizás había pasado demasiados años sola y mis defensas se habían vuelto tan patéticas y vulnerables como yo.

Una sonrisa salvaje se dibujó en el rostro de Leona. Se inclinó hacia mí hasta acercar su cara a la mía. Sus ojos se posaron en mis labios.

—Qué peligrosa serás cuando reclames tu poder. Estoy deseando verlo.

Mi corazón latió más rápido. Me sentía inmovilizada por un depredador y no sabía si estaba a punto de besarme o de matarme.

—¡Leona! —Sonó la voz enfurecida de Matteo, y levanté la cabeza para ver a mi esposo irrumpiendo envuelto en una nube de ira.

—Don Rossi. —Se reclinó en su silla, la imagen de la tranquilidad—. Me alegro de verlo.

—Dame una razón por la que no debería matarte aquí mismo. —Matteo vibró con una ira fría

mientras inclinaba su cuerpo frente al mío.

Leona resopló.

—Demonios, esa frase fue *tan* predecible. —Vio alrededor de él para captar mi mirada—. Ha sido un placer conocerte, Sofiya. Estoy segura de que nuestros caminos están destinados a cruzarse en el futuro. —Extendió la mano como si quisiera acariciarme la cara, sin embargo, Matteo le agarró la muñeca. Ella soltó una carcajada, hizo una especie de movimiento para soltarse y se fundió en las sombras al borde del patio.

Matteo se movió como para perseguirla, pero yo le agarré la mano. Miró hacia abajo, donde nuestros dedos estaban entrelazados.

—No tienes que hacer nada. Solo estaba siendo amable.

—¿Amable? —Se pasó la mano por la cara—. Lo juro por Dios, Sofiya. ¿Cómo te metes en tantos problemas a donde quiera que vas? Leona Byrne es la mejor asesina de la mafia irlandesa de Boston.

Alcé las cejas.

—¿En serio?

Matteo se sentó en el sitio que Leona acababa de dejar libre.

—Sí, en serio. ¿Qué voy a hacer contigo, *Tesoro*? Debería matar a Angelo por dejarte sola.

—Algo pasaba adentro. Le dije que fuera, así que no te enfades con él.

La mirada acalorada de mi esposo me hizo retorcerme de nuevo.

—No haces más que acumular castigos. —Se llevó mi mano a sus labios y la besó suavemente—. ¿De qué hablaban?

—Me estaba diciendo que soy la persona más poderosa de aquí —expliqué con una sonrisa.

—Bueno, en eso tiene razón —murmuró Matteo en voz baja—. Ven aquí. Te necesito cerca para no entrar y asesinar a tu guardaespaldas.

Me levantó de la silla y me colocó en su regazo. Me acurruqué contra él, absorbiendo su olor y su calor.

—¿No tienes más gente con la que hablar?

—Pueden esperar. —Me besó en la frente.

Un silencio tenso se había apoderado de la multitud, todos intentaban vislumbrar el comportamiento inusual de su Don.

—¿Esto no va a empañar tu imagen? ¿No te hará parecer menos intimidante?

Matteo me sujetó con fuerza mientras intentaba levantarme. No quería hacer nada que pusiera en peligro la autoridad por la que tanto había trabajado.

—No te di permiso para moverte, Sofiya.

Mis dedos se aferraron con más fuerza a su chaqueta mientras la excitación se disparaba a través de mí.

—Estaré más que feliz de mostrarles lo equivocados que están a todos los que piensen que soy menos poderoso porque adoro a mi reina. —Las palabras fueron pronunciadas como una amenaza en voz baja, y me provocaron otro escalofrío.

Un movimiento me llamó la atención cuando Angelo y Romeo se acercaron a nosotros. Rodeé la nuca de Matteo con la mano.

—No puedes matarlos.

—Soy el Don. Puedo hacer lo que quiera. —Fue su única respuesta. Dejé escapar un largo suspiro, contenta de estar en su regazo para que no pudiera atacar fácilmente a mis guardaespaldas.

—Jefe, yo... —Empezó Angelo.

Matteo levantó la mano, silenciándolo.

—Tú y yo, mañana en el *ring*.

Angelo asintió secamente antes de volver su mirada hacia mí.

—¿Se encuentra bien, señora Rossi?

—Matteo es el que está enfadado contigo, no yo, así que déjate de tonterías de señora Rossi —reprendí, poniendo los ojos en blanco—. Estoy perfectamente bien. Mi esposo está molesto porque tuve una conversación perfectamente encantadora con una asesina irlandesa.

Angelo apretó la mandíbula.

—¿Leona Byrne?

Matteo asintió.

—Mierda —soltó Romeo.

—Leona no es un nombre irlandés, ¿verdad? —Curioseé.

—Es italiano —aclaró Matteo—. Su madre era hija de uno de nuestros capos. Se escapó para estar con el segundo al mando de la mafia de Boston, el padre de Leona. Ella reclama su herencia italiana únicamente cuando le conviene. Haz que Franco investigue qué hace en mi ciudad y pregúntale por qué carajos no sabíamos que estaba aquí.

Romeo levantó la barbilla en señal de asentimiento antes de sacar su teléfono.

—¿Qué estaba pasando adentro? —le pregunté a Angelo.

—Al parecer, la hija de Lombardi no está encantada con su prometido —explicó con una mueca.

—¿Qué quieres decir?

—Está enamorada de uno de los soldados de Riccardo, o al menos eso es lo que deduje cuando apareció para intentar reclamarla —dijo Angelo.

Me volteé hacia Matteo.

—Su padre no puede obligarla a casarse con su prometido si está enamorada de otro. —Podía escuchar lo ridículas que sonaban mis palabras mientras me sentaba en el regazo del esposo que nunca habría elegido, pero al que nunca renunciaría.

—Es su padre, *Tesoro*. Así son las cosas.

—No es justo —expresé en voz baja.

Matteo me acarició el cabello.

—¿Puedes al menos asegurarte de que no le pase nada al otro chico? ¿Al soldado?

—Insultó a su capo —argumentó Matteo.

Le sujeté la cara y lo miré fijamente a sus oscuros ojos.

—Por favor. No merece morir porque la ama.

Matteo suspiró antes de dirigirse a Romeo.

—Encárgate de que se haga.

—Sí, Jefe —contestó Romeo antes de dirigirse al interior.

—Hora de irse —anunció Matteo. Me mantuvo en sus brazos, abrazándome fuerte mientras salía de la fiesta, ignorando a todos los que trataban de llamar su atención. Angelo nos siguió con Noodle y mi silla de ruedas.

Matteo me acomodó en la parte trasera del coche, pegándome a su cuerpo una vez que entró. Me pasó el pulgar por la mejilla en un gesto que me resultó dolorosamente tierno.

—¿Descubriste alguna información útil? —le inquirí cuando nos pusimos en marcha.

—Ciertamente, descubrí mucha información inútil —aseguró.

Me dio un vuelco el corazón al ver que no contestaba. Me estaba dejando entrar más, demostrando su interés por mí, pero seguía sin confiarme plenamente los asuntos de la Familia.

En ese momento, sus labios rozaron mi frente y me dije que no importaba. Aceptaría cualquier cosa que me ofreciera porque lo amaba.

«Lo amaba».

Me di cuenta de que me había enamorado de mi esposo y la emoción me sacudió. Me había enamorado de Matteo poco a poco, mi corazón se ensanchaba con cada gesto de bondad que me mostraba, cada vez que me dejaba entrever su verdadero yo.

No estaba segura de que Matteo *pudiera* llegar a amarme. Había encerrado su corazón tras el asesinato de sus padres y yo tenía que aceptar que quizá nunca lo liberaría. Sin embargo, cuando me acurruqué a su lado, sintiéndome contenta, segura y aceptada, supe que me había dado más de lo que podía pedir.

SOFIYA

—Tengo que alimentarte —dijo Matteo, deslizando sus dedos por mi brazo. El coche estaba oscuro mientras nos dirigíamos a casa—. ¿Quieres pedir algo cuando lleguemos?

Un letrero en la interestatal me hizo jadear mientras lo señalaba.

—*Oh*, Dios mío. ¿Podemos ir a Sonic? Mila y yo solíamos ver comerciales en la televisión.

—¿Qué es Sonic? —cuestionó Romeo.

—Es un autoservicio. O sea, que comes en el auto —expliqué, dando saltitos de emoción—. Parece muy divertido.

Matteo se pasó la mano por la cara.

—*Tesoro*, por favor, te lo ruego. Déjame gastarme algo más que un par de dólares en una comida para ti.

Me incliné hacia delante para besar su mejilla rasposa.

—Esto probablemente costará más que el *hot dog*.

Refunfuñó, pero no impidió que Romeo tomara la salida. Unos minutos después, entramos y nos estacionamos junto a un menú iluminado. Matteo estaba más cerca, así que me desabroché el cinturón y me arrastré sobre él para verlo mejor. Su mano se posó en mi trasero, dándole un fuerte apretón, y le golpeé el hombro.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Una mesa para poder comer —se burló Matteo.

Sonreí.

—Pediré por ti, entonces. Romeo, Angelo, ¿ya saben lo que quieren?

—*Oh*, sí —recitó Angelo—, esto es mucho mejor que una comida de fiesta pretenciosa.

—Así se habla.

Romeo me bajó la ventanilla y yo hice nuestro pedido, asegurándome de pedir suficientes malteadas para todos, aunque los chicos insistieron en que no necesitaban postre. Qué mafiosos tan bobos. También pedí una hamburguesa simple para Noodle. Se había portado muy bien en la fiesta. El hecho de tenerlo cerca me hacía sentir más tranquila.

—¿Estás feliz? —Matteo inquirió en cuanto tuvimos nuestra comida.

—Sí. —Me incliné a su lado mientras bajaba la voz—. Y esto significa que no tendremos nada más que hacer cuando lleguemos a casa.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Eres una chica astuta y traviesa.

MATTEO ME CARGÓ FUERA del ascensor, su cuerpo prácticamente zumbando con energía. Enzo estaba en su puesto frente a nuestra puerta y yo lo saludé con un pequeño gesto con la mano al pasar junto a él. Angelo se había ofrecido a ocuparse de la rutina vespertina de Noodle, así que mi esposo y yo éramos libres para dirigirnos directamente a nuestra habitación.

Matteo me tumbó en el colchón, abrazándome mientras se inclinaba sobre mí.

—Tengo una idea para algo que me gustaría probar. —Su voz, grave y sensual, me produjo un escalofrío.

—¿De qué se trata?

Separó los labios y luego dudó un momento. Esto me llamó la atención, era muy raro que mi marido dudara de algo.

—Solía ser miembro de un club cuando era más joven. Un club BDSM —aclaró.

Mi corazón se aceleró.

—¿Has escuchado hablar alguna vez del uso de soga? —Me clavó su mirada acalorada.

—¿Como atar a alguien?

Asintió.

—Es algo que disfruto y que me gustaría compartir contigo. He investigado cómo modificarlo para que sea seguro para ti.

—¿Quieres atarme? —Sonaba sin aliento mientras apretaba los muslos, mojándome solo de pensarlo.

—Creo que te gustará. —Me pasó el pulgar por los labios y los separé, llevándome el dedo a la boca y chupándolo—. Buena chica —murmuró—. Tan buena para mí. —Sacó el pulgar y me lo pasó por el labio inferior.

—¿Qué te gusta de eso? —inquirí.

—*Mmm*, muchas cosas. Me gusta ver a mis parejas caer más profundamente en la sumisión. La soga tiene que ver con la confianza, la comunicación y el lenguaje corporal. Es la interacción del dolor y el placer, de la dominación y la sumisión. Me da una sensación de control que ansío.

Una chispa de excitación me recorrió el estómago, pero también sentí que una emoción incómoda y de celos me oprimía el pecho.

—¿Qué pasa? —inquirió con el ceño fruncido.

Me demoré en contestarle, no quería parecer petulante e inmadura. Me agarró por la garganta, su fuerza sobre mí era pura dominación mientras me obligaba a verlo a los ojos.

—No me gusta pensar en ti con otras mujeres —pronuncié las palabras, tratando de liberarme de su agarre. Él no lo permitió. Me inmovilizó las manos, sin permitirme ningún movimiento. Una sonrisa torció sus labios, aumentando mi indignación.

—No te rías de mí —reviré.

—Jamás —afirmó, con una expresión sobria—. Sonreía porque me gusta verte siendo posesiva conmigo. —Sus labios rozaron mi piel—. No tienes nada de qué preocuparte, *Tesoro*. Ninguna de esas mujeres significaba algo para mí. No tuve ninguna conexión con ellas más allá de lo que hicimos en una escena. Jugar contigo sería completamente diferente.

—¿Y eso por qué? —indagué, todavía un poco malhumorada.

—Porque me importas. Porque verte derrumbarte de placer es lo más hermoso que he visto en mi vida. Porque no quiero que esto sea una escena de una sola vez. Quiero más contigo. Lo *necesito* todo.

Enterré mi cara en su cuello, necesitando un minuto para asimilar sus palabras. Me acarició el cabello con un ritmo calmante y paciente.

—¿Cómo funcionaría? —pregunté por fin.

—Empezaríamos despacio. Exploraríamos cómo responde tu cuerpo, qué te gusta y qué no.

—¿Y si no me gusta?

—Entonces no lo hacemos.

—¿Eso significa...? —Me interrumpí, sin querer pronunciar las palabras en voz alta. Me agarró la barbilla y levantó una ceja. Resoplé—. Si no me gusta, ¿te irás al club a buscar otras mujeres para atar?

La expresión de Matteo se oscureció como una tormenta.

—No, esposa. No buscaré a otras mujeres.

Aunque su voz contenía una severa censura, alivió la opresión de mi pecho. Me mordí el labio.

—¿Qué quieres decir con que te gusta estar con alguien sumisa? No sé si puedo hacer eso, *ser* eso. No quiero dejar que me pisoteen.

Un sonido parecido a un gruñido retumbó en la garganta de Matteo.

—Nunca serás un jodido tapete. Eres mi reina. Tu sumisión es algo que das libremente, y que ya me has dado. ¿Qué sientes cuando te entreno en la oficina? ¿Cuándo te controlo durante el sexo?

Me ardían las mejillas.

—Se siente bien, de una manera sucia.

Matteo asintió, sin ninguna señal de juzgarme en su expresión.

—Ahí lo tienes, *Tesoro*. Ya me regalas tu sumisión maravillosamente. Yo ansío el control. Tú ansías dejarte llevar.

—*Oh*. Supongo que pensaba que la sumisión era algo diferente.

—Puede que te presione hasta tus límites. Soy un imbécil dominante. Pero tú siempre tienes el poder. Si algo se siente mal y necesitamos hacer una pausa, simplemente dímelo o di amarillo. Y si te asustas, te duele o quieres parar por cualquier motivo, di rojo.

Le pasé los dedos por la mandíbula y asentí. Se movió para sentarse a horcajadas sobre mí sin apoyar su peso en mí.

—No sé cómo tuve tanta suerte. —Sus ojos me estudiaron y me hizo sentir *sexy*, no cohibida.

Me acarició las mejillas y luego me pasó las manos lentamente por la clavícula, los brazos y luego de nuevo hacia arriba, trazando un patrón de arriba a abajo por mi torso. Respiré agitadamente cuando me acarició los pechos, aunque su tacto fue frustrantemente ligero. Intenté arquearme ante sus caricias, y la sonrisa que se dibujó en sus labios me dijo que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—¿Alguien está muy ansiosa? —Sus labios rozaron mi oreja y sentí un escalofrío.

Sus manos siguieron bajando por mi cuerpo, apretándome la cintura y los muslos. Tanteó la parte inferior del vestido, subiéndomelo por las piernas antes de quitármelo por completo. Inhalé con fuerza. Apenas había hecho algo y ya tenía la piel ardiendo.

Me levantó la pierna y apretó sus labios contra mi tobillo. La sensación de sus dedos, su boca y su aliento contra mi piel aumentó el calor en mi interior, sobre todo a medida que subía por mi pierna. Pero cuando llegó a mi coño, lo único que hizo fue darme un ligero beso en el clítoris a través de mi ropa interior de encaje antes de subir besándome por la otra pierna.

—Matteo —me quejé cuando volvió a mi sexo, esta vez limitándose a respirar sobre él—. Necesito más.

Se rio sombríamente mientras se incorporaba.

—Tomarás exactamente lo que te dé, *Tesoro.* —Su piel era todo calor contra la mía mientras me quitaba el sostén y se llevaba mi pezón a la boca, dejándome retorciéndome.

Cuando se apartó de la cama, solté un grito de indignación y me acerqué a él.

—Tan exigente —respondió con una risita.

Desapareció en el armario y salió con una bolsa negra. Sacó un tramo de soga antes de volver a la cama y sentarme. Se acomodó detrás de mí, con el pecho apretado contra mi espalda, apoyándome y haciéndome sentir querida y protegida. Luego tomó la soga, recorriendo mi piel.

—¿Como se siente? —Sus palabras vibraron contra mi cuello.

—Bien —afirmé. La soga era firme y texturizada, mas no demasiado áspera.

Canturreó mientras empezaba a envolverme el pecho con la soga. Me levantó los pechos y los apretó con sus grandes manos antes de pasar la soga por debajo de ellos. Su mano me rodeó la garganta y me estremecí.

—Lo estás haciendo muy bien para mí. —Cuando retiró la mano, miré el patrón en forma de diamante de la soga sobre mi pecho. Su agarre sobre mí era firme, como una prolongación del tacto de Matteo—. ¿Cómo se siente?

Giré la cabeza y le di un suave beso en los labios.

—Bien.

Me devolvió el beso con otro más fuerte antes de salir de detrás de mí y bajarme a la cama. El movimiento hizo que la soga se moviera contra mi piel, contrastando su fricción con la suavidad del colchón. Luego me movió el brazo hacia un lado y cerró unas esposas anchas y acolchadas alrededor de mi muñeca. Lo miré con los ojos muy abiertos.

—No voy a atarte los brazos con fuerza, sino lo suficiente para que lo sientas.

—¿Sentir qué? —susurré.

—Mi control sobre ti.

Ató un trozo de soga a las esposas y luego la sujetó al costado del marco de la cama antes de repetir el proceso en el otro lado. Tiré de la cuerda y me entró un poco de pánico cuando me di cuenta de que no podía moverme ni levantarme. Sus manos pesaban sobre mi estómago mientras me observaba, paciente mientras me adaptaba a todas las sensaciones.

Su tacto me tranquilizó. Respiré profundamente y mis músculos se relajaron.

—Tan buena —halagó contra mi piel—. Tan valiente, tan hermosa.

Sus palabras llenaron ese lugar adolorido dentro de mí que nunca me parecía suficiente, curando los bordes en carne viva de la herida que había llevado durante tanto tiempo. No creía del todo que fuera valiente o hermosa, al menos no todavía, no obstante, nunca me cansaría de escucharlo decirlo.

MATTEO

Mi pequeña esposa estaba embriagada por la soga, su mente iba a ese dulce espacio en el que podía dejarse llevar por completo. Su cuerpo estaba relajado, cediendo perfectamente a sus ataduras.

Me incliné hacia adelante y le besé suavemente la frente, la nariz y los labios. Un pequeño gemido me recompensó. El sonido más dulce que jamás había escuchado.

Mi mano recorrió su pecho, comprobando que la soga no cortaba la circulación, antes de agarrar otro pedazo.

—Voy a atarte las piernas, *baby*.

Hacía tiempo que no utilizaba la soga, al menos en la intimidad. Utilizaba mis habilidades con frecuencia para torturar a mis enemigos.

Sin embargo, nada me habría preparado para la intensidad de atar a Sofiya.

Había investigado cómo modificar las ataduras para el síndrome de Ehlers-Danlos, incluso había hablado con uno de los profesionales del club que tenía experiencia con este tipo de síndrome. El SED de Sofiya la hacía muy flexible, aun así, tenía que tener cuidado de no forzar su cuerpo en posiciones que pusieran en tensión sus músculos o provocaran una dislocación o inflamación de las articulaciones. Además, su piel podía marcarse con más facilidad, le habían salido algunos moretones cuando le había dado nalgadas, así que le puse unas esposas de piel suaves en las muñecas. La última atadura que quería hacerle era una del tipo de sirena en los muslos, que le mantendría las piernas juntas.

Permanecí concentrado en lo que estaba haciendo, aunque mi polla estaba dura como una roca y presionaba dolorosamente contra mis pantalones. Sofiya parecía una maldita diosa con el arnés en el pecho, y no dejaba de mirarla para ver si mostraba algún signo de malestar. El corazón me latía con fuerza, no solamente por la emoción y la excitación, sino también por la ansiedad que me producía el miedo a hacer algo mal y lastimarla.

Terminé de atarle las piernas y el patrón resaltó sus muslos cremosos.

—Eres perfecta —elogié. Metí las manos entre sus gloriosas piernas y le acaricié el coño. Mi polla se puso aún más dura al sentir su calor resbaladizo empapando mi mano—. Estás empapada para mí.

Volvió a gemir y trató de arquearse contra mis caricias, pero las ataduras la sujetaban.

—Por favor. Por favor, Matteo. Necesito... —Ella gimió mientras yo aplastaba el talón de mi mano en su sexo.

—Me encanta escucharte suplicar. Me encanta oírte tan desesperada por mí. —Metí un dedo dentro de ella, gimiendo al ver cómo se apretaba a mi alrededor—. Voy a follarte así. Tus dulces piernas atadas, tratando de mantenerme fuera. —Pasé mi nariz por su garganta, respirando su

dulce aroma teñido de sal—. Y te quedarás ahí acostada y lo recibirás, porque no tienes elección. —Agarré sus nalgas y apreté con fuerza—. Pero te encantará, joder.

Se estremeció, gimió y luchó contra sus ataduras hasta que me apiadé de ella. Agarré fuertemente su cintura, comprobando una vez más que la soga no la apretaba ni cortaba la circulación, antes de penetrarla por completo.

Sofiya lanzó un grito ahogado.

—Eso es, grita para mí, *Tesoro*. Grita por la forma en que mi verga se abre paso en tu coño. —Apenas podía formar palabras. Esto era lo más apretado que ella se había sentido, incluso más apretado que nuestra primera vez. El sudor caía por mi espalda mientras la penetraba de nuevo, tratando de meterme completamente dentro de ella.

—¡Matteo! —exclamó—. ¡Más!

Dejé escapar una maldición y me incliné hacia abajo, nuestros labios se encontraron con desesperación.

—Joder, *baby*, me voy a correr vergonzosamente rápido. Necesito que lo hagas conmigo.

Gimoteó mientras le pellizcaba los pezones y su coño se apretaba alrededor de mi longitud. Acaricié en círculos su clítoris con el pulgar, rogándole en silencio que se viniera antes de hacer el ridículo. Justo cuando sentía un cosquilleo en la columna y estaba a punto de correrme, ella culminó con un grito. Solté un suspiro de liberación y me dejé ir, llenando su apretado y caliente coño con mi semen.

Sus ojos se clavaron en los míos, abiertos y vidriosos de placer. Respirábamos el mismo aire, nuestros corazones latían al unísono, y yo nunca había estado tan conectado a otro ser en toda mi vida.

Permanecimos en ese trance incluso cuando me retiré, quité la soga, unté su suave piel con crema y la abracé.

—Gracias por hacerme sentir tan protegida —expresó, rozando con los labios la palabra "*lealtà*" tatuada en mi pecho.

Presioné mi cara contra su cabeza e inhalé profundamente. No quería, no *podía* decirlo en voz alta, pero ella también me hacía sentir a salvo.

SOFIYA

La luz de la mañana entraba por la ventana del baño. Me recosté en la bañera, con el agua caliente cubriéndome, y tomé un sorbo de mi café. El cual me había preparado *mi esposo*, acompañado de una deforme burbuja de espuma encima. Sonreí pensando en cómo había fruncido el ceño al dármelo, murmurando algo sobre la "falta de cooperación" de la espuma.

Esperaba estar adolorida después de nuestra incursión de la noche anterior con la soga, sin embargo, me desperté sintiéndome extrañamente relajada. Probablemente se debía a que mi esposo se había dedicado a cuidarme. Había puesto una expresión asesina cuando vio que la soga me había dejado unas cuantas marcas en la piel y había insistido en untarme crema después de besar cada una de ellas.

No obstante, me *gustaba* estar marcada por él.

La noche anterior me había dado un largo masaje y esta mañana había insistido en que me diera un baño de sales Epsom. Había intentado convencerlo de que me acompañara, pero Romeo y él estaban ocupados con algo y no tenía tiempo. Intenté no sentirme demasiado alterada porque ese día no tendríamos tiempo para entrenar en la oficina... porque no podría pasar el día con él.

Matteo entró al baño, vestido de traje, y se agachó junto a la bañera. Dejé la taza de café y le rocé ligeramente la mandíbula con mis dedos. Aún tenía los labios hinchados por besarlo hasta altas horas de la noche.

—¿Seguro que no puedes meterte conmigo?

Deslizó la mano bajo el agua y me pellizcó un pezón.

—Verte ahí dentro, mojada, suave y jodidamente hermosa, es la mayor tentación de mi vida. Pero me tengo que ir. —Me agarró la barbilla y me levantó la cabeza para darme un beso—. Hay algo esperándote en el armario para cuando salgas.

El corazón me dio un vuelco. ¿Me había traído un regalo?

—¿Qué es?

Matteo se rio entre dientes mientras se levantaba.

—Mi chica impaciente y codiciosa. Tendrás que ir a ver.

Tomé su mano antes de que se fuera.

—¿Volverás esta noche? —Me mordí el labio, insegura de si mi pregunta era demasiado desesperada, pero lo echaba de menos cuando no estaba. Dormía mucho mejor cuando él estaba en la cama conmigo.

—Sí, *Tesoro*. Volveré esta noche. Pórtate bien para mí. —Se inclinó y me dio un último beso antes de irse.

Volví a sentarme en la bañera, arrastrando los dedos por el agua. En los últimos días habían cambiado muchas cosas entre mi marido y yo. Deseaba poder hablar con Mila de todo aquello,

prácticamente podía escucharla gritar de emoción ante los últimos acontecimientos, pero no había vuelto a saber de ella. Hacía todo lo posible para no entrar en pánico, aunque la preocupación constante seguía ahí.

El suspenso finalmente me venció, necesitaba ver lo que Matteo había puesto en el armario. Llamé a Noodle y me apoyé en él mientras salía de la bañera.

—¿Cuál crees que es la sorpresa, *Malysh*?

Me sequé rápidamente, me envolví en la bata y abrí la puerta del armario.

Me detuve en seco.

El armario de Matteo era enorme, del tamaño de la habitación de mi infancia, y hasta ese momento había contenido una larga hilera de sus trajes en un lado y la ropa que Sienna me había comprado en el otro. Pero ahora la pared del fondo estaba llena de un gran escaparate de joyas que parecía sacado de una película. Se me aceleró el corazón al acercarme. La pared estaba iluminada, resaltando brazaletes, collares y pendientes organizados en un arcoíris de piedras preciosas, y en el centro había una tiara de diamantes.

—Santos cielos.

Me acerqué lentamente, como si fuera a sonar una alarma si me acercaba demasiado. Detrás de la tiara había una nota. La tomé con dedos temblorosos.

Para mi reina.

Le di la vuelta a la tarjeta, buscando algo más escrito, algún tipo de explicación para el repentino derroche de regalos de mi esposo, mas no había nada.

Me senté en el asiento de mi andador y me quedé mirando las joyas. No parecía que fueran realmente mías. Pero, de nuevo, nada en mi vida actual parecía real.

Recorrí con los dedos el borde de la tarjeta y me fijé en todos los detalles de la escritura de Matteo, en el inesperado movimiento y la elegancia de sus letras, antes de apretarla contra mi pecho. Sentí calidez en mi interior porque, fuera como fuera, esta tarjeta era real. Aunque no quería interpretarla, ni dejar que mi mente creyera que los regalos de mi esposo significaban *amor*, sí significaban *algo*.

Sonreí mientras recorría con los dedos la tiara de diamantes.

SOFIYA

ESTABA EN EL TABURETE DE LA COCINA, USANDO LA MÁQUINA PARA HACER PASTA QUE HABÍA encontrado en el fondo de la despensa, cuando se abrió la puerta y Sienna entró dando saltitos.

—¡Sofiya! Te extrañé. Matteo te retiene demasiado para él solo.

Recibí su abrazo, manteniendo las manos cubiertas de harina y las muñequeras en el aire para no manchar su bonito atuendo.

—Ha sido muy protector desde que pasó el ataque —comenté.

—Algunos dicen protector, otros lo llaman monstruo autoritario.

Sonreí. Aunque me había encantado lo intensas que habían sido las cosas entre Matteo y yo los últimos días, de igual manera había echado de menos a Sienna.

—¿Pasta casera para el almuerzo? Chica, me estás haciendo quedar mal. Eres prácticamente más italiana que yo.

—Lo intento —repliqué encogiéndome de hombros—. Cocinar es lo único que siempre se me ha dado bien. —Ese día llevaba puestas las muñequeras para mantenerlas estables mientras usaba la máquina para hacer pasta.

—Estoy segura de que se te dan bien un millón de cosas —opinó Sienna.

Era muy dulce de su parte, mas no era verdad. Yo no era muy lista y apenas tenía habilidades, pero dar de comer a los demás me hacía sentir que aportaba algo bueno al mundo.

Se sentó a mi lado.

—¿Qué tal la fiesta de anoche?

Pasé otra hoja de pasta por la máquina.

—Fue... buena, no estoy segura. Matteo habló de asuntos de la mafia con los hombres. La mayoría de las mujeres fueron bastante distantes. —Estaba acostumbrada a las miradas y susurros de las esposas de la *Bratva*, aun así, esperaba que aquí las cosas fueran diferentes—. Pero conocí a esta mujer llamada Leona.

Los ojos de Sienna se abrieron de par en par.

—¿Leona Byrne?

—Sí. ¿La conoces?

—¡Caramba! No sabía que había vuelto a la ciudad. —Sienna me pasó la siguiente hoja de masa—. Éramos amigas, pero hace años que no la veo. Su madre, Aurora, era la mejor amiga de mi *mamma*. No sé exactamente qué pasó; no obstante, por lo que escuché, creo que *Mamma* ayudó a Aurora a dejar a la Familia y casarse con su novio irlandés. Creo que fueron felices juntos hasta que mi tío llegara al poder. Mató a Aurora por desertar. —Se aclaró la garganta y se me estrujó el corazón.

—Siento escuchar eso.

—Sí, bueno... En fin, Leona creció en Boston, pero quería ir a la Universidad de New York para estudiar.

Mis labios se entreabrieron por la sorpresa. Tenía tantas preguntas.

—¿Fue a la universidad?

—Sí. Tuvo que conseguir un permiso especial de Matteo para que la dejara entrar a la ciudad, pero yo lo obligué a aceptar para tener una amiga en mi carrera. Ambas estudiábamos administración de empresas y éramos muy amigas en la escuela. Sin embargo, una vez que se graduó, se unió oficialmente a la mafia irlandesa, así que se supone que no puede estar en New York por ningún motivo.

—Matteo no se alegró de verla en la fiesta.

Sienna resopló.

—Me lo imagino. ¿Te contó a qué se dedica?

—*Umm*, ¿dijo que es una asesina?

Sienna sonrió.

—Sí. Es bastante ruda. Los irlandeses les enseñan a sus chicas a pelear y combatir, y Leona siempre tuvo talento para ello.

No era difícil de creer. Toda la energía de Leona gritaba *peligro*.

—¿Te enseñaron combate y todo eso?

Sienna negó con la cabeza.

—Sé disparar un arma en un apuro, y Angelo me enseñó algo de defensa personal, pero eso es todo.

—Yo podría enseñarte a disparar, si quieres. —Ofrecí, recordando que había dos cosas que se me daban bien: cocinar y disparar.

Alzó las cejas.

—¿En serio?

—Sí, mi hermano me enseñó. Todavía estoy intentando que Matteo me deje ir al campo de tiro, aunque supongo que tendremos que esperar hasta que se acabe la amenaza albanesa, de todos modos.

—¡En cuanto así sea, lo hacemos! Y apuesto a que Angelo también te enseñaría técnicas de defensa personal.

Mis labios se curvaron en una sonrisa al imaginar lo que Matteo pensaría de eso.

—Me encantaría. —Pasé a cortar la pasta en tiras—. No sabía que habías ido a la universidad. ¿Es normal en la Familia que las chicas vayan a la escuela?

—Mi *papà* empezó a permitirlo en su tiempo. *Mamma* quería estudiar Literatura Italiana, y él nunca podía negarle nada. —Sienna sonrió, aunque con un toque de tristeza—. Permitió que Aria estudiara Medicina, y poco a poco se hizo más común. Supongo que en la *Bratva* no es así.

—En absoluto. No conozco a ninguna mujer que haya ido a la universidad. Mila y yo ni siquiera fuimos a una escuela normal. —Se me sonrojaron las mejillas de vergüenza—. Si bien teníamos tutores que venían a casa, incluso eso se acabó hace varios años. Estoy segura de que reprobaría si alguna vez tomara una clase de verdad.

Sienna me apretó la mano.

—Estoy segura de que te iría muy bien. Puedo ayudarte a apuntarte a algunas clases si alguna vez te interesa.

Mi mente daba vueltas. ¿De verdad me dejaría Matteo tomar clases? Sabía leer y escribir bastante bien, pero aparte de eso, mi educación era muy deficiente.

—Siempre pensé que sería divertido tomar clases de cocina —admití en voz baja.

—*Oh*, eso sería divertido. Quizá podría acompañarte. No sé nada de cocina ni de repostería. Matteo y yo prácticamente sobrevivimos a base de comidas para microondas después de la muerte de nuestros padres. Una vez que volvió a ser Don, contrató a Giana, y ella ha cocinado para nosotros todos estos años. No puedo esperar a que la conozcas. Te va a adorar.

A pesar de que estaba un poco nerviosa por conocer a esta mujer que obviamente significaba tanto para Sienna y Matteo, también sería agradable tener más compañía.

Me levanté del taburete y tomé mi andador. Me acerqué al armario inferior, me incliné para tomar una olla y sentí una oleada de mareos. Noodle estaba a mi lado al instante y me apoyé en él, mientras la habitación daba vueltas.

—¿Sofiya? —La voz de Sienna se escuchaba lejana, como si me llegara a través del agua.

Respiré profundamente y me aferré a Noodle hasta que se me aclaró la vista. Me dio un empujoncito hasta que me senté en el andador.

—¿Estás bien? —Sienna estaba a mi lado—. ¿Llamo a Matteo o a Aria?

Sonreí mientras acariciaba la cabeza de Noodle.

—Todo bien. Solo me mareé.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Puedes sacar una olla de ahí abajo? —Señalé el armario inferior—. Iba a hacer *cacio e pepe*, si te parece bien.

Sienna tomó la olla y la llenó, lanzándome miradas preocupadas.

—Podrías darme pasta normal y me parecería bien, pero *cacio e pepe* suena perfecto. ¿Si estás segura de que puedes prepararla? Si no, podrías decirme qué hacer e intentaré no quemar la cocina.

Resoplé.

—No, en realidad creo que ya estoy bien. —Tomé mi vaso de agua de la encimera y me bebí el resto. Necesitaba mantenerme hidratada.

Sienna puso la olla encima de la estufa. Volví a levantarme, esta vez moviéndome despacio, aunque ya se me había pasado el mareo. Me ocupé de preparar la pasta.

—Qué bien huele —comentó Sienna, observando por encima de mi hombro lo que estaba haciendo—. Creo que tenemos que almorzar juntas todos los días.

Sonreí.

—No estoy segura de que a Matteo le entusiasme ese arreglo.

—No todos podemos doblegarnos a su voluntad —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Por cierto, ¿cómo reaccionó al ver a Leona?

—No le hizo mucha gracia, pero no le hizo nada.

Sienna sonrió satisfecha.

—No te preocupes, Leona sabe defenderse.

Seguro que sí. Aun así, no le diría a Matteo que había encontrado una tarjeta con su número de teléfono en mi bolso.

—¿Cómo van las cosas entre ustedes dos? —preguntó Sienna.

Me sonrojé.

—¿Matteo y yo? Bien.

—Si no fuera mi hermano, estaría exigiendo todos los detalles sucios porque ese rubor lo dice todo.

Me reí.

—Sin detalles sucios, lo prometo. —Dudé antes de añadir—: Esta mañana me dio un regalo.

—*Ooh*, ¿qué es?

—*Umm*... un armario entero lleno de joyas —musité, con la cara calentándoseme aún más. ¿Pensaría Sienna que era demasiado? ¿Que no me lo merecía?

Sienna jadeó.

—¿Puedo ver?

Asentí y se marchó al armario mientras yo terminaba de preparar la comida. Cuando volvió, tenía los ojos radiantes.

—Maldita sea, mi hermano lo hizo bien. Bueno, quienquiera que haya contratado para elegir esas cosas lo ha hecho bien. Te verás increíble con todo eso.

—¿Realmente crees que debería usarlas? Todo parece tan... *excesivo*.

—Ese es el punto —remarcó Sienna guiñándome un ojo—. Ahora estás en la Mafia Italiana. Vivimos para los excesos.

—¿Tú y Sienna la pasaron bien hoy? —inquirió Matteo.

Estábamos acurrucados en el sofá. Era casi medianoche, pero ninguno de los dos quería irse a la cama. Acababa de llegar a casa hacía apenas unos minutos y yo quería pasar el mayor tiempo posible con él.

—Sí. Hice pasta y ella se invitó a comer todos los días a partir de ahora.

Matteo se burló, pasando su mano por mi cadera. Debía de haber subido la calefacción al llegar a casa, porque yo estaba cómoda en camiseta y pantalones cortos de encaje, y él estaba sin camiseta. Recorrí con los dedos los tatuajes de su pecho. Había buscado el significado en italiano de las palabras que tenía en el pecho: *familia, honor, lealtad*. Me pregunté cómo encajaba yo en aquella ecuación.

—¿Por qué me diste un armario lleno de joyas? —susurré.

—No lo hice. Es solo la pared del fondo.

Le pellizqué un pezón y me reí cuando dio un respingo. Me dio una fuerte nalgada, pero no pudo ocultar cómo se le escapaba un sonrisa.

—¿Por qué? —Volví a insistir.

—Porque te lo mereces.

—Es demasiado.

—No, no lo es. No discutas conmigo, *Tesoro*.

Apreté mi sonrisa contra su pecho.

—De acuerdo, *Miliy*.

Una sonrisita de satisfacción se dibujó en el rostro de Matteo al escuchar el apodo que le había puesto. Jugaba con mi cabello, con los ojos cerrados y la expresión más serena que le había visto hasta entonces. La película que habíamos puesto sonaba tranquilamente de fondo, olvidada. En momentos así deseaba que él no fuera Don de la Mafia Italiana y yo no fuera la princesa de la *Bratva*. Deseaba que pudiéramos ser simplemente Matteo y Sofiya.

—¿Cómo te fue hoy con los asuntos de la mafia?

Casi sonrió.

—Jodidamente terrible. Me alejó de ti.

—Eres un adulador. —Le acaricié la cara y le besé la mejilla—. *Oh*, estaba leyendo algo hoy y aprendí una nueva palabra. —Había comprado algunos libros de autoayuda además de mi creciente horda de libros de romance. Crecimiento personal y todo eso.

—¿Qué palabra es esa?

—Alexitimia.

Matteo arqueó una ceja.

—Es cuando te cuesta trabajo sentir y nombrar tus emociones. Mucha gente que sufre traumas infantiles parece tenerla. —Mantuve la voz neutra, como si estuviera contando algo interesante, aunque no pude evitar que mis ojos se desviaran hacia su rostro y luego hacia mis manos.

—¿En serio?

—Sí. Me pareció interesante.

Matteo se movió rápidamente, inclinando su cuerpo hacia mí y enjaulándome para que su cuerpo me inmovilizara contra los cojines.

—¿Estás tratando de diagnosticarme, *Tesoro*?

Lo miré, manteniendo los ojos abiertos de par en par con inocencia, pero no pude evitar que una sonrisa me traicionara.

—Yo nunca haría eso, *Miliy*.

—Claro que no —afirmó, tomándome la barbilla entre el pulgar y el índice.

—Además, tienes un gran control de tus emociones —declaré.

Matteo maldijo mientras sus labios se torcían en una sonrisa involuntaria.

—Malcriada.

—*Tu* malcriada. —Apreté mis labios contra los suyos, le pasé los dedos por el cabello y lo atraje hacia mí. Le mordí el labio y apreté mi lengua contra la suya, amando su sabor. Me agarró del cuello; no obstante, en lugar de profundizar el beso, se apartó, dejándome fría. Me invadió un sentimiento de rechazo.

—No me mires así, *Tesoro*. Eres irresistible. Pero tengo que hablarte de algo. —Su tono serio hizo que se me revolviera el estómago.

Hizo girar un mechón de mi cabello alrededor de su dedo.

—Hemos organizado una cena para mañana. Con tu padre. Viene a la ciudad.

Me quedé helada, pero mi corazón se aceleró, como si supiera que pronto estaría a pocos kilómetros de mi padre. Sabía que no era realista, mas esperaba no volver a verlo.

—Lo sé, *Tesoro*. —Me subió a su regazo, acunándome contra su pecho—. No me gusta. Lamentablemente, necesitamos su apoyo en esta guerra con los albaneses. Arben se ha aliado con alguien, y no sé con quién. Debería haber podido acabar con esto hace semanas.

Odié la culpa que vi en sus ojos.

—No es culpa tuya. —Apoyé mi cabeza en su pecho. No sabía el alcance de lo que estaba ocurriendo, sin embargo, si aliarse con el *Pakhan* ayudaría a mi esposo a destruir a sus enemigos más rápido, yo no se lo haría más difícil—. ¿Quieres que vaya a la cena?

Suspiró y me dio un beso en la frente.

—No te obligaré. Pero las esposas asistirán.

—¿Mi *mama*?

—Sí, creo que sí.

No había forma de evitarlo. Mi ausencia sería cuestionada, y la autoridad de Matteo con ella.

—Entonces iré —susurré—. ¿Dónde será?

Sus brazos me rodearon con fuerza.

—En el restaurante de mi primo. Seremos los únicos.

—¿Vendrá Mila?

—No lo creo. —Ante mi expresión abatida, me pasó los dedos por la mejilla—. La haremos venir de visita cuando todo esto esté resuelto. ¿De acuerdo, *Tesoro*?

Asentí.

—Sí. Es que la echo de menos. Y tengo miedo de que el *Pakhan* haga algo para lastimarla.

La expresión de Matteo se ensombreció.

—¿Qué te hace decir eso?

Mierda. No podía dejar que entrara a una reunión con mi padre listo para asesinarlo.

—Por ninguna razón.

—Eres muy mala para mentir. —Me reacomodó para que estuviera frente a él y me tomó la cara con ambas manos—. Dime. ¿Te hizo daño? ¿Te levantó la mano?

Me mordí el labio.

—No creo que deba responder a eso.

En sus ojos oscuros ardía fuego.

—Lo mataré, Sofiya. Lo juro, acabaré con él, maldita sea.

—No, no lo harás. Estás en una alianza con él. Necesitas su apoyo.

—Nadie te lastima y se sale con la suya.

—No se ha salido con la suya. —Pasé mis dedos por las líneas de su ceño fruncido—. Soy *yo* quien se salió con la suya. A mi nueva e increíble vida contigo.

Tragó saliva.

—No lo mataré... todavía. Pero te juro por Dios, *Tesoro*, que lo pagará. No vendrás conmigo mañana por la noche.

—Sí, iré. Tengo que hacerlo, o parecerás débil. —Si yo no estaba allí, sugeriría que Matteo no tiene control sobre su casa.

Él sabía que yo tenía razón porque dejó escapar un sonido de disgusto en el fondo de su garganta antes de agarrarme de la mandíbula y acercarme para darme un beso fuerte.

—Te protegeré. Lo juro. Y algún día lo castigaré por todo el dolor que te ha causado.

Nos miramos fijamente, el silencio guardaba entre nosotros todas las palabras no dichas: mi anhelo, mi amor por él. Me apoyé en su pecho y nos quedamos así, abrazados, mientras la película seguía.

SOFIYA

MI PADRE ESTABA RETRASADO.

No debería sorprenderme, era otra manera de imponer su poder en cualquier situación, faltándole sutilmente el respeto a Matteo, aunque necesitaba esta alianza tanto como mi esposo. No sabía mucho de los negocios del *Pakhan*; no obstante, sabía que llevaba años codiciando las rutas comerciales de New York. Mi padre dejaba que su orgullo interfiriera en sus propios intereses.

La mano de Matteo se posó en mi nuca, su agarre era lo único que me mantenía remotamente tranquila. Mi padre ya no podía lastimarme. Podía intentarlo, pero en ese momento tenía gente a mi lado. Angelo, Romeo y Domenico estaban ubicados alrededor del restaurante, y aún más hombres estaban en la parte trasera y rodeando el perímetro. Lo peor que podía hacer el *Pakhan* era humillarme; aun así, confiaba en que mi esposo no prestara atención a cualquier insulto que mi padre soltara sobre mí.

Jugueteé con mi nuevo brazalete de diamantes. Los pendientes a juego se balanceaban suavemente contra mi piel. Eran preciosos, pero mi favorito seguía siendo el delicado relicario que me había regalado Matteo. Era cálido mientras descansaba contra mi cuello. Las joyas eran una armadura contra las mujeres de la *Bratva* que sabía que asistirían.

Tres G-Wagons negras se detuvieron frente al restaurante y Matteo me agarró con fuerza antes de soltarme. Le agarré la mano mientras se levantaba.

—No hagas nada que arruine la alianza solo por mí, ¿de acuerdo?

Un destello de furia cruzó su rostro y se inclinó, apoyando las manos a los lados de mi silla de ruedas, enjaulándome.

—¿*Solo* por ti, *Tesoro*? Sé que no estás insinuando que no vales la pena, que no eres mi prioridad. Porque si así fuera, tendría que inclinarte sobre mis rodillas aquí mismo.

Mis mejillas se encendieron.

—No, definitivamente no estaba sugiriendo eso.

Me dio un beso en los labios con el ceño fruncido y se enderezó cuando se abrió la puerta principal.

Uno de los guardaespaldas italianos la abrió y el *Pakhan* entró. Me miró con desprecio y apreté los puños. Lo siguió su segundo al mando, Bogdan, un hombre cruel más o menos de la edad de mi padre. Había hecho todo lo posible por mantener mi distancia con él durante toda mi infancia. Era un hombre al que le encantaba infligir dolor a los demás. Le seguían dos guardias que reconocí como Igor y Arkadi. Sentí que me encogía, tratando de convertirme en un blanco más pequeño para sus burlas.

Las esposas entraron detrás de los hombres. Mi madre, con un vestido de satén verde

guisante con una falda amplia; Yulia, la esposa de Bogdan, y dos mujeres más jóvenes que debían de estar casadas con los guardaespaldas. Me pareció que la guapa de cabello castaño podría llamarse Liliya.

Deseé que Noodle estuviera a mi lado. Llevaba muy poco tiempo en mi vida, pero en ese momento no podía imaginarme sin él. Enzo se lo había llevado por la tarde y, aunque lo echaba de menos, nunca arriesgaría a Noodle teniéndolo cerca de mi padre. Cuando tenía seis años, encontré una gatita en una zanja cerca de casa. La llamé Zvezda, *Estrella*, y la cuidé en mi habitación durante semanas. Se había hecho fuerte bajo mis cuidados, deleitándonos a Mila y a mí con sus pequeñas travesuras en nuestra habitación, hasta que el *Pakhan* la descubrió y la ahogó delante de mí.

No había ninguna maldita posibilidad de que Noodle se le acercara.

La expresión de Matteo era relajada e impasible mientras daba la bienvenida a nuestros invitados. ¿Era yo la única que notaba la rabia hirviendo a fuego lento bajo la superficie?

—Vengan, vamos a comer —indicó, guiando a todos a la gran mesa en el centro del restaurante. Estaba decorada magníficamente con candelabros encendidos, flores y vino.

—Siéntate en ese extremo —dictaminó el *Pakhan* a mi madre, despidiéndola con un gesto de la mano.

Matteo ocupaba el asiento de honor en la cabecera de la mesa y me guio hasta el que estaba a su derecha.

—Bah, deje que su esposa se siente en el otro extremo, Don Rossi. Así los hombres podremos conversar de verdad.

«¿Su esposa?». Típico. Qué rápido había eliminado cualquier recordatorio de su parentesco conmigo.

—Mi esposa se sienta a mi lado —declaró Matteo, con un tono de voz helado.

—Bueno, desde luego no está parada a su lado —soltó Yulia en ruso, con la voz lo suficientemente fuerte como para asegurarse de que la escuchara.

Le dediqué una sonrisa enfermizamente dulce y le respondí en ruso.

—Atrevidas palabras de una mujer cuyo marido no puede alejarse de ella lo bastante rápido. ¿Llegaron anoche? Eso significa que ya debe de haber encontrado al menos tres mujeres a las que follarse.

Fue un golpe bajo y me sentí un poco culpable, pero la expresión furiosa de Yulia también me produjo cierto placer.

Matteo me miró y yo negué ligeramente con la cabeza. Podía defenderme de las mujeres de la *Bratva*. Me tomó de la mano y me ayudó a sentarme en la silla antes de colocarse detrás de mí, con las manos sobre mis hombros, mientras veía fijamente a mi padre, desafiándolo a decir algo.

El *Pakhan* se echó a reír.

—¡Amor joven! Cómo recordamos todos aquellos tiempos.

Ninguno de sus hombres esbozó una sonrisa. Dudaba que supieran lo que era el amor aunque los golpeara en la cabeza.

Todos tomaron asiento, las esposas de la *Bratva* relegadas al extremo opuesto de la mesa. Uno de los nuevos guardias se sentó a mi lado, cosa que agradecí. Ya era bastante malo tener que mirar al *Pakhan* y Bogdan, no creía que pudiera tolerar sentarme a su lado.

La cena transcurrió lentamente, llena de conversaciones educadas e insípidas. La mano de Matteo nunca se apartó de mi piel, ya fuera apoyada en mi pierna bajo la mesa o sosteniendo mi mano sobre ella. Un par de veces capté la mirada de mi padre, que se desviaba hacia donde mi esposo y yo nos tocábamos, y sentí una enfermiza satisfacción. Me había vendido a los italianos

sin preocuparse por mi bienestar, y le había salido el tiro por la culata. Angelo me miró por encima del hombro de mi padre y me guiñó un ojo. Sentí una calidez en el estómago. Por fin tenía una familia de verdad que me brindaba sus cuidados y su protección.

Mi madre guardó silencio, pero miró mi plato de comida. Su expresión era tan clara que prácticamente podía escuchar su regaño por mi aumento de peso. Comí otro gran bocado de *fettuccine*, mirándola fijamente todo el tiempo. Apartó la vista, con el asco torciéndole los labios.

A medida que nos acercábamos al final de la cena, aparecieron porciones de tiramisú y *Sambuca*. Angelo se frotó el estómago mientras observaba las grandes bandejas de postres desde su posición junto a la pared. Tenía que asegurarme de que comiera algo más tarde.

Mi padre se levantó y anunció que los hombres tenían que probar el *vodka* que había traído. Se trasladaron a la parte del restaurante con chimenea y grandes sillones de piel. Esta vez, apreté la mano de Matteo y le dirigí una mirada alentadora. Tenía que ir con el resto de los hombres para apaciguar a mi padre. Se inclinó y me rozó la mejilla con un beso.

—Pórtate bien.

Puse los ojos en blanco.

—*Tú* pórtate bien —reviré sarcásticamente.

Su expresión sombría me dijo que se estaba imaginando cómo me daba nalgadas. Señaló con la cabeza a Angelo, que enseguida se puso a mi lado y me acompañó hasta donde las otras mujeres estaban sentadas en los sofás. Sin embargo, yo solamente tenía ojos para mi madre. Su vestido se ceñía a su delgada figura y sus ojos parecían aún más inexpresivos que la última vez que la vi. Estiré una mano y agarré la suya. Su piel estaba fría al tacto.

—Mamá, ¿estás bien? —Mis sentimientos hacia mi madre eran infinitamente complicados. Nos había fallado a Mila y a mí una y otra vez, y no había bondad en ella. Pero también sabía que era una víctima del *Pakhan*, y me aferraba a la esperanza desesperada de que algún día pudiera salir de esta niebla.

Respondió a mi mirada preocupada con una expresión perdida.

—Mamá, por favor —susurré, deseando que las otras esposas no estuvieran a poca distancia. Estaba segura de que esto sería motivo de habladurías en los círculos de la *Bratva*—. Háblame.

—¿Qué podría tener que decir cuando te presentas en *eso*? —intervino Yulia, con voz mordaz, mientras señalaba mi silla de ruedas.

Solté la mano de mi madre y tragué con fuerza. Me negaba a avergonzarme. Sentirme aceptada por mi nueva familia me estaba ayudando poco a poco a aceptarme a mí misma. ¿Cómo se atrevían estas mujeres a hacerme sentir mal por usar una silla de ruedas?

—¿No es maravillosa? Me la regaló mi esposo.

—Como si eso lo hiciera mejor —se burló.

Mamá se quedó sentada en silencio. Ojalá supiera cómo llegar a ella.

—Dinos, Sofiya, ¿cómo van las cosas con tu nuevo marido? —preguntó Liliya—. Ciertamente es bastante guapo.

Arqueé una ceja.

—Maravillosamente. ¿Y tú estás recién casada? —Estaba girando su anillo alrededor de su dedo.

—Con Arkadi —dijo, señalando al guardaespaldas de cabello negro que estaba detrás del *Pakhan*, con una sonrisa tensa—. Otro hombre guapo.

Incliné la cabeza.

La otra joven que no conocía habló.

—¿Ese es tu anillo? —Su voz estaba llena de indignación fingida.

Miré mi anillo de oro, tan sencillo, sobre todo comparado con los vistosos anillos de diamantes de las esposas de la *Bratva*, con sus tres bandas entrelazadas. Era el anillo que me había dado mi esposo cuando no me quería. Me pregunté cómo sería tener un anillo unido a un recuerdo más feliz.

—Pensé que la Mafia Italiana se dedicaba al comercio de diamantes —comentó Yulia—. Supongo que ese *maravilloso* marido tuyo no te consideró digna de uno.

No dije nada, pero agité mi muñeca, asegurándome de que la luz captara los diamantes de mi brazalete. Yulia puso los ojos en blanco y yo sonreí.

Miré por encima del hombro a Matteo, al otro lado de la habitación. Los hombres bebían mientras el humo de sus puros se arremolinaba a su alrededor. Aunque sabía que había sido yo quien lo había empujado a ir allí sin mí, en ese minuto lo quería desesperadamente a mi lado. En realidad, quería estar acurrucada en su regazo en el sofá de nuestra casa, lejos de toda esta gente horrible.

Su mirada se clavó en la mía, tan intensa como siempre. Rompí todas las reglas de etiqueta y le lancé un beso. Sus labios se inclinaron ligeramente antes de retomar su conversación.

MATTEO

HABÍA TORTURADO A MUCHOS HOMBRES A LO LARGO DE LOS AÑOS. TAMBIÉN HABÍA MATADO A muchos. Hacía tiempo que había aprendido a ir a lo más profundo de mí mismo, a ese lugar frío y oscuro carente de humanidad. Pero nada en mí era carente de sentimientos mientras me sentaba frente a la mesa con Rustik Ivanov. Sofiya seguía negándose a darme detalles sobre lo que su padre le había hecho, y eso me decía todo lo que necesitaba saber.

Levanté mi copa cuando Rustik hizo un brindis.

Sus días estaban contados.

—He oído rumores de algunos problemas en tu ciudad. —Empezó Rustik mientras bebía otro trago de *vodka*.

Incliné la cabeza.

—Los albaneses son cada vez más audaces. —No quería revelar demasiado, me negaba a mostrar cualquier tipo de debilidad delante de aquellos hombres, sim embargo, necesitaba ver cuánto sabían ya.

Los rusos se miraron entre sí.

—Eso hemos escuchado —dijo Rustik—. Arben es aún más imprudente que su padre.

—¿Están interfiriendo en las rutas de droga? —indagó Bogdan, arrastrando las palabras con su voz de acento marcado. Tenía los ojos vidriosos y me pregunté si solamente estaba borracho o si también había drogas de por medio.

—No —respondió Romeo—. Nuestras rutas de comercio están controladas. Lo que nos preocupa es el comercio que los albaneses intentan *introducir* en la ciudad.

Rustik levantó las cejas.

—¿El *comercio de pieles*?

Incliné la cabeza. Todo el mundo conocía mi aversión y la de mi padre al respecto. Hasta ese momento, Rustik no había traficado personas, una de las únicas razones por las que había aceptado esta alianza. No estaba seguro de por qué Rustik lo había evitado; desde luego, no se debía a ninguna decencia humana.

—Arben necesita una lección —anuncié.

—¡Otra ronda! —gritó Rustik. El camarero se apresuró a llenar nuestros vasos. Rustik levantó el suyo—. Por dar lecciones.

Incliné la cabeza hacia él y me tomé el trago. El *vodka* ardía al bajar.

Maldición, odiaba el *vodka*.

—Mañana por la mañana examinaremos los almacenes del puerto —concluyó Rustik—. Y luego podremos centrarnos en el problema de los albaneses. Ahora, basta de negocios. —Golpeó sus manos contra los muslos, repentinamente jovial—. ¿Estás satisfecho con tu esposa?

Mi mandíbula se apretó lo suficiente como para romperme un diente. Si este bastardo decía algo en contra de Sofiya...

Bogdan resopló mientras bebía otro trago.

—Te dije que no sería un problema, *Pakhan*. Es guapa, aunque sea una lisiada.

Una neblina roja se apoderó de mi vista, los latidos furiosos de mi corazón resonaban en mis oídos. Ni siquiera tuve que mirar a Rustik para saber que no haría nada, ni diría nada, para defender a su hija.

Bogdan se inclinó hacia mí, bajando la voz, aunque seguía siendo lo bastante fuerte como para que todos los presentes lo escucharan.

—Supongo que una puta es una puta. No importa si no puede usar las piernas.

Mi pistola estaba en mi mano antes de que pensara en moverme, mi cuerpo actuando por puro instinto. Apunté a su rótula y apreté el gatillo.

Su grito atravesó el aire y la sangre brotó de su herida. Miré a Sofiya al otro lado de la habitación. Tenía las cejas levantadas y los labios ligeramente entreabiertos.

Rustik maldijo mientras el hombre caía al suelo. Todos sus guardaespaldas me apuntaron con sus armas, y mis hombres hicieron lo mismo con ellos.

Me senté en mi silla como si no me importara nada en el mundo.

—Pido disculpas. —Me dirigí a Rustik, ignorando los gritos de Bogdan—. Debería haberte permitido el privilegio de disparar, ya que estaba insultando a tu hija.

Rustik apretó el puño, con los ojos llenos de furia, ambos sabíamos que mi disculpa era una simple forma de aparentar. Le estaba dando la razón al tiempo que señalaba su fracaso a la hora de defender a su propia sangre. Mis dedos se estremecieron por las ganas de dispararle a él también, y por la forma en que sus ojos revoloteaban hacia mi arma, me pregunté si lo había notado. Sin embargo, me limité a sonreír y volví a guardar mi pistola en la funda de mi pecho.

Inclinó la cabeza hacia mí.

—Me ahorraste una bala.

Bebí el resto de mi trago y me levanté.

—Se está haciendo tarde. Te veré en el almacén mañana por la mañana. —Me di la vuelta antes de que pudiera decir algo, despidiéndolo, y me acerqué a mi esposa.

Me incliné y le agarré la barbilla. Sus ojos atónitos se encontraron con los míos.

—Hora de irnos, *Tesoro.* —Asintió y se dirigió hacia la puerta, pero permaneció en silencio. Mantuve una expresión tranquila y confiada, aunque mi interior se retorcía. ¿Me tenía miedo?

SOFIYA

MATTEO ESTUVO CALLADO TODO EL TRAYECTO EN COCHE DE VUELTA A CASA. MANTUVO MI MANO apretada entre la suya, negándose a soltarla incluso cuando salimos del auto y subimos a nuestro apartamento.

—Iré a casa de Enzo a recoger a Noodle por esta noche —informó Angelo cuando salimos del ascensor.

Apenas pude decir "gracias" cuando Matteo prácticamente me empujó hacia dentro y cerró la puerta.

Me soltó la mano y se alejó unos pasos, con una expresión ilegible.

—Entonces... —dije, rompiendo el silencio—. Le disparaste al segundo al mando de mi padre. En un restaurante.

Matteo se cruzó de brazos, con el ceño fruncido.

—Lo volvería a hacer.

—¿De verdad?

—Sí.

Le hice un gesto con el dedo.

—Ven aquí.

El músculo de su mandíbula se tensó y soltó un largo suspiro. Me mordí el labio para ocultar mi sonrisa. Se tardó unos segundos antes de caminar hacia mí. Levanté los brazos y él se inclinó, permitiéndome rodearle el cuello. Me levantó con un movimiento rápido y sus manos me tocaron el trasero.

Pasé la nariz por su cara, respirándolo.

—Pareces creer, esposo, que estoy disgustada por lo que hiciste. —Sonreí al ver la sorpresa en su rostro—. Pocas personas en mi vida me han defendido, y nunca de esa manera. —Tomé su rostro y le pasé los pulgares por la mejilla antes de apretar mis labios contra los suyos—. Te has ganado una recompensa.

Apretó mi espalda contra la pared y gemí mientras su polla se agitaba contra mi cuerpo.

—¿Y cuál será mi recompensa, esposa?

Pasé mis dedos por su cabello.

—Lo que tú quieras. Haz lo que quieras conmigo.

—Es una oferta bastante peligrosa.

—¿Y eso por qué?

—Acabas de darme una fuerte motivación para dispararle a un montón de hombres, *Tesoro,* simplemente para poder reclamar mi premio.

Me reí contra su piel.

—Menos mal que puedes reclamarme en cualquier momento, sin necesidad de balas; así que, por favor, no le dispares a más gente por mi culpa.

—Haré lo que crea conveniente. —Su tono era de disgusto y lo apreté fuerte mientras me llevaba a nuestra habitación.

Encendió la lámpara de la mesita de noche y el suave resplandor iluminó la cama mientras me acostaba en ella.

—¿Te he dicho lo hermosa que te ves? —Me besó el cuello y la clavícula.

—Puede que lo hayas mencionado.

—Nunca lo diré lo suficiente. Nunca habrá palabras suficientes para describir tu belleza.

Parpadeé furiosamente. *No* lloraría ante sus dulces palabras.

Volvió a acercar sus labios a los míos, profundizando nuestro beso, y me aferré a él, necesitando hacer todo lo posible para fusionar nuestros cuerpos. Su sabor y su aroma me envolvieron mientras me recorría la piel con manos firmes. Se apartó con una maldición.

—Necesito quitarte esto —dijo jalando mi vestido.

Me di la vuelta para que pudiera acceder a la cremallera. La bajó y su aliento me recorrió la piel mientras me daba besos cálidos en la espalda. Me quitó lentamente el vestido y soltó un gruñido cuando vio mi pequeña tanga negra.

—Joder. —Me mordió cada nalga, haciéndome chillar, mas, no me quitó las bragas—. Date la vuelta, *baby*.

Sus manos acariciaron mi piel mientras hacía lo que me pedía, sus pulgares rodeaban mis pezones excitados. Se apartó lo suficiente para quitarse la chaqueta y remangarse la camisa, dejando al descubierto sus gruesos y musculosos antebrazos. Me acerqué a él, necesitaba tocarlo, pero me agarró las dos muñecas con una mano.

—Necesito tener el control esta noche.

La vulnerabilidad de sus ojos me oprimió el pecho.

—Lo que necesites, *Miliy*.

Me besó en la frente y me ayudó a sentarme, colocando un almohadón detrás de mi espalda para darme apoyo. Cruzó la habitación y sacó una soga de la cómoda. La tensión que arrastraba desde la noche anterior, cuando me enteré de que tendría que ver a mi padre, disminuyó cuando mi esposo se acercó a mí aflojándose la corbata. Tal vez yo necesitaba ceder el control esta noche tanto como él necesitaba tomarlo.

Matteo pasó la soga por mi piel, el borde ligeramente áspero del material hizo que me recorriera un escalofrío. Se tomó su tiempo para atarme el arnés del pecho, besándome y estimulando mi clítoris mientras enrollaba la soga alrededor de mis senos y bajaba por mi torso en un patrón de diamante. La firmeza de la soga contrastaba con la forma suave y tentadora en que sus dedos rozaban mi piel, dejándome con ganas de más.

—Lo estás haciendo muy bien para mí. Me dejas atarte, usarte como yo quiera. —Sus palabras fueron un susurro contra mi piel y me balanceé, intentando inclinarme más hacia él.

Me sujetó con firmeza y me colocó de modo que pudiera agarrar el extremo de la soga y pasarla entre mis piernas. Gemí cuando la apretó entre los labios de mi coño. Mi ropa interior de encaje me proporcionaba una pequeña capa de protección, pero la soga me rozaba el clítoris, haciéndome arder. Pasó la soga entre mis nalgas y jadeé cuando tiró de ella con fuerza, atándola a la parte posterior del arnés de mi pecho.

Tenía los labios entreabiertos y jadeaba. Mi clítoris estaba hinchado y necesitado, desesperado por la fricción, y el apretado arnés era un recordatorio constante de que estaba completamente bajo el control de Matteo.

—Mírame —ordenó en voz baja. Me sentí cada vez más sumisa cuando me encontré con su vista oscura.

—Por favor —le supliqué.

Me colocó frente a él, con las piernas a horcajadas sobre su muslo. Su corbata y su chaqueta yacían olvidadas en el suelo, sin embargo, aparte de eso, estaba completamente vestido. Estaba vulnerable y a su merced, y me sentía completamente segura.

Sujetaba el arnés del pecho y me balanceaba hacia delante y hacia atrás, y cada movimiento me producía un pulso de placer mientras me frotaba contra la soga y su pierna. Intenté moverme más deprisa, pero él tenía todo el control, alargando mi placer hasta que me quejé y gemí en su agarre.

—Tan hermosa —murmuró.

Respirábamos al mismo ritmo, nuestros latidos se sincronizaban mientras yo caía más profundamente bajo su hechizo. Estaba flotando, atada a la tierra únicamente por su tacto. Un par de veces se me cerraron los párpados y me golpeó el muslo en señal de castigo.

—Voy a ver cómo te desmoronas por mí, *Tesoro*. Tu cuerpo me pertenece por completo. Mío para tocar, mío para mandar, mío para controlar.

—Sí. —Exhalé.

—Nadie más te tocará. Nadie sentirá jamás lo empapada que te pones por mí.

—Solo tú. —La niebla se estaba asentando con más fuerza en ese instante, mi mente flotaba hacia el delicioso lugar al que solamente él podía llevarme. Rendición absoluta, porque sabía que no había ningún lugar en el universo tan seguro como sus brazos.

Gruñó y aceleró sus movimientos, pellizcándome el pezón hasta que grité. Mi orgasmo estalló, inundándome como una oleada. Me aferré a sus hombros, clavando mis dedos para evitar salir flotando.

—Buena chica, lo hiciste muy bien para mí. —Sus labios rozaron mi oreja mientras seguía murmurando elogios. Me bajó a la cama y desató la soga, depositando besos en cada punto de mi piel enrojecida antes de estrecharme contra su pecho. Me agarró la nuca y me acarició suavemente el cabello—. Maldición, Sofiya, *carajo*. Somos tú y yo, para siempre.

Le chupé el cuello, deseando, *necesitando*, dejar también mi huella en él. El silencio entre nosotros era fácil, envolviéndonos suavemente.

—Probablemente dejé una mancha húmeda en tus pantalones —susurré.

—Bien. Necesito tu olor en cada par que tenga.

—Eres ridículo.

Deslicé mis manos por su pecho, desabrochando los botones de su camisa antes de descender. Apreté su polla dura a través de sus pantalones, y él empujó hacia mí con un gemido. Dios, quería escucharlo hacer ese sonido una y otra vez. Le bajé la cremallera y él levantó la cadera, ayudándome a bajárselos hasta que mis dedos rodearon su cálida y suave polla.

Inhaló con fuerza y me apretó el trasero con firmeza. Solté un gritito cuando me levantó y deslizó su polla entre los labios de mi coño.

—¿Estás cansada, *Tesoro*?

—No —repliqué con una sonrisa—. Estoy bien despierta.

Nos hizo rodar de modo que quedó suspendido sobre mí. Sus gruesos muslos se apretaban entre los míos y su polla me acariciaba la entrada.

—No me hagas esperar —musité, con mis labios rozando su garganta.

Presionó, provocándome únicamente con la cabeza de su polla.

—Viviría dentro de ti si pudiera. —Antes de que pudiera responder, me la metió hasta el

fondo y solté un grito de placer. Sus brazos rodearon mi cuerpo, manteniéndome lo más quieta posible mientras él entraba y salía.

—Joder, me voy a correr rápido. Vente conmigo, *baby*. Necesito sentir tu coño perfecto apretando mi polla.

Hizo una pausa para colocar una almohada bajo mis caderas. El cambio de posición alivió la presión sobre mis articulaciones e hizo que cada embestida diera en el punto perfecto de mi interior. Fue como electricidad en mi interior y gemí, aferrándome a Matteo mientras me corría. Él me siguió segundos después, los dos montados en nuestro placer, con los corazones acelerados donde nuestra piel se presionaba.

—Perfecta. Eres tan perfecta —murmuró, besándome suavemente los labios antes de quitarse de encima de mí. Me acurruqué mientras Matteo entraba al baño. Salió unos minutos después con una toallita húmeda y me limpió, haciendo que se me calentaran las mejillas. Siempre sentía una mezcla de placer y vergüenza cuando se ocupaba de mí de ese modo.

Volvió a tumbarse a mi lado y me acurruqué en su pecho.

—Todo se siente bien cuando estoy contigo. —Mis palabras salieron entre dientes, pero su agarre se hizo más fuerte—. Aunque siempre soñé con tener esto, nunca pensé que lo tendría. Gracias.

—Nunca tienes que agradecérmelo —aseguró. Sonaba como si estuviera medio dormido, y sonreí contra su pecho desnudo.

El sueño me arrastraba, pero justo antes de que lo hiciera, las palabras que había retenido durante tanto tiempo salieron de mí.

—Te amo.

El pecho de Matteo seguía subiendo y bajando sin cesar. Le di un suave beso en la piel y cerré los ojos.

MATTEO

—*Te amo*.

Mantuve la respiración tranquila para que Sofiya pensara que estaba dormido, no obstante, sentía que mi pecho estaba a punto de estallar.

Ella me amaba.

Me amaba.

Todo era igual que hacía unos minutos y, sin embargo, nada era igual. El universo había cambiado y yo me había transformado.

Yo era un hombre amado por Sofiya Rossi.

De algún modo, contra todas las probabilidades, contra mi propia jodida idiotez y terquedad, me había ganado el amor de mi preciosa esposa.

La abracé con más fuerza mientras su respiración se calmaba. Nunca tendría suficiente de esto, de ella. La deseaba en cada momento que estaba despierto, mi mente incluso la buscaba mientras dormía.

Y me pregunté si así era como se sentía el amor.

MATTEO

DOMENICO ENTRÓ A LA OFICINA, CON LA MANDÍBULA APRETADA Y UNA *LAPTOP* EN LAS MANOS.

—Infórmame —ordené.

—Sí, Jefe. —Luego dudó.

Tuve que contener un gruñido. Debería estar con Sofiya en ese momento. No había querido salir de la cama esta mañana, sobre todo con lo cansada que estaba últimamente. Quería pasar todo el día abrazados, follando, tocándonos y escuchando su dulce voz mientras me recorría el pecho desnudo con sus dedos. Si no hubiera querido matar a los albaneses antes de esto, lo habría hecho simplemente porque me alejaban de mi esposa.

Domenico se aclaró la garganta, abriendo la *laptop*.

—Encontré al traidor.

Arqueé una ceja, sin que mi expresión delatara algo. Aunque por dentro, el corazón me latía con fuerza por la necesidad de *destruir*. La sed de sangre se apoderó de mí. Por fin los teníamos.

—Entonces, ¿quién es? —preguntó Romeo.

Mi ejecutor dejó la computadora sobre el escritorio de modo que quedara frente a mí.

—No quería creerlo —dijo—, pero es la señora Rossi.

Tardé un segundo en procesar sus palabras, y en cuanto lo hice, la rabia me inundó el pecho.

No.

Estaba equivocado. Jodidamente *equivocado.*

Domenico se movió y miró hacia abajo, donde sabía que tenía la pistola escondida bajo la chaqueta. Debería estar nervioso de que le fuera a disparar después de haber *acusado a mi mujer de ser una traidora*.

—Me dio permiso para investigar a todos los miembros de la Familia y vigilar las comunicaciones —continuó apresuradamente—. Instalé un *software* espía en el teléfono de su esposa cuando recibió el nuevo. Lo hice por precaución, por supuesto sin esperar encontrar algo, pero entonces noté un patrón de llamadas y mensajes extraños.

Se movió para poder desplazarse por la pantalla, mostrando un archivo con capturas de pantalla de mensajes de texto. Se me nublaron los ojos. Sofiya había estado enviando mensajes de texto a un número desconocido con un código de área del norte del estado, enviándoles información confidencial sobre nuestros movimientos. Información que podría haber conseguido fácilmente sentada conmigo en este mismo escritorio. Mientras mi polla estaba *dentro de ella*, había estado trabajando para traicionarme.

Romeo frunció el ceño cuando me miró, y supe que ambos estábamos recordando a mis padres y la traición que nadie había visto venir.

Domenico pasó por una serie aparentemente interminable de llamadas y mensajes. La

mayoría de los mensajes recientes habían sido enviados a media mañana, cuando ella me había dicho que estaba demasiado cansada para levantarse de la cama. Cuando estaba sola en el apartamento.

Romeo me analizaba atentamente, como esperando una explosión. Pero la ira dentro de mí ardía oscura y fría.

—¿Por qué haría esto? —cuestionó.

—Hay mensajes entre la señora Rossi y su hermana, Mila, que sugieren que Mila está enamorada de... —Domenico se interrumpió.

—Escúpelo —gruñí.

—Arben —añadió.

El nombre me produjo un escalofrío.

—Rustik nunca permitiría que Mila se casara con Arben y destruyera nuestra alianza —intervino Romeo.

—A menos que Arben reclamara la ciudad. —Las palabras de Domenico flotaban en el aire.

Si los albaneses se apoderaban de New York, a Rustik le convendría mucho más romper nuestra alianza y ponerse del lado de los albaneses.

Sofiya amaba a su hermana. Dijo que haría cualquier cosa por ella. ¿Eso incluía traicionar a su nueva familia, traicionarme *a mí*?

—¿Arben y Rustik están trabajando juntos? —pregunté.

—No lo parece —expresó Domenico—. Todo esto es un plan de Mila y Sofiya. Arben le prometió a Sofiya una casa en cualquier parte del mundo que quisiera —continuó mientras buscaba un mensaje de texto entre Mila y mi esposa.

SOFIYA

Siempre he sido una prisionera. No puedo hacer nada sin que me vigilen y estoy harta. ¿Estás segura de que realmente puede liberarme?

MILA

Arben dice que está todo arreglado. Una casa junto al océano, y puedo visitarte en secreto siempre que quiera. Nadie lo sabrá jamás.

SOFIYA

De acuerdo. Hagámoslo, entonces.

NO PENSÉ que algo pudiera tener el poder de destruir mi mundo tanto como escuchar los disparos que mataron a mis padres, sin embargo, el dolor que me atravesaba el pecho en ese instante me demostraba que estaba equivocado. Había pasado años endureciendo mi corazón, pero de algún modo Sofiya se había abierto camino. Y en ese segundo mi mundo volvía a desmoronarse.

—Espera afuera, Domenico —pidió entre dientes Romeo, señalando hacia la puerta. Mi ejecutor dudó un momento antes de asentir con la cabeza y salir de la habitación. Cuando la puerta se cerró tras él, volteé hacia mi segundo al mando.

—Puede que no sea lo que parece, *Fratello*.

Me pasé la mano por la cara, dejando que mi máscara se cayera un poco en su presencia.

—Me dijo que me amaba. —Sentí las palabras como ceniza en la boca.

—Te ama —repitió Romeo.

—¡¿Cómo explicas esto?! —grité, señalando a la *laptop*. Los mensajes se remontaban a los

primeros días después de casarnos. El día que la había abandonado en el apartamento. Pero las cosas habían mejorado desde entonces. *Yo* había mejorado. Y aun así, ella eligió a su hermana antes que a mí.

El silencio sofocante de Romeo se extendía por la habitación como algo tangible, robándome el aliento de los pulmones.

Yo era un hombre que actuaba. Siempre en control, siempre con un plan. Y sin embargo, mi cabeza estaba vacía. Todo mi mundo se desmoronaba y no podía ver el siguiente paso que tenía ante mí. En contra de mi buen juicio, me había abierto a Sofiya, le había desnudado mi alma. ¿Y así me lo pagaba?

Romeo abrió la boca para hablar, pero lo interrumpió un golpe seco en la puerta.

—Jefe —llamó Domenico—. Tengo a Ajello al teléfono. Es una emergencia.

Levanté la barbilla hacia Romeo y este abrió la puerta.

Mi ejecutor entró, con los ojos abiertos de par en par.

—Hay una emboscada en el almacén del norte. Nuestros hombres se han atrincherado en el interior, pero puede que no duren mucho. Ajello dice que Arben está allí.

—¡Carajo! —bramé. Este era el momento que había estado esperando, la oportunidad de acabar con Arben. ¿Por qué tenía que ser en ese momento, cuando tenía que ocuparme de Sofiya?

A menos que fuera *por eso*. ¿Estaba Arben en la ciudad porque estaba haciendo algún tipo de jugada con Sofiya?

—Joder, Jefe, no durarán mucho más sin refuerzos —comentó Domenico. Incluso al otro lado de la habitación podía escuchar gritos a través del altavoz del teléfono.

Me puse la chaqueta. Tenía que moverme *ya*.

—Ve por Sofiya y ponla en una habitación del sótano —le ordené a mi ejecutor. Cada palabra era una agonía, pero no veía otro camino por delante.

—¿Qué? —siseó Romeo, con los ojos muy abiertos.

Me enfrenté a su expresión de sorpresa con la mía de dureza. Podía ser mi hermano en todo menos de sangre, no obstante, yo era el Don y mis órdenes no podían ser cuestionadas públicamente. Romeo reconoció su error y asintió con la cabeza. Su mandíbula seguía apretada.

—¿No quiere que vaya con usted? —inquirió Domenico.

—No, quédate con Sofiya. —La rabia posesiva surgió en mí ante la idea de que otro hombre estuviera cerca de mi mujer. Sin duda, mi cuerpo no se había dado cuenta de que era una traidora. ¿Cuánto de nuestro tiempo juntos había sido una mentira? Mas no tenía elección. Mi prioridad tenía que ser ir tras Arben. Mientras que Domenico era una ventaja en una pelea, necesitaba a alguien de confianza para quedarse aquí. Él era quien me había ayudado a identificar a los traidores hacía más de una década, cuando luchaba contra mi tío para recuperar lo que era mío.

—¿Qué quiere que haga con ella una vez que esté en el sótano? —preguntó.

—Nada —respondí entre dientes—. No le hagas daño, solamente métela en la habitación. Asegúrate de que no tenga su teléfono ni ninguna otra forma de comunicarse. Iré a buscarla cuando volvamos. —Me dirigí a Romeo, incapaz de ignorar el impulso de defender mis acciones —. Si ella es la traidora, esperemos que el tiempo que pase en la habitación la asuste lo suficiente como para confesar.

Romeo no formuló su pregunta, pero flotaba en el aire entre nosotros tan clara como el día: *¿y si no lo era?*

No podía correr ese riesgo. Mis hombres estaban en peligro, todo mi imperio estaba

amenazado. No podía dejarla sin supervisión en mi ausencia. Era posible que ella y Arben ya tuvieran algún tipo de plan en marcha, y si sospechaba que la habían descubierto, podría intentar huir.

«Nunca».

Nunca, *Tesoro*.

Jamás huirás de mí.

—Sí, Jefe —expresó Domenico—. Me ocuparé de ello.

Romeo y yo agarramos armas adicionales en la armería antes de dirigirnos al garaje con diez de mis mejores hombres.

Iríamos al almacén, destruiríamos a los albaneses, capturaríamos a Arben, y luego volvería y le sacaría la verdad a mi esposa.

SOFIYA

ANGELO METIÓ LA PESADA OLLA DE HIERRO EN EL HORNO MIENTRAS YO SUPERVISABA nerviosamente.

—Quedará muy bien, *principessa* —alentó, cerrando la puerta contra el fuerte calor.

—No lo sé —vacilé, retorciéndome las manos—. Es la primera vez que horneo pan *sourdough*. Probablemente lo arruiné.

Mi guardaespaldas se burló.

—No te preocupes. No es como si el Jefe no se fuera a comer lo que le pongas enfrente.

—Eso es una exageración —murmuré, pero la expresión de Angelo me decía que estaba diciendo tonterías. Había un brillo travieso en sus ojos y me sonrojé, recordando cómo Matteo me *había* comido sobre la encimera de la cocina apenas el día anterior.

Noodle me dio un golpecito en la mano y le rasqué la oreja.

—¿Quieres dar un paseo, *Malysh*?

—Tenemos tiempo de dar una vuelta a la manzana antes de que el pan esté listo —anunció.

—De acuerdo, entonces vamos a dar un paseo rápido —le dije a Noodle, que giró entusiasmado.

Me deslicé con la silla hacia la puerta principal, pero se abrió antes de que llegara. Por un momento tuve la esperanza de que Matteo hubiera vuelto temprano, sin embargo, se me encogió el corazón cuando vi que era Domenico. Noodle se puso frente a mí, con el cuerpo en alerta.

—¿Qué está pasando? —preguntó Angelo, apresurándose a mi lado.

—¿Matteo está bien? —inquirí, mirando entre los dos hombres.

—El Jefe está bien. Estoy aquí por usted, señora Rossi. —El rostro del ejecutor era inexpresivo, aun así, había un brillo en sus ojos que me hizo estremecer.

—¿Qué quieres decir?

—El Jefe me pidió que la llevara abajo. Te está esperando allí.

Una sensación de incomodidad se apoderó de mi pecho. Si bien Matteo confiaba en su ejecutor, yo no quería ir a ninguna parte con él.

—No he escuchado nada sobre esto —comentó Angelo.

Domenico resopló.

—El Jefe me envió a buscarla. Tiene una sorpresa para ella. —Su voz era tranquila, pero la tensión crepitaba en el aire.

—Yo me quedo con ella —espetó Angelo.

Domenico se encogió de hombros.

—Como quieras.

Cuando iba a ponerle el arnés a Noodle, Domenico me detuvo.

—Deje al perro aquí.

—Él viene conmigo —repliqué con frialdad.

Domenico puso los ojos en blanco.

—Bien, bien, haga lo que quiera.

Cuando entramos al ascensor, Angelo estaba enviándole un mensaje a alguien en su teléfono, y supe que debía de estar confirmando la situación con mi esposo. Respiré con calma y acaricié las suaves orejas de Noodle. Estaba exagerando. Matteo simplemente tenía una sorpresa para mí. No tenía nada de extraño.

La puerta del ascensor se abrió y Angelo maldijo mientras se colocaba frente a mí, bloqueándome la vista.

—¿Por qué carajo estamos aquí abajo, Domenico? —cuestionó Angelo.

—Tan solo cumplo las órdenes del Jefe —aclaró, agarró las manijas de mi silla de ruedas y me empujó hacia adelante, obligando a Angelo a retroceder de un salto.

Un escalofrío me invadió cuando vi que estábamos en un sótano, no en el garaje. Estaba oscuro y frío, y frente a mí había una puerta abierta que daba a una pequeña celda.

Angelo rugió y lo empujó en el pecho.

—¿Qué demonios es esto?

Respiré agitadamente mientras Domenico apuntaba con su pistola a mi guardaespaldas.

—¿Qué haces? ¡No dispares! —grité.

—Cumplo las órdenes del Jefe —afirmó—. Y no toleraré ninguna traición.

—Mientes. —La rabia bailaba en los ojos de Angelo, y me aterrorizaba que atacara a Domenico y recibiera un disparo. Justo entonces, sonó su teléfono.

—Romeo —saludó Angelo, con el alivio bañando su rostro mientras contestaba. El resto de la conversación se desarrolló en un italiano acelerado. Solamente entendí un par de palabras, pero el horror en sus ojos era demasiado fácil de comprender.

Colgó.

—Sofiya —dijo con voz suave.

—No —balbuceé, negando con la cabeza—. ¿Qué está pasando? No me dejes aquí.

Mi guardaespaldas parecía angustiado.

—Es solo hasta que regrese el Jefe. No tardará mucho.

—Por favor —supliqué—. Por favor, no hagas esto.

Domenico agarró mi silla de ruedas y me empujó dentro de la celda. Noodle gimoteó, negándose a separarse de mí.

—Fuera.

Antes de que pudiera procesar la orden de Domenico, inclinó la silla de ruedas hacia delante y yo solté un grito. Conseguí agarrarme a Noodle, que me estabilizó e impidió que me golpeara demasiado fuerte contra el suelo.

El ejecutor agarró la correa de Noodle y empezó a jalar. Mis mejillas se llenaron de lágrimas mientras le gritaba que lo soltara. Sin embargo, se limitó a hacer una mueca de desprecio y arrastró a mi perro llorando fuera de la celda, cerrando la puerta tras ellos.

La habitación estaba envuelta en la oscuridad.

Y yo estaba sola.

NO SUPE cuánto tiempo había pasado cuando la puerta volvió a abrirse. Domenico entró,

arrastrando una silla de metal en una mano y sosteniendo una linterna en la otra. Eché un vistazo a su alrededor, intentando ver a Angelo o a Noodle, pero la puerta se cerró con un fuerte estruendo, dejándome sola en la pequeña celda con el ejecutor. Apreté la mandíbula con fuerza para evitar que se me escaparan las lágrimas.

—Te creíste muy lista, ¿verdad? —Empezó, encendiendo la linterna. Proyectaba sombras amenazantes a lo largo de las paredes.

—No sé a qué te refieres.

Una sonrisa siniestra se dibujó en su rostro mientras se reclinaba en la silla.

—Voy a disfrutar viendo cómo el Jefe te saca información. La primera vez que lo vi torturar a un hombre, nunca había visto nada igual. Ese hombre también era un traidor. El Jefe lo mantuvo vivo una semana entera, cortándole lentamente las uñas y luego los dedos y luego las extremidades. Cada parte de su cuerpo estaba tan destrozada cuando finalmente murió, que apenas parecía humano. Fue... *inspirador*.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y mis axilas se humedecieron.

—No soy una traidora.

Domenico resopló.

—Al menos tienes un par de horas para practicar tu actuación.

La ira se encendió en mi pecho.

—No estoy actuando.

—Hace semanas que sabemos que alguien estaba pasando información a los albaneses. El Jefe no esperaba que fueras tú, pero las pruebas son contundentes. —Sus ojos se oscurecieron al recorrer mi cuerpo, y de repente me sentí horriblemente desnuda—. Me pregunto si empezará con el ahogamiento forzoso. Es increíble lo que puede hacer con tan poca cantidad de agua. O tal vez te arrancará tus bonitas uñitas de los pies. Si tengo suerte, me dejará hacerlo a mí también.

Mi mente rechazó sus palabras. Matteo se preocupaba por mí. Nunca me haría daño. Esto debía de ser solo idea de Domenico.

Aunque... Angelo había confirmado la orden con Romeo.

El pánico estalló en mi pecho.

—Todo esto es un malentendido —solté, no obstante, mis palabras sonaron débiles.

Domenico se limitó a reír. Me alejé de él todo lo que pude en esta pequeña y asquerosa celda. El suelo de cemento estaba frío y sucio, y mi posición me hacía aún más vulnerable ante el horrible ejecutor.

—Adiós, señora Rossi. No es que vaya a llamarla así durante mucho más tiempo. Espero que disfrute de su estancia.

LA HABITACIÓN ESTABA envuelta en una oscuridad opresiva que hacía imposible saber cuánto tiempo había pasado. Me acurruqué en torno a mis rodillas, intentando generar calor. Mas era inútil, ya que el frío húmedo del suelo y las paredes de concreto se sentía como hielo a través de mi ropa. A pesar de que el castañeo de mis dientes rompía el silencio, nada podía distraerme del dolor de mi vejiga.

Medio me acerqué, medio me arrastré, a la puerta metálica y golpeé las manos contra ella.

—Tengo que ir al baño. Por favor, déjame salir. —Mi voz estaba ronca por las horas que había pasado gritando pidiendo ayuda cuando me metieron aquí por primera vez. Finalmente me desplomé contra la puerta mientras las lágrimas caían por mi cara.

Estaba sola.

Completamente sola.

Los brazos me fallaron y caí al suelo, con el cuerpo demasiado débil y cansado para seguir sosteniéndome. El duro suelo era insoportable para mis caderas, mas no podía hacer nada para evitarlo.

Cerré los ojos, imaginando a Matteo irrumpiendo en la celda y rescatándome. Pero ni siquiera mi imaginación pudo ofrecerme consuelo cuando la imagen cambió y la expresión de Matteo se volvió cruel. Me miró con desprecio.

«—Ahora por fin puedo librarme de ti».

Mis sollozos me asfixiaron.

«—No me dejes aquí —susurré una y otra vez, hasta que mis labios se movieron en silenciosa agonía, con la voz robada».

Era la criatura más patética del mundo mientras la orina caliente se deslizaba por mis piernas, encharcándose en el suelo. Triste, patética y pequeña. Porque pensé que por fin lo había encontrado. Amor, afecto... algo que parecía una familia.

Sin embargo, nunca fue real. Porque incluso en ese momento, incluso mientras mi corazón se rompía, sabía que no importaba lo que hiciera, nunca sería capaz de hacerle esto a Matteo.

Lo amaba demasiado.

Qué tonta había sido.

MATTEO

ABRÍ LOS OJOS, SINTIÉNDOME DROGADO Y ATURDIDO.

Traté de tocarme la cara y sentí que el brazo me ardía muchísimo.

—No fue una buena idea.

Giré la cabeza hacia la derecha, siguiendo la voz de Romeo. Su rostro parecía demacrado, con sombras oscuras bajo los ojos.

—Estás hecho una mierda —solté con voz ronca.

Romeo resopló.

—Tienes suerte de que aquí no haya un espejo, porque yo tengo mejor aspecto que tú.

Le creía si mi aspecto se parecía un poco a cómo me sentía.

—¿Qué pasó?

Romeo me pasó un vaso de agua de la mesa auxiliar junto a la cama.

—Una bala en el brazo. Uno de los soldados albaneses en el suelo no estaba del todo muerto, al parecer.

—Carajo.

Cuando llegamos al almacén, Arben no estaba por ninguna parte. Habíamos derrotado a los soldados albaneses sin mucha dificultad, liberando a mis hombres atrapados. Estábamos cargando a los soldados que capturamos en camionetas cuando caí.

—¿Cuál es el daño?

—Te operaron. Dicen que te recuperarás completamente, aunque tendrás que ser cuidadoso durante las próximas seis semanas.

Me quejé.

—Maldita sea, odio que me disparen.

Romeo resopló.

—Te pasa muy a menudo.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Desde ayer por la tarde. Ahora son las diez de la mañana.

Miré alrededor de la habitación, con la vista borrosa, para ver si Sofiya estaba aquí. Mi corazón se hundió cuando los recuerdos del día anterior volvieron a mí. Maldición, ¿cómo se había jodido tanto todo? Necesitaba volver a casa para llegar al fondo de las cosas. Era difícil rebatir los mensajes que había visto, no obstante, seguía pareciéndome imposible que me hubiera traicionado. Era una muy buena actriz si todo era cierto. Me pasé la mano por la cara. O quizás ella me había ablandado.

Estaba seguro de que estaría furiosa cuando volviera al apartamento. Intenté encontrar la frialdad que se había forjado dentro de mí como Don de la Mafia Italiana, pero no pude borrar la

culpa que sentía de que ella hubiera pasado algo de tiempo en el sótano.

Me levanté para sentarme, maldiciendo la debilidad de mi brazo.

—Tenemos que volver a casa.

ME APOYÉ en el ascensor mientras nos llevaba al último piso. Lo único que quería era arrastrar a Sofiya hasta la ducha, besar cada centímetro de su cuerpo y estrecharla contra mí en la cama mientras dormía.

Y luego me despertaría y me la follaría un par de veces.

Lamentablemente, demasiadas cosas se interponían entre esa fantasía y yo.

Salí del ascensor y encontré a Angelo de pie fuera del apartamento. Su rostro era una máscara de rabia y no me miró. Apreté la mandíbula por la insubordinación, pero era el hombre que cuidaba a Sofiya y comprendí por qué estaba enfadado conmigo. Me dirigiría a él más tarde.

—¿Quieres que entre como refuerzo? —Romeo preguntó.

Probablemente debería, aunque fuera solamente para evitar que Sofiya me envolviera en su dedo. Necesitaba interrogarla, llegar al fondo de lo que estuviera pasando. Asentí con la cabeza y pasé junto a Angelo para entrar en el apartamento.

Noodle me recibió en la puerta, rebosante de energía. Intenté darle una palmadita en la cabeza, pero salió corriendo hacia la habitación.

Mierda, ahora no le caía bien ni al perro.

—¿Sofiya? —grité. Debía de estar en nuestra habitación.

Mis pasos eran pesados por el cansancio. Antes de que pudiera llegar a la habitación, Noodle salió corriendo y me lanzó la bolsa con los medicamentos de Sofiya. Una sacudida de pánico me recorrió el pecho. ¿Sofiya estaba herida?

Me apresuré a entrar en la habitación, pero estaba vacía. Volví a llamarla y revisé el baño. Volví corriendo a la sala.

—No está aquí —le avisé a Romeo, que estaba sacando algo del refrigerador.

De inmediato volvió a poner el recipiente en su sitio, entrando en acción como mi segundo al mando. Llegó antes que yo a la puerta principal y la abrió de golpe.

—Angelo, ¿dónde está Sofiya? —inquirió.

Se volteó, mirándonos a ambos confundido.

—Está donde la dejaste. —Me miró fijamente mientras hablaba, con los ojos llenos de furia.

Tardé un momento en asimilar sus palabras.

¿Dónde *yo* la dejé?

—¡¿Todavía está en el puto sótano?! —bramé.

Romeo maldijo detrás de mí. Me temblaron las manos al presionar el dedo contra el lector del ascensor. Se abrió enseguida.

—Entra —le demandé a Angelo—. Y explica de una puta vez lo que pasó.

—Ordenó que la señora Rossi debía quedarse en la celda y que nadie debía dejarla salir excepto usted —me recordó.

Golpeé con el puño la pared del ascensor.

—¿Y a nadie se le ocurrió hacer algo cuando no regresé *después de unas horas*?

—Cuando no volvió, intenté sacarla. Domenico dijo que había llamado a Romeo, quien le confirmó que debía quedarse allí hasta que usted regresara.

Giré la cabeza hacia mi hermano, que levantó las manos.

—Él no me llamó. Nunca dije eso. Yo también supuse que había vuelto al apartamento.

Domenico era hombre muerto.

Se me aceleró el corazón y quise gritar por lo lento que iba el ascensor. En cuanto se abrieron las puertas, corrí por el sótano hasta la celda en la que estaba Sofiya. No había nadie colocado en el exterior y las llaves no estaban por ninguna parte.

—¡Trae las llaves extra de mi oficina! —le grité a Romeo. Me dirigí de nuevo a la puerta—. Sofiya, *Tesoro*, ¿puedes escucharme? —Sabía que no podía. Esta era la habitación que usábamos para torturar. Era a prueba de sonidos.

Mas eso no me impidió exclamar su nombre a través del metal, haciéndole saber que estaba aquí y que saldría en un minuto.

Romeo estaba sin aliento cuando volvió con las llaves.

Quité el seguro de la puerta con manos temblorosas y luego la abrí de golpe.

Nada podría haberme preparado para lo que vi.

La luz se colaba en la habitación, mostrando a mi esposa desplomada en el suelo y empapada de orina.

Caí de rodillas y la hice girar suavemente sobre su espalda. Tenía los ojos cerrados y la piel helada.

—No, mi amor, por favor, tienes que estar bien —le supliqué mientras la estrechaba entre mis brazos—. ¡Romeo! ¡Trae a Aria aquí inmediatamente!

Corrí hacia el ascensor lo más rápido que pude sin sacudir a Sofiya.

—Quédate conmigo —le rogué a su cuerpo aún inconsciente.

Angelo se arrancó la chaqueta y la envolvió con ella mientras todos nos amontonábamos en el ascensor.

—Sofiya, ¿puedes oírme? Por favor, *baby*, di algo.

Dejó escapar un gemido, y el sonido fue alivio y tortura al mismo tiempo.

Las puertas del ascensor se abrieron en el último piso y entré corriendo al apartamento.

—Vamos a darte calor. —Intenté que mi voz sonara calmada, pero era una causa perdida. Nada podía calmarme o tranquilizarme mientras mi mujer yacía casi inconsciente en mis brazos.

Sus ojos se abrieron.

—Ahí estás. —Mi voz temblaba de alivio—. Vamos a meterte en la bañera. El agua caliente te ayudará.

Una expresión de horror se dibujó en su rostro.

—No, por favor, nada de agua. Te prometo que me portaré bien. Por favor, no lo hagas. —Forcejeó contra mi abrazo, sin embargo, sus movimientos eran débiles y letárgicos. Aun así, la abracé con más fuerza para evitar que se cayera o se hiciera más daño.

—Sofiya, amor, ¿qué ocurre? —Mi corazón se aceleró mientras ella seguía forcejeando y llorando, cada sonido que emitía era otra daga que se retorcía en mi pecho.

—Por favor, no. El agua no. Por favor, me portaré bien, lo prometo. —Sus palabras se arrastraban mientras sus ojos se cerraban de nuevo.

Romeo entró corriendo a la habitación.

—Aria está en camino. Dijo que primero teníamos que calentar su cuerpo. Hay que quitarle la ropa mojada y cubrirla con mantas.

Angelo entró corriendo con los brazos cargados de mantas.

Dejar a Sofiya en la cama fue una de las cosas más difíciles que tuve que hacer.

Los otros dos salieron de la habitación mientras yo la desnudaba. Le pasé un paño caliente por la piel, limpiándola, antes de taparla con las mantas.

Di un respingo cuando se abrió la puerta de la habitación. Era Aria. Se acercó rápidamente a Sofiya y sacó una compresa caliente de su maletín. Quería gritarle que se diera prisa mientras le tomaba los signos vitales, pero me mordí la lengua.

—Sus signos vitales son fuertes —dijo finalmente—. Y su temperatura corporal está aumentando.

No podía dejar de mirar a mi esposa.

—¿Cómo pasó esto, Matteo? —indagó.

Las palabras no eran suficientes para detallar lo que había hecho. Para exponer mi vergüenza.

Sus ojos se oscurecieron cuando Romeo se lo explicó todo.

Sofiya se removió en la cama y yo me acerqué, pero Aria me detuvo.

—Tienes que irte.

Una neblina roja se apoderó de mi vista.

—¡No voy a dejarla, joder! Tengo que cuidarla.

—¡Tú eres el responsable de esto! —arremetió—. ¿Crees que Sofiya se quedará tranquila contigo en la habitación? Ella es mi paciente, y te ordeno que te marches. Puedes volver solamente si ella pregunta por ti.

Angelo apareció frente a mí, su cuerpo ancho se cernía sobre mí.

—Vamos —indicó, mirándome como si fuera basura.

Por primera vez desde que era un niño, me sentí pequeño.

Dejé que me empujara fuera del dormitorio y lejos de mi amor.

SOFIYA

Estaba entumecida mientras la doctora Amato me sacaba sangre. Era su tercer intento de pincharme, aun así, apenas lo sentí.

Estaba metida bajo las mantas, no obstante, lo único que me daba calor y me mantenía un poco pegada a la realidad era el suave cuerpo de Noodle contra el mío. Se negaba a moverse de mi lado. Su cabeza descansaba contra mi pecho, la presión mantenía a raya mi pánico.

—¿Sofiya? ¿Me escuchas? ¿Sofiya?

Me sobresalté al darme cuenta de que la doctora Amato me hablaba. El tiempo corría demasiado lento y rápido. La habitación giraba a mi alrededor, aumentando mi desorientación. Giré la cabeza para mirarla. A pesar de que tenía el ceño fruncido por la preocupación y los ojos tristes, no sentí nada. Era como si el frío hubiera congelado mis emociones.

Me parecía bien.

No quería sentir. No quería *existir*. Pensé que tenía todo lo que quería. Todo lo que había soñado. Pero ya no tenía nada, y lo peor era que no entendía por qué. ¿Qué había hecho para que mi esposo me odiara? ¿Para que quisiera torturarme? ¿Había sido real algo de lo que habíamos vivido?

Me estremecí cuando la doctora Amato me tocó la cara.

—Lo siento —murmuró—. Quisiera tomarte la temperatura otra vez y también darte una bolsa de suero intravenoso. Estás muy deshidratada.

No encontraba palabras para hablar.

—¿Qué tal un poco de chocolate caliente? —Ofreció—. Te ayudará a entrar en calor.

Cerré los ojos. Tal vez podría bloquear el mundo entero.

Quizá podría desvanecerme.

Noodle me rozó el cuello con su nariz fría y húmeda. Intenté ignorarlo, pero cada vez insistía más y más, hasta que con esfuerzo saqué la mano de debajo del peso de todas las mantas para acariciarle la cabeza. Una oleada de emoción me recorrió el pecho ante su tacto suave, la suavidad de su pelaje, mas la aplasté rápidamente. No era lo bastante valiente para enfrentarme a la realidad.

Me acurruqué alrededor del cuerpo de Noodle, rodeándolo con ambos brazos.

—Te extrañé —musité—. ¿Tú me extrañaste?

Noodle dejó escapar un largo suspiro, como diciendo que *sí*.

—¿Tengo tu permiso para administrarte el suero intravenoso? —preguntó la doctora Amato.

Permanecí pegada a Noodle, pero asentí. Ya no me importaba lo que pasara. La doctora podía hacer lo que quisiera.

Un sabor metálico en la boca me indicó que me había administrado el suero. Mantuve los

ojos cerrados.

—Voy a llevar las muestras de sangre al laboratorio y volveré esta tarde para revisarte de nuevo. —Vaciló antes de cuestionar—: ¿Quieres que alguien se siente contigo mientras no estoy?

—No —repliqué, con la voz ronca y quebrada.

No quería que nadie me viera.

Nadie era seguro.

La doctora Amato abrió la puerta y vi brevemente a Matteo antes de que volviera a cerrarse. Parecía destrozado, con marcas oscuras bajo los ojos enrojecidos.

¿Qué motivos tenía para estar alterado?

Apoyé la cara en el pelaje de Noodle y cerré los ojos, dejándome llevar por el sueño.

—¿SOFIYA?

Las palabras de la doctora Amato llegaron flotando hasta mí, como si tuvieran que cruzar un gran abismo en el espacio para alcanzarme.

Noodle movió la cola, golpeándola contra el colchón, pero no se movió de su lugar. La ansiedad se apoderó de mí cuando me di cuenta de que probablemente necesitaba comida y salir afuera. ¿Alguien le había dado de comer mientras yo estuve encerrada?

Me incorporé y me senté.

—¿Han alimentado a Noodle? —inquirí con un toque de pánico en la voz.

—*Oh* —contestó la doctora Amato, con el ceño fruncido—. No estoy segura. ¿Podría preguntarle a alguien?

Me mordí el labio, mi miedo de ver a alguien luchaba con mi necesidad de asegurarme de que Noodle estuviera bien cuidado.

—Angelo —decidí finalmente—. ¿Puedes traerlo aquí?

Unos minutos después, mi guardaespaldas entró a la habitación. La expresión de su rostro era de agonía. Cayó de rodillas junto a mi cama.

—No te pediré perdón, porque no lo merezco. Debí haber matado a Domenico, debí haber hecho lo que fuera necesario para impedir que te metiera ahí. —Tragué con fuerza contra el nudo emocional que tenía en la garganta—. Todo lo que puedo decir es que de ahora en adelante, mi lealtad es hacia ti y únicamente hacia ti. Estoy a tus órdenes.

Sabía que lo que había pasado no era culpa de Angelo. La culpa era del Don. No obstante, en lo único que había podido pensar mientras estaba encerrada en esa celda era en cómo había entregado mi confianza con demasiada facilidad a todos los que me rodeaban.

—¿Le han dado de comer a Noodle? —pregunté con la voz áspera.

Al escuchar su nombre, Noodle se animó. Giró hacia mi guardaespaldas y le lamió la cara.

—Sí, lo estuve alimentando y sacando a pasear —explicó.

—Bien —añadí. Me empezó a temblar el labio inferior y me acurruqué en la cama, rodeando a mi perro con los brazos—. Ya puedes irte.

Angelo jadeó bruscamente, como si quisiera decir algo más, pero luego se puso de pie.

—Le traeré algo de cenar dentro de una hora.

La doctora Amato volvió al lado de la cama.

—Sofiya, tengo los resultados de tus análisis.

Me quedé mirando fijamente a la pared. No me importaban mis resultados. ¿Qué podía

decirme que yo no supiera ya? Que mi cuerpo estaba roto. Que *yo* estaba rota.

—La mayoría de los resultados estaban dentro de lo normal, pero también revelaron... — Se interrumpió antes de aclararse la garganta—. Sofiya, estás embarazada.

Sus palabras me sacaron de mi niebla.

—¿Qué dijiste?

Aria me miró atentamente.

—Estás embarazada.

Un torrente de emociones rompió el entumecimiento del que me había rodeado y casi me dejó sin aliento. Me incorporé y me llevé la mano al estómago bajo las mantas.

Noodle se acercó a mi regazo, apretando la nariz contra mi vientre como si ya supiera que allí crecía una vida.

Aunque cerré los ojos con fuerza, las lágrimas seguían corriendo por mis mejillas. Este había sido mi sueño, todo lo que siempre había querido, mas en ese momento me sentía como si estuviera atrapada en una pesadilla.

—Sé que es mucho para asimilar, sobre todo porque aún estás en estado de *shock* —comentó la doctora Amato, con voz suave.

Un pensamiento horrible se apoderó de mí y estiré el brazo para agarrar la mano de la doctora, apretándola con fuerza.

—¿Se lo dijiste al Don?

—No, quería decírtelo...

—No puedes decírselo —agregué, apretando su mano con más fuerza—. No *puede* saberlo. —Mis pensamientos eran confusos y me tropezaba con las palabras, aun así, mi cuerpo gritaba: «*no es seguro, no es seguro*».

Sus ojos se desviaron hacia la puerta y luego volvieron a mí.

—Acabará por enterarse.

Clavé mis uñas en su mano, en su brazo, acercando su cuerpo al mío.

—Tienes que prometerme que no se lo dirás. Prométemelo. —Sabía lo que le estaba pidiendo, lo que podría costarle traicionar al Don. Pero necesitaba que lo entendiera, necesitaba que me protegiera a mí y a mi bebé.

Respiró lentamente y me miró fijamente a los ojos.

—De acuerdo, Sofiya —dijo lentamente—. No diré nada. Por ahora.

Por ahora.

Al menos su silencio me daría algo de tiempo para resolver las cosas. Solté su brazo. Había dejado hendiduras en forma de media luna en su piel.

—¿El bebé está bien? —susurré.

—No estoy segura. Tu cuerpo ha sufrido mucho estrés. —Ante mi expresión de pánico, me puso una mano suavemente en el hombro—. Eso no significa que el bebé no esté bien. ¿Sabes desde cuándo estás embarazada?

Intenté recordar cuánto tiempo había pasado desde la primera vez que Matteo y yo tuvimos sexo; sin embargo, mi mente iba demasiado rápido como para pensar con claridad.

—No pueden ser más de un par de semanas.

La doctora Amato asintió.

—Han pasado poco más de dos semanas desde que me preguntaste por la posibilidad de un embarazo.

Dios, parecía que había pasado toda una vida. Nuestra primera vez había sido tan mágica, tan perfecta.

Todo fue una mentira.

—Los análisis de sangre pueden mostrar el embarazo más rápidamente que los de orina —continuó—. ¿Recuerdas cuándo fue tu último período?

—No lo he tenido desde antes de la boda —dije, pasándome la mano por la cara—. Debí sospechar algo. Pero mis periodos pueden ser impredecibles.

La doctora Amato estrechó mi mano entre las suyas y me dio un suave apretón.

—Has pasado por muchas cosas últimamente. No me sorprende que no te dieras cuenta.

Noodle volvió a darme un golpecito en el estómago. Todo mi mundo había cambiado en los últimos minutos.

—¿Puedes hacer un ultrasonido para ver si el bebé está bien?

La doctora negó con la cabeza.

—Es demasiado pronto para ver algo en un ultrasonido. Por lo general, hay que esperar al menos hasta las seis semanas para ver algo.

Se me encogió el corazón. Quería ver a mi bebé *ahora*, quería saber que no le había fallado. ¿Cómo podía mi cuerpo ser un hogar seguro para mi bebé si *yo* no estaba a salvo?

Se me llenaron los ojos de lágrimas y las dejé salir. Estaba dispuesta a rendirme, a dejarme llevar por esta vida llena de dolor y sufrimiento. Pero en ese momento tenía una razón para seguir adelante. Le daría a este bebé todo el amor con el que había soñado y que nunca había recibido, costara lo que costara.

SOFIYA

La doctora Amato me trajo la cena en una bandeja junto con una taza grande de chocolate caliente. Antes de irse, le pedí que hiciera pasar a Angelo.

Había pasado la última hora reflexionando y había ideado un plan. Era una locura, muy arriesgado y requería que confiara en al menos una persona.

Angelo estaba parado a al pie de mi cama, con los hombros firmes y las manos juntas frente a él.

—¿Fue cierto lo que dijiste? —le pregunté. Estaba orgullosa de que mi voz hubiera recuperado algo de fuerza. Necesitaba ser fuerte por mi bebé—. ¿Qué harías cualquier cosa para protegerme?

—Sí —afirmó Angelo sin vacilar.

—¿Me ayudarás a mí? ¿No a Matteo? —Me dolía físicamente pronunciar su nombre.

—Mi lealtad es hacia ti, Sofiya. Te lo juro.

—De acuerdo. —Jugueteé con la manta, deseando tener fuerzas para ponerme de pie. Era difícil irradiar poder y confianza envuelta en la cama.

Respiré profundamente y enderecé mis hombros.

—Entonces me ayudarás a escapar.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos que irnos. No estoy a salvo aquí. Y... —Lo miré atentamente, esperando desesperadamente no estar cometiendo un error. Quería confiar en él. *Necesitaba* creer que aún tenía a alguien de mi lado—. Y necesito proteger a mi bebé.

Angelo palideció y sus ojos revolotearon entre la puerta y yo. Dio un paso titubeante hacia mí, esperando a ver si protestaba o si Noodle gruñía. Cuando ambos nos quedamos tranquilos, se sentó suavemente a mi lado.

—¿Estás embarazada, *bella*? —Colocó suavemente su mano sobre la mía.

Me limpié rápidamente una lágrima mientras asentía con la cabeza.

—¿Él lo sabe?

—No. Acabo de enterarme. La doctora Amato dijo que no se lo diría todavía. Pero no podemos esperar. Pronto se enterará y tengo que proteger a este bebé de él.

—Sofiya, él nunca lastimaría a tu bebé. Al Jefe le mostraron pruebas de que lo habías traicionado al hacer un trato con Arben, y sintió que no tenía más remedio que actuar. No era su intención que estuvieras tanto tiempo en esa celda.

La ira relampagueó en mi pecho y aparté la mano de la suya.

—*Oh*, ¿así que debería estar agradecida de que solamente me quisiera allí por poco tiempo?

¿Lo suficiente para que *Il Diavolo* me contara todas las formas en que mi esposo me torturaría para sacarme la información? —reviré las palabras con las manos temblorosas. Noodle se quejó y se tumbó en mi regazo.

Angelo abrió mucho los ojos.

—El Jefe nunca te torturaría.

—Ya lo hizo —siseé, furiosa—. ¿Estás de mi lado o no?

Tragó saliva y volvió a mirar hacia la puerta. Se me formó un nudo de pavor en el estómago mientras esperaba su respuesta. ¿Había vuelto a calcular mal *otra vez*?

—Estoy de tu lado —confirmó finalmente—. Siempre.

Dejé escapar un escalofrío de alivio.

—Necesito un teléfono que no se pueda rastrear.

Sacó un teléfono plegable de su bolsillo.

—¿Cuál es tu plan? No puedes volver a Chicago.

—No —dije, tomando el teléfono—. A Chicago no.

Agarré mi bolso de la mesita de noche y saqué la tarjeta de Leona del bolsillo oculto con manos temblorosas. Si su madre había escapado de la Mafia Italiana, quizá Leona estaría dispuesta a ayudarme. Odiaba tener que confiar en otra persona, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No involucraría a Mila, el *Pakhan* nunca estaría de mi lado, y no podía confiar en nadie más de la Familia.

Ella contestó al tercer timbrazo.

—¿Hola?

—¿Leona?

Hubo una larga pausa.

—Bueno, esto es una sorpresa. No esperaba su llamada, señora Rossi. ¿A qué debo el placer?

—¿A quién le eres leal? —inquirí, intentando sonar firme.

Ella resopló.

—¿Qué es esto, una encuesta tipo Gallup? Me temo que no tengo la...

—Necesito saberlo —interrumpí—. ¿A quién le eres leal? ¿A los italianos o a los irlandeses?

Casi esperaba que me colgara el teléfono. No tenía ningún motivo para hablar conmigo, pero tal vez escuchó algo en mi tono, porque después de unos momentos de tortura, respondió.

—El tío de tu esposo asesinó a mi mamá. ¿Tú qué crees?

—Bien —pronuncié—. Porque necesito tu ayuda.

MATTEO

SOFIYA ESTABA AL OTRO LADO DE LA PUERTA DE LA HABITACIÓN. NOS SEPARABAN APENAS UNOS centímetros de madera, pero bien podría haber sido un océano.

La doctora Amato había ido y venido a lo largo del día, negándose a darme más información que el hecho de que Sofiya estaba estable. Se había ido esta noche, diciéndome que volvería por la mañana.

Y, en ese momento, Angelo estaba en mi habitación con mi esposa. Había entrado hacía un par de horas. Ella había preguntado por *él*, lo quería a *él*, no a mí. Porque él no había sido quien la encerró en una celda. No fue él quien la traicionó.

Mis hombres estaban situados fuera de la puerta principal. Romeo era el único al que le había permitido quedarse conmigo. Nadie más podía presenciar mi vergüenza, presenciar cómo su Don se desmoronaba por una mujer.

Romeo dio la vuelta al pasillo, con la mandíbula tensa y la corbata torcida. Tenía una bebida en una mano y el teléfono en la otra. Me acercó el teléfono.

—Es Franco.

Me acerqué el teléfono a la oreja.

—Jefe, Domenico tiene un apartamento secreto en Brooklyn.

El corazón me latía con fuerza.

—¿Qué?

—Lo encontré en las cámaras de vigilancia. Ha estado yendo a este apartamento al menos una vez a la semana durante los últimos tres meses.

Maldije y volteé hacia Romeo.

—Franco te está enviando una dirección. ¡Tienes que ir allí ahora! Lleva hombres contigo. Prepárate para una pelea.

—Sí, Jefe —contestó, dándome un apretón en el hombro antes de salir corriendo del apartamento.

Quería ir con él, pero eso significaría dejar a Sofiya. Y ya estaba harto de poner a alguien por encima de ella.

Colgué y un silencio opresivo se apoderó del apartamento. Toda la vitalidad que Sofiya había traído a este espacio se hizo añicos.

Me paseé por el pasillo mientras esperaba el informe de Romeo. Fantaseé con todas las formas en que torturaría a Domenico, cómo le arrancaría la carne de la piel. Lentamente, para que siguiera vivo durante días. Semanas.

Suplicaría por su muerte, y yo no le concedería su deseo hasta que estuviera completamente destruido.

Mi teléfono estaba en mi oreja en el momento en que sonó.

—*Está muerto* —informó Romeo—. *El cuerpo mutilado del bastardo nos recibió cuando entramos a su apartamento. Parece que le echaron gasolina y le prendieron fuego.*

Gruñí mientras la rabia me hervía por dentro.

—¿Quiénes?

—*Los irlandeses.*

Tardé un momento en procesar lo que me había dicho.

—¿Los putos irlandeses?

—*Lo sé. Hay una puta tonelada de evidencias de que Il Diavolo estaba coordinándose con los irlandeses y los albaneses para matarte y tomar tu territorio.*

—¡Maldito bastardo! —Me giré y golpeé la pared haciendo un agujero. Merecía sentir el dolor en mis nudillos. Merecía sufrir todos los días del resto de mi vida por lo que le había hecho pasar a Sofiya—. ¡Confié en él!

Eso significaba que todas las pruebas que me había mostrado sobre la traición de Sofiya eran falsas. Esperé a que llegara la sensación de alivio, mas no llegó. Porque ya lo sabía. Ella no me traicionaría.

Ella me amaba.

Solía amarme.

Porque estaba seguro de que todos esos sentimientos se habían ido en ese instante. Y todo era culpa mía.

—*El apartamento está destrozado y la pantalla de la* laptop *estaba rota, pero el disco duro estaba intacto. Hay muchos emails aquí entre Domenico y Ronan Finnegan. Finnegan le ordenó a Domenico que pusiera a Sofiya en tu contra para poder casarse con ella. Entonces habría una alianza entre rusos, albaneses e irlandeses. Domenico organizó el ataque al almacén. Estabas destinado a morir allí.*

Ronan Finnegan había llegado al poder en la mafia irlandesa más o menos al mismo tiempo que yo ascendí a Don, y habíamos mantenido una tregua informal todos estos años para mantenernos en nuestros propios territorios y no meternos en el camino del otro.

Qué maldito idiota había sido. Todo lo que había construido se estaba desmoronando. Lo había sacrificado todo por la Familia, por mi imperio, y mira adónde me había llevado.

—¿Por qué los irlandeses matarían a Domenico ahora? —indagué entre dientes. La rabia me quemaba en el pecho por no haber sido yo quien lo matara, a ese traidor que había torturado a mi esposa.

—*Quizá se dieron cuenta de que nunca lo dejarías vivir después de lo que hizo, así que llegaron a él antes que nosotros. Tenías razón sobre la participación de los irlandeses en el tráfico de pieles. Aquí hay hojas de cálculo que detallan cómo los irlandeses les están vendiendo chicas a los albaneses.*

Cerré los ojos mientras el fuego ardía en mi pecho. Ronan Finnegan era hombre muerto, y esta vez me aseguraría de tener el placer de matarlo.

—Reúne todas las evidencias que puedas del apartamento del traidor y luego regresa aquí —le ordené.

Mis dedos se apretaron alrededor de mi teléfono después de colgar. Necesitaría el apoyo de Rustik en esta guerra. La Mafia Irlandesa no estaba tan jerarquizada ni organizada como las Cinco Familias o la *Bratva*, sin embargo, no subestimaría su fuerza. No otra vez.

Me quedé mirando la puerta de la habitación, preguntándome si debía obligar a Sofiya a escucharme, para explicarle lo que había sucedido. Pero ¿de qué le serviría a mi esposa saber que

me había engañado un traidor entre mis propios hombres? ¿Cómo repararía lo que yo había roto?

Aun así, mi mano rondaba el picaporte. Me dolía físicamente estar lejos de ella.

Apreté el picaporte, el metal frío contra mi piel. Antes de que pudiera girarlo, una explosión sacudió el edificio.

Abrí de golpe la puerta de la habitación.

—¡Angelo! ¡Cuida a Sofiya! —Mi esposa estaba arropada en la cama, Noodle a su lado, con una expresión de sorpresa en el rostro.

—Sí, Jefe —respondió Angelo.

Salí corriendo del apartamento. ¿Quién nos estaba atacando, los albaneses? ¿Los irlandeses? No dejaría que se llevaran a mi mujer. La protegería hasta mi último aliento.

Les ordené a dos guardaespaldas que se quedaran junto a la puerta mientras el resto corría hacia la escalera. La explosión se había producido en el lado este del edificio.

Mierda. *Sienna*.

Le había pedido que se quedara en su apartamento.

Bajé las escaleras hasta su piso, y me sentí aliviado al ver que estaba intacto. Le ordené a uno de mis hombres que fuera a verla mientras yo bajaba por la escalera. El aire se llenó de un humo ácido cuando me acerqué a mi oficina. Me adelanté a mis hombres e irrumpí por la puerta con la pistola desenfundada.

Mi oficina estaba destruida. La ventana estaba destrozada por el impacto de un explosivo que obviamente había entrado. No obstante, la habitación estaba vacía, aparte del papel revoloteando y los muebles destrozados.

En mi mente sonaban señales de alarma, no obstante, estaba nublada por el cansancio y el dolor. Me ardía el hombro y, cuando miré hacia abajo, vi que me salía sangre por la camisa. Debía de haberme roto las puntadas.

El corazón me latía con fuerza y mi instinto me decía que tenía que volver con Sofiya *en ese instante.* Llamé a mis hombres y corrí escaleras arriba. Mi reloj vibró y miré la alerta, la alarma contra incendios se había activado.

El miedo como nunca antes había sentido me inundó cuando abrí de golpe la puerta del apartamento y lo encontré vacío.

SOFIYA

Esperamos a que la puerta principal se cerrara detrás de Matteo para ponernos en marcha. Angelo me ayudó a levantarme de la cama y a subirme a la silla de ruedas antes de ponerse la mochila que habíamos cargado con todo lo necesario. El arnés de Noodle ya estaba puesto y mi guardaespaldas agarró su correa mientras corríamos hacia el lado opuesto del apartamento, hacia la escalera de incendios.

Angelo abrió la ventana de golpe.

—Eso habrá activado la alarma. Tenemos que movernos rápido.

Me levanté de mi silla, bloqueando mis rodillas para no caerme. La habitación giró a mi alrededor y me apoyé en Noodle para mantenerme firme. Angelo metió su enorme cuerpo por la ventana y luego me agarró, arrastrándome hacia el aire fresco de la noche.

—Vamos, Noodle. —Le jalé la correa. El cual puso una expresión que me dijo que no estaba muy seguro de este plan. Angelo se inclinó hacia delante y agarró el arnés de mi perro, jalándolo.

—Quizá deberías cargar a Noodle en lugar de a mí —aconsejé, mirando las traicioneras escaleras de metal.

—Tú primero. Volveré por él si es necesario —refunfuñó Angelo.

El fuerte sonido de un helicóptero que se acercaba hizo imposible hablar mientras mi guardaespaldas subía rápidamente las escaleras, sujetándome contra su pecho ancho. Llegamos a la azotea justo cuando el helicóptero aterrizaba en la plataforma. Reboté en los brazos de Angelo mientras corría hacia el aparato. Su mano me cubrió la cabeza cuando nos acercamos a la puerta del helicóptero, donde estaba Leona, con una sonrisa despiadada en su rostro.

Angelo me levantó y Leona me agarró del brazo, jalándome hacia el interior. Grité cuando sentí un dolor agudo en el hombro, me lo había dislocado.

—Mierda, Sofiya, ¿estás bien? —preguntó Angelo.

—¡Ve a buscar a Noodle! —le grité. Se giró hacia la escalera de incendios justo cuando sonó un disparo desde el otro lado del techo.

Matteo corría hacia nosotros con furia en el rostro. Sus guardaespaldas no estaban muy lejos, y todos tenían las armas desenfundadas, apuntando a las hélices del helicóptero.

—¡Tenemos que irnos! —vociferó Leona.

Miré hacia la escalera de incendios justo a tiempo para ver cómo Noodle asomaba la cabeza por el borde del techo mientras luchaba por subir. Angelo maldijo y saltó al helicóptero. Antes de que se cerrara la puerta, ya estábamos en el aire. Grité, intentando llegar hasta mi perro, mi mejor amigo, pero el suelo desapareció bajo nosotros.

Angelo me colocó en el asiento y me abrochó el cinturón con cuidado de no tocarme el hombro. Me agarró la cara con ambas manos. Mis lágrimas empaparon su piel.

—Lo siento.

No podía oír por encima del ruido del helicóptero, aun así, leí las palabras en sus labios.

Me llevé la mano al pecho, con el corazón destrozado. Mi dulce Noodle. Lo había abandonado.

Angelo se sentó a mi lado y Leona estaba frente a nosotros. Nos dio unos auriculares a cada uno. Él me puso los míos. Al instante, el ruido a mi alrededor se apagó y pude escuchar la voz estática de Leona.

—Bueno, eso fue emocionante. Tenía la *sensación* de que debía quedarme en New York, como si algo divertido estuviera a punto de suceder.

Mi mundo acababa de ser destrozado y aquí estaba Leona, actuando como si estuviéramos en una especie de excursión entretenida.

—Siéntate y relájate —continuó—. Pronto estaremos en Boston. A Ronan le *encantará* conocerte.

MATTEO

VER EL HELICÓPTERO DESVANECERSE EN LA DISTANCIA SE UNIÓ AL RECUERDO DE ESCUCHAR LOS disparos que mataron a mis padres y encontrar a Sofiya inmóvil en el suelo de aquella celda.

Todos mis peores momentos fueron culpa mía.

Romeo me puso una mano precavidamente en el hombro.

—Volvamos abajo. Pensemos en un plan. —Como no me moví, me agarró con más fuerza—. Vamos, *Fratello*. Sofiya te necesita concentrado.

—Soy lo último que necesita. —Mi voz era tan apagada y fría como se sentía mi corazón. Mi esposa me había quitado todo el calor y la luz del mundo.

—Eso no es...

—Ella huyó de mí, Romeo. No soportaba estar cerca de mí por lo que había hecho, ¡así que ahora ha corrido a los brazos de unos *malditos violadores traficantes de personas*! —Me agarré el cabello y giré alrededor, necesitando algo que destruir, cuando mis ojos vieron a Noodle luchando por subir al techo. Corrí hacia él, lo agarré por el arnés y lo estreché entre mis brazos. Respiraba con dificultad y apoyó su cabeza en mi pecho. Lo abracé con fuerza y apreté mi cara contra su suave pelaje—. ¿Cómo ha podido salir todo tan mal, *eh*?

Gimoteó suavemente.

—La recuperaré. Te lo prometo.

Levantó la cabeza y me lamió la cara, y me di cuenta de que había lágrimas cayendo por mis mejillas. Me las limpié y me aclaré la garganta.

—Muy bien, tenemos que reponernos y recuperar a nuestra chica.

Respiré profundamente y aparté a Noodle de mi regazo. Se sentó y me miró con expresión solemne, y yo asentí. Me levanté del suelo y me abroché la chaqueta, erguido como Don.

Volví a donde estaba Romeo con el resto de mis hombres.

—Tenemos que rastrear dónde aterrizará el helicóptero y ponernos en contacto con Rustik para pedir refuerzos. Los irlandeses se han llevado a mi esposa. Estamos en guerra.

ROMEO Y ENZO arrastraron una gran mesa y sillas a mi oficina, y todos se reunieron alrededor. Franco había salido de la oscura guarida en la que solía trabajar y estaba rastreando la trayectoria de vuelo del helicóptero.

—Van a aterrizar en el oeste de Massachusetts, no en Boston —declaró.

—Romeo, prepara el *jet* para seguirlos —demandé.

Franco se apartó el cabello largo y desordenado de la cara mientras se inclinaba sobre su *laptop.*

—Una vez que aterricen, deberíamos poder rastrear su ubicación exacta con el collar de Sofiya, si es que aún lo lleva puesto.

Me quedé paralizado. En mi pánico, había olvidado el rastreador. Por el amor de Dios, esperaba que aún lo llevara puesto. Abrí la aplicación de rastreo de mi teléfono y contuve la respiración mientras se cargaba. Y ahí estaba, el puntito que representaba al amor de mi vida sobrevolando Connecticut.

—La tenemos —indiqué—. Todo el mundo tiene que estar armado y listo. No podemos saber cuántos de los irlandeses y albaneses estarán allí, pero es probable que estén preparados para recibirnos. —Le hice un gesto con la cabeza a Romeo para que se encargara de preparar a nuestros soldados mientras yo salía a llamar al *Pakhan.*

Me dio un vuelco el corazón cuando contestó. Me aclaré la garganta.

—Ivanov. Los irlandeses se llevaron a Sofiya.

Mi suegro, el *Pakhan*, este hombre al que despreciaba, soltó lo que supuse que era una maldición en ruso.

—*¿Cómo pudiste dejar que esto pasara?* —bramó.

Apreté el teléfono, mi deseo de gritar y maldecir únicamente atenuado por mi propia culpa.

—Hago un llamado a nuestra alianza para rescatarla y acabar con los irlandeses. Están aliados con los albaneses para traer el *tráfico de pieles* a New York.

Rustik maldijo de nuevo.

—*Envíame la ubicación. Mis hombres y yo estaremos allí.*

Aunque este hombre no sentía nada de amor por Sofiya, en nuestro mundo la imagen era poder, y el secuestro de su hija lo hacía parecer débil.

Colgué, le envié las coordenadas del aeropuerto de Massachusetts y volví a la oficina. Mis hombres estaban listos, y más soldados se reunirían con nosotros en el aeropuerto.

—Carajo, ¿Sienna sabe lo que ha pasado? —le pregunté a Romeo en voz baja mientras salíamos de la oficina.

—La han mantenido en su apartamento. Sabe que algo ha pasado, pero no qué.

—Pasaré ahora mismo a verla y nos veremos en el garaje.

Romeo asintió y llamé a Noodle a mi lado. Me siguió el ritmo mientras subía volando las escaleras hasta el piso de Sienna.

Saludé con la cabeza al guardaespaldas que estaba colocado frente a su puerta y entré. Ella saltó del sofá y corrió hacia mí.

—Matteo, ¿qué demonios está pasando? ¿Dijeron que te habían disparado? —Sus ojos recorrieron mi brazo—. Y acabo de escuchar algo en el techo.

—Sofiya ha sido secuestrada por los irlandeses —solté—. Vamos tras ella ahora. Tienes que cuidar a Noodle.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—*Oh*, Matteo. —Me dio un abrazo que no merecía—. ¿Qué pasó?

—No tengo tiempo...

—Juro por Dios, Matteo, que no saldrás de esta habitación hasta que me digas qué está pasando.

¿Cómo era que todos me temían excepto las mujeres de mi vida?

—Recibí evidencia de que Sofiya era una traidora, de que estaba dándole información a los albaneses.

Sienna se quedó boquiabierta. Luego sacudió ligeramente la cabeza.

—Es imposible que eso sea cierto.

Su inmediata negativa a creer en la traición de Sofiya me hizo sentir aún peor. ¿Cómo había podido creerlo siquiera por un segundo, incluso ante todas las pruebas?

—Sí, bueno, justo después de recibir la noticia, me informaron que Arben estaba atacando uno de nuestros almacenes. —En ese momento era tan obvio que Domenico había orquestado todo el asunto—. Así que... hice que la metieran en el sótano hasta que yo volviera.

Sienna dio un paso atrás, sus ojos transformándose en una mirada acusadora.

—¿Maldición, hablas en serio?

—Se suponía que solamente iba a estar allí un par de horas para asustarla, pero entonces me dispararon. Cuando me desperté en el hospital, supuse que estaría esperándome en nuestro apartamento, pero seguía en el sótano. —Me aparté de la expresión horrorizada de Sienna—. Nunca quise que pasara esto. Todo fue una trampa de Domenico. Trabajaba con los albaneses, y ahora está muerto.

—¿Y el helicóptero? ¿El techo? —La voz de Sienna era fría como el hielo.

—Sofiya y Angelo se fueron con los irlandeses. Y... —Joder, no quería pronunciar esas palabras—. Los irlandeses tienen una alianza con los albaneses para expandir el tráfico sexual en la ciudad.

La expresión de Sienna se tornó horrorizada.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Sí. Ahora tengo que irme. —Señalé a Noodle—. Sus cosas están en el apartamento.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Vas a dejarme con eso e irte? ¿Cómo pudiste meter a tu esposa en una maldita celda por cuánto, horas? ¿Días? ¡Con razón se fue! —Sus manos se posaron en mis brazos y me sacudió, enviando descargas de rayos a través de mi brazo lesionado —. ¿Qué es lo que te pasa?

—¡Todo, aparentemente! —grité—. No estoy hecho para ser un esposo, o un hermano, en todo caso. ¡Sé que todo lo que soy para ti es una decepción! Soy la razón por la que no tienes padres, la razón por la que pasamos dos años escondidos y en la pobreza. Le he fallado a todas las personas de mi vida, así que ¿para qué molestarse en tener relaciones?

Sienna dio un paso atrás, parpadeando.

—¿Eso es lo que piensas, Matteo? ¡Tú eres la razón por la que sigo viva! ¿Cómo puedes ser tan estúpido? Nuestro tío te habría matado. Y eso significa que yo también habría muerto, o peor. ¿Cuánto tiempo más vas a castigarte por algo que no fue tu culpa? No te permites ser humano, y ahora eso te ha costado el amor de tu vida.

Mi mandíbula se apretó.

—No soy capaz de amar.

Ella lanzó las manos al aire.

—No reconocerías el amor aunque te disparara en la cara. Por eso no entiendes que *yo* te quiero. Romeo te quiere. Sofiya... bueno, al menos te amaba.

Mis extremidades se sentían débiles y mi pecho, hueco.

—Y lo arruiné.

—Sí, bueno, arréglalo.

—¿Cómo? —Mi voz era un susurro ronco.

—Averígualo de una puta vez. Pero empieza por traerla de vuelta aquí.

Asentí secamente mientras giraba sobre mis talones y caminaba hacia la puerta. Me detuve con la mano en el picaporte.

—Sabes que te quiero. No es suficiente, pero te quiero mucho.
Y salí de allí.

SOFIYA

EL DOLOR ME RECORRIÓ EL BRAZO Y EL HOMBRO, Y APRETÉ LOS DIENTES PARA NO SENTIRLO.

—¿Puedes colocarme el brazo en su lugar cuando aterricemos? —le pedí a Angelo.

Me miró con pánico.

—¿No debería hacerlo un médico?

Negué con la cabeza.

—Te diré cómo hacerlo. No es difícil.

Me invadió una oleada de náuseas que no sabía si eran causadas por la ansiedad, las náuseas matutinas o el dolor. El helicóptero sufrió una turbulencia y el estómago se me revolvió.

—¿Ir en helicóptero estaba en tu lista? —Quiso saber Angelo. Intentaba distraerme y se lo agradecí.

—No, no lo estaba. —Y por una buena razón, aparentemente, el aparato volvió a sacudirse —. Creo que me quedaré con los aviones. O mejor aún, con los autos.

Leona sonrió de oreja a oreja.

—¿Dónde está tu sentido de aventura?

—Debo de haberlo dejado en New York —murmuré.

Puse una mano sobre mi vientre y pedí que mi bebé estuviera bien. Odiaba no poder hacer más para protegerlo casi tanto como me odiaba a mí misma por echar de menos a Matteo. No dejaban de asaltarme recuerdos de él siendo tierno conmigo, de la sensación de sus brazos y el roce de sus labios. Me había sentido protegida y segura con él.

Hasta que dejé de estarlo.

Miré por la ventana y me sequé las lágrimas.

El helicóptero descendió mientras nos acercábamos a una pista vacía rodeada de campos.

—En cuanto aterricemos, nuestro piloto, Finn, nos llevará a ver a Ronan. Hemos estado trabajando aquí, en el oeste de Massachusetts, por eso no aterrizaremos en Boston.

—¿Qué tipo de trabajo? —Angelo preguntó, con voz dura.

—Eso es algo que yo debo saber y tú de averiguar —respondió guiñándole un ojo.

Angelo me miró, tan poco impresionado como yo, sin embargo, no hubo tiempo de decir nada más porque estábamos aterrizando. Apreté los dientes mientras nos sacudía la turbulencia y cada movimiento me agravaba el hombro.

Dejé escapar un grito de dolor cuando aterrizamos, y Angelo se puso inmediatamente frente a mí, con las rodillas apretadas contra las mías.

—Dime qué tengo que hacer.

—Tienes que ayudarme a poner el hombro en su lugar, pero no tienes que forzarlo. Solamente pon tu mano en mi codo y deja que el peso de tu mano tire de él hacia abajo. —Doblé

el brazo derecho y él me puso la mano en el pliegue del brazo—. Ahora, con la otra mano, masajéame el hombro y el bíceps.

Hizo lo que le pedí, con semblante serio y concentrado mientras me sujetaba con firmeza. Finn, el piloto, y otro hombre que había estado sentado adelante nos observaron con curiosidad mientras Angelo continuaba con el masaje. Al cabo de unos minutos, mi hombro se movió.

—Creo que ha vuelto a entrar. —Todavía me dolían los músculos y sabía que tenía que tener mucho cuidado los próximos días, aun así, ya podía mover el brazo con más facilidad.

—Vaya, esperaba que el proceso fuera más dramático —comentó Leona.

—Oh, intento que mi vida no sea muy dramática —repliqué.

Ella resopló.

—Así es exactamente como yo describiría...

—Leona —soltó Finn—. Acercándose.

Todos, incluido Angelo, sacaron sus armas. Maldije internamente por no tener todavía un arma. Debería haber presionado más para conseguir una. Al menos así no sería completamente un blanco fácil, atrapada en un helicóptero del que ni siquiera podría salir por mis propios medios.

—No son nuestros hombres —advirtió Leona, sin ningún rastro de humor en su voz.

Me incliné lo suficiente como para ver una fila de coches negros acercándose.

—Mierda —soltó Finn—. ¿Podremos llegar a tiempo a nuestro auto? ¿O deberíamos intentar despegar y aterrizar en otro lugar?

Miradas furtivas vinieron hacia mí, y mis mejillas ardían. Estaba claro que yo era el eslabón más débil.

—Enciende los motores, Finn —dijo el otro hombre—. Deberíamos tener suficiente combustible para llegar al aeropuerto de Westover.

Los dos hombres se dirigieron a la cabina mientras Leona y Angelo permanecían junto a la puerta abierta, con las armas desenfundadas. El motor se puso en marcha y sentí que mi corazón latía al compás de las vibraciones.

—¡Cúbranse! —bramó Angelo, saliendo del helicóptero para cerrar la puerta cuando las balas empezaron a repiquetear contra la estructura metálica.

—¡Están intentando derribar la cola y las aspas! —alertó Finn.

El helicóptero se elevó del suelo y se tambaleó, cayendo de golpe. Angelo se arrojó sobre mí y yo acurruqué mi cuerpo sobre mi estómago. El sonido de cristales rompiéndose fue seguido de rápidos disparos, mas, no tenía ni idea de dónde venían.

—¡Son demasiados! —gritó Leona—. ¡Le envié un mensaje a Ronan, pero está a veinte minutos de distancia!

Angelo se apartó de mí, girando para disparar desde la ventana destrozada de la puerta hasta que su arma hizo clic.

—Demonios.

—¡Ríndanse ahora y salven sus vidas! —gritó alguien desde afuera del helicóptero.

Finn se arrastró hasta nosotros desde la cabina.

—Sus coches son a prueba de balas y me he quedado sin municiones. Leona...

—No —replicó ella. No podía verla desde mi posición estrecha, pero sonaba furiosa—. No podemos rendirnos.

—Podemos salir de esto —apoyó el otro irlandés—. Aunque tenemos que rendirnos primero. Ronan vendrá por nosotros.

Me agarré al brazo de Angelo, con un terror agudo apuñalándome el pecho.

—Simplemente nos matarán, Aidan —afirmó Leona—. Ni siquiera sabemos quiénes son. No tienen ninguna razón para mantenernos con vida.

De repente, la puerta del helicóptero se abrió. Cuatro hombres enmascarados nos apuntaban con sus rifles.

—¡Suelten sus armas! —ordenó uno de los enmascarados mientras agitaba su pistola. Tenía acento, pero no pude distinguirlo.

Uno a uno, Leona, Finn, Aidan y Angelo soltaron las armas. Otro hombre se acercó por detrás de los guardaespaldas armados, pero no estaba enmascarado. Aparentaba unos treinta y tantos años, con el cabello rapado y corpulento.

Angelo inhaló con fuerza y se colocó frente a mí, bloqueándome la vista.

—Arben.

Se me heló la sangre.

—Angelo Conti —saludó una voz despectiva.

Entonces sonó un fuerte disparo y Angelo se desplomó delante de mí.

Todo se desvaneció, todo mi mundo se redujo a mi guardaespaldas inconsciente, mi *amigo*. Un grito de agonía salió de mis labios mientras me abalanzaba sobre él.

—¡Angelo! —Apreté las manos sobre la herida de bala de su pecho. La sangre caliente brotó contra mis palmas y las lágrimas cayeron sobre el dorso de mi mano—. Juro por Dios que te mataré si te me mueres.

El aire se llenó de gritos y ruido metálico, y entonces unas manos frías me agarraron por detrás, arrancándome de Angelo y llevándome hacia atrás y sacándome del helicóptero. Grité y me agité, no obstante, quienquiera que me sujetara tenía un agarre de hierro y mi hombro estaba débil y adolorido, dejándome indefensa.

Una bolsa áspera me cubrió la cara y me metieron en un coche. Antes de que se cerrara la puerta, me pareció escuchar a alguien hablar en ruso.

SOFIYA

UNOS BRAZOS FUERTES ME ARROJARON AL SUELO. ME AGARRÉ ANTES DE QUE LA CARA GOLPEARA el piso, lo que me produjo un dolor agudo en los hombros y las muñecas. La puerta se cerró de golpe y me quedé sola, con el frío calándome la piel.

Me quité la capucha empapada en lágrimas y eché un vistazo a la oscura celda. Era parecida a la del sótano de Matteo, salvo que había una pequeña ventana en lo alto de la pared con barrotes. Al parecer, todos los jefes de la mafia seguían el mismo esquema de diseño interior.

Las lágrimas caían por mis mejillas y me agarraba el pecho, sintiendo como si me arrancaran el corazón. Me negaba a creer que Angelo estuviera muerto, pero mis manos seguían empapadas en su sangre. El estómago se me revolvió y respiré lentamente por la nariz para no vomitar. Mi mente estaba aletargada y el agotamiento me abrumaba. Tuve la tentación de acurrucarme en el suelo mugriento y cerrar los ojos, sin embargo, necesitaba mantenerme alerta. ¿Fueron los albaneses quienes nos atraparon? Entonces... ¿por qué había escuchado a alguien hablar en ruso? No le encontraba sentido a nada.

Mis hombros se curvaron hacia dentro cuando la verdad se asentó en mis huesos. Fue mi culpa que le dispararan a Angelo. Por mi culpa habían capturado a los irlandeses. Mi plan había sido imprudente y estúpido.

Me tembló el labio inferior y me lo llevé a la boca. Tenía que controlarme. No merecía revolcarme en la autocompasión. Tenía que arreglar esto.

Miré alrededor de la celda para ver si había algo que pudiera utilizar para escapar, pero no había nada. Al menos no me habían atado, aunque mis brazos y piernas no servirían de mucho contra un enemigo.

Tendrían que ser suficientes. Mi cuerpo era todo lo que tenía.

Utilicé la pared para ponerme de pie y probar mis piernas. Me dolían las caderas y sentía los tobillos inestables, pero era cuestión de vida o muerte, así que ya me ocuparía más tarde de las consecuencias en mi cuerpo. Giré suavemente el hombro y me masajeé el brazo, deseando que todo se mantuviera en su sitio.

Me puse de puntitas para mirar por la ventana. Lo único que veía era un pedazo de cielo gris. Pasaron los minutos y finalmente volví a sentarme. Necesitaba conservar energía.

Un estruendo fuera de la habitación me sacudió de la bruma del sueño. Me puse de pie justo a tiempo para que se abriera la puerta. La luz del pasillo me irritaba los ojos, pero cuando me acostumbré, vi al *Pakhan* parado en el umbral. Era la primera vez en mi vida que me alegraba de ver a mi padre. Sentí alivio al darme cuenta de que Matteo le había pedido refuerzos contra los albaneses.

Sin embargo, volteó hacia mí con la misma expresión oscura y retorcida que había visto

demasiadas veces en su rostro.

Se me encogió el corazón. No estaba aquí para rescatarme. *Maldición, por supuesto* que no.

—Sofiya.

—¿Estás trabajando con los albaneses?

Sacó un cigarrillo y lo encendió, soplando el humo en mi dirección.

—Al menos no eres una completa idiota, a diferencia de tu esposo.

—¿Por qué?

—Como si yo fuera a explicarle mis decisiones a una chica como *tú* —se mofó, como si yo fuera una escoria en la suela de su zapato.

—Por favor, déjame ir. —Me mataba suplicarle, mas no me quedaban opciones.

Su expresión se transformó en una mueca de desprecio.

—No te preocupes. Tengo planes para ti. —Y con eso, cerró la puerta, encerrándome de nuevo.

Solté un grito. ¿Cómo podía ser esta mi vida? ¿Qué había hecho para merecer un padre de mierda? Volví a desplomarme en el suelo. Tenía un nudo en la garganta, no obstante, estaba demasiado enfadada para llorar.

Me sobresalté cuando la puerta volvió a abrirse, aunque esta vez eran tres hombres los que estaban en el umbral. Uno de ellos me resultaba vagamente familiar, era uno de los soldados del *Pakhan*, pero los otros dos eran desconocidos.

Se me aceleró el corazón. Su mirada únicamente podía describirse como siniestra, pero contuve mi temor. Tenía que mantenerme alerta, podía ser mi única oportunidad de escapar.

Me quedé en el suelo, intentando idear un plan.

—Es más guapa de lo que imaginaba —señaló el primer hombre. Era calvo y vestía un uniforme negro de estilo militar.

El soldado de la *Bratva* esbozó una desagradable sonrisa amarilla.

—Son sus piernas las que no funcionan. Su cara, sus tetas y su culo no se ven afectados. Además, me gusta cuando se quedan ahí tumbadas mientras te las follas.

—¿Y qué hay de su coño? —inquirió el tercer hombre. Era rubio y parecía unos años mayor que yo.

—Supongo que tendremos que probarlo y ver —añadió el calvo.

El soldado de la *Bratva* parecía nervioso por primera vez.

—El *Pakhan* dijo que no había que tocarla. Se va a casar.

—Ya está casada —replicó el rubio.

El soldado calvo dio otro paso hacia mí, y mis ojos revolotearon hacia la pistola que llevaba en la cintura. Tensé los músculos para no moverme. Tenía que calcularlo todo con cuidado.

—Eso no importará una vez que su marido haya muerto. Las viudas pueden volver a casarse.

Oh Dios. Por muy enredados que estuvieran mis sentimientos hacia Matteo, no lo quería muerto

Y prefería morir antes que ser vendida a otro hombre elegido por mi padre.

El soldado de la *Bratva* cerró la puerta de la celda tras de sí, dejándonos a todos a oscuras. El putrefacto olor a sudor empapaba la habitación.

—¿Qué importa si la follamos? De todos modos, ya está usada. Y no es como si Arben la vaya a comprar por su coño.

La bilis se me subió a la garganta, pero me la tragué. Esta alianza había sido una farsa desde el principio. El *Pakhan* había jugado con todos nosotros, utilizándome como pieza de ajedrez en su retorcido juego.

Los hombres se acercaron, discutiendo quién iba a “cogerme el coño primero”. Parpadeé, haciendo que mis ojos se adaptaran a la oscuridad.

Uno de ellos se agachó sobre mí y yo me moví. Con la mano derecha, le agarré la entrepierna y apreté con fuerza. El grito de sorpresa del hombre llenó la habitación y me empujó a un lado, pero yo ya había conseguido agarrarle la pistola.

—¡Maldita perra! —soltó.

El sonido de tres disparos resonó en la pequeña habitación, seguido del ruido sordo de tres cuerpos.

La adrenalina se apoderó de mí y me permitió mantenerme en pie sin dolor. Rodeé los cadáveres y abrí la puerta con cuidado. Estaba segura de que alguien había escuchado los disparos, aun así, nadie vino corriendo. La luz del pasillo se filtró en la celda lo suficiente para que viera que los tres guardias estaban muertos. Le había dado a cada uno en la frente. Estaba bastante impresionada conmigo misma. Estaban tan cerca que no había sido un tiro difícil, pero acertarles a todos en la oscuridad era bastante bueno. Dimi estaría orgulloso de mí.

Les quité las armas a los otros guardaespaldas y me las metí en la cintura. La sangre se acumulaba en el suelo, empapando las rodillas de mis *jeans*. Me temblaban las manos mientras buscaba un teléfono en los bolsillos. Cuando saqué uno, se me encogió el corazón al ver que no tenía cobertura. Tendría que llegar a un lugar mejor y llamar a Matteo.

MATTEO

Me quedé mirando fijamente el punto inmóvil de Sofiya en la aplicación de rastreo. Llevaba cuarenta y cinco minutos dentro del almacén. Cada segundo de espera había sido una agonía, pero no sabíamos cuántos irlandeses había adentro y teníamos que ser estratégicos.

Al menos, eso era lo que Romeo me seguía diciendo.

El almacén estaba en medio de la nada. Un largo camino de grava atravesaba campos abiertos hasta llegar a la entrada de un edificio gris. Había un anexo abandonado a la vista del edificio, y allí fue donde esperamos a Rustik. Había aterrizado en el mismo pequeño aeropuerto que nosotros y estaba en camino.

Recibí una llamada en mi teléfono. Pasé el dedo por encima del botón de respuesta, pero era un número desconocido, así que lo envié al buzón de voz.

—Rustik está a tres minutos —avisó Romeo.

—Pongámonos en posición. —Habíamos planeado con Rustik mientras estaba en el avión. Mis hombres y yo tomaríamos el lado este del almacén y él tomaría el lado oeste. Nos abriríamos camino hasta el centro para liberar a Sofiya y destruir a los irlandeses y albaneses.

La propiedad estaba en silencio mientras nos acercábamos. Me encontré con la mirada igualmente confusa de Romeo ante la ausencia de guardias. Con suerte, eso significaba que no nos esperaban y que no encontraríamos mucha oposición.

—Rustik está en posición —susurró Romeo.

Asentí con la cabeza a mis hombres. Veinte de ellos habían venido con nosotros y en ese minuto los observaba a los ojos. Eran hombres que me habían sido leales y, en el caso de los más viejos, leales a mi padre. La Mafia Italiana, estos hombres, eran la Familia, aun así, mi familia nunca estaría completa sin Sofiya.

—Gracias por estar a mi lado —dije. Unas cuantas expresiones de asombro se dibujaron en los rostros que tenía ante mí—. No hay nadie más a quien le confiaría la seguridad de mi esposa. —Sus rostros se volvieron serios y sus pechos se hincharon de orgullo. Me giré hacia Romeo—. Vamos.

El interior del almacén estaba oscuro. Las sombras de las pequeñas ventanas con barrotes jugaban con las paredes de concreto. Atravesamos una habitación pequeña y silenciosa hasta que llegamos a otra puerta. Romeo la tanteó, se abrió con un chirrido y todos entramos en un espacio negro como el carbón y sin ventanas. Se escuchó un ruido sordo cuando la puerta se cerró tras nosotros. Antes de que pudiera sacar mi teléfono para encender la linterna, la habitación se inundó de luces, luces cegadoras y brillantes que iluminaban una enorme sala con interminables tarimas de cajas apiladas.

Y una hilera de hombres uniformados y armados frente a nosotros.

Al frente de la fila estaba Domenico.

Un Domenico bastante *vivo* y sonriente.

Un momento de confusión fue seguido por un relámpago de rabia. Levanté mi pistola.

—Dame una razón por la que no deba matarte.

La sonrisa de Domenico era algo enfermiza y retorcida.

—Mi muy buen amigo está ahora mismo con tu esposa. Todo lo que me pase a mí le pasará a ella.

Las piezas del rompecabezas encajaban, cada una resaltando lo absolutamente tonto que había sido. Había estado tratando de averiguar con quién se habían aliado los albaneses, y todo el tiempo había sido el maldito *Rustik Ivanov*. Que había trabajado con mi ejecutor. E incriminó a los irlandeses para distraerme.

—Veo que finalmente lo has descubierto. —Domenico estiró los brazos, parecía completamente tranquilo, sabiendo que no podía hacerle nada y arriesgar a Sofiya—. Ha sido agotador tener que inclinarme ante ti todo este tiempo. Te apoyé hace tantos años, lamentablemente, te has vuelto débil. No eres nada comparado con Arben y Rustik.

Romeo gruñó a mi lado y apreté mi mano contra su pecho. El corazón me latía con fuerza. No sabía cómo íbamos a salir de esta.

—Ahora, ha llegado el momento de usar sus lamentables neuronas y rendirse. Tú, por supuesto, tendrás que morir, aunque prometo ser gentil —se mofó Domenico.

Apreté la mandíbula, resistiendo la tentación de dispararle en la boca.

—Pero si tus hombres se rinden, estoy seguro de que podremos encontrarles un lugar en el nuevo imperio de Arben.

—Si crees que alguna vez te serviríamos... —gruñó uno de mis hombres.

—Carajo, la idiotez es muy profunda en la Familia —comentó Domenico. El hombre a su lado resopló.

Desvié la mirada hacia Romeo, tratando de sopesar las posibilidades.

Podíamos dispararles. No había forma de que permitieran que alguno de nosotros sobreviviera, así que más nos valía acabar con tantos de ellos como pudiéramos.

Pero ¿qué le pasaría a Sofiya? No estaba convencido de que Rustik pudiera matar a su hija, mas no estaba dispuesto a correr ese riesgo, sobre todo sabiendo que no tenía reparos a la hora de lastimarla. O venderla para casarse.

«Hijo de puta».

Otra pieza del rompecabezas cayó en su lugar. Iba a casarla con *Arben*.

—¿Cómo sé que realmente tienes a Sofiya? —Necesitaba ganar tiempo.

Domenico se encogió de hombros.

—Es un riesgo que tendrás que...

Un disparo sonó desde el otro lado de la habitación. La boca de Domenico goteó sangre antes de caer hacia adelante.

Se desató el caos.

—¡Abran fuego! —bramé. Mis hombres dispararon contra la línea de soldados de la *Bratva* y albaneses, que seguían siendo abatidos por la espalda por algún tirador desconocido. Las balas pasaban a mi lado mientras me agachaba y disparaba a los hombres que caían rápidamente. El suelo y las paredes de concreto levantaron polvo, y luego las luces se apagaron, empapándonos de oscuridad mientras los gritos y las balas llenaban el aire.

Luego se hizo un silencio espeluznante. La linterna de mi teléfono iluminó el cuerpo de Domenico, rodeado de soldados muertos. Dirigí la luz hacia mis hombres, que parecían casi

ilesos gracias a quienquiera que hubiera disparado a los soldados enemigos desde atrás. El tirador debía de seguir en la sala, aunque era imposible localizarlo, ya que las cajas apiladas creaban un escondite perfecto.

—Le dispararon a Francesco —notificó Romeo—. Parece una herida superficial, pero Ajello va a llevarlo al coche para ver cómo está.

—Bien. —Me dirigí al resto de los hombres—. Dispérsense por el almacén y encuentren a Sofiya.

Volteé hacia Romeo y bajé la voz.

—Voy a ver si hay otra puerta por ahí. —Hice un gesto con la cabeza hacia el otro lado del gran espacio del almacén.

Romeo levantó la barbilla y el resto de mis hombres se dispersaron para revisar las otras habitaciones del edificio.

Tanteé la pared en busca de un interruptor de la luz, pero no lo encontré.

Me abrí paso por el lugar, con los ojos recorriendo las paredes y moviéndome entre las tarimas, con la pistola alzada en brazos por si me topaba con el tirador. Fuera quien fuera, no parecía mi enemigo, sin embargo, no me fiaba de nadie que se escondiera en las sombras.

Un fuerte ruido de raspaduras y gritos sonaron desde el exterior. El corazón me latía con más fuerza mientras avanzaba por la pared hacia el otro lado de la habitación, buscando una puerta. Mis dedos chocaron contra un bulto y me di cuenta de que era un interruptor de la luz.

Lo accioné. Mis ojos recorrieron a mi alrededor y entonces la vi.

Sofiya. Mi amor.

Tenía los ojos desorbitados y se arrastraba hacia una puerta no muy lejos de donde yo estaba.

Un alivio como nunca antes había sentido me dejó sin aliento.

Estaba aquí.

Estaba *viva*.

La llamé por su nombre y corrí hacia ella. Se volteó, la expresión de su rostro era de confusión y alivio. Sus labios se movieron, formando mi nombre.

Entonces, una explosión golpeó el costado de la propiedad y me arrojó con fuerza hacia atrás.

MATTEO

UN SONIDO ESTRANGULADO ME DEJÓ SIN ALIENTO Y ALGO DURO ATERRIZÓ SOBRE MIS PIERNAS. Parpadeé a través del polvo que llenaba la habitación y vi un gran pedazo de concreto de la pared derribada que me inmovilizaba contra el suelo. Podía mover los dedos de los pies, así que no creía que me hubiera roto algo, sin embargo, no podía moverme de debajo.

Giré la cabeza, desesperado por ver a Sofiya. Me estremecí de alivio cuando la vi a unos tres metros, cubierta de polvo pero aparentemente ilesa.

—Sofiya, amor, ¿estás bien?

Tosió y se limpió la cara con la manga.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Sí, solamente atrapado aquí.

Asintió con la cabeza e intentó ponerse de pie, pero cayó al suelo.

Me estremecí cuando sus rodillas golpearon el suelo.

—Ten cuidado —gruñí.

Puso los ojos en blanco.

—Sigues siendo tan mandón como siempre. —Se mordió el labio mientras miraba el gran agujero en la pared—. ¿Quién provocó la explosión?

Antes de que pudiera responder, se escuchó un fuerte grito. Al principio, todo lo que podía ver a través del agujero era un destello verde y azul del exterior. Pero entonces apareció Rustik, rodeado de sus hombres.

Clavé los ojos en Sofiya.

—¡Corre! —pronuncié con la boca.

Aunque intenté quitarme el pedazo de concreto de las piernas, no pude. Me puse más frenético cuando mi esposa se *acercó* a donde yo estaba en lugar de cruzar hacia la salida. Se colocó detrás de una viga metálica retorcida que debió de desprenderse del techo. Tenía una pistola en las manos y me di cuenta de que pretendía quedarse y luchar.

—*Tesoro*, no, no puedes hacer esto. Lárgate de aquí —siseé.

Ella me ignoró y se asomó alrededor del montón de escombros, con la pistola firmemente sujeta en la mano. Joder, ¿por qué no le había enseñado a disparar? Busqué mi pistola con la mano, no obstante, únicamente sentía pedazos de roca y cristal. Había volado de mis manos en la explosión, así que en ese instante estaba a minutos de la muerte, y mi esposa también.

Los hombres de Rustik gritaban mientras atravesaban los montones de escombros. El traqueteo de los disparos llenó la habitación cuando uno de sus guardaespaldas me apuntó. Los bloques de cemento que me rodeaban desviaron la mayoría de las balas, pero entonces una línea de fuego me atravesó el muslo y supe que me habían dado.

Volví a mirar a Sofiya. Sería lo último que vería antes de morir. La contemplé con avidez, memorizando la forma en que se apartaba el cabello despeinado de la cara, la determinación con la que apretaba la mandíbula, la firmeza con la que sus manos envolvían el arma. Su determinación era contagiosa y me llenaba el pecho. Me negaba a creer que mi *tesoro* fuera a morir ese día. Mientras la vida se desangraba de mi cuerpo, confiaba en que ella sobreviviría. Los refuerzos llegarían a tiempo para ella si tan solo *corría*.

—Sofiya, por favor, corre, escóndete. No hagas esto, *por favor*. —Yo era el objetivo de la *Bratva*, no ella. Rustik no ganaría nada matando a su hija, pero si ella se quedaba, podría convertirse en un daño colateral.

Sofiya me ignoró y apuntó con su arma antes de apretar el gatillo y disparar un tiro tras otro. A pesar de que las balas chocaron contra la viga metálica tras la que se escondía, ni se inmutó. Sus disparos parecían efectuarse sin esfuerzo y, aunque no giré la cabeza para ver si alguno de ellos había impactado, me quedé sin aliento ante lo magnífica que lucía.

Los gritos se unieron al olor a pólvora y sangre en el aire. Con cada latido de mi corazón, le recé a un Dios en el que no creía que salvara a Sofiya.

Me zumbaron los oídos cuando todo quedó en silencio. Una mirada de pura rabia transformó el rostro de Sofiya. Intentó levantarse, mas, le fallaron sus fuerzas.

—¡Rustik! —vociferó—. ¡Vuelve y enfréntame, cobarde! ¡Cobarde! —repitió algo en ruso y luego soltó una sarta de maldiciones.

Mi corazón latía tan rápido que pensé que iba a explotar de tanto terror. En cualquier momento, vería cómo la luz abandonaba los ojos de mi mujer, sabiendo que todo había sido culpa mía.

Se escuchó un ruido sordo de pasos que se disipaban, el crujido de los escombros y luego el silencio. La confusión me invadió. ¿Dónde estaban los otros hombres? Rompí mi promesa de no apartar la mirada de Sofiya y giré dolorosamente la cabeza hacia la abertura de la pared. El suelo estaba lleno de cadáveres y la sangre empapaba el suelo en ruinas.

Todos estaban muertos.

—Te dije que sabía disparar. —Sofiya me miró con una arrogante inclinación de cabeza antes de apuntarme lentamente con su arma—. Fuiste tú quien dudó de mí.

Mis labios se entreabrieron. ¿De verdad había acabado con todos ellos? ¿Con una docena de hombres ella sola? Era mejor tiradora que yo, que cualquiera de mis hombres.

—Dios, *Tesoro*, nunca te habías visto tan hermosa. —Sonreí mientras observaba el cañón del arma—. ¿Vas a matarme ahora? Me lo merezco.

—Aún no lo he decidido —contestó. Entonces sus ojos se desviaron hacia la sangre que se acumulaba bajo mi pierna y su labio empezó a temblar—. No. —Jadeó.

—No pasa nada. —Mi cuerpo se estaba enfriando y entumeciendo, y sabía que no tenía mucho tiempo antes de que la pérdida de sangre me obligara a perder el conocimiento—. Puedo irme ahora, sabiendo que estarás bien.

—No —repitió, sacudiendo la cabeza mientras se le entrecortaba la voz. Bajó el arma al suelo y empezó a arrastrarse hacia mí.

—*Tesoro*, no —le supliqué. Intenté moverme, hacer *algo* para detenerla, pero mis extremidades no respondían—. Sofiya, por favor, detente.

El suelo estaba lleno de trozos de cristal y mi perfecta y preciosa esposa se arrastraba por él para llegar hasta mí.

—Pensé que solamente estabas atascado —mencionó al llegar a mí—. No vi... —Se le escapó una lágrima que me rompió el corazón. Tuve suficientes fuerzas para rozar su brazo con

mis dedos y fue como el cielo, simplemente volver a sentirla por última vez.

—Lo siento mucho —me disculpé—. Siento mucho haberte hecho daño y no haber podido protegerte. Eres tan valiosa. Te amo tanto. —Mis palabras salieron arrastradas.

Sus manos se posaron en mi muslo, presionando la herida, sin embargo, apenas podía sentirlas.

—Te juro por Dios, Matteo, que no te me vas a morir. —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y yo quería besarlas. No había reconocido realmente el tesoro que era hasta que fue demasiado tarde.

—Después de toda la mierda que ha pasado en estos últimos días, nunca te perdonaré que nos dejes solos —reviró. Se quitó la camisa y la usó para mantener la presión sobre mi herida—. Tienes que estar aquí por mí. —Su voz se quebró cuando añadió—. Y por el bebé.

Sus palabras flotaron en el aire hasta mí, aterrizando suavemente en mi mente mientras me desvanecía del mundo.

SOFIYA

HABÍA UN HOMBRE SENTADO JUNTO A MI CAMA. SE ME NUBLÓ LA VISTA AL ENTRECERRAR LOS ojos.

Parecía tener unos treinta o cuarenta y tantos años, el cabello castaño, algunas pecas en la nariz y unas gafas negras que enmarcaban sus brillantes ojos verdes, que ahora estaban fijos en mi rostro.

Algo se agitó en mi mente. ¿De dónde conocía a este hombre?

Giré la cabeza para observar a mi alrededor. Estaba en lo que parecía una habitación de hospital de lujo con un hombre extraño vestido de traje.

—Estás despierta —me dijo con un fuerte acento irlandés.

Al escuchar su voz, me acordé de todo. Había estado intentando contener la hemorragia de la pierna de Matteo cuando aquel hombre entró al almacén por el enorme agujero de la pared con un grupo de soldados. Habían sacado a Matteo de debajo de los bloques de concreto y nos habían llevado a los dos al hospital. Debí de desmayarme en el trayecto.

—¿Q-quién es us-ted? —balbuceé.

—Soy Ronan, jefe de la Mafia Irlandesa.

—*Oh.* —Debería estar entrando en pánico, no obstante, me sentía extrañamente entumecida —. ¿Debería estar gritando pidiendo ayuda ahora mismo?

Sonrió satisfecho.

—No creo que te serviría de algo, pero siempre puedes intentarlo.

—Guardaré mi voz —repliqué secamente.

Mi mente daba vueltas mientras salía lentamente de la pesada niebla mental. Y entonces me entró el pánico. Abrí la boca para intentar formar palabras, ¿qué había pasado después de desmayarme? ¿ Matteo estaba...?

Debió de leer el miedo en mis ojos.

—Matteo está bien. Y Angelo también.

El alivio me invadió tan intensamente que pensé que me desmayaría. Me dejé caer sobre las almohadas.

—¿Estás seguro? ¿De verdad están bien? —sollocé.

—*Aww* mierda, *lass*, no tolero las lágrimas. —Me dio unas palmaditas en la mano con cierta torpeza—. Sí, ambos están bien. El Don salió del quirófano. Sigue inconsciente, sin embargo, le salvaron la pierna y se pondrá bien. Tu guardaespaldas, Angelo, también salió de la operación. Los albaneses lo dejaron en el aeropuerto, y pudimos llevarlo al hospital. Aunque tuvieron que hacerle una transfusión de sangre, los médicos confían en que se recuperará. Ambos se están recuperando en habitaciones en este pasillo. Este es mi hospital privado.

Intenté contener las lágrimas, pero me caían por las mejillas hasta la bata.

—M-muchas g-gracias —balbuceé—. ¿Cómo están Leona, Finn y Aidan?

Ronan se reclinó en su silla con una sonrisa.

—Leona dijo que eras una chica muy dulce. Estaba al otro lado del muro cuando los rusos lanzaron la granada y tuvieron que operarla para sacarle la metralla del costado, pero ya está intentando levantarse de la cama. —Puso los ojos en blanco, mas había afecto en su voz—. Finn y Aidan están un poco magullados, pero bien. Tuvimos que sedarte después de retirarte de encima del Don porque estabas muy alterada. Has dormido durante doce horas. Los médicos te curaron las cortadas de las manos, los brazos y las rodillas. También tenías un hombro dislocado y un par de costillas.

—¿Qué hay de...? —Tenía la voz tan ronca que apenas me salían las palabras. Ronan tomó un vaso de agua de la mesa auxiliar y me lo acercó. Me bebí el vaso entero con gratitud y me sirvió otro—. ¿El médico dijo algo del bebé?

Ronan se quedó inmóvil mientras devolvía la jarra de agua a la mesa.

—¿Estás embarazada?

Mis lágrimas seguían cayendo porque ya no sabía cuál era la respuesta a eso, así que me limité a asentir.

—Bien. Déjame llamar a alguien. —Ronan presionó el botón de llamada junto a la cama y me miró con un aire de pánico.

Una enfermera entró rápidamente en la habitación.

—Está despierta —dijo con una enorme sonrisa.

—La señora Rossi acaba de informarme que está embarazada —explicó Ronan—. Que alguien la examine inmediatamente.

La enfermera parpadeó y salió corriendo de la habitación.

—¿Qué tan embarazada estás? Quiero decir... ¿de cuántos meses?

Arqueé una ceja. Al parecer, el embarazo era la forma de inquietar a los mafiosos.

—Apenas unas semanas. Si es que sigo embarazada.

Su expresión se suavizó y tomó mi mano. La apreté en señal de gratitud.

La enfermera regresó y otra mujer entró detrás de ella.

—Señora Rossi, encantada de conocerla. Soy la doctora Aisling Sullivan. Soy ginecóloga.

—Mucho gusto —murmuré.

Ella sonrió.

—¿Me han dicho que está embarazada?

—Me enteré hace unos días por un análisis de sangre. No obstante, los últimos días han sido... demasiado. —No sabía cuánto podía decir.

—Este es el hospital privado del señor Finnegan —aclaró, mirando a Ronan—. Así que entendemos su ámbito de trabajo.

Bueno, eso hizo las cosas un poco más fáciles de explicar.

—No sé si todo el estrés y todo lo demás le hizo daño al bebé. —Se me quebró la voz.

La doctora Sullivan me miró con simpatía.

—Bueno, tus análisis de sangre sí indican embarazo; desafortunadamente, los niveles de GCH tardan tiempo en volver a la normalidad después de un aborto espontáneo —continuó rápidamente al ver mi expresión de pánico—. No estoy diciendo que hayas tenido un aborto espontáneo, simplemente que el análisis de sangre puede no ser un indicador preciso de embarazo. Hagamos un ultrasonido y confirmemos. No podremos ver mucho en esta etapa, pero eso no significa que el bebé no esté perfectamente sano.

—¿Cómo es posible que el bebé esté sano? —sollocé—. No he hecho nada para protegerlo.

—*Oh*, querida, no —consoló la doctora Sullivan.

Ronan me apretó la mano con más fuerza.

—Sofiya, por lo que vi, estuviste absolutamente increíble. Te salvaste a ti misma y a tantos otros ahí dentro.

La doctora Sullivan me pasó una caja de pañuelos y yo los acepté agradecida.

—Solo respira profundamente para mí y echaremos un vistazo. Haremos un ultrasonido transvaginal. ¿Te han hecho uno antes?

Negué con la cabeza.

—Puede ser un poco incómodo, pero no debería ser doloroso.

Ronan se retiró, haciéndome saber que se quedaría justo al otro lado de la puerta, y la doctora Sullivan y las enfermeras prepararon el equipo. La doctora me colocó las piernas en los estribos y me introdujo el dispositivo de ultrasonidos. Respiré a pesar de la incomodidad y mantuve la mirada fija en la pantalla de la computadora, desesperada por encontrarle sentido a las imágenes estáticas en negro y gris. La doctora se quedó callada y me entraron ganas de gritar.

Entonces sonrió.

—Ahí. —Señaló un pequeño punto borroso en medio de un óvalo negro—. Eso es el saco vitelino y el embrión.

El mundo se detuvo mientras yo miraba la pantalla. Apenas era algo, un pequeño punto borroso, sin embargo, era la prueba de que seguía embarazada.

—¿Hay latido? —Me atraganté.

—Todavía no, pero era de esperar. Según la ecografía y lo que me has dicho, tienes unas cinco semanas.

Fruncí el ceño.

—No es posible. Empezamos a tener relaciones hace apenas unas semanas.

Sonrió.

—En realidad, la edad gestacional se basa en la última regla, no en la fecha real de la concepción. Deberías hacerte otro ultrasonido en unas tres semanas. Yo puedo hacértelo si sigues en la zona, o te pondremos en contacto con otra ginecóloga. Pero entonces podrá ver más y, posiblemente, escuchar el latido del corazón.

Retiró la sonda y me ayudó a sentarme.

—Realmente quiero que este bebé nazca —susurré.

Me dio una palmadita en la mano.

—Yo también quiero lo mismo.

La enfermera me tomó los signos vitales y la doctora me revisó el hombro y las costillas. Cuando se iba, me preguntó si quería que Ronan volviera a la habitación y yo asentí. No quería estar sola.

Ronan volvió a entrar y se sentó junto a mi cama.

—¿Todo está bien con el bebé?

—Sí, eso parece.

Volvió a darme palmaditas en la mano.

—Me alegra escucharlo.

Apreté mi mano contra mi estómago, deseando que la pequeña vida allí dentro lo lograra.

—¿Puedo ver a Matteo y Angelo?

—Ninguno de los dos está despierto ahora, y necesitas descansar.

—*Por favor*.

—Joder. Está bien. Pero tienes que usar esta silla de ruedas. —Señaló una silla en la esquina de la habitación, y yo asentí. No estaba segura de si sabía que yo usaba una normalmente o si simplemente estaba siendo protector.

Antes de que pudiéramos movernos, la puerta se abrió de golpe. Ronan se dio la vuelta y apuntó con su arma a... Leona.

SOFIYA

—¿Qué haces aquí? —Ronan gruñó—. Se supone que deberías estar en cama.

—Por favor, apenas fue una herida superficial. —Leona estaba increíblemente arreglada, con el cabello impecable. Lo único que delataba su herida era un vendaje alrededor de su bíceps.

—¡Te acaban de operar el jodido brazo!

Leona ignoró a Ronan y se acercó a mi lado

—Sofiya, acabo de hablar con el guardaespaldas de Mila.

Fruncí el ceño.

—¿Nikolai? ¿Qué quieres decir?

—Llamó a Sienna porque no pudo ponerse en contacto contigo, y Sienna me llamó a mí. Rustik regresó a Chicago con Arben, que se casará con Mila *esta noche*.

Las náuseas me revolvieron el estómago.

—¿Qué? No. —Eché las piernas a un lado de la cama—. Tengo que llegar a ella. ¿Qué dijo exactamente Nikolai?

—Dijo que necesita refuerzos. Mila está siendo vigilada demasiado de cerca como para que él pueda llevársela.

—Tengo que llegar a Chicago.

—Ya avisé al *jet* —respondió ella.

Ronan maldijo.

—¿Qué demonios, Leona?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Ronan, esta boda consolidaría la alianza entre Arben y Rustik, que, por si acaso lo olvidaste, son tus enemigos. Así que puedes quedarte aquí sentado, cruzado de brazos mientras esperas a que los albaneses y la *Bratva* ataquen tu ciudad, o venir con nosotras.

—Lo juro por el maldito Dios. ¿Por qué te permití volver a Boston? Debería haberte hecho quedarte en New York.

—Porque sabes que podría matarte de cien maneras diferentes si quisiera.

—Ah, sí, eso —respondió con ironía. Se encontró con mi mirada suplicante y se restregó la mano por la cara en un movimiento que hizo que me doliera el corazón por lo mucho que me recordaba a Matteo—. No puedes venir con nosotros. Estás *embarazada*.

Leona levantó las cejas.

—Mila es más importante. —No me inmuté al encontrarme con sus ojos. Quería desesperadamente que mi bebé sobreviviera. No entendía cómo podía querer tanto a algo de lo que apenas llevaba un día sabiendo, no obstante, palidecía ante el amor que sentía por mi hermana. Era mi mejor amiga, mi compañera de vida para siempre. Iría hasta el fin del mundo

por ella. Lo arriesgaría todo por ella.

Ronan apretó la mandíbula, pero agarró la silla de ruedas del hospital que estaba en un rincón de la habitación y la colocó junto a la cama, permitiéndome pasar a ella.

—De acuerdo, maldita sea. —Se dirigió a la puerta, murmurando algo sobre mujeres agobiantes y de carácter fuerte.

Leona me puso la mano en el hombro mientras me acercaba a la puerta.

—Los detendremos —aseguró, llena de confianza—. Y necesito la oportunidad de ver quién de nosotras tiene mejor puntería. Desde luego, la respuesta soy yo, aun así, me gustaría acallar cualquier rumor sobre tu destreza.

Puse los ojos en blanco, pero estaba más que agradecida de tenerla de mi lado.

MATTEO

LOS PÁRPADOS ME PESABAN MILES DE KILOS MIENTRAS LUCHABA POR ABRIRLOS.

Entrecerré los ojos y contemplé la habitación blanca. Sin ventanas. Olor antiséptico. Algún tipo de equipo médico emitiendo un suave pitido de fondo.

Giré la cabeza, mis músculos gritando por el movimiento, hasta que mis ojos se posaron en Romeo.

—¿Estoy en el infierno? —solté con voz ronca.

Romeo tenía ojeras y no se había afeitado.

—Deberías estarlo. No sé cómo saliste de esa, *Fratello*.

—¿Qué ocurrió?

—La *Bratva* provocó la explosión. Nos impidió llegar hasta ti. Tuvimos que luchar entre los escombros. —Su expresión era sombría, su mandíbula apretada—. Finalmente nos abrimos paso y encontramos a Ronan Finnegan.

—¿Qué? —Intenté incorporarme.

—Recuéstate, demonios —gruñó Romeo—. Estaba allí con Sofiya, parando la hemorragia de tu pierna. —Sus ojos se desviaron hacia donde la sábana del hospital cubría mis piernas. La aparté y gemí al ver la herida de bala vendada y la gran cantidad de moretones que tenía en los muslos.

—Los hombres de Ronan te liberaron y nos transportaron a todos aquí, a su hospital privado. Habrías muerto de no ser por él. Angelo también.

—¿Angelo?

—Los hombres de Arben le dispararon en la pista de aterrizaje. Lo operaron, pero se pondrá bien.

No sabía cómo sentirme por Angelo. Había sido uno de mis hombres más leales, no obstante, su lealtad se había desplazado obviamente hacia mi esposa. Sus acciones la habían puesto en peligro.

—¿Dónde está ella?

—Sofiya está en una habitación al final del pasillo. Está bien —añadió rápidamente ante mi expresión de pánico—. Tiene algunas cortadas y moretones, mas está bien.

La rabia me quemaba en el pecho por el hecho de que tuviera marcas en el cuerpo.

—Necesito verla.

Romeo suspiró.

—Perdiste mucha sangre y te tuvieron que operar la pierna. Necesitas tiempo para recuperarte.

—A la mierda con eso. —Me levanté para sentarme y balanceé las piernas sobre la cama.

Romeo me puso la mano sobre el pecho.

—Puedo ir a buscarla.

—No —gruñí—. Yo iré con ella. —Era lo menos que podía hacer después de todo el dolor que le había causado.

Romeo refunfuñó, pero se levantó y agarró una silla de ruedas de un lado de la habitación.

—Irás en esto. No es negociable.

—Yo soy tu Don —siseé en voz baja.

—Sí, sí, eres muy feroz y das miedo. Ahora súbete a la puta silla de ruedas.

Empecé a sudar por el esfuerzo de moverme de la cama. Mi respiración era agitada y me sentía mareado. Romeo me miró con desaprobación, aunque no dijo nada mientras me empujaba hacia el pasillo vacío. Odiaba estar atrapado en la silla de ruedas y me di cuenta de que estaba experimentando apenas una pizca de lo que Sofiya hacía todos los días.

—¿Qué pasó con Rustik? ¿Arben?

—Ambos escaparon con algunos de sus hombres. El resto de sus soldados murieron o fueron capturados. Ronan los mantiene prisioneros.

—Joder. Ahora estoy en deuda con él, ¿no? —Algo se me vino a la cabeza, ¿fue él quien le disparó a Domenico y al resto de sus hombres?

—Me temo que sí. Al menos sabemos que no están metidos en el tráfico de mujeres.

Doblamos una esquina.

—Esa es la habitación de Sofiya. —Romeo señaló una puerta al final del pasillo.

—¿Por qué no hay un guardia afuera de la habitación? —gruñí.

—Ronan está adentro con ella.

—¿Qué? —Giré la cabeza para fulminar con la mirada a mi segundo al mando—. Dame una razón por la que no debería matarte ahora mismo por dejar que un hombre que no conozco, un jefe de la mafia rival, esté en una habitación con *mi esposa*.

—Estaría temblando de miedo si tuvieras la fuerza suficiente para limpiarte el trasero tú solo —replicó Romeo. Antes de que pudiera decir algo más, añadió—: Finnegan es la razón por la que no estamos todos muertos. No teníamos suficientes hombres ilesos para hacer guardia, así que se ofreció a quedarse con ella.

—*Tú* deberías haberte quedado con ella.

—Soy tu segundo al mando. Me quedo contigo.

Apreté la mandíbula, sin embargo, no respondí porque por fin estábamos frente a la habitación de Sofiya. Empujé la puerta. El corazón me latía con impaciencia por ver a mi esposa. ¿Me gritaría? ¿Me echaría de la habitación? Me lo merecía. Me merecía toda su ira, su juicio. Lo soportaría todo con tal de estar cerca de ella, de satisfacer el ansia desesperada de mi cuerpo por estar siempre con ella.

Estaba preparado para cualquier cosa que me lanzara; no obstante, para lo que no estaba preparado era para encontrarme una cama vacía. Romeo se adelantó corriendo y revisó el baño. Sacudió la cabeza cuando se dio la vuelta.

—Mi teléfono. —Me atraganté.

Romeo lo sacó de su bolsillo y yo abrí la aplicación de rastreo, enviando una plegaria al universo para que no se hubiera quitado el collar.

Su punto estaba en el aeropuerto y el corazón me dio un vuelco en el pecho. Me temblaron las manos al llamarla. No contestó.

—Voy a llamar a Ronan —dijo Romeo. Se llevó el teléfono a la oreja y luego maldijo, colgó y sacudió la cabeza.

Justo entonces sonó mi móvil, pero era Sienna, no Sofiya. Estuve a punto de no contestar, en ese momento tenía que concentrarme en mi esposa, aunque luego me di cuenta de que mi hermana probablemente tendría el número de contacto de Leona.

—*Matteo, Sofiya va hacia Chicago* —soltó Sienna inmediatamente cuando contesté.

—¿Qué? —Puse la llamada en altavoz para que Romeo pudiera oírla.

—*Nikolai me llamó. Rustik obligará a Mila a casarse con Arben. Sofiya, Ronan y Leona van a impedir la boda.*

—Prepara el avión —le ordené a Romeo.

Sienna inhaló bruscamente.

—*Matteo, no puedes ir. Romeo dijo que te habían disparado, lo que hace que sea la* segunda vez *esta semana.*

—Si crees por un momento que voy a dejar que mi esposa se enfrente sola a Rustik y Arben, ¡no me conoces, maldición! —bramé.

—*Demonios, Matteo* —comentó Sienna con un suspiro—. *Solo ten cuidado, ¿de acuerdo? Necesito que ambos regresen.*

—Lo tendré —prometí. Romeo me acercó a la puerta y quité el altavoz de la llamada—. ¿Cómo está Noodle?

Sienna hizo una pausa antes de contestar.

—*Parece triste. Se queda tumbado junto a la puerta llorando. Creo que echa de menos a Sofiya.*

Ya éramos dos.

—La traeré de vuelta a casa —juré—. Por todos nosotros.

No había vida para mí sin ella. Pude haber sido demasiado tonto para verlo al principio, pero ya que lo sabía, nunca la dejaría ir.

SOFIYA

LAS BOCINAS DE LOS COCHES SONABAN MIENTRAS LEONA SE MOVÍA ENTRE EL TRÁFICO DE Chicago, y cada una de ellas me subía la presión arterial.

—Es un poco inoportuno que celebren la ceremonia en hora pico —se quejó mientras le cortaba el paso a otro auto.

—No sé si estaban pensando en la conveniencia —solté.

—¿Conoces la iglesia? —preguntó Ronan. Estaba agarrado a la puerta y a su asiento mientras Leona tomaba otra curva demasiado rápido.

—No muy bien. Es en la que me casé, pero estuve poco tiempo allí para la ceremonia.

—*Ahh*, maravilloso. Llena de buenos recuerdos, estoy segura —comentó inexpresiva Leona.

Si no tuviera el pecho tan apretado que apenas pudiera articular palabra, me habría reído.

—La ceremonia ya comenzó —continuó—. Así que vamos a hacer una gran entrada.

Ronan se pasó la mano por la cara con un suspiro exasperado.

—¿No se supone que eres buena siendo sigilosa? ¿Alguna idea de cómo podemos rescatar a Mila *sin* que todos muramos en el proceso?

Leona se encogió de hombros.

—Siempre tengo tiempo para planear y reunir información antes de mis misiones. Es emocionante improvisar sobre la marcha. Quizá debería intentarlo más a menudo.

—Leona —gruñó Ronan.

—Qué susceptible —replicó Leona, con la voz entrecortada por la risa.

Ronan me miró por encima del hombro y supe que ambos nos estábamos preparando mentalmente para nuestra muerte inminente.

Leona dio otra vuelta y vi la iglesia ante nosotros. Se estacionó justo enfrente.

—Hoy tengo un buen presentimiento. Las cosas saldrán bien.

Justo en ese momento, tres G-wagons negras se detuvieron a nuestro lado, bloqueándonos el paso.

—Me alegro de que tuvieras un puto buen presentimiento —ironizó Ronan, sacando su pistola.

La puerta del pasajero del primer coche se abrió de golpe y bajó alguien conocido. Abrí la puerta de golpe, sin importarme que el hombre me estuviera apuntando con su pistola.

—¡Dimi! —grité con lágrimas en los ojos.

Mi hermano maldijo, enfundó su arma y ordenó a sus hombres que se retiraran. Corrió hacia mí y me abrazó con fuerza.

—¿Qué haces aquí, Sofiya?

—Lo mismo que tú, supongo. Rescatando a Mila.

Maldijo.

—Ustedes dos me van a matar. Quédate en el coche mientras nos ocupamos de esto.

Me soltó e hizo un gesto a sus hombres, que habían salido de los vehículos. Subieron corriendo las escaleras de la iglesia y desaparecieron por la puerta principal.

—¿Cuáles son las probabilidades de que nos quedemos aquí? —preguntó Ronan.

—Menos diez —respondió Leona. Metió la mano en la guantera y me dio una pistola. Comprobé que estuviera cargada y me la metí en la parte trasera de mis *jeans*.

—Me lo imaginé —dijo Ronan—. Malditas mafiosas. —Salió del coche y me ofreció su brazo, medio cargándome hasta las escaleras de la iglesia. Insistió en pasar primero por la puerta, lo que hizo que Leona pusiera los ojos en blanco, y luego los tres nos arrastramos por el vestíbulo vacío hasta el santuario.

Lo que vi al asomarme por la ventana del santuario me heló la sangre y no dudé en abrir la puerta de golpe.

El *Pakhan* estaba en la parte de enfrente de la iglesia. Mi madre estaba de pie junto a él, con un vestido chillón de satén amarillo neón. Sin embargo, apenas la vi porque mi padre rodeaba a Mila con el brazo mientras le apoyaba un cuchillo contra la garganta y sujetaba una pistola con la otra mano.

Dimitri estaba parado en el pasillo de la iglesia, mirando fijamente a nuestro padre.

—Perdiste —declaró—. Tus hombres son leales a mí. —Miré alrededor de la iglesia y vi a todos los soldados de la *Bratva*, hombres a los que conocía de toda la vida, frente a mi padre con las armas desenfundadas.

—¡Traidores! —bramó el *Pakhan*. Tenía los ojos desorbitados, y eso me aterrorizó. Era un hombre sin nada que perder.

Continué mi camino por el pasillo, obligando a mis rodillas y la cadera a mantenerse fuertes. No había forma de conseguir un tiro limpio cuando tenía a Mila frente a él. Pero tal vez podría distraerlo, hacer *algo, lo que fuera*, para salvar a mi hermana.

Los ojos de mi padre se clavaron en mí, llenos de crueldad, y el cañón de su pistola se desvió para apuntarme al pecho.

—Mi otra hija inútil —se mofó.

Cada latido furioso de mi corazón me impulsaba a seguir. «*Haz algo. Haz algo. Haz algo*».

—¿De verdad vas a asesinar a tus dos hijas? ¿Y a tu nieto nonato? —Mi voz era firme y llena de desprecio.

Mi madre inhaló bruscamente, y los ojos de Mila se abrieron de par en par mientras bajaban hacia mi estómago.

El *Pakhan* soltó una dura carcajada.

—Mi hija defectuosa y el débil Don de la Mafia Italiana van a tener un bebé. Qué pareja tan perfecta. —Agitó el cuchillo mientras hablaba, y las palmas de mis manos se empaparon de sudor.

—¿Realmente quieres que te recuerden así? —Agité la mano.

Soltó una carcajada áspera.

—¿Que me *recuerden*? Pareces creer que no saldré vivo de aquí.

Un estruendo de disparos sonó desde el exterior y todos nos quedamos paralizados. Mi mente daba vueltas mientras intentaba averiguar quién disparaba. Los ojos de Dimi se cruzaron con los míos y negó sutilmente con la cabeza. Sus hombres no eran los responsables de aquellos disparos.

Tenía las axilas empapadas de sudor y respiraba entre una oleada de mareos. Mantuve mi

mirada fija en el *Pakhan*, ignorando el destello de neón de movimiento detrás de él.

—Se acabó, Rustik —afirmó Dimi, alzando la voz por encima de la cacofonía exterior—. Perdiste.

—¡No, carajo! —exclamó. Sus brazos se agitaron, soltando momentáneamente a Mila.

Todo sucedió a la vez en un borrón de sonido y color. Las manos de mi madre se cerraron en torno al pesado candelabro del altar. Lo levantó y golpeó con fuerza a su esposo en la parte posterior de la cabeza. Él soltó un rugido de dolor y volteó hacia mi madre, con el arma levantada. Yo no vacilé. Saqué mi pistola de detrás de mi espalda, en un movimiento fluido, automático.

Apunté y apreté el gatillo.

La bala se clavó en un costado de la cabeza del *Pakhan*. La sangre brotó de la herida como una flor, y luego se desplomó en el suelo.

Ese hombre que había causado tanto dolor, a su propia familia y a innumerables vidas desconocidas, estaba muerto.

Miré alrededor de la habitación, con el corazón palpitándome de miedo de que los hombres de la *Bratva* se volvieran contra mí, mas ninguno se movió. Algunos me levantaron la barbilla en señal de respeto.

El pesado candelabro resbaló de las manos de mi madre, golpeando el suelo de mármol con un fuerte estruendo.

—*Spasibo, Mama* —agradecí.

Ella me miró, y hubo un breve destello de *algo* en sus ojos, fuego, determinación, y luego desapareció, sustituido por la inexpresividad familiar que impregnó mi infancia.

Y entonces la puerta trasera de la iglesia se abrió de golpe.

MATTEO

Romeo nos condujo por las abarrotadas calles de Chicago mientras perseguíamos a mi esposa. La última vez que estuve en esta ciudad, pensé que me había casado con una chica indefensa y tímida.

Qué jodidamente equivocado había estado.

—Deberíamos entrar por la puerta trasera. Podría darnos una ventaja por la sorpresa —propuso Romeo mientras girábamos por aquella conocida calle de la iglesia en la que me había casado—. Y quizá deberías quedarte en el coche hasta que...

—Ni siquiera pienses en terminar esa frase —siseé.

Romeo suspiró mientras giraba hacia el callejón junto a la iglesia, conduciendo hasta que nos encontramos con la pequeña explanada de grava junto a los contenedores de basura de la parte trasera.

Enzo y Ajello estaban con nosotros. Ojalá hubiera traído más hombres, pero había optado por la velocidad antes que por la fuerza.

Solo el tiempo diría si lamentaría aquella decisión.

Romeo estacionó el coche y agarró la manija de la puerta.

—No te mueras, *Fratello*.

—Lo mismo digo.

Los cuatro salimos del vehículo, Enzo y Ajello a mi lado y Romeo a la cabeza. Justo cuando nos acercábamos a la plancha de metal de la puerta trasera, se abrió de golpe. Nos escondimos detrás de los contenedores de basura mientras un grupo de hombres salía corriendo hablando en albanés. Con Arben justo en medio del grupo.

—Arben permanece vivo. Maten a los otros —dictaminé antes de inclinarme lo suficiente más allá de los contenedores para disparar por primera vez. Un soldado albanés cayó, provocando un caos absoluto. Los otros hombres dispararon alocadamente mientras corrían, y pudimos acabar con ellos en cuestión de segundos, dejando a Arben de pie en medio de un montón de cadáveres. Apuntó al contenedor que nos ocultaba, con las manos temblorosas y la piel pálida mientras vaciaba el cargador. Todos sus disparos salieron desviados y entonces su arma hizo clic, indicando que se había quedado sin balas.

Me lancé desde detrás del contenedor mientras Arben intentaba recargar su arma con manos temblorosas, y le disparé en la pantorrilla. Cayó gritando, y Romeo, Enzo y Ajello corrieron hacia nosotros para desarmarlo y empujarlo al suelo.

Odiaba que tuviéramos que mantenerlo con vida. Lo único que deseaba era destriparlo, arrancarle los órganos de su patética carne. Sin embargo, él tenía la información que necesitábamos, la ubicación de las chicas víctimas de la trata y la lista de otros aliados. La única

sensación de satisfacción que sentí mientras Enzo y Romeo lo ataban y amordazaban fue saber que podría torturarlo todo el tiempo que quisiera.

Días. Semanas. Meses.

Nada era demasiado para este bastardo.

Mis soldados lo metieron en el maletero del coche. Le hice una señal a Ajello para que se quedara con él mientras Romeo y Enzo se dirigían hacia la puerta de la iglesia.

El sonido amortiguado de un disparo desde el interior retumbó en el aire y se me paró el puto corazón. Me precipité hacia la puerta trasera, olvidando cualquier idea sobre mi seguridad. Mi esposa estaba allí dentro y no me detendría ante nada para llegar hasta ella.

Romeo me agarró del brazo antes de que mi pierna cediera del todo. El sudor me mojaba la frente, pero seguí subiendo los escalones y crucé la puerta.

SOFIYA

La puerta trasera se abrió de golpe y una docena de pistolas se alzaron para apuntar a... *mi esposo*.

El corazón me dio un vuelco.

«Él está aquí. Está aquí».

La última vez que lo había visto, estaba inconsciente y bañado en sangre. Verlo en ese momento, erguido a pesar de que su piel estaba pálida de dolor, me llenó de alivio.

Aún no lo había perdonado, ni siquiera podía estar segura de que estuviera aquí para ayudarme, pero a mi corazón no le importaba. La parte de mi alma que le pertenecía anhelaba correr a sus brazos.

Miró entre el cuerpo tendido y ensangrentado del *Pakhan* y el arma que yo tenía en la mano. Ladeó la cabeza y supe que me estaba preguntando si yo le había disparado a mi padre. Asentí con la cabeza y sus ojos se suavizaron.

—Estoy orgulloso de ti —pronunció con la boca, y eso fue lo que me convenció.

Me acerqué a tropezones hacia él. En cuanto estuve lo bastante cerca, me estrechó entre sus brazos. Me aferré a él y juré que nuestros corazones latían al unísono, como declarando lo mucho que se habían echado de menos.

—Los albaneses están muertos —declaró, con voz fuerte y clara—. Capturamos a Arben.

—Rustik Ivanov está muerto. —La voz de Dimitri sonó, fuerte y autoritaria. Pasó por encima del cuerpo de nuestro padre hacia el altar de la iglesia.

—Sofiya, Mila, vengan. —La orden de Dimitri resonó en la sala.

Los brazos de Matteo me rodearon con fuerza; sin embargo, los aparté suavemente hasta que me soltó de mala gana. Me acerqué a Mila, mi hermana, mi corazón. Le goteaba sangre de una herida superficial en la garganta, pero estaba *viva*. Nos abrazamos, temblando de alivio.

—¿Estás herida? —le pregunté.

—No —me respondió, con la voz entrecortada—. Estoy bien.

Me aparté y tomé su cara entre mis manos. Mi visión se oscureció cuando vi la sombra de un moretón en su mejilla, asomándose a través del maquillaje.

—A ti también te lastimó, ¿verdad? —susurró—. No lo sabía.

Tragué saliva.

—Ahora ya no importa.

—*Siempre* me importará.

Se me desencajó la cara y respiré lentamente.

Me rodeó la cintura con los brazos.

—¿Podrás arreglártelas? —Su barbilla señaló hacia los tres escalones que conducían al altar

donde Dimi nos esperaba.

Asentí con la cabeza. Me corría tanta adrenalina por el cuerpo que no sentí ningún dolor.

Ella soportó tanto de mi peso como pudo mientras nos dirigíamos al nuevo *Pakhan*. El segundo al mando de Dimi, Maxim, se unió a nosotros. De frente al santuario, gritó:

—¡Arrodíllense todos ante el nuevo *Pakhan*, Dimitri Ivanov!

Los soldados de la *Bratva* se arrodillaron, seguidos por mi madre y Maxim. Mila y yo nos quedamos viendo, inseguras de si debíamos arrodillarnos. Al final, me quedé de pie, al igual que Matteo y sus hombres, y Ronan y Leona, mientras mi hermana se arrodillaba. Mila seguía formando parte de la *Bratva*, sin embargo, yo era una reina de la Mafia Italiana.

La sala se llenó de gritos de los hombres que mi hermano se había ganado de alguna manera.

—¡Por la Hermandad! ¡Por el *Pakhan*!

—*Juro ser digno de la lealtad que me han mostrado* —vociferó Dimitri en ruso—. *¡Por la Hermandad!*

Los hombres se pusieron de pie y vitorearon, y yo estaba segura de que el *vodka* fluiría esta noche.

Dimi nos estrechó a Mila y a mí entre sus brazos, abrazándonos con fuerza.

—Siento no haber estado aquí antes. Lo siento muchísimo, demonios.

Ahogué un sollozo. No era el momento de derrumbarme.

—¿Qué has estado haciendo? ¿Cómo hiciste todo esto? —cuestioné.

Se apartó de nosotras y sacudió la cabeza.

—Todavía no puedo hablar de ello.

Dejé escapar un sonido de frustración. Estaba harta de secretos y de que me ocultaran cosas. Aunque tal vez era lo inevitable de la vida en el crimen organizado.

Por el rabillo del ojo, vi a mi *mama* tambalearse mientras intentaba levantarse. Salté hacia ella, pero un soldado de la *Bratva* llamado Anatoly, un hombre mayor con el cabello color plateado, la agarró del brazo antes de que se desmayara y la guio hasta una banca. Miré a Dimi y él asintió. No había amor entre él y mi madre, aun así, sabía que se aseguraría de que la cuidaran.

—Ambas pueden quedarse aquí conmigo —comentó—. Las mantendré a salvo.

Sentí una presencia detrás de mí y me giré para ver a Matteo al pie de los escalones del altar con Romeo a su lado.

—Si alguna vez intentas convencer a mi esposa de que me abandone, acabaré contigo —advirtió, con hielo en su voz.

Dimi inclinó la cabeza.

—Y si tú haces algo que le haga daño a mi hermana, acabaré contigo.

Se enfrentaron, con la mirada fija e inexpresiva, hasta que una leve sonrisa se dibujó en el rostro de mi hermano.

—Ansío formar una nueva alianza con usted, Don Rossi. Una de verdad —pronunció mi hermano. La expresión de Matteo permaneció inmutable, y luego asintió—. Y contigo —continuó Dimi, inclinando la cabeza hacia Ronan, que estaba de pie a mitad del pasillo con Leona.

—*Oh*, maravilloso. Por fin alguien notó que estaba aquí —murmuró Ronan.

Mila y yo resoplamos entre risas. Después de que la energía masculina había terminado, había cosas más importantes que atender.

Bajé los escalones y tomé la mano de Matteo. Tenía la cara gris por el esfuerzo de estar de pie.

—Tienes que sentarte. Ronan, ¿puedes sacar la silla del auto? —Matteo no se movió, y le di

un pequeño empujón hacia una banca—. Siéntate. —Me miró incrédulo, no obstante, me mantuve firme—. O quédate ahí y desmáyate. No creo que sea muy apropiado que el enorme y aterrador Don de la Mafia Italiana se desmaye, aunque supongo que es tu elección.

Gruñó y se sentó.

Mila se me unió y apoyó la cabeza en mi hombro. La rodeé con los brazos.

—No tienes que quedarte aquí. —No podía imaginar que Mila quisiera volver a pisar la casa del *Pakhan*—. Ven a casa conmigo.

Ella negó con la cabeza y se apartó.

—Te quiero, Sofiya. Más que a nada. Pero necesito un descanso de todo esto... de la violencia, la política y el control.

Abrí la boca para discutir, pero ella negó con la cabeza.

—Si viviera contigo, todos mis movimientos estarían controlados. Necesito espacio para respirar, para experimentar la libertad.

Quería discutir con ella, decirle que no sería así, no obstante, ambas sabíamos lo contrario. Yo había aceptado las restricciones de mi nueva vida como reina de la mafia, pero Mila siempre había sido un espíritu libre. Me negaba a ser yo quien la encerrara en una jaula, aunque no estaba segura de que mi corazón pudiera soportar el dolor de decir adiós.

Parpadeó como si estuviera ahuyentando las lágrimas y volvió a estrecharme entre sus brazos.

—No es como si fuera para siempre.

—Más vale que no lo sea —le susurré al oído—. Mi bebé necesita a su tía.

Ella moqueó.

—No podrías mantenerme alejada aunque lo intentaras. Solo necesito algo de tiempo para completar primero las cosas de mi lista.

Me quejé. Las cosas de Mila eran mucho más *atrevidas* que las mías.

Capté la mirada oscura de Nikolai por encima de su hombro. Mas no me observaba a mí, solo tenía ojos para mi hermana.

—¿Y Nikolai te dejará ir sola? —inquirí, arqueando las cejas mientras nos separábamos.

Por primera vez en mi vida, vi sonrojarse a Mila.

—El vendrá conmigo.

«Bueeeno».

—Ya me contarás más —añadí, con un tono que me recordaba al de mi esposo.

Una sonrisa curvó sus labios.

—Lo haré.

—Tienes que reportarte a diario.

—Y llevar un rastreador —agregó Matteo.

Mila frunció el ceño.

—Yo no...

—Ya está hecho —aseguró Nikolai, acercándose al lado de Mila. Ella lo miró indignada.

—¿Qué carajo estás diciendo, Kolya?

Nikolai sonrió satisfecho.

—No te preocupes por eso.

Mila se encaró con él, cruzada de brazos; sin embargo, antes de que pudiera maldecirlo, que era lo que estaba segura que estaba a punto de hacer, Dimi interrumpió.

—Tenemos que salir de aquí y permitir que mis hombres limpien.

El dolor se apoderó de mi corazón. Dimi, Mila y yo habíamos pasado años teniéndonos el

uno al otro como únicos aliados. En ese momento, Dimitri se alzaba fuerte como *Pakhan* con cientos de hombres leales a él, y cuando Nikolai puso su brazo alrededor de Mila, me di cuenta de que ya no estaba sola tampoco.

—Vamos, *Tesoro* —murmuró Matteo, rozando su mano por mi brazo. Parecía más inseguro de lo que jamás lo había visto. Había tantas palabras sin decir entre nosotros, tanto dolor y miedo. Pero había venido a buscarme. Pasé mi dedo por el relicario que me había regalado. Había decidido dejármelo puesto, sabiendo que él podría rastrearme, porque en el fondo esperaba que viniera. Esperaba que le importara lo suficiente como para perseguirme.

Apoyé mi mano en su hombro, más alta que él por primera vez.

—Vámonos a casa.

Sus ojos se suavizaron y me pareció vislumbrar una lágrima.

Ronan volvió con la silla de ruedas que nos habíamos robado del hospital y Romeo y él le ayudaron a Matteo a sentarse.

Mi esposo tomó mi mano y caminamos por el pasillo por segunda vez.

Juntos.

MATTEO

Nos íbamos de Chicago. Esta vez, no permitiría ninguna distancia entre mi mujer y yo en el avión. Estábamos en el dormitorio de la parte trasera de la aeronave, acurrucados en la cama. Sofiya estaba sentada entre mis piernas, envuelta en una manta, y mis brazos la rodeaban con fuerza. Muy fuerte, pero tenía miedo de soltarla. Temía que en cualquier momento se diera cuenta de quién la abrazaba y me apartara.

Ninguno de los dos habíamos dicho nada desde que subimos al avión, y nuestras palabras no dichas pesaban entre nosotros.

—Para ser justos —mencionó Sofiya, rompiendo por fin el silencio—, al menos nuestra boda fue mejor que esa.

Tardé un instante en asimilar sus palabras, y entonces solté una carcajada más plena y radiante de lo que había experimentado en *años*. Todo mi cuerpo se estremeció, al igual que el suyo, hasta que las lágrimas corrieron por su rostro.

—Joder, *Tesoro*. Eres lo mejor de todo el universo.

Los últimos días habían sido los peores de mi vida, y los que se avecinaban estaban llenos de incertidumbre, aun así, nada podía destruir lo bien que se sentía tener a mi esposa entre mis brazos. Le acaricié el cabello con la mano.

—Sofiya, lo siento tanto, muchísimo. Por no confiar en ti, por meterte en esa celda, por asustarte, por no protegerte. No espero tu perdón porque no soy digno de él, pero necesito que sepas que trabajaré cada día para darte la vida que mereces.

Mis palabras no eran suficientes, *yo* no era lo bastante bueno para ella, no obstante, era lo que podía ofrecerle.

Respiró profundamente y me obligué a esperar pacientemente a que hablara.

—¿Cómo sé que no volverás a ponerte en mi contra? Para ti no fue nada arrojarme allí. —Su voz sonaba desgarrada y dolorosamente vulnerable.

La apreté más, pasando mi mano por sus brazos, su espalda, su cintura.

—Sé que no lo mejora, pero fue una *tortura* meterte ahí. Me arrepentí en cuanto nos fuimos. Lamentablemente, me educaron para creer que ser Don significa nunca echarse para atrás. Pensé que cambiar de opinión, cambiar mi orden, me habría hecho débil.

—Y un Don no puede ser débil.

Tragué saliva.

—¿Sabes que asesinaron a mis padres?

Sus ojos se desviaron hacia los míos, frunció ligeramente el ceño y asintió.

—La noche que los mataron, Sienna me había convencido para ver una película con ella. Estábamos en la sala y sonó el teléfono de la casa. Contesté. Era el guardia de la puerta

preguntando si podía dejar entrar a mi tío. —Respiraba entrecortadamente y se me oprimía el pecho. Hacía años que no hablaba de esto, que ni siquiera me permitía pensar en ello, al menos en mis horas de vigilia.

Sofiya me pasó los dedos por el pecho hasta agarrarme la nuca. Su tacto aflojó el nudo que tenía en la garganta lo suficiente como para continuar.

—Había tensión entre mi tío y mis padres, pero le dije que podía entrar. *Yo* le permití entrar a la maldita casa. No pasó mucho tiempo hasta que escuchamos un disparo, seguido de una exclamación. El grito era de mi madre.

Fue el turno de Sofiya de abrazarme fuerte. No me interrumpió, no me presionó para que siguiera. Simplemente estaba aquí, conmigo.

—Tuve que tomar una decisión: correr al estudio para salvar a mis padres o escapar con Sienna. Era tan pequeña, estaba tan asustada. Me agarró la mano y supe que tenía que salvarla. Corrimos hacia un pasadizo secreto que conducía fuera de la casa, pero antes de escabullirnos, escuché el segundo disparo.

Me ardían los ojos y, contra mi voluntad, una lágrima se deslizó por mi cara. Sofiya la limpió.

—No fue culpa tuya.

Negué con la cabeza.

—Debí haber hecho algo más. Si no hubiera dejado entrar a mi tío, si hubiera corrido al estudio...

—Entonces habrías muerto.

Sabía que tenía razón, aunque no lograba que mi corazón lo creyera. Era lo mismo que Sienna me había dicho. Romeo también.

—Veo su sangre en mis sueños. Escucho los disparos y los gritos. Me persiguen cada noche... al menos cada noche que no estás a mi lado.

—Tú también haces que mis pesadillas desaparezcan —musitó.

Limpié otra lágrima y besé su frente.

—Quiero perdonarte —dijo en voz baja.

Me paralicé.

El corazón me dio un vuelco antes de acelerarse al doble.

Retorció sus dedos en mi camisa.

—Rompiste mi confianza y va a llevar un tiempo recuperarla.

—¿Pero crees que puedo recuperarla?

Levantó la cabeza. Sus ojos eran tan hermosos carajo.

—Tendrás que rogar mucho. Espero que estés preparado.

Mis labios se curvaron.

—¿Y en qué consistiría eso?

Apoyó su cara en el pliegue de mi cuello e inhaló profundamente.

—Eso lo tienes que averiguar tú. Pero implica muchos *hot dogs* neoyorquinos.

—Te compraré tu propio carrito de *hot dogs*. *Todos* los carritos de la ciudad. —Me vino una idea a la mente y se me apretó el pecho, aunque esta vez con un hilo de esperanza y emoción—. De hecho, te ayudaré a tachar todas las cosas de tu lista.

—¿*Oh*, sí?

—Sí. —Haría lo que hiciera falta para cumplir cada una de ellas.

—Quizá deberíamos hacer una nueva lista juntos.

Tragué más allá del nudo en mi garganta.

—Eso me encantaría, *Tesoro*. Tanto como te amo a ti.

Jadeó con fuerza.

—¿Me amas?

Tenía un vago recuerdo de haberlo dicho después de que me dispararan, pero era la primera vez que pronunciaba las palabras con total claridad. Salieron de mis labios como si fuera lo más fácil del mundo. Pensaba que me había estado protegiendo del dolor al aislarme de mi esposa. No obstante, el mayor sufrimiento que había tenido que soportar era estar separado de ella.

—Claro que te amo. Más que a nada —afirmé.

—Yo también te amo —susurró. Me sostuvo la mirada, con los ojos llenos de lágrimas, y entonces nuestros labios chocaron. Le agarré la barbilla y la atraje hacia mí mientras la devoraba. Se movió sobre mi regazo hasta colocarse a horcajadas sobre mí, y gruñí por el cambio de posición. Me perdí en su sabor, en su dulce aroma, en la sensación de su cuerpo apretado contra el mío.

Besé su mandíbula y chupé una zona de su cuello. Necesitaba marcarla, gritarle al mundo entero que era mía.

La turbulencia sacudió el avión y nos separó. Sofiya sonrió ante mi ceño fruncido y me pasó los dedos por las arrugas de la frente.

—Espera, ¿te estoy lastimando la pierna? —Intentó apartarse de mi regazo y yo la sujeté con fuerza por la cintura.

—Pensé que habías aprendido a quedarte donde te pongo. —Arqueé las cejas. A pesar de que la herida de bala en el muslo me quemaba, necesitaba el dolor. Era mi forma de arrepentirme, por sufrir una fracción del dolor que le había infligido a ella.

—Discúlpame por preocuparme por ti —soltó sarcásticamente, poniendo los ojos en blanco.

—Chica atrevida.

Hizo un pequeño sonido de disgusto, pero se acurrucó en mi pecho.

Le acaricié la espalda de arriba a abajo.

—Mis recuerdos de después de que me dispararan son borrosos, aun así… —La ansiedad me ahogó, mas me obligué a seguir hablando—. Sigo escuchando estas palabras repetirse en mi mente, como a través de una neblina. Tus palabras. Aunque no estoy seguro de si son reales o no.

Se quedó inmóvil entre mis brazos.

—Dijiste algo... algo sobre un bebé.

Sofiya mantuvo su cabeza contra mi pecho, y yo estaba seguro de que podía escuchar los frenéticos latidos de mi corazón. Me desabrochó los botones superiores de la camisa y recorrió con sus dedos las palabras grabadas en mi pecho.

—Habría hecho algo lindo para decírtelo, pero estaba un poco ocupada salvándote la vida.

Mi corazón se sobresaltó.

—¿Estás embarazada, *Tesoro*? —Intenté apartarme para verla a los ojos, no obstante, apretó la cara contra mi cuello y se negó a moverse.

—Es muy pronto, así que aún podría perderlo.

El pánico se apoderó de mí.

—¿Ocurre algo malo con el bebé? —¿Y si todo por lo que había pasado le había hecho daño al bebé? Sería culpa mía. Nunca había pensado en lo que significaba ser padre. Los hijos siempre habían sido simplemente un concepto abstracto de “herederos”, pero en ese momento era real, una combinación de Sofiya y mía. Y lo deseaba, lo anhelaba.

Ella se movió y aflojé los brazos lo suficiente para que sacara algo de su bolsillo.

—Aunque está un poco arrugado, aquí está.

Me dio una pequeña copia impresa de un ultrasonido. No tenía idea de lo que estaba viendo hasta que señaló un pequeño óvalo blanco.

—Ese es el embrión. La doctora me dijo que tendría que hacerme otro ultrasonido dentro de unas semanas. Quizás entonces podamos escuchar los latidos del bebé.

Pasé mis dedos por la imagen. Nosotros lo habíamos creado. Formaba parte de nosotros.

—Es un bultito adorable, ¿verdad? —preguntó.

—El más adorable.

Nos recostamos en la cama, sosteniendo el ultrasonido, mirándolo en un silencio de satisfacción. Rocé su vientre con mi mano, deseando que nuestro pequeño bultito se hiciera fuerte.

Sofiya empezó a juguetear con el cuello de mi camisa.

—¿Qué pasa? —indagué.

—¿No debería sentir *algo* ahora mismo por lo de Rustik? ¿Como triste o culpable por haber matado a mi propio padre? Porque no es así, y eso me hace sentir que hay algo malo en mí.

Odiaba la incertidumbre en su voz. Le acaricié la nuca.

—No, *Tesoro*. No tienes que sentir nada al respecto. Cuando maté a mi tío, lo único que sentí fue alivio. Cuando era más joven lo admiraba, incluso lo veía como una segunda figura paterna. Pero al final, no era nada para mí, como tampoco lo era tu padre. —Le acaricié el cabello y besé su sien—. Sé que todo lo que siento es orgullo. Orgullo de lo fuerte que eres, de lo protectora.

—Gracias, *Miliy*.

Escuchar el término afectuoso en su lengua hizo que me doliera el corazón.

Cuando llegó el momento de aterrizar, nos dirigimos a la parte delantera del avión. Sofiya sonrió cuando le abroché el cinturón de seguridad. Tendría que acostumbrarse a que la cuidara.

Jugué con su cabello mientras nos acercábamos al aeropuerto, y me detuve al darme cuenta de que aún tenía una pregunta sin respuesta.

—¿Viste quién le disparó a Domenico y a los otros hombres que estaban con él? —indagué —. Seguro que huyeron después. —La explosión y todo lo que ocurrió después lo había borrado de mi mente, pero no me cuadraba no saber quién me había salvado—. Por cierto, ¿cómo escapaste de Rustik?

Sofiya resopló.

—¿Hablas en serio?

—¿Qué?

Me miró con una expresión exasperada.

—Tal vez Domenico tenía razón sobre tu falta de neuronas.

Fruncí el ceño y ella puso los ojos en blanco.

—Maté a tres guardias que entraron a mi celda para... —Tragó saliva, y mis manos se tensaron alrededor de las suyas. Si bien acababa de decirme que estaban muertos, las ganas de volver al almacén para matarlos de nuevo me invadieron.

—¿Te tocaron? —Mi voz era grave, peligrosa.

—No, los detuve antes de que... bueno, en fin, tomé sus armas y buscaba la salida cuando vi a Domenico. Me di cuenta de que debía de ser el traidor y lo seguí. Después de eso, fue fácil acabar con ellos.

Me quedé boquiabierto.

Puso los ojos en blanco y me acarició la mejilla.

—No te preocupes. No te tendré en menos estima, aunque tengas peor puntería que yo.

Sacudí la cabeza.

—Eres magnífica, *Tesoro*.
Volvió a acomodarse contra mi pecho.
—Lo sé.

SOFIYA

Me sentí muchísimo más ligera cuando Romeo me cargó fuera del avión, seguido de un Matteo gruñón con la ayuda de Enzo.

Llevaría tiempo curar el dolor que había entre nosotros, pero tenía la esperanza de que ambos pudiéramos volver a estar juntos.

Matteo me amaba.

«Él me amaba».

Su amor era valioso, sobre todo en ese momento que comprendía perfectamente lo que le costaba dármelo.

Llegamos al final de la escalera y solté un grito de alegría cuando vi a Sienna esperándonos con Noodle a un lado y mi silla de ruedas al otro. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando Noodle empezó a bailar alegremente. Todo su cuerpo se contoneaba furiosamente y lloraba de emoción.

Romeo me sentó en mi silla de ruedas y extendí los brazos hacia Noodle.

—Hola, bebé. Te extrañé tanto. —Me dio besos y apreté mi cara contra su pelaje—. Siento mucho haberme ido —murmuré, en voz baja y únicamente para él—. No fue por ti. Eres el mejor chico siempre.

Me aparté y me dio un beso en la cara. Esperaba que eso significara que me había perdonado. Noodle apoyó la cabeza en mi regazo, moviendo la cola, y levanté la vista hacia Sienna. Tenía lágrimas en los ojos mientras me abrazaba.

—Dios, ¿estás bien?

—Sí. —La abracé con fuerza—. Lo estoy.

—¿Quieres que lo mate? Porque lo haré. Traje un arma.

—Puedo escucharte —le recordó secamente Matteo.

Se apartó lo suficiente como para mirar mal a su hermano.

—Espera un poco para matarlo. Al menos por ahora. —Le di una palmadita en la mano a Sienna. Seguía con el ceño fruncido—. Si lo matas, no tendré el placer de verlo rogarme. Y... mi bebé no tendrá padre.

Se quedó boquiabierta y soltó un grito mientras brincaba.

—¿Estás embarazada? ¡Oh, Dios mío! —Me abrazó de nuevo y luego abrazó a su hermano, olvidando momentáneamente su enojo—. No puedo creerlo. Voy a ser tía. —Las lágrimas le resbalaban por la cara.

A pesar de que su emoción me conmovió, también experimenté un destello de incomodidad, esa sensación familiar que me decía que no debía alegrarme demasiado, que no debía mirar al futuro porque solo me traería decepción.

—Todavía es muy pronto, así que no hay ninguna garantía segura de que el bebé vaya a... —Me interrumpí, sin querer pronunciar las palabras.

—Este bebé será absolutamente perfecto. —Su voz era tan firme que casi le creí.

Matteo me agarró del hombro y se apoyó fuertemente en Enzo mientras me besaba la cabeza.

—Vamos a casa, *Tesoro*.

Sonreí y puse mi mano sobre la suya.

—Sí, a casa.


TRES MESES
DESPUÉS

MATTEO

—¿Así que no nos quedaremos en Los Angeles?

Miré a Sofiya.

—No, no vamos a pasar nuestra luna de miel en Los Angeles.

Vio por la ventanilla del avión. Estábamos cargando combustible en LAX antes de la siguiente etapa de nuestro viaje.

—¿Cómo se supone que iba a saberlo? Estoy segura de que L.A. es genial.

La levanté de su asiento y la subí a mi regazo. Me dedicó una sonrisa cómplice mientras me pasaba los dedos por la mandíbula. Apenas podía estar unos minutos sin tocarla antes de sentir una sensación de opresión y picazón en el pecho.

—Te encantará nuestro destino.

Sofiya me mordisqueó el labio.

—Lo dices como una amenaza.

—Calla. —Tomé su rostro y le pasé el pulgar por la mejilla antes de besarla.

Me había costado convencerla de que me enseñara su *Lista de Sueños* completa. Todo en ella era pura inocencia, y mi misión en la vida era ayudarla a hacer todo lo que había en ella. Había planeado nuestra luna de miel específicamente para que ella pudiera tachar algunas cosas. Cuando la completáramos, le pediría que escribiera otra. Y luego otra. Hasta que los únicos recuerdos que tuviera fueran felices.

A regañadientes, renuncié a sujetarla antes de despegar. Se quedó pegada a la ventanilla mientras nos elevábamos, pero yo no podía apartar mis ojos de ella. Enrosqué un mechón de su cabello alrededor de mi dedo.

Una vez en el aire, le quité el cinturón y volví a estrecharla entre mis brazos. Sofiya se acurrucó en mi pecho, con los ojos cerrados.

—¿Crees que Noodle estará bien con Sienna? Sigo pensando que debimos traerlo.

—Estará muy mimado. Estas son unas vacaciones para él también.

Canturreó. Habíamos decidido no traer a Noodle, porque era un vuelo largo y yo estaría con ella todo el viaje, ayudándola con lo que necesitara. Había sido difícil convencer a Sofiya de que lo dejara, no obstante Sienna había prometido enviarle al menos fotos y actualizaciones diarias.

Pasé mi mano por su cabello.

—¿Estás cansada, guapa?

—*Mmm*, quizás un poco adormilada.

La levanté, adorando cómo se aferraba a mí, y me dirigí al dormitorio trasero. Angelo y Enzo levantaron la barbilla cuando pasé junto a ellos. Estaban aquí como nuestros guardaespaldas mientras Romeo estaba al mando en casa.

Acomodé a Sofiya en la cama. Hizo un ruido de descontento cuando me aparté.

—No me iré. —La tranquilicé—. Solamente voy a decirle a la tripulación que no nos molesten y a traer un poco de agua. ¿Necesitas algo?

—Solo a ti.

Dios, nunca me acostumbraría a eso. Sofiya me había mostrado más amabilidad de la que merecía después de cómo la había tratado. Las primeras semanas habían sido difíciles. Había tenido que destruir las últimas amenazas albanesas y de la *Bratva* y restablecer el control sobre mi ciudad, al tiempo que me curaba de mis heridas e intentaba reparar mi matrimonio. Había intentado hacer grandes gestos, regalos extravagantes, cenas elegantes, aunque poco a poco me di cuenta de que lo que Sofiya realmente necesitaba era que yo estuviera presente constantemente. Que cumpliera mis promesas. Que compartiera mis *sentimientos*.

Todo valía la pena cuando ella decía cosas tan dulces como esa.

Cuando volví a la habitación, estaba acurrucada de lado, con los ojos cerrados. Me desvestí hasta quedar en ropa interior y me coloqué detrás de ella, asegurándome de que la manta la cubriera.

—Te quiero dentro de mí —murmuró.

Acaricié su vientre hinchado con la mano.

—Tienes que dormir, *Tesoro*. —Su embarazo iba bien, pero últimamente estaba cansada. Le había preguntado a la doctora de Sofiya unas cien veces si era seguro para ella hacer un vuelo largo, y me había asegurado que no había problema. Sofiya no sabía que había contratado a una ginecóloga para que se quedara en nuestro hotel, por si pasaba algo.

—Aun así, te quiero dentro de mí.

Mi mano se congeló en su recorrido por su cadera.

—¿Mientras duermes?

Asintió con la cabeza y se arrimó aún más a mí, apretando su dulce trasero contra mi polla dura como una roca. Le quité los pantalones deportivos y la ropa interior antes de pasarle un dedo por el coño.

—Estás empapada. ¿La idea de que use tu dulce coñito mientras duermes te excita?

Gimoteó y le metí dos dedos.

—Respóndeme.

—Sí, así es. Por favor, te necesito.

Le di un beso en la cabeza.

—Esa es mi buena chica. Sabes que siempre te daré lo que necesitas.

Me quité los bóxers y la tensión de mi pecho se relajó aún más al sentir su cálida piel contra la mía. Tal vez empezaría a insistir en que se quedara desnuda todo el tiempo. Al menos cuando estuviéramos en casa. Los cambios en su cuerpo me ponían salvaje. Quería llenarla con mi semen cada momento de cada día.

Coloqué un cojín entre sus piernas para darle el apoyo que necesitaba antes de deslizarme dentro de ella. Gruñí contra su cabello, aspirando su dulce aroma.

—Nunca tendré suficiente de esto. Quiero vivir dentro de ti. —Gimió y empujó sus caderas hacia atrás, tomando más de mi polla—. ¿Te gusta la idea, *Tesoro*? ¿Te duele cuando no estoy dentro de ti?

—Sí. Está demasiado vacío.

—*Mmm*, quizá necesite conseguirte un *plug* para el coño que te mantenga llena cuando yo no pueda. Para recordarte a quién pertenece este coñito.

Jadeó con fuerza y yo sonreí.

—*Oh*, a mi mujercita le gusta esa idea.

La follé lentamente mientras ella se estremecía, cada embestida era un recordatorio de que me pertenecía, de mi *amor*. Nuestras respiraciones se sincronizaban y apreté mi mano contra su pecho, sintiendo los latidos de su corazón contra la palma de mi mano.

Cuando se corrió, su orgasmo fue suave y la inundó como una ola. Yo la seguí, gimiendo mientras me derramaba dentro de ella. Pero en lugar de sacarla, mantuve mi polla firmemente dentro de ella, asegurándome de que no se escapara nada de mi semilla.

Me quedé dormido y, cuando desperté, Sofiya seguía dormida y yo seguía dentro de ella. Moví las caderas con suavidad para no despertarla. No tardé en volver a excitarme y ella soltó un pequeño gemido.

—*Shhh*, eres una buena chica. No te despiertes. Deja que te vuelva a follar dormida. —Llevé mi mano a la parte delantera de su garganta, apretándola ligeramente mientras seguía embistiéndola. Alargué mi orgasmo, sin querer que este momento terminara.

—¿FIJI? ¿Estamos en Fiji? —Los ojos de Sofiya brillaban mientras el auto nos llevaba a nuestra villa—. ¡Ahí está el océano!

—Diablos, eres adorable.

Me abrazó con fuerza.

—No puedo creer que estemos en Fiji. Hubiera sido feliz en Los Angeles.

—Tienes cosas que tachar de tu lista.

Se apartó.

—Sí, estoy segura de que todo esto es para cumplir mi *Lista de Sueños*. —Sacudió la cabeza y entrelazó sus dedos con los míos.

Angelo y Enzo se quedaron con ella mientras nos registraba en el *lobby* del hotel. Cuando volví a salir, la vi sentada en un carrito de golf. En el lado del conductor.

—¿*Tesoro*?

—¿Puedes creer que tenemos dos carritos de golf para nuestra estancia? —Tenía los ojos brillantes y llenos de picardía. Ella era muy traviesa.

—Qué emocionante. Ahora, ¿por qué estás sentada ahí?

—*Oh*, pensé que era obvio. Voy a llevarnos a nuestra villa.

Miré a Angelo y Enzo, que estaban en el segundo carrito de golf con sonrisas insoportables.

Sacudí la cabeza.

Yo era el Don. Yo tomaría el control de la situación.

—Súbete, *Miliy*. —Dio una palmada en el asiento de al lado.

De alguna manera, me encontré deslizándome en el lado del pasajero. Sofiya dio un pequeño grito y pisó el acelerador a fondo, siguiendo a un miembro del personal que nos guiaba a nuestra villa con nuestro equipaje apilado en la parte trasera de su carrito de golf.

—¡Más despacio! —grité—. ¿ Alguna vez has conducido antes?

—Conduzco mi silla de ruedas todo el tiempo. ¡No hay nadie con tantos conocimientos de manejo de vehículos motorizados como yo! —Giró bruscamente hacia el agua, y yo le lancé el brazo por encima del cuerpo mientras se me pasaban por la cabeza visiones de nosotros acabando en el océano.

—Tranquilo, esposo. Yo me encargo.

Mi corazón no dejó de latir con fuerza.

Doblamos otra curva y nuestra villa apareció a la vista. Era una gran casa de madera con tejado de paja y porche envolvente.

—¡Está sobre el agua! ¡Oh, Dios mío! —chilló Sofiya—. ¡Definitivamente voy a llegar a tocar el océano! —Soltó un grito ahogado y luego me miró de frente. Hice un ruido aterrado en el fondo de mi garganta y agarré el volante. Ella resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Aquí hacen *snorkeling*? Eso es otra cosa de mi lista.

—Más despacio —gruñí.

Soltó un resoplido y se detuvo bruscamente junto al otro carrito de golf.

—Entonces, ¿*snorkeling*? —Le brillaban los ojos y le besé la nariz.

—Sí, nena, aquí se puede hacer *snorkeling*.

Se inclinó hacia mí y su expresión sonriente se transformó en algo triste cuando sus ojos se llenaron de lágrimas.

—*Tesoro mio*, ¿qué pasa? —Miré a mi alrededor, dispuesto a quemar toda la villa hasta los cimientos si algo en ella la estaba alterando.

—Es que no puedo creer que estemos aquí. No puedo creer que esta sea mi vida. —Se limpió una lágrima—. Gracias por hacerlo posible.

Apoyé mi frente contra la suya.

—No me des las gracias. *Nunca*. Te lo mereces *todo*.

—Y eso es lo que me has dado.

SOFIYA

MATTEO ESTABA PEGADO A MI LADO EN EL AGUA MIENTRAS LAS MANTARRAYAS NADABAN BAJO nosotros. Estiré mi mano, eufórica por la emoción. El agua estaba perfectamente templada y me acariciaba las articulaciones. Podría quedarme aquí para siempre.

Todo un mundo existía bajo nosotros y yo estaba hipnotizada. Me sobresalté cuando una tortuga marina nadó hacia nosotros, agarrando la mano de Matteo con entusiasmo. Sus dedos rozaron mi espalda mientras la tortuga se deslizaba perezosamente por el agua. Un pequeño estremecimiento de emoción y nerviosismo me recorrió a medida que se acercaba, y agarré con más fuerza la mano de Matteo.

Finalmente, llegó la hora de volver al bote. Hice un puchero mientras Matteo nos llevaba de vuelta.

—No me pongas esa cara, *Tesoro*. Tenemos que volver y prepararnos para la cena. Pero podemos volver a hacer *snorkel* antes de irnos. —Me ayudó a subir al bote y me envolvió en una toalla antes de sentarme en una banca acolchonada.

—Eso me encantaría. Y ahora puedo tachar *snorkeling* de mi lista. Quizá debería añadir bucear a la siguiente.

Me estrechó contra él.

—No.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es peligroso.

—Estoy segura de que es perfectamente seguro.

Volvió a apretar la mandíbula.

—No me provoques, *Tesoro*.

—¿O qué?

Su gruñido vibró contra mi garganta mientras me mordisqueaba la piel, y sonreí. Me encantaba provocarlo, porque normalmente acababa atándome a la cama o dándome nalgadas.

—¿Qué planes tenemos para el resto del día? —Hacía unos días habíamos dado la vuelta a la isla en *kayak*. Bueno, yo me había sentado en la parte delantera del *kayak* mientras Matteo remaba, negándose a dejarme que moviera un dedo. Luego habíamos asistido a una clase de cocina y aprendido a preparar platillos típicos de Fiji, Tailandia y Malasia. Obligué a Matteo a ponerse el delantal que nos habían proporcionado y Angelo tomó fotos para mí mientras permanecía de pie a un lado. Enzo y él habían permanecido discretamente en el fondo durante el viaje, lo que nos permitió a Matteo y a mí pasar tiempo juntos. Habíamos pasado muy poco tiempo a solas en los últimos meses, así que estaba aprovechando cada minuto.

—Solo la cena —murmuró mi esposo, inclinándose para besarme la mejilla.

El capitán se acercó a nosotros mientras la tripulación se preparaba para zarpar.

—Debes de ser nuestro amuleto de la buena suerte, hermosa —me dijo—. No siempre vemos mantarrayas, y esa era una tortuga Carey. No las vemos a menudo porque están en peligro de extinción.

Matteo me acercó a su lado y le lanzó al capitán una mirada asesina. El rostro del hombre se puso blanco y retrocedió rápidamente.

Puse los ojos en blanco y le di un empujón a mi marido.

—Nada de sacarle los ojos —le susurré al oído.

—No te prometo nada, *Tesoro*.

Nos abrazamos durante el viaje de vuelta. El viento cálido me enredó el cabello y pensé que nunca me había sentido tan feliz.

MATTEO

SOFIYA ESTABA TUMBADA EN EL GRAN SOFÁ COLOR CREMA DE LA SALA EN LA VILLA, descansando después de nuestro día en el mar. Tenía los pies en mi regazo y yo se los masajeaba, disfrutando de los ruiditos de placer que hacía. Tenía puestos unos diminutos *shorts* de encaje y un *crop top* color crema que obligaba a mis ojos a revolotear entre la curva de sus pechos y la parte de su vientre desnudo.

Hojeó el libro de actividades del hotel.

—Tienen golf aquí. —Me miró por encima del libro—. Creo que tendría que divorciarme de ti si empezaras a jugar al golf.

Gruñí y me arrastré sobre su cuerpo, rodeándole la cabeza con los antebrazos y mirándola con expresión furiosa.

—Nunca te divorciarás de mí, carajo.

Soltó una risita y se arqueó, frotando su dulce coñito contra mí. El libro cayó al suelo, olvidado.

—Quizá necesite que me recuerdes a quien le pertenezco.

Gruñí y apoyé mi cara en el pliegue de su cuello, chupando su suave piel.

—Maldición, tenemos que arreglarnos para la cena.

Su mano se deslizó entre nuestros cuerpos, apretando mi polla que se endurecía rápidamente.

—Podríamos pedir que nos traigan algo de comer.

Si fuera cualquier otra noche, si no tuviera algo planeado, la habría desnudado y tomado aquí en un santiamén. Apreté la mandíbula y me aparté de ella.

—No. Cena.

Hizo un puchero.

—Bien, entonces, si vas a ponerte *romántico.* —Ella resopló como si estuviera completamente molesta por mi deseo de cortejarla, aunque yo sabía que no era así. Cada vez se dejaba mimar más y, aunque se resistía, sabía que le encantaba.

Igual que a mí me encantaba mimarla.

La amaba.

La levanté del sofá y la cargué en mis brazos, caminando hacia la habitación.

—Sabes que puedo caminar. Mis piernas están bien hoy. Probablemente mejor que las *tuyas.* —La ignoré. No iba a dejar que la herida de bala que aún se estaba curando me impidiera cargar a mi esposa. Ya estaba casi curada, gracias a la abundante fisioterapia, pero aún tenía que usar un bastón cuando el dolor hacía acto de presencia.

La dejé en la cama y moví su andador frente a ella.

—Alístate, *Tesoro.* —Le di un suave beso en los labios. Cuando me retiré, noté un tinte

rosado en su nariz y mejillas. Fruncí el ceño y le pasé un dedo por el puente de la nariz—. Te quemaste con el sol.

—Solo un poquito.

—No me gusta.

Entrelazó sus dedos con los míos, con una sonrisa en los labios.

—Lo siento, pero no creo que puedas dispararle al sol como castigo.

Puede que no, aunque se lo merecía después de lastimar a mi *tesoro*. Sin embargo, hasta que pudiera castigar al sol, tendría que ser más exigente en cuanto a que usara protector solar y sombrero.

Besé su nariz rosada y luego me obligué a salir de la habitación antes de que me absorbiera por completo en su órbita.

SOFIYA USÓ su andador para llegar al patio exterior del restaurante, y yo mantuve mi mano en su espalda todo el tiempo. Tenía puesto un vestido plateado de lentejuelas que le llegaba a medio muslo, dejando a la vista sus exuberantes piernas. *Piernas* que en ese momento estaban observando dos hombres del personal del restaurante. Mi mano se movió hacia mi arma, pero a Sofiya no le gustaría que les disparara. Me conformé con dirigirles una mirada furiosa y abrasadora. Tal vez tenían algo de sentido común, porque ambos dieron un paso atrás, con los ojos muy abiertos, antes de volver rápidamente al interior del restaurante.

—Esta vista es increíble —dijo Sofiya con asombro en su voz. El patio daba al océano y el olor a sal flotaba en el aire. Mi esposa aprovechaba cualquier oportunidad para estar al aire libre, así que había organizado que nos sentáramos aquí, donde podíamos contemplar la puesta de sol mientras un cuarteto de cuerdas tocaba suavemente de fondo. Esta noche tenía que ser perfecta. No se merecía menos que eso.

Mi corazón latió con fuerza durante toda la cena. Apenas saboreé mi comida. ¿Por qué diablos estaba tan nervioso? Yo era el Don, y Sofiya ya era *mía.*

Tomé un sorbo de mi bebida y me concentré en ella para distraerme del furioso zumbido de avispas en mi pecho. Estaba radiante. La luz de las velas brillaba en sus ojos mientras hablaba de sus momentos favoritos del viaje. Estaba tan llena de vida mientras rebotaba en su silla, charlaba con el camarero y hacía ruiditos de satisfacción con cada bocado, haciendo que mi polla se pusiera vergonzosamente dura.

Me ofreció su mano y la tomé. Me pasó los dedos por los nudillos.

—Pareces distraído. ¿Todo está bien?

Acabábamos de terminar con el postre.

—Todo es perfecto, *Tesoro.* —Levanté su mano hasta mis labios y la besé—. Excepto por una cosa.

Ladeó la cabeza, pero cuando me levanté de la silla y me arrodillé, sus labios se entreabrieron y sus ojos se abrieron de par en par. Saqué una cajita de terciopelo en la que había un anillo y la abrí.

—Este es el anillo que te merecías desde el principio.

—Oh, Dios mío. —Los ojos de Sofiya brillaron mientras revoloteaban entre mi cara y el anillo.

El corazón me latía con fuerza cuando se lo puse en el dedo. Fue tan diferente de la última vez que le había puesto un anillo. Durante nuestra ceremonia, me había centrado en la alianza y

en lo que nuestro matrimonio podía hacer por la Familia. Sin embargo, en ese instante, estaba arrodillado ante el centro de mi universo, sabiendo que no había nada que no hiciera por ella. Acaricié su mano, la posesividad llenándome el pecho al ver una prueba más de que me pertenecía.

Me acarició el cabello con los dedos y me incliné hacia su caricia.

—¿No se supone que tienes que pedirme que me case contigo?

—Ya estamos casados.

—Bueno, sí, pero ya sabes, es tradición pedirlo.

La miré con una expresión severa.

—Te casarás conmigo, *Tesoro*.

Ella resopló.

—Bastante cerca. —Me agarró la cara por los dos lados y me atrajo hacia ella para besarme. Cuando nos separamos, le brillaban los ojos—. No puedo creer que esté comprometida. Espero que mi esposo no se entere.

Gruñí y le agarré la barbilla.

—¿Estás tratando de irritarme?

—Siempre.

Entrecerré los ojos, pero mis labios se crisparon y jalé de ella para darle otro beso.

SOFIYA

ME REÍ MIENTRAS MI ESPOSO ME CARGABA HASTA NUESTRA VILLA, SIN PODER APARTAR LOS OJOS de mi anillo. Era perfecto. Había un gran diamante de corte marquesa rodeado de diamantes circulares, que lo hacían parecer casi una flor.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Hiciste un buen trabajo.

—Tuve algo de ayuda.

—¿Sienna?

—Mila.

—¿En serio? —Se me hizo un nudo en la garganta. Habíamos pasado tantas horas de niñas hablando de anillos y bodas, y esto hacía que la sintiera como parte de mi nueva vida—. ¿Cómo sonaba?

Matteo me recostó en la cama. Las grandes puertas francesas estaban abiertas al exterior, la cálida brisa del océano nos bañaba.

—Bien. Tenía opiniones muy firmes sobre el anillo.

—Apuesto a que sí. —Le pasé la punta del dedo por encima—. Es tan bonito.

—Te compraré un millón de ellos.

Sonreí.

—No estoy segura de cómo me pondría tantos.

—Espero que estés preparada para el reto.

Nos quedamos acostados frente a frente, mirándonos a los ojos, y entonces ambos nos movimos, nuestros labios chocando. Matteo me agarró la nuca, inclinando mi cabeza hacia atrás para tener un acceso perfecto a mis labios, pero yo quería más. Quería hacerle perder el control como él me lo había hecho a mí.

Le di un tirón y me soltó, con confusión en su mirada. No duró mucho mientras le desabrochaba la camisa y los pantalones y besaba todo su cuerpo.

—Joder, *Tesoro*, joder. —Respiró con fuerza—. ¿Vas a chuparme la polla con esa boquita tan bonita?

—Sí —afirmé, dejando escapar un pequeño gemido cuando su dura longitud salió de los confines de sus bóxer. Una gota de semen brotó de la punta y me arrodillé entre sus piernas para lamerla; lamentablemente, la posición me forzaba las rodillas y la cadera. Intenté reacomodarme, pero era un desastre de extremidades sin coordinación.

—Lo siento, lo siento —solté cuando mi rodilla chocó contra su pierna.

—*Shhh*, no te disculpes.

—Solo quiero ser *sexy* y no estropear esto. —Me sentí extrañamente sentimental y me

invadieron oleadas de vergüenza. Matteo había estado cuidando tan bien de mí. Entre el reposo al que me había obligado, la silla de ruedas, los nuevos medicamentos y el inicio de la fisioterapia, había tenido muchos menos dolores. No obstante, el embarazo también estaba aumentando el número de dislocaciones, y tenía que tener cuidado—. Podría intentar ponerme de rodillas en el suelo.

Matteo dejó escapar un sonido que únicamente podía describirse como un gruñido antes de atraerme hacia sus brazos.

—O podemos hacerlo en nuestra cama, donde mi reina estará cómoda. —Frunció el ceño cuando abrí la boca—. Nada es más importante que tu comodidad, *Tesoro*. Pero no te preocupes, encontraremos una postura que te permita chupármela.

Resoplé una risita, sintiéndome mucho mejor. Lo resolveríamos juntos. No había estropeado nada.

Me desnudó con delicadeza antes de quitarse la ropa y tumbarse a mi lado. Me estrechó entre sus brazos.

—Nunca te presionaré para que me hagas una mamada. Y te prohíbo hacer cualquier cosa que te cause dolor.

—Lo sé —murmuré—. Pero realmente quiero hacerlo. Quiero que tomes el control. Simplemente desearía que mi cuerpo cooperara más.

—Bueno, si yo estoy al mando, tu cuerpo se verá obligado a obedecerme y a cooperar.

—Qué arrogante.

Sonrió con satisfacción y envolvió mi cabello alrededor de su mano, jalando mi cabeza hacia atrás para que me viera obligada a encontrarme con su mirada.

—Tienes trabajo que hacer. —Levantó una ceja con arrogancia.

Me estremecí ante su dominación mientras me guiaba hacia abajo por su cuerpo hasta que me recosté de lado, con mis labios a la altura de su polla. Colocó una almohada entre mis piernas y otra detrás de mi espalda para darme el apoyo que necesitaba. Pasé mi mano por su cadera y apreté su trasero.

—Deja de provocarme —gruñó—. Méteme en tu boca. Quiero oír tus arcadas.

«Oh, maldición». Eso no debería ser tan excitante.

Hice lo que me ordenó, aunque no tenía muchas opciones con la firmeza con la que me agarraba el cabello. Abrí mucho la boca y mi lengua se deslizó por su raja antes de que me la metiera. Inmediatamente se me humedecieron los ojos y por un momento sentí que me faltaba oxígeno.

—Eso es, esa es mi chica. Me estás tomando muy bien. —Había una suavidad en su voz, incluso mientras mantenía un agarre de hierro sobre mi cabello y mi cuello. Sus palabras eran como un baño tibio, reconfortante y perfecto, mientras relajaba la garganta y lo tomaba más profundamente. Habíamos practicado la garganta profunda, y a mí me costaba un poco hacerlo, aun así, me encantaba hacerle perder la cabeza.

Siguió un ritmo rápido, manteniéndome completamente a su merced. Su control hizo que mi coño se mojara y que yo bajara los dedos para tocarme el clítoris. Pero entonces sus dedos rodearon mi muñeca.

—Mío —siseó—. Nadie toca este coño aparte de mí. ¿Entendiste? —Volvió a embestirme dentro de la boca, impidiendo cualquier posibilidad de respuesta—. Mírate, excitándote chupándome la polla como la zorrita que eres. Tan perfecta para mí. Un pequeño desastre perfecto.

Me chorreaba la saliva por la barbilla y gemí a su alrededor. Maldijo, penetrando aún más en

mi garganta. Me ahogué, mas él continuó, obligándome a recibirlo más profundamente. Me embistió dos veces más antes de venirse con un rugido. Hice todo lo que pude para tragármelo, pero se me escapó un poco de semen por el mentón.

Aunque intenté echar la cabeza hacia atrás, me agarró con más fuerza.

—No. Dame dos golpecitos en la pierna si quieres parar, sin embargo, no estoy listo para abandonar el calor de tu boca.

Gimoteé, disfrutando de su control absoluto sobre mí mientras seguía chupándosela. Estaba hecha un desastre, con la saliva goteándome por la barbilla, las lágrimas corriéndome por las mejillas, la garganta y la mandíbula adoloridas; no obstante, también sentía una extraña satisfacción en lo más profundo de mi alma. Matteo me agarraba el cabello con suavidad, y sus dedos se deslizaban suavemente por mis mechones, masajeándome el cuero cabelludo. Sentí que los ojos me pesaban, que se me iban cerrando hasta que lo hicieron del todo, y me quedé en la tranquila oscuridad, chupándole suavemente la polla.

Estaba en un trance nebuloso y no tenía idea de cuánto tiempo había pasado. Finalmente, volvió a endurecerse. Me agarró la nuca y embistió suavemente mi boca. Me entraron arcadas cuando golpeó el fondo de mi garganta y me acarició el cabello a modo de disculpa, pero siguió. Nunca me había sentido tan usada ni tan querida. Eso era lo que quería, un esposo dominante y controlador que, de algún modo, me pusiera en primer lugar, aun cuando me follara la cara. Volvió a correrse en mi garganta, y esta vez mantuve la calma y respiré.

—Maldita sea, demonios, *Tesoro*. —Me levantó suavemente para que nuestras caras quedaran a la misma altura. Agarró pañuelos de papel de la mesita de noche y me limpió. Luego me levantó para que pudiera beber de una botella de agua.

—¿Estás bien? ¿Eso fue demasiado? —El ligero toque de pánico en su mirada me hizo sentir que el pecho me iba a estallar de felicidad.

—No, fue perfecto. —Me acurruqué en su pecho. Me dolía tanto la mandíbula que sabía que no podría repetir aquella experiencia en mucho tiempo, pero había valido la pena.

Sus manos se deslizaron por mi piel y me besó en la frente.

—Lo hiciste muy bien por mí. —Sus dedos siguieron bajando por mi piel hasta llegar a la unión de mis muslos—. Estás empapada. ¿Te gustó que te utilizara como mi juguete sexual personal?

Me mordí el labio mientras me metía dos dedos hasta el fondo.

—Respóndeme. —Volvió su voz severa, exigiendo mi sumisión.

—Sí, me gustó. —Mi voz salió en un ronco susurro y mis mejillas ardieron.

—Así es, te gustó. Porque eres perfecta para mí.

Y con eso, bajó por mi cuerpo para devolverme el favor.

SOFIYA

ME SENTÉ EN EL MUELLE PRIVADO JUNTO A NUESTRA VILLA, CON LOS PIES ROZANDO EL AGUA. Era la última noche de nuestra luna de miel, e intentaba grabar cada parte de este viaje en mi memoria.

Unos pasos sonaron detrás de mí y vi por encima del hombro para ver a mi esposo acercarse. Recorrí su cuerpo con mi mirada, observando cómo se le rizaba su cabello castaño oscuro en la frente a causa de la humedad, el brillo de su pecho musculoso y dorado y el bulto que apretaba su traje de baño negro.

Se sentó a mi lado y me dio una bebida. Era de color rojo brillante, con una fresa fresca ensartada en una colorida sombrillita.

—Daiquiri virgen de fresa. —Sus labios rozaron mi oreja—. Casi tan dulce como tú.

Me ruboricé cuando los recuerdos de él despertándome con su lengua en mi coño inundaron mi mente... y otras partes de mí. Pasó sus dedos por mis mejillas acaloradas.

—Mi chica bonita.

Me incliné a su lado y bebí un sorbo.

—Esto está rico. Gracias, *Miliy*.

—Cualquier cosa por ti.

Absorbí el dulce aroma de las flores y la sal del aire y dejé escapar un suspiro.

—Me encanta estar aquí. —El sol se estaba ocultando, enviando matices rosas y naranjas por el cielo y el agua.

—Volveremos cuando quieras. Simplemente dilo.

—Una oferta peligrosa.

—¿No me escuchaste decir *cualquier cosa por ti*?

Apreté mi sonrisa contra su hombro. Estaba aceptando ser una chica mimada de la Mafia y me encantaba cada minuto.

—Me gusta bastante este traje de baño —comentó Matteo. Me retorcí bajo su mirada ardiente. Por fin me había convencido de que me pusiera un bikini. Era absolutamente diminuto, negro, con tirantes delgados que enmarcaban mi estómago. Me acarició el vientre en crecimiento —. Volveremos con el bebé.

Me acurruqué más a su lado y me abrazó. Matteo se había relajado en los últimos meses. Me dejaba entrar, me sorprendía con sus sonrisas y su sentido del humor. La emoción que sentía por nuestro bebé era casi suficiente para perdonarle lo ridículamente sobreprotector que se había vuelto.

Me besó la parte superior de la cabeza antes de retirar el brazo que me rodeaba y dejar su bebida. Arqueé una ceja, pero él se limitó a guiñarme un ojo y se metió en el agua. Sus manos

húmedas me agarraron los muslos y me apretaron con fuerza.

—¿Vas a acompañarme, esposa?

—*Hmmm* —dije, fingiendo que lo estaba pensando. Gruñó y me abrió las piernas, pasándome la lengua por el interior del muslo. Dejé mi bebida mientras él me desabrochaba las ataduras de la braguita del bikini.

Miré por encima de mi hombro.

—Alguien nos verá.

—Lo prohíbo.

—Matteo —solté, exasperada.

—Sofiya —respondió, igualando mi tono.

Lo que fuera que iba a decir murió en mis labios cuando me acarició la piel sensible de los muslos y me pasó la lengua por el coño ya empapado.

—*Oh, Tesoro*, debiste decirme lo desesperada que estabas por mí. Estás tan jodidamente mojada, tan necesitada.

Inhalé bruscamente, con las piernas abiertas.

—El coño más bonito. —Me dio suaves besos en el monte, cada uno de ellos era una tortura, mientras yo le rogaba que me tocara el clítoris. Por fin lo hizo, recorriéndolo con la lengua, mas sus movimientos eran demasiado ligeros—. Por favor —supliqué—. Por favor, por favor.

Se rio entre dientes y su risa vibró contra mi centro sensible mientras volvía a penetrarme. Esta vez, su lengua fue firme contra mí y por fin, *por fin*, succionó mi clítoris en su boca. Mi orgasmo se abalanzó sobre mí, áspero y rápido, arrancándome un grito de los labios. Matteo se apartó con una sonrisa de satisfacción, aunque yo aún no había terminado.

Algo húmedo aterrizó a mi lado. Mi respiración se aceleró cuando vi que era su traje de baño.

—¿Va a acompañarme, señora Rossi?

Me lancé desde el muelle a sus brazos sorprendidos.

—Carajo, ten más cuidado —me fulminó mientras me estrechaba contra su pecho.

—No necesito tener cuidado cuando tú estás aquí para atraparme.

Su expresión se suavizó y apreté mi sonrisa contra sus labios.

—Crees que me tienes envuelto alrededor de tu dedo meñique, ¿verdad?

—Solo lo pienso porque es verdad.

Su mano se posó suavemente en mi trasero, y alcé las cejas ante su expresión contrariada.

—Ni siquiera puedo darte nalgadas en el agua.

Resoplé.

—Lo dejaremos para otra ocasión. Dame una palmadita cuando salgamos.

Me rozó la cara con sus labios.

—Te daré lo que yo quiera. —Su voz era grave y contuve un gemido.

Me puse boca arriba y floté, disfrutando la sensación de ligereza que me producía el agua. Recorrí el bulto de mi estómago con la mano.

—¿Crees que vamos a tener un niño o una niña? —Teníamos programado un ultrasonido en unos días para averiguar el sexo.

La mano de Matteo se unió a la mía, acariciándome el vientre.

—Un niño.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué, porque el malvado Don necesita un niño como heredero?

Se burló y me estrechó entre sus brazos, mi espalda quedó apretada contra su pecho mientras sus piernas se movían para mantenernos a flote.

—Mi chica traviesa se siente muy atrevida. —Me mordisqueó la oreja—. No, porque si tenemos una niña, será tan hermosa como tú, y entonces tendré que sacarles los ojos a todos en New York City... al estado completo.

—Eres ridículo. —Aunque no pude evitar sonreír. Todos nuestros ultrasonidos habían sido buenos hasta el momento, y habíamos tenido muchos, ya que cada vez que me ponía nerviosa, Matteo exigía que la doctora viniera y me hiciera otro. Al final, acabó comprando una máquina de ultrasonidos para nuestro apartamento y así facilitar las cosas.

Poco a poco me estaba permitiendo tener esperanzas de que este bebé estaría bien.

Matteo me agarró con fuerza y me arrastró por el agua.

—¿Adónde vamos?

—Necesito una mejor palanca.

—¿Palanca?

Nos acercamos a nuestra playa privada hasta que Matteo pudo ponerse de pie en el agua. Me colocó de frente a él, rodeándolo con mis brazos y piernas.

—*Ahh*, palanca —repetí con una sonrisa.

Tarareó y envolvió mi cabello húmedo alrededor de sus dedos, inclinando mi cabeza hacia atrás.

—Mi perfecta y preciosa esposa. La zorrita perfecta para mí.

Me estremecí en su abrazo apretado y entonces se deslizó dentro de mí. Ambos gemimos cuando su polla me llenó, me estiró. Su mano me acarició el trasero, apretándolo con fuerza mientras murmuraba elogios contra mi piel. Siguió meciéndose contra mi cuerpo y yo eché la cabeza hacia atrás, contemplando el cielo de color caramelo. Algo sobre este momento, el agua tibia salpicada de rosa, su abrazo posesivo, la forma brusca en que me penetraba y la dulce mirada de sus ojos, curó las pequeñas heridas de mi corazón. Fue un alivio físico, un soplo de aire primaveral tras un invierno oscuro que me trajo la promesa de que Matteo era *para* mí, siempre a mi lado, y yo era lo mismo para él.

Lo atraje hacia mí para darle un beso salado.

—Esto lo es todo.

—*Tú* lo eres todo —replicó.

Apoyé mi mejilla contra la suya y cerré los ojos, contenta de simplemente *sentir*. Sentir a mi esposo haciéndome el amor en el paraíso, sentir cómo mi corazón se recuperaba, sentir la esperanza de un futuro brillante.

Estaba aquí.

Y era nuestro.



EPÍLOGO

MATTEO

ME DESPERTÉ CUANDO LA CAMA SE MOVIÓ. LA LUZ DE LA MAÑANA APENAS ASOMABA POR LAS cortinas, y Sofiya iba de nuevo al baño.

Me obligué a quedarme en la cama. Ya me había gritado dos veces esta semana cuando intenté seguirla al baño. Pero ¿y si se mareaba y se caía? Se me apretó el pecho y me levanté como un rayo justo cuando Sofiya volvía a entrar a la habitación.

—No te preocupes, esposo, sobreviví al baño. —Puso los ojos en blanco, mas se le dibujó una sonrisa en los labios. Se veía tan preciosa. Su mano sostenía su vientre redondo, cubierto por un camisón suave y de encaje. Tenía las mejillas ruborizadas y la luz de la mañana hacía brillar su cabello despeinado, igual que el día de nuestra boda.

Era perfecta.

La llevé a la cama con su espalda apoyada contra mi pecho, acomodé su almohada de embarazo entre sus piernas y la rodeé con mis brazos.

—Feliz Navidad, *Tesoro* —murmuré, dándole un beso en la mejilla—. Eres el mejor regalo de mi vida. —Acaricié su vientre con la mano, abrazándola con fuerza. Le faltaban pocas semanas para dar a luz y yo estaba impaciente por conocer a nuestro bebé.

Mi *hija*.

Íbamos a tener una niña, y yo no podía estar más emocionado y aterrado. Esperaba que fuera exactamente igual que mi hermosa esposa.

—Feliz Navidad —pronunció, cubriendo mi mano con la suya y apretándola.

Respiré su dulce aroma floral, disfrutando de estos últimos momentos en los que estábamos los dos solos.

Me quedé dormido, contento con esta mañana tranquila antes de que el caos se apoderara de nuestra casa. Me despertó mi mujercita apretando su culo contra mi polla, que se endurecía rápidamente.

Apreté mi sonrisa contra su cabello. Había estado especialmente cachonda estos últimos meses.

—Matteo. —Mi nombre en sus labios lo era *todo*.

—Sí, *Tesoro.* —Bajé mi mano por su vientre hasta acariciar su coño—. Aquí estoy.

—Estoy tan contenta de que estés conmigo —confesó—. No preferiría vivir la vida con nadie más.

Se me oprimió el corazón cuando le levanté el camisón y me bajé el bóxer, deslizándome suavemente en su coño húmedo. Había tenido más dislocaciones durante el embarazo, así que hice mis movimientos tortuosamente lentos mientras entraba y salía. Mi mano se paseó por su suave piel, empapándose de su calor, mientras apretaba suavemente su pezón sensible. Ella

gimió y se estiró para aferrarse a cualquier parte de mí que pudiera agarrar.

—Esa es mi buena chica. —Se apretó contra mí mientras unos gemidos se deslizaban por sus labios—. Te amo, *Tesoro*. Muchísimo, joder.

Se estremeció cuando el orgasmo la inundó.

—Te amo —repitiendo las palabras una y otra vez.

Me envolví en ella mientras me venía. Nunca me cansaba de llenarla con mi semen ni de abrazarla así. Era la persona más importante de mi vida, el centro de mi universo.

—TENGO algo para que abras antes de desayunar —anunció Sofiya mientras se desplazaba en su silla hacia el árbol y agarraba un paquete con rayas rojas y doradas.

—Tengo *muchos* regalos que puedes abrir antes del desayuno —señalé. La noche anterior había querido que abriera todos sus regalos. En realidad, la había estado presionando para que los abriera desde el primero de diciembre, pero me dijo que así no era como se hacía.

Como si me importara. No debería tener que esperar a un día en específico para mimar a mi esposa.

Me dirigió una mirada severa y Noodle hizo lo mismo al girar la cabeza hacia mí. Suspiré, incapaz de discutir con ellos, y me acerqué para tomar mi regalo. Rasgué el envoltorio y encontré un suéter rojo brillante con *algo* deforme en la parte delantera.

Fruncí el ceño intentando averiguar qué demonios era lo que sostenía.

—¿Te gusta? Sienna y yo hemos estado aprendiendo a tejer y lo hice para ti.

Años de entrenamiento como Don me permitieron mantener el rostro inexpresivo. Sofiya parecía tan contenta que no tuve el valor de decirle que el suéter era la cosa más horrible que había visto en mi vida.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó, con sus ojos brillantes de esperanza.

Me incliné y le agarré la barbilla.

—Es un honor que lo hayas hecho para mí, *Tesoro*.

Sonrió cuando la besé.

—¡Pues pruébatelo! Usé una de tus camisas para elegir la talla, así que espero haber medido bien.

Apreté la mandíbula antes de ponérmelo por la cabeza. Al menos el tejido era suave y casi había acertado en la talla.

—De acuerdo, puede que sea un poco corto —reflexionó, tirando de la parte inferior del suéter—. Pero te queda muy bien.

Observé su suéter navideño. Era azul pálido con copos de nieve y parecía comprado en una tienda.

—¿No te hiciste uno para ti?

—No tuve tiempo. —Pasó su mano por delante de su suéter—. Sienna me compró este.

—Bueno, te ves despampanante, como siempre.

—Qué adulador. Tengo que empezar a preparar el desayuno.

Sofiya había insistido en que comiéramos roles de canela en la mañana de Navidad sencillamente porque eran mis favoritos.

Mi hermana, Romeo y yo solíamos pedir comida china a domicilio el día de Navidad y nos emborrachábamos viendo cualquier mierda de película navideña que Sienna nos obligara a ver. Sofiya nunca había tenido una Navidad de verdad y dijo que quería crear nuevas tradiciones para

nuestra nueva familia. No era como si yo pudiera negarle algo, así que hicimos de todo: un árbol de verdad, un montón de regalos y música navideña sonando por los altavoces.

Sofiya sacó los roles de canela que había comenzado a preparar la noche anterior del refrigerador.

—¿Me traes la azúcar glas, *Miliy*?

Tomé el recipiente de uno de los gabinetes superiores, lo coloqué sobre la encimera y le di un beso en la cabeza. Se recostó contra mi pecho.

—¿Te encuentras bien? —inquirí—. Puedo terminar esto si me dices qué hacer.

No me importaría que se quedara en mis brazos hasta que tuviera al bebé. Y luego durante varios meses más.

—Me siento bien, lo prometo.

Tocaron a la puerta y Sienna asomó la cabeza.

—¿Ya terminaron de hacer el amor esta mañana?

—Lo juro por Dios, ¡carajo! —grité, pasándome la mano por la cara—. ¿Por qué los invitamos?

—¡Pasa! —exclamó Sofiya antes de clavarme su mirada feroz—. Porque son de la familia y vamos a pasar todos juntos una acogedora mañana de Navidad.

Sienna entró a la sala, con los brazos llenos de paquetes navideños.

—Romeo traerá el resto. —Los colocó todos bajo el árbol, un árbol alto y magnífico que competía con el del Rockefeller Center con adornos feos hechos en casa que Sofiya había insistido en que hiciéramos durante las últimas semanas. Las interminables horas de pegamento caliente y brillantina habían valido la pena cuando me enteré de que había convertido la noche de póquer de Angelo en una velada de manualidades navideñas. Era imposible decirle que *no* a mi esposa. Nunca tuvieron ninguna posibilidad.

Al menos la noche de manualidades le había impedido añadir más a su considerable deuda de póquer. Siempre se me olvidaba preguntarle a Angelo cuánto debía Sofiya. Seguía sin darse cuenta de que las fichas representaban dinero real, y no quería preguntárselo a Angelo delante de ella y disgustarla. Daría todo lo que poseía para hacerla feliz, y si se trataba de una noche de póquer, pagaría lo que hiciera falta.

Romeo y Angelo entraron con los brazos cargados de regalos. Los dejaron junto al árbol y Sienna los regañó por su “falta de delicadeza y estilo”. Ambos pusieron los ojos en blanco y se unieron a nosotros en la cocina mientras Sienna reorganizaba los regalos.

Angelo se frotó las manos mientras miraba los roles de canela en el horno. Había engordado al menos cinco kilos desde que me casé con Sofiya. No es que yo tuviera argumentos para juzgarlo, pues me había visto obligado a añadir un entrenamiento extra a la semana con todos los postres que preparaba mi mujer.

—¿Qué tienes puesto? —me preguntó Romeo, con un brillo de humor en los ojos.

—Un hermoso suéter hecho por mi esposa —aclaré antes de que pudiera decir otra palabra. Nadie insultaría a mi Sofiya.

—*Oh*, no te pongas celoso, Romeo —comentó Sofiya—. *Miliy*, ¿puedes traer esos tres paquetes de arriba del montón?

Hice lo que me pidió, sonriendo mientras les entregaba a Romeo y Angelo unos paquetes que parecían sospechosamente suéteres. El tercer paquete tenía una etiqueta que decía “Para Noodle, de *Mama*”.

Demonios, qué tierna era.

—Ven aquí, Noodle —llamé. El perro miró a Sofiya como pidiéndole permiso antes de

marcharse de su lado y trotar hacia mí. Le di el regalo y se lo llevó suavemente a la boca, observándome con una expresión confusa—. Se supone que debes romperlo para abrirlo —le expliqué. Se limitó a mover la cola. Tomé el regalo de vuelta con un resoplido y luego lo desenvolví—. ¿Qué carajos? —Me quedé mirando el suéter que Sofiya había tejido para el perro.

—¿Qué ocurre? —Curioseó Sofiya.

Tomé el suéter del perro y me dirigí a la cocina.

—¿Por qué el suéter del perro se ve absolutamente perfecto? —Era verde oscuro con detalles en blanco e incluso hileras de pompones cosidos.

Sofiya me sonrió con picardía.

—Fue el último que hice, así que tuve mucha práctica. Pero... ¿estás diciendo que crees que tu suéter es *malo*?

—No vuelvas a empezar conmigo —aconsejé, dirigiéndome hacia ella. Estaba sentada junto al horno en su andador, con las mejillas sonrojadas y un fuerte olor a canela en el aire—. Creo que lo hiciste a propósito, porque sabes que nunca me negaré a ponerme algo que hiciste para mí.

—Yo nunca sería tan diabólica, esposo. —Había un pequeño brillo en sus ojos.

Sacudí la cabeza.

—Por supuesto que no, esposa.

Me atrajo hacia ella para besarme y me mordió el labio inferior.

—Ahora que estás aquí, ¿quieres sacar estos del horno por mí?

Me quitó de las manos el suéter de Noodle y se apartó. Saqué los roles de canela del horno y luego me di la vuelta para ver a Romeo, Angelo, y Noodle todos de pie en una fila, vistiendo sus suéteres de Navidad. Sienna estaba a un lado, tapándose la boca y con cara sospechosa de estar aguantándose la risa.

Sofiya aplaudió.

—Necesito una foto de todos mis chicos juntos.

—No son *todos* tus chicos —gruñí.

—Somos hombres, no chicos —objetó Romeo. Se cruzó de brazos, lo que no hizo más que resaltar el desorden de la guirnalda verde en su suéter.

—Bueno, quienquiera que sean, pónganse junto al árbol para que pueda tomarles una foto —exigió antes de empezar a caminar hacia la sala con su andador. Dejé escapar un sonido de frustración y agarré su silla de ruedas.

—Se supone que únicamente puedes usar el andador cuando estás horneando.

Tenía planes de renovar toda la cocina para adaptarla a la silla de ruedas, pero Sofiya había dicho que no íbamos a hacer nada de remodelaciones mientras ella estuviera en “modo preparación del nido”, lo que fuera que eso significara. Me pareció absolutamente absurdo. Sienna ya había elegido al contratista y diseñado la renovación, así que todo estaba listo en cuanto Sofiya nos diera luz verde. Últimamente sufría mucho dolor como para usar el andador más de un rato y cada vez se mareaba con más frecuencia.

Una vez en la silla de ruedas, la agarré por la barbilla y gesticulé:

—Chica traviesa. —Sus mejillas se sonrojaron hermosamente.

Todos nos colocamos frente al árbol de Navidad y Sofiya tomó fotos de “sus chicos”. Luego ella y Sienna nos dieron instrucciones para hacer todo tipo de poses y combinaciones. No me importaba, siempre y cuando pudiera estar al lado de mi esposa.

Descubrí que no me importaba nada mientras ella estuviera a mi lado.

EPÍLOGO

SOFIYA

—NO ESTOY SEGURA DE QUE EL PÓQUER SEA UNA ACTIVIDAD MUY TRADICIONAL EN NAVIDAD —comenté, mordiéndome el labio.

Habíamos terminado nuestra cena de Navidad y estábamos demasiado llenos para comer el postre inmediatamente. Matteo había refunfuñado cuando se enteró de que había preparado los favoritos de todos: tiramisú para Angelo, *cannolis* para Romeo, pastel tipo *Funfetti* para Sienna y galletas con chispas de chocolate para mi esposo. A pesar de que quería que me quedara recostada en la cama con la gente pendiente de mí durante las últimas semanas de embarazo, yo me sentía bien. El agotamiento que había sentido en el primer y el segundo trimestre por fin se había disipado, y me invadían las ganas de cuidar de todo el mundo y preparar el nido.

—No lo es —admitió Sienna—. Pero he escuchado mucho sobre tus habilidades y necesito verlo por mí misma.

—Es festivo si bebemos vino caliente mientras jugamos —agregó Romeo.

—O chocolate caliente —añadió Angelo, alzando sus cejas hacia mí.

Sonreí.

—Si todos están tan desesperados por perder, supongo que no puedo negarme. —Apreté la mano de Matteo—. ¿Vas a jugar, esposo? ¿Por favor?

—Si eso te obliga a permanecer sentada, joder, estoy de acuerdo.

Sonreí, inclinándome para darle un beso en la mejilla. Estaba espinosa por la barba incipiente.

—Qué gruñón.

—Sí, Matteo, deja de ser tan gruñón —se burló Romeo.

Matteo puso los ojos en blanco.

—Hagámoslo.

—¿CÓMO estás haciendo esto? —Matteo me miró al otro lado de la mesa, absolutamente desconcertado.

Me mordí el labio para ocultar mi sonrisa.

—Soy bastante buena, ¿verdad?

—¿Has estado *ganando* partidas todo este tiempo? Pensé que no sabías que se jugaba con dinero *de verdad*. Me disponía a pagar tus deudas antes de que el club de póquer viniera tras de ti.

Solté una carcajada.

—Tu falta de fe en mí es asombrosa. ¿Cuánto he ganado hasta ahora, Angelo? Creo que alrededor de unos treinta mil.

—Así es, *bella*.

Matteo se pasó la mano por la cara.

—Bueno, mierda.

—Es suficiente para empezar mi nuevo proyecto benéfico.

Mi esposo se levantó con un resoplido y rodeó la mesa.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —chillé. Me ignoró y me levantó de la silla, se sentó y me acomodó en su regazo—. Esto es hacer trampa —protesté, intentando ocultar mis cartas de él.

—Me retiro, *Tesoro*. No puedo perder *todo* mi dinero contigo.

Puse los ojos en blanco, aunque me acurruqué en su pecho mientras los demás continuábamos la partida.

—¿Qué proyecto benéfico vas a empezar? —indagó, con sus labios rozando mi oreja.

—Quiero convertir algunos apartamentos en viviendas para mujeres que han sido víctimas del tráfico sexual. Para que personas como Katya y Stasya puedan tener un hogar. —Había trabajado con la doctora Amato para conseguirles residencia y trabajo a ambas chicas, así como una mensualidad para que nunca tuvieran que preocuparse por el dinero, aun así, quería expandirme para ayudar a más mujeres. Había estado trabajando con Matteo para desmantelar los círculos de explotación sexual restantes que habían dirigido Arben y mi padre. Me enfermaba pensar que alguien con quien estaba emparentada había causado tanto sufrimiento.

—Es una idea maravillosa —comentó Matteo. Luego frunció el ceño—. Siempre y cuando no te esfuerces demasiado. Necesitas descansar, y el bebé está a punto de llegar.

—No te preocupes, tendré mucha ayuda.

—En ese caso, donaré un edificio de apartamentos al proyecto benéfico.

Alcé las cejas.

—¿Qué edificio de apartamentos?

Matteo se encogió de hombros.

—Hay muchos en la ciudad. Elige el que quieras.

Puse los ojos en blanco, pero mi pecho se llenó de calidez. Su fácil aceptación y su apoyo a mi plan lo significaban todo. Apreté los labios contra su oreja.

—Sí que te haré una mamada esta noche.

Gruñó y me agarró con más fuerza por las caderas.

Cuando llegó el momento de que los demás jugadores mostraran sus cartas, coloqué las mías con una sonrisa.

—Escalera real.

Angelo maldijo y se apartó de la mesa.

—Estás contando cartas, ¿verdad? Tiene que ser eso.

Sienna resopló mientras miraba entre los hombres desconcertados.

—Estoy bastante segura de que eso es *blackjack*, no póquer.

El pecho de Matteo se estremeció de risa.

—No sabía que fueras tan mal perdedor, Angelo. —Me besó la mejilla—. Ahora tienes otros diez mil para añadir a tu obra benéfica.

—Sí, gracias a todos por sus donaciones —dije.

El semblante habitualmente alegre de Romeo estaba malhumorado.

—Voy por mis malditos *cannoli* —avisó, dirigiéndose a la cocina.

Sienna miró a los dos hombres con deleite.

—Por verlos así vale la pena perder. —Se levantó de la mesa—. Vamos a traer todos los postres aquí.

—Debería ayudarles —expresé, intentando zafarme del regazo de Matteo.

—No deberías. —Fue lo único que dijo en respuesta.

Dejé escapar un pequeño sonido mientras la bebé pateaba especialmente fuerte. Estaba destinada a ser bailarina o corredora con lo fuertes que eran sus piernas.

Matteo colocó su mano en mi vientre, su rostro se suavizó al sentirla moverse.

—La próxima Navidad tendremos una niña de casi un año —musité.

—Me muero de ganas.

La sinceridad de su voz hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Todos esos años de soledad y falta de amor me habían traído aquí, a mi nueva familia.

Todos volvieron a la sala y colocaron los postres en la mesa. Matteo preparó mi plato primero, poniendo uno de cada postre en él. Nuestros regalos para cada uno estaban esparcidos por la sala, incluidos los de Mila, Nikolai, Leona y Ronan. Noodle me dio un golpecito en la mano, suplicando que lo acariciara.

No podría haber imaginado una Navidad mejor. Pero así era mi vida en ese momento, experimentando días que eran incluso mejores que mis sueños.

Fin.

¿Necesitas más de Sofiya y Matteo? Escribí esta escena extra para ellos y es una de mis favoritas. ¡No te la pierdas!

LEELO AQUÍ

El próximo libro del universo Imperio de Realeza es la historia de Romeo. HIS JULIET saldrá en inglés en la primavera de 2025.

PREORDENA AQUÍ

La Lista de Sueños de Sofiya:

- Volar en avión
- Tocar el mar
- Hacerme un tatuaje
- Probar algo nuevo cada semana durante un año
- Aprender a hacer cerámica
- Ir a Disney World
- Comer un hot dog de NYC
- Pasear en globo aerostático
- Practicar snorkeling
- Cultivar un huerto
- Hacer s'mores en una fogata de verdad
- Tener un perro
- Perfeccionar mi receta de galletas con chispas de chocolate
- Aprender a cocinar diferentes gastronomías
- Viajar en tren
- Observar las estrellas
- Tener sexo muy ardiente *(Mila, ¡para!)*
- Nadar desnuda *(¡Vive un poco, Sofiya!)*
- Criar hijos en una familia feliz
- Ser amada

OTRAS OBRAS DE EMILIA ROSSI

El próximo libro del universo Imperio de Realeza es la historia de Romeo. HIS JULIET saldrá en inglés en la primavera de 2025.

PREORDENA AQUÍ

Until then, I have books out in English under my other pen name, Emilia Emerson. If you liked *His Tesoro*, you might like these!

A Pack for Autumn

A why choose omegaverse set in a charming small town. Olive moves to Starlight Grove to be their new lighthouse keeper. All she wants is a quiet life alone…but three contractor alphas have their eye on her! Featuring hurt/comfort, fast burn spice, quirky side characters, and meddlesome cat, and PMDD/PCOS rep!

The Forbidden Duet

Forbidden: Part One* & *Forbidden: Part Two

A why choose omegaverse duet set in a dark world with three guys who are absolutely obsessed with their girl! Featuring a traumatized FMC, hurt/comfort, fated mates, three protective alphas, and all the spice.

Cherished

A why choose omegaverse set in the Luna & Sol universe. This comes after *Forbidden* but can be read as a standalone. Fall in love with adventurous Westin and her four guys. *Cherished* also has chronic illness rep!

AGRADECIMIENTOS

¡Escribir este libro ha sido muy divertido! El año pasado me vino una idea a la cabeza para una escena en la que una mujer en silla de ruedas sorprende a su esposo mafioso con su destreza para disparar en medio de una pelea. En mi libro *Cherished* (escrito bajo mi otro seudónimo, Emilia Emerson), exploré los retos de la discapacidad invisible y enfermedad crónica. Para esta historia, tenía curiosidad por ver qué pasaría si tomaba a una heroína con una discapacidad visible y la situaba en una cultura de la mafia obsesionada por la imagen. Así nacieron Matteo y Sofiya, ¡y a partir de ahí la historia siguió su curso! Me ha encantado llegar a conocerlos. Tienen todo mi corazón, y estoy deseando poder verlos en futuros libros.

Ahora, los agradecimientos:

Mi primer agradecimiento es para *ustedes*, mis maravillosos lectores, por arriesgarse con mi debut en el mundo de la mafia. ¡Significa mucho para mí!

A las increíbles personas que compartieron sus historias conmigo para asegurarse de que la experiencia de Sofiya con SED y los aparatos de ayuda para la movilidad fuera la mejor posible: Aimee, Christine, Quartz, Melissa, Domina, Elina y Mae. Ha sido un placer y un honor llegar a conocerlas. Gracias por permitirme echar un vistazo a sus vidas.

A Charlie, el Noodle original y mi mejor compañero de equipo. Nadie me ha visto en mis peores momentos como tú. Gracias por ser mi amigo y el mejor empleado que podría pedir (aunque sigas siendo coronado como empleado del mes cuando soy *yo* quien escribe los libros).

A RE May, alias Rachel, la mejor compañera de la mafia que podría imaginar. ¿Somos el *dream team* de la mafia? Yo creo que sí. Gracias por tu entusiasmo, tus ánimos y tus comentarios. ¡No hay nadie más con quien quisiera planear frenéticamente libros de mafia!

A Eliana, por tus ánimos, tu lectura beta y tu ayuda para ponerle nombre a este libro. *Oh*, y por ser la responsable de *dos* escenas adicionales de mamadas. Matteo te da las gracias. ¡Estoy muy agradecida por haber encontrado nuevas amistades en todo el mundo!

A mis lectoras beta: Katherine, Robyn, Brit y Jenny (aunque odies a Matteo). Gracias por sus maravillosas aportaciones, que contribuyeron a dar forma a esta historia.

Y por último, pero no por ello menos importante, ¡gracias a mi Street Team, a las lectoras de los ARC y a todos los que han compartido mis libros! Ser autora de tiempo completo es un sueño hecho realidad, y no podría hacerlo sin ustedes.

SOBRE LA AUTORA

Emilia Rossi escribe romances apasionados de mafia con hombres celosos/posesivos y las increíbles mujeres que los tienen comiendo de sus manos. También escribe libros *Omegaverse* bajo el seudónimo de Emilia Emerson.

A Emilia le encanta viajar, disfrutar de comida increíble y pasar días tranquilos escribiendo con su perro, Charlie.

Mantente al día sobre noticias y anuncios:
Grupo de Facebook: Emilia's Romance Universe
Suscripción a su boletín: www.emiliarossiauthor.com
Instagram: @authoremiliarossi